

manos, cruzadas sobre el vientre, llevaba el bonete; á derecha é izquierda, como dándole guardia, caminaban con paso solemne acólitos con sendas hachas de cera. La *ronda* daba vueltas por el trascoro, las naves y el trasaltar. Se vigilaba para evitar abusos de mayor cuantía. La oscuridad del templo, los excesos de la colación clásica, la falta de respeto que el pueblo creía tradicional en la *misa del gallo*, hacían necesarias todas estas precauciones.

Había otra clase de profanaciones que no podía evitar la ronda. Apinábase el público en el crucero, opriéndose unos á otros contra la verja del altar mayor, y la valla del centro, debajo de los púlpitos, y quedaban en el resto de la catedral muy á sus anchas los pocos que preferían la comodidad al calorcillo humano de aquel montón de carne repleta. Como la religión es igual para todos, allí se mezclaban todas las clases, edades y condiciones. Obdulia Fandiño, en pié, oía la misa apoyando su devocionario en la espalda de Pedro, el cocinero de Vegallana, y en la nuca sentía la viuda el aliento de Pepe Ronzal, que no podía, ni tal vez quería, impedir que los de atrás empujasen. Para la de Fandiño la religión era esto, apretarse, estrujarse sin distinción de clases ni sexos en las grandes solemnidades con que la Iglesia conmemora acontecimientos importantes de que ella, Obdulia, tenía muy confusa idea. Visitación estaba también allí, más cerca de la capilla, con la cabeza metida entre las rejillas. Paco Vegallana, cerca de Visitación, fingía resistir la fuerza anónima que le arrojaba, como un oleaje, sobre su prima Edelmira. La joven, roja como una cereza, con los ojos en un san José de su devocionario y el alma en los movimientos de su primo, procuraba huir de la valla del centro contra la cual amenazaban aplastarla aquellas olas humanas, que allí en lo oscuro imitaban las del mar batiendo un peñasco, en la ne-

grura de su sombra. Todo el *elemento joven* de que hablaba *El Lábaro* en sus crónicas del pequeñísimo *gran mundo* de Vetusta, estaba allí, en el crucero de la catedral, oyendo como entre sueños el órgano, digiriendo la colación de Noche Buena, viendo lucecillas, sintiendo entre temblores de la pereza pinchazos de la carne. El sueño traía impíos disparates, ideas que eran profanaciones, y se desechaban para atenerse a los pecados veniales con que brindaba la realidad ambiente. Miradas y sonrisas, si la distancia no consentía otra cosa, iban y venían enfilándose como podían en aquella selva espesa de cabezas humanas. Se tosía mucho y no todas las toses eran ingenuas. En aquella quietud soporífera, en aquella oscuridad de pesadilla hubieran permanecido aquellos caballeritos y aquellas señoritas hasta el amanecer, de buen grado. Obdulía pensaba, aunque es claro que no lo decía sino en el seno de la mayor confianza, pensaba, que el *hacer el oso*, que era a lo que llamaba *timarse* Joaquín Orgaz, si siempre era agradable, lo era mucho más en la iglesia, porque allí tenía un *cachet*. Y para la viuda las cosas con *cachet* eran las mejores.

«En la inmoralidad que acusaba aquella aglomeración de malos cristianos,» estaba pensando precisamente don Pompeyo Guimarán, que mal curado de una fiebre, había consentido en cenar con don Alvaro, Orgaz, Foja y demás trasnochadores en el Casino y había venido con ellos a la misa del gallo.

«¡Sí, le remordía la conciencia, en medio de su embriaguez, pero el hecho era que estaba allí. Habían empezado por emborracharle con un licor dulce que ahora le estaba dando náuseas, un licor que le había convertido el estómago en algo así, como una perfumería... ¡puf! ¡qué asco!; después le habían hecho comer más de la cuenta y beber, últimamente, de

todo. Y cuando él se preparaba á volverse á su casa, si alguno de aquellos señores tenía la bondad de acompañarle ¡oh colmo de las bromas pesadas y ofensivas! habían dado con él en medio de la catedral, donde no había puesto los piés hacia muchos años. Había protestado, había querido marcharse, pero no le dejaron, y él tampoco se atrevía á buscar solo su casa; y en la calle hacía frío.»

—Señores—dijo en voz baja á don Alvaro y á Orgaz—conste que protesto, y que obedezco á fuerza mayor, á la fuerza de la borrachera de Vds., al permanecer en semejante sitio.

—Bien, hombre, bien!

—Conste que esto no es una abdicación...

—No... qué ha de ser... abdicación...

—Ni una profanación. Yo respeto todas las religiones, aunque no profeso ninguna... ¿Qué dirá el mundo si sabe que yo vengo aquí... con una compañía de borrachos matriculados? Reconozco en el *Palomo* el derecho de arrojarme del templo á latigazos ó á patadas...

—Ya lo sabemos, hombre...—pudo balbucear Foja.

—En resumen: don Pompeyo reconoce que él aquí representa lo mismo... que los perros en misa.

—Comparación exacta... eso, yo aquí lo mismo que un perro... Y además esto repugna... Oigan Vds. á ese organista, borracho como Vds. probablemente: convierte el templo del Señor, llamémoslo así, en un baile de candil... en una orgía... Señores, ¿en qué quedamos, es que ha nacido Cristo ó es que ha resucitado el dios Pan?

—Y Pun, Pin, Pun!... yo soy el general... Bum Bum!

Esto lo cantó bajito Joaquín Orgaz, tocando el tambor en la cabeza de Guimarán. Y acto continuo el mediquillo salió de la capilla oscura donde se represen-

taba tal escena, y se fué á buscar una aguja en un pajar, como él dijo, esto es, á buscar á Obdulia entre la multitud. Y la encontró, emparedada entre el formidable Ronzal y el cocinero de Paco. Joaquín dió media vuelta y se volvió al lado de don Pompeyo.

La capilla desde la que oía misa la Regenta estaba separada sólo por una verja alta de la en que se habían escondido los trasnochadores del Casino. Ana oyó la voz de Orgaz que disuadía al ateo de su propósito de abandonar el templo. Pero de una capilla á otra no se distinguían las personas, sólo se veían bultos.

Cuando pasó la ronda fué otra cosa; las hachas de los acólitos dejaron á Anita ver á una claridad temblona y amarillenta la figura arrogante del Magistral al mismo tiempo que la esbelta y graciosa de don Álvaro, que con los ojos medio cerrados, semidormido, con la cabeza inclinada, y cogido á la verja que separaba las capillas, parecía atender á los oficios divinos con el recogimiento propio de un sincero cristiano.

El Magistral también pudo ver á la Regenta y á don Alvaro, casi juntos, aunque mediaba entre ellos la verja. Le tembló el bonete en las manos; necesitó gran esfuerzo para continuar aquella procesión que en aquel instante le pareció ridícula.

Mesía no vió ni al Magistral, ni á la Regenta, ni á nadie. Estaba medio dormido en pié. Estaba borracho, pero en la embriaguez no era nunca escandaloso. Nadie sospechaba su estado.

Ana siguió viendo á don Alvaro aun después que la ronda se alejó con sus luces soñolientas. Siguió viéndole en su cerebro; y se le antojó vestido de rojo, con un traje muy ajustado y muy airoso. No sabía si era aquello un traje de Mefistófeles de ópera ó el de cazador elegante, pero estaba el enemigo muy hermoso, muy hermoso... «Y estaba allí cerca, detrás de aquella reja; si daba tres pasos podía tocarla á ella!» El órgano

se despedía de los fieles con las mayores locuras del repertorio; un aire que Ana había oído por primera vez al lado de Mesía, en la romería de san Blas, aquel mismo año... Cerró los ojos, que se le habían llenado de lágrimas... ¡Por dónde la tomaba ahora la tentación! Se hacía sentimental, tierna, evocaba recuerdos, la autoridad de los recuerdos, que era siempre cosa sagrada, dulce, entrañable... ¿Qué había pasado en aquella romería de san Blas? Nada, y sin embargo, ahora recordando aquella tarde, por culpa del organista, Ana veía á don Alvaro á su lado, muerto de amor, mudo de respeto, y á si misma se veía, contenta en lo más hondo del alma... ¡ay si, ay si!... en unas honduras del alma, ó del cuerpo, ó del infierno... á que no llegaban las suaves pláticas de misticismo y fraternidad de que seguía gozando en compañía de aquel señor canónigo que acababa de pasar por allí, con las manos cruzadas sobre el vientre, rodeado de monaguillos.»

Cuando Ana procuró sacudir, moviendo la cabeza, aquellas imágenes importunas y pecaminosas, el templo iba quedándose vacío. Tuvo ella frío y casi casi miedo á la sombra de un confesonario en que se apoyaba. Se levantó y salió de la catedral, que empezaba á dormirse.

El órgano se había callado como un borracho que duerme después de alborotar el mundo. Las luces se apagaban...

En el pórtico encontró Ana al Magistral.

Don Fermín estaba pálido; lo vió ella á la luz de una cerilla que encendieron por allí. Cuando volvió la oscuridad, De Pas se acercó á la Regenta y con una voz dulce en que había quejas le preguntó:

—¿Se ha divertido Vd. en misa?

—¡Divertirme en misa!

—Quiero decir... si le ha gustado... lo que tocan... lo que cantan...

Notó Ana que su confesor no sabía lo que decía.

En aquel momento salían del pórtico; en la calle había algunos grupos de rezagados. Había que separarse.

—¡Buenas noches, buenas noches!—dijo el Magistral con tono de mal humor, casi con ira.

Y embozándose sin decir más, tomó á paso largo el camino de su casa.

Ana sintió deseos de seguirle: ella no sabía por qué, pero le tenía enfadado: ¿qué había hecho ella? Pensar, pensar en el enemigo, gozar con recuerdos vitandos... pero... de todo eso ¿cómo podía tener don Fermín noticia?... ¡Y se había marchado así! Una profunda lástima y una gratitud que parecía amor invadieron el ánimo de Ana en aquel instante... «¡Oh! ¿por qué ella no podía ahora ir con aquel hombre, llamarle, consolarle... probarle que era la de siempre, que ella no le volvía la espalda como tantas otras?...» «Sí, sí, le volvían la espalda á él, el santo, el hombre de genio, el mártir de la piedad... le volvían la espalda las que antes se le disputaban, y todo ¿por qué? por viles calumnias. Ella no, ella creía en él... le seguiría ciega al fin del mundo; sabía que entre él y santa Teresa la habían salvado del Infierno...» Pero no se podía correr detrás de él para consolarle, para decirle todo esto. ¡Qué hubiera pensado, sin ir más lejos, Petra la doncella que estaba allí, á su lado, silenciosa, sonriente, cada día más antipática, y más servicial... y más insufrible!»

Petra, mientras hablaron el Magistral y Ana se había separado discretamente dos pasos. Al ver al Provisor escapar y embozarse con tanto garbo, pensó la criada:

«Están de monos» y sonrió.

La Regenta tomó el camino de la Plaza Nueva. Iba andando medio dormida; estaba como embriagada de sueño y música y fantasías... Sin saber cómo se encon-

tró en el portal de su casa pensando en el Niño Jesús, en su cuna, en el portal de Belén. Ella se figuraba la escena como la representaba un *nacimiento* que había visto aquella noche á primera hora.

Cuando se quedó sola en su tocador, se puso á despeinarse frente al espejo; suelto el cabello, cayó sobre la espalda.

«Era verdad, ella se parecía á la Virgen; á la Virgen de la Silla... pero le faltaba el niño;» y cruzada de brazos se estuvo contemplando algunos segundos.

Á veces tenía miedo de volverse loca. La piedad huía de repente, y la dominaba una pereza invencible de buscar el remedio para aquella sequedad del alma en la oración ó en las lecturas piadosas. Ya meditaba pocas veces. Si se paraba á evocar pensamientos religiosos, á contemplar abstracciones sagradas, en vez de Dios se le presentaba Mesía.

«Creía que había muerto aquella Ana que iba y venía de la desesperación á la esperanza, de la rebeldía á la resignación, y no había tal; estaba allí, dentro de ella; sojuzgada, sí, perseguida, arrinconada, pero no muerta. Como san Juan Degollado daba voces desde la cisterna en que Herodías le guardaba, la Regenta rebelde, la pecadora de pensamiento, gritaba desde el fondo de las entrañas, y sus gritos se oían por todo el cerebro. Aquella Ana prohibida era una especie de tenía que se comía todos los buenos propósitos de Ana la devota, la *hermana* humilde y cariñosa del Magistral.

» ¡El Niño Jesús! ¡Qué dulce emoción despertaba aquella imagen! ¿Pero por qué había servido el evocarla para dar tormento al cerebro? La necesidad del amor maternal se despertaba en aquella hora de vigilia con una vaguedad tierna, anhelante.»

Ana se vió en su tocador en una soledad que la asustaba y daba frío... ¡Un hijo, un hijo hubiera puesto fin

á tanta angustia, en todas aquellas luchas de su espíritu ocioso, que buscaba fuera del centro natural de la vida, fuera del hogar pábulo para el afán de amor, objeto para la sed de sacrificios...

Sin saber lo que hacía, Ana salió de sus habitaciones, atravesó el estrado, á oscuras, como solía, dejó atrás un pasillo, el comedor, la galería... y sin ruido, llegó á la puerta de la alcoba de Quintanar. No estaba bien cerrada aquella puerta y por un intersticio vió Ana claridad. No dormía su marido. Se oía un rum rum de palabras.

«¿ Con quién habla ese hombre ?» Acercó la Regenta el rostro á la raya de luz y vió á don Víctor sentado en su lecho; de medio cuerpo abajo le cubría la ropa de la cama, y la parte del torso que quedaba fuera abrigábala una chaqueta de franela roja; no usaba gorro de dormir don Víctor por una superstición respetable; él, incapaz de sospechar de su Ana la falta más leve, huía de los gorros de noche por una preocupación literaria. Decía que el gorro de dormir era una punta que atraía los atributos de la infidelidad conyugal. Pero aquella noche había tenido frío, y á falta de gorro de algodón ó de hilo, se había cubierto con el que usaba de día, aquel gorro verde con larga borla de oro. Ana vió y oyó que en aquel traje grotesco Quintanar leía en voz alta, á la luz de un candelabro elástico clavado en la pared.

Pero hacía más que leer, declamaba; y, con cierto miedo de que su marido se hubiera vuelto loco, pudo ver la Regenta que don Víctor, entusiasmado, levantaba un brazo cuya mano oprimía temblorosa el puño de una espada muy larga, de soberbios gavilanes retorcidos. Y don Víctor leía con énfasis y esgrimía el acero brillante, como si estuviera armando caballero al espíritu familiar de las comedias de capa y espada.

Admitida la situación en que se creía Quintanar, era



muy noble y verosímil acción la de azotar el aire con el limpio acero. Se trataba de defender en hermosos versos del siglo diez y siete á una señora que un su hermano quería descubrir y matar, y don Víctor juraba en quintillas que antes le harían á él tajadas que consentir, siendo como era caballero, atrocidad semejante.

Pero como la Regenta no estaba en antecedentes, sintió el alma en los piés al considerar que aquel hombre con gorro y chaqueta de franela que repartía mandobles desde la cama á la una de la noche, era su marido, la única persona de este mundo que tenía derecho á las caricias de ella, á su amor, á procurarla aquellas delicias que ella suponía en la maternidad, que tanto echaba de menos ahora, con motivo del portal de Belén y otros recuerdos análogos.

Iba la Regenta al cuarto de su marido con ánimo de conversar, si estaba despierto, de hablarle de la misa del gallo, sentada á su lado, sobre el lecho. Quería la infeliz desechar las ideas que la volvían loca, aquellas emociones contradictorias de la piedad exaltada, y de la carne rebelde y desabrida; quería palabras dulces, intimidad cordial, el calor de la familia... algo más, aunque la avergonzaba vagamente el quererlo, quería... no sabía qué... á que tenía derecho... y encontraba á su marido declamando de medio cuerpo arriba, como muñeco de resortes que salta en una caja de sorpresa... La ola de la indignación subió al rostro de la Regenta y lo cubrió de llamas rojas. Dió un paso atrás Anita, decidiendo no entrar en el teatro de su marido... pero su falda meneó algo en el suelo, porque don Víctor gritó asustado:

—¡Quién anda ahí!

No respondió Ana.

—¿Quién anda ahí?—repitió exaltado don Víctor, que se había asustado un poco á sí mismo con aquellos versos fanfarrones.

Y algo más tranquilo, dijo á poco:

—¡Petra! Petra! ¿Eres tú, Petra?

Una sospecha cruzó por la imaginación de Ana; unos celos grotescos, tal los reputó, se le aparecieron casi como una forma de la tentación que la perseguía.

«¿Si aquel hombre sería amante de su criada?»

«¡Anselmo! Anselmo!» —añadió don Víctor en el mismo tono suave y familiar.

Y Ana se retiró de puntillas, avergonzada de muchas cosas, de sus sospechas, de su vago deseo que ya se le antojaba ridículo, de su marido, de sí misma...

«¡Oh, qué ridículo viaje por salas y pasillos, á oscuras, á las dos de la madrugada, en busca de un imposible, de una grotesca farsa... de un absurdo cómico... pero tan amargo para ella...» Y Ana, sin querer, como siempre, mientras iba á tontas por el salón, pero sin tropezar, pensaba: «Y si ahora, por milagro, por milagro de amor, Alvaro se presentase aquí, en esta oscuridad, y me cogiese, y me abrazase por la cintura... y me dijera: tú eres mi amor;... yo infeliz, yo miserable, yo carne flaca, qué haría sino sucumbir... perder el sentido en sus brazos... «¡Sí, sucumbir!» gritó todo dentro de ella; y desvanecida, buscó á tientas el sofá de damasco y sobre él, tendida, medio desnuda, lloró, lloró sin saber cuánto tiempo.

Una campanada del reloj del comedor la despertó de aquella somnolencia de fiebre; tembló de frío y á tientas otra vez, el cabello por la espalda, la bata desceñida, y abierta por el pecho, llegó Ana á su tocador; la luz de esperma que se reflejaba en el espejo estaba próxima á extinguirse, se acababa... y Ana se vió como un hermoso fantasma flotante en el fondo oscuro de alcoba que tenía enfrente, en el cristal límpido. Sonrió á su imagen con una amargura que le pareció diabólica... tuvo miedo de sí misma... se refugió en la alcoba, y sobre la piel de tigre dejó caer toda la ropa

de que se despojaba para dormir. En un rincón del cuarto había dejado Petra olvidados los zorros con que limpiaba algunos muebles que necesitaban tales disciplinas; y pensando ella misma en que estaba borracha... no sabía de qué, Ana, desnudá, viendo á trechos su propia carne de raso entre la holanda, saltó al rincón, empuñó los zorros de ribetes de lana negra... y sin piedad azotó su hermosura inútil, una dos, diez veces... Y como aquello también era ridículo, arrojó lejos de sí las prosaicas disciplinas, entró de un brinco de bacante en su lecho; y más exaltada en su cólera por la frialdad voluptuosa de las sábanas, algo húmedas, mordió con furor la almohada. Á fuerza de no querer pensar, por huir de sí misma, media hora después se quedó dormida.

Aquella misma mañana, á las ocho, Ana, sola, pasaba por delante de la casa del Magistral. ¿ Á qué había ido allí? Aquel no era camino de la catedral. Una vaga esperanza de encontrar á don Fermín, de verle al balcón, de algo que ella no podía precisar, le había hecho tomar por la calle de los Canónigos. No topó con el suyo. Se dirigió á la catedral y se sentó sobre la tarima que había en medio del crucero, desde el coro á la capilla del Altar mayor. Apoyada la cabeza en la valla dorada, fría como un carámbano, la Regenta estuvo oyendo misa desde lejos, rezando oraciones que no terminaban y soñando despierta hasta que concluyó el coro. Vió entrar en él á su amigo, á su De Pas á quien sonrió cariñosa, con la dulzura que á él le entra por las entrañas como si fuera fuego; el Magistral no sonrió, pero su mirada fué intensa; duró muy poco, pero dijo muchas cosas, acusó, se quejó, inquirió, perdonó, agradeció... Y pasó don Fermín. Entró en el coro y se fué á su rincón. Terminadas las horas canónicas, el Magistral salió, se inclinó ante el Altar, se dirigió á la sacristía, y á poco volvió á verle la Re-

genta, sin roquete, muceta ni capa, con manteo y el sombrero en la mano. Otra vez se miraron. Ahora sonrieron los dos. Ana se levantó cinco minutos después. Sin necesidad de decírselo, ni por señas, acudieron ambos á una cita... Se encontraron á poco en el salón de doña Petronila Rianzares donde había muchas señoras y tres clérigos. Allí se había reunido la flor y nata de lo que llamaba *El Alerta* «el elemento levítico» de la población. Aquellas señoras de respetable aspecto las más, guapas y jóvenes algunas, celebraban con alegría evangélica el natalicio de Nuestro Señor Jesucristo, como si el hijo de María hubiese venido al mundo exclusivamente para ellas y otras cuantas personas distinguidas. La Natividad del Señor se les antojaba algo como una fiesta de familia. Doña Petronila, con una manteleta de raso negro, antiquísima, mal cortada, recibía á su *mundo devoto* como si estuviese ella de cumpleaños. Todo se volvía allí sonrisas, apretones de manos, elogios mutuos, carcajadas sonoras, que reflejaban el interior contento de aquellas almas en gracia de Dios. El Magistral fué recibido en triunfo. ¡Qué fino! qué atento! Una hora después tenía que subir al púlpito, en la catedral, á predicar un sermón de los de tabla, ¡y sin embargo acudía antes á dar las Pascuas á su amiga doña Petronila! «¡Qué hombre! qué angel! qué pico de oro! qué lumbrera!»

El descrédito de don Fermín no había llegado al círculo de doña Petronila; allí nadie dudaba de la virtud del Provisor, nadie la discutía. Si alguno de los presentes, fuera de aquel salón venerable, se atrevía á calumniar á aquel santo, no se sabía, no se quería saber, pero en casa del Gran Constantino nadie osaría poner en tela de juicio la santidad del Crisóstomo vetustense.

Por poco tiempo consiguieron verse solos Ana y don Fermín. Fué en el gabinete de doña Petronila. Ella los

encontró...; pero sonriéndoles y saludando con la mano les dijo, desde la puerta:

—Nada, nada... venía por unos papeles... Ya volveré...

Ana iba á llamarla: «no había secretos, ¿por qué se retiraba aquella señora?...» esto quería decirle, pero un gesto del Magistral la contuvo.

—Déjela Vd.—dijo De Pas con un tono imperioso que á la Regenta siempre le sonaba bien. Eso quería ella, que el Magistral mandase, dispusiera de ella y de sus actos.

Ana volvió hacia De Pas, que estaba cerca del balcón y le sonrió como poco antes en la catedral. Aquella sonrisa pedía perdón y bendecía.

Don Fermín estaba pálido, le temblaba la voz. Estaba más delgado que por el verano. En esto pensaba Anita.

—¡Estoy tan cansado!—dijo él y suspiró con mucha tristeza.

Ana se sentó á su lado, al verle dejarse caer en una butaca.

—¡Estoy tan solo!

—¿Cómo solo...? No entiendo.

—Mi madre me adora, ya lo sé... pero no es como yo; ella procura mi bien por un camino... que yo no quiero seguir ya... Vd. sabe todo esto, Ana.

—Pero... ¿por qué está Vd. solo? y... ¿los demás?

—Los demás... no son mi madre. No son nada mío. ¿Qué tiene Vd., Ana? ¿se pone Vd. mala? ¿qué es esto? llamaré...

—No, no, de ningún modo... Un escalofrío... un temblor... ya pasó... esto no es nada.

—¿Tendrá Vd. un ataque?

—No... el ataque se presenta con otros síntomas... deje Vd... deje Vd. Esto es frío... humedad... nada...

Callaron.

De Pas vió que Ana contenía el llanto que quería saltar á la cara.

—¿Qué sucede aquí? yo necesito saberlo todo, tengo derecho... creo que tengo derecho...

Ana cayó de rodillas á los piés de su *hermano mayor*, y sollozando pudo decir :



—Sí, todo, todo lo sabrá Vd... pero aquí no, en la Iglesia... Mañana... temprano...

—¡No, no, esta tarde!...

El Magistral se puso de piés. Sin que lo viese ella, que tenía escondida la cabeza entre las manos, levantó los brazos y llevó los puños crispados á los ojos. Dió dos vueltas por el gabinete. Volvió á paso largo al lado de la Regenta que seguía de rodillas, sollozando y ahogando el llanto para que no sonase.

—Ahora, Ana, ahora es mejor... aquí... aún hay tiempo...

—Aquí no, no... Ya es hora... va Vd. á llegar tarde...

—Pero ¿qué es esto... qué pasa? por caridad... se-

ñora... por compasión, Ana... no ve Vd. que tiemblo como una vara verde... Yo no soy un juguete... ¿Qué pasa... qué debo temer...? Ayer ese hombre estaba borracho... él y otros pasaron delante de mi casa... á las tres de la madrugada... Orgaz le llamaba á gritos: «¡Alvaro! Álvaro! aquí vive... tu rival... eso decía, tu rival...» la calumnia ha llegado hasta ahí...!

Ana miró espantada al Provisor... Parecía que no comprendía sus palabras...

—Sí señora, les pesa de nuestra amistad, y quieren separarnos, y así podrán conseguirlo... echan lodo en medio... y se acabó...

Era la primera vez que el Magistral hablaba así. Jamás se habían acordado en sus conversaciones de aquel peligro, de aquella calumnia; él pensaba en ella, pero no convenía á sus planes decir á la Regenta: yo soy hombre, tú eres mujer, el mundo juzga con la malicia... Pero ahora, sin poder contenerse, había dicho: *tu rival*, con fuerza... aunque aquellas palabras pudiesen asustar á la Regenta.

«Sí, sí, él también era hombre, podía ser rival, ¿por qué no?» No se conocía; se paseaba por el gabinete como una fiera en la jaula; comprendía que en aquel momento diría todo lo que le sugiriese la pasión exaltada, el amor propio herido... Después le pesaría de haber hablado... pero no importaba, ahora quería desahogar. «¡Ay! no era el Fermín de antaño.»

Ana se levantó, esperó á que el Magistral llegase en sus paseos al extremo del gabinete y dijo:

—No me ha comprendido Vd... Yo soy la que está sola... Vd. es el ingrato... Su madre le querrá más que yo... pero no le debe tanto como yo... Yo he jurado á Dios morir por Vd. si hacía falta... El mundo entero le calumnia, le persigue... y yo aborrezco al mundo entero y me arrojo á los piés de Vd. á contarle mis secretos más hondos... No sabía qué sacrificio podría

hacer por Vd... Ahora ya lo sé... Vd. me lo ha descubierto... Hablan de mi honra... ¡ miserables! yo no sospechaba que se pudiera hablar de eso... pero bueno, que hablen... yo no quiero separarme del mártir que persiguen con calumnias como á pedradas... Quiero que las piedras que le hieran á Vd. me hieran á mí... yo he de estar á sus piés hasta la muerte... ¡Ya sé para qué sirvo yo! ¡Ya sé para qué nací yo! Para esto... Para estar á los piés del mártir que matan á calumnias...

— ¡Silencio! Silencio, Anita... que vuelve esa señora...

El Magistral, que ahora estaba rojo, y tenía los pómulos como brasas, se acercó á la Regenta, le oprimió las manos y dijo ronco, estrangulado por la pasión :

— ¡Ana, Ana!... Sin falta esta tarde... Y ahora á la catedral... junto al altar de la Concepción... en frente del púlpito...

—Hasta la tarde; pero vaya Vd. tranquilo... casi todo lo que tenía que decir... está dicho...

— ¡Pero ese hombre!...

—De ese hombre... nada.

La voz de doña Petronila se había oído cuando el Magistral avisó que llegaba. Hablaba desde lejos la señora de Rianzares que decía :

—Allá va, allá va el señor Magistral, está en mi gabinete solo, repasando su sermón sin duda...

Y entró cuando Ana se volvía un poco para ocultar á su amigo la confusión que él hubiera leído en el rostro de ella, á no haber tenido que atender á doña Petronila que gritaba :

—Vamos, listo, listo... que le esperan... que creo que ha empezado la misa...

El Magistral desapareció por la puerta de la alcoba, por donde había entrado el ama de la casa.

Miró el Gran Constantino á la Regenta y tomándole

la cabeza con ambas manos la besó con estrépito en la frente; y después dijo :

—¡Pero qué hermosísima está hoy esta rosa de Jericó!

—¡Á la catedral, á la catedral!— gritaron los del salón.

Y llegaron Ana y el obispo-madre al trascoro al mismo tiempo que De Pas subía con majestuoso paso al púlpito, donde Ripamilán cantara al comenzar el día el Evangelio de San Lucas.

Buscaron sitio al pié del altar de la Concepción.

—Desde aquí se ve perfectamente—dijo doña Petronila.

É inclinándose hacia Ana, añadió en voz baja y melosa :

—¡Mírele Vd., está hoy lo que se llama hermosísimo ese apóstol de los gentiles! ¡Qué roquete! Parece de espuma... En el nombre del Padre..., del Hijo... y del Espíritu... Santo...





XXIV

PERO, ¿y si él se empeña en que vaya?

—Es muy débil... si insistimos, cederá.

—¿Y si no cede, si se obstina?

—Pero, ¿por qué?

—Porque... es así... No sé quién se lo ha metido por la cabeza, dice que le pongo en ridículo si no voy... Y nos alude... habla del que tiene la culpa de esto... dice que él no es amo de su casa, que se la gobiernan

desde fuera... Y después, que la Marquesa está ya algo fría con nosotros por causa de tantos desaires... ¡qué sé yo!

—Bien, pues si todavía se obstina... entonces... tendremos que ir a ese baile dichoso. No hay que enfadarle. Al fin es quien es. Y el otro ¿anda con él? ¿Tan amigotes siempre?

—Ya se sabe que a casa no le lleva...

—¿Y es de etiqueta el baile?

—Creo... que sí...

—¿Hay que ir escotada?

—Ps... no. Aquí la etiqueta es para los hombres. Ellas van como quieren; algunas completamente *subidas*.

—Nosotros iremos... *subidos* ¿eh?

—Sí, es claro... ¿Cuándo toca la catedral? ¿pasado? pues pasado iré a la capilla con el vestido que he de llevar al baile.

—¿Cómo puede ser eso?...

—Siendo... son cosas de mujer, señor curioso. El cuerpo se separa de la falda... y como pienso ir oscura... puedo llevar el cuerpo a confesar... y veremos el cuello al levantar la mantilla. Y quedaremos satisfechos.

—Así lo espero.

Don Fermín quedó satisfecho del vestido, aunque no de que *fuéramos* al baile. El vestido, según pudo entrever acercando los ojos a la celosía del confesonario, era bastante subido, no dejaba ver más que un ángulo del pecho en que apenas cabía la cruz de brillantes, que Ana llevó también a la Iglesia para que se viera como hacía el conjunto.

Y la Regenta fué al baile del Casino, porque como ella esperaba, don Víctor se empeñó «en que se fuera, y se fué.»

Aquel acto de energía, verdaderamente extraordi-

nario, le hacía pensar al ex-regente, mientras subían la escalera del caserón negruzco del Casino, que él, don Víctor, hubiera sido un regular dictador. «Le faltaba un teatro, pero no carácter. Que lo dijera su mujer, que mal de su grado subía colgada de su brazo, hermosísima, casi contenta, pese á todos los confesores del mundo. Ya no estábamos en el Paraguay: ¡Á él jesuitas!»

Era lunes de Carnaval. El día anterior, el domingo, se había discutido con mucho calor en el Casino si la sociedad abriría ó no abriría sus salones aquel año. Era costumbre inveterada que aquel *circulo aristocrático* (como le llamaba el *Alerta*, á cuyos redactores no se convidaba nunca, porque se empeñaban en asistir de *jaquet*) diese baile, pero jamás de trajes, el Lunes de Carnaval.

—¿Por qué no ha de ser este año como los demás?— preguntaba Ronzal, que acababa de hacerse un frac en Madrid.

—Porque este año el Carnaval está muy desanimado por culpa de los Misioneros, por eso:—respondía Foja, á quien había metido en la Junta directiva don Alvaro.

—La verdad es—dijo el Presidente, Mesía—que nos exponemos á un *desaire*. La mayor parte de las señoritas *comm'il faut* están entregadas en cuerpo y alma á los jesuitas, creo que muchas traen cilicios debajo de la camisa.

—¡Qué horror!— exclamó don Víctor, que estaba presente, aunque no era de la Junta. (Pero por no separarse de Mesía.)

—Sí, señor, cilicios—corroboró Foja.—Amigo, el Magistral no puede tanto. No ha conseguido que sus hijas de confesión usen cilicios y otras invenciones diabólicas.

—Porque tampoco se lo ha propuesto—contestó Ronzal.

Don Alvaro observó que Quintanar se ponía colorado. Le había sabido mal la alusión de Foja. «Sí, aludía á su mujer al hablar del Magistral; con él iba la pulla.»

—Lo cierto es—continuó el ex-alcalde—que nos exponemos á un desaire, como dice muy bien el Presidente. La flor y nata de la *conservaduría*, que son las que animan esto, no vendrá; las conozco bien: ahora se divierten en jugar á las santas. Ahora son místicas... zurriagazo y tente tieso, ja! ja! ja!

—Á mí se me ocurre una cosa—dijo Mesía.—Exploremos el terreno. Hagamos que los socios que tienen relaciones con las familias distinguidas se enteren de si las niñas vienen ó no. Si ellas asisten, las demás, las de reata, vendrán de fijo, *malgré* todos los jesuitas y padres descalzos del mundo.

—¡Magnífico! ¡Magnífico!

—Pues nada, á trabajar, á trabajar.

Cada cual ofreció traer á quien pudiera.

Don Víctor, á quien otra pulla de Foja había picado mucho, no pudo menos de decir:

—Yo, señores... respondo de traer á mi mujer. Esa no baila, pero hace bulto.

—¡Oh, gran adquisición!—dijo un socio; —si doña Ana viene, será un gran ejemplo, porque ella, hace tanto tiempo retirada... oh! será un gran ejemplo.

—Efectivamente. Que se corra que viene la Regenta y se llenará esto con lo mejorcito...

—Señor Quintanar—dijo el ex-alcalde—se le declara á Vd. benemérito del Casino... si consigue traer á su señora la Regenta.

—Pues sí señor que vendrá!... En mi casa, señor Foja, una ligera insinuación mía es un decreto sancionado...

Y don Víctor se fué á casa maldiciendo de la hora en que se le había ocurrido asistir á la Junta.

«¿Por qué habría ofrecido él lo que no había de cumplir?»

«Sin embargo, la palabra era palabra.»

Tiempo hacía que Quintanar no leía á Kempis, ni pensaba ya en el infierno con horror. De su piedad pasajera sólo le quedaba la convicción de que son necesarias las buenas obras además de la fe para salvarse, y la costumbre de persignarse al levantarse, al salir de casa, al dormir, etc., etc. Había vuelto á Calderón y Lope con más entusiasmo que nunca. Se encerraba en su despacho ó en su alcoba y recitaba grandes *relaciones* como él decía, de las más famosas comedias, casi siempre con la espada en la mano. Así le había sorprendido su mujer, sin que él lo supiera nunca, la noche de Noche buena. Verdad es que había cenado fuerte el buen señor y se le había ocurrido celebrar á su modo el Nacimiento de Jesús.

Pero si la propia religiosidad había volado, ó se había escondido en pliegues recónditos del alma, donde él no la encontraba, don Víctor respetaba la piedad ajena.

«No obstante, se decía á sí mismo, animándose al ataque, mi mujer ya no va para santa; respeto como antes su piedad, pero ya no me da miedo; ya es una devota como otras muchas, va y viene, y no se detiene; la novena, la misa, la cofradía, la visita al Santísimo... pero ya no tenemos aquellas encerronas con que á mí asustaba, como si tuviéramos un para-rayos en casa. Ea, pues, me atrevo, se lo digo...»

Y se lo dijo. Se lo dijo cuando acababan de comer. Con gran sorpresa del enérgico marido «que no quería que su casa fuese un nuevo Paraguay» (alusión que no entendió Ana), la esposa no resistió tanto como él esperaba; se rindió pronto. Pero él lo achacó á la propia energía. «Comprende que yo no he de ceder y no se obstina.»

Cuando Ana consultó con el Magistral, en casa de doña Petronila, ya tenía dado su consentimiento. Pero pensaba retirarlo si el canónigo decía *non possumus*.

Todo se arregló, menos la conciencia de Ana que siguió intranquila. «¿Por qué había dicho que sí después de una débil resistencia? ¿Á qué iba ella al baile? Por obedecer á su marido, es claro; pero ¿por qué estaba segura de que meses antes no le hubiera obedecido y ahora sí?»

No lo sabía; no quería saberlo. No quería atormentarse más.

«El baile y ella ¿qué tenían que ver? ¿qué le importaba á ella, á la *hermana* de don Fermín el santo, el mártir, que bailasen ó no las muchachas insulsas de Vetusta en el salón estrecho y largo del Casino? Nada, nada.»

Así pensaba mientras se dejaba peinar por su doncella y con las propias manos sujetaba la cruz de diamantes sobre el fondo blanco de aquel ángulo de carne que el cuerpo subido del vestido oscuro dejaba ver.

Ronzal, de la comisión que recibía á las señoras, se apresuró, en cuanto asomaron los de Quintanar en el vestíbulo, á ofrecer á la Regenta su brazo. ¿Cuál? «el derecho, sin duda el derecho pensó.» Grande fué su pena al notar que Paco Vegallana ofrecía á Olvido Paez que entraba al mismo tiempo, no el brazo derecho, sino el izquierdo. De todos modos entró en el salón triunfante con su pareja... de un minuto. Tuvo tiempo suficiente, sin embargo, para participar del triunfo de Ana. Las conversaciones se suspendieron, las miradas se clavaron en la hija de la italiana. Hubo un rumor de asombro:

- ¡La Regenta!
- ¡La Regenta!
- ¡Quién lo diría!

—¡Pobre Magistral!

—Y qué hermosa!

—Pero qué sencilla!...

Esta exclamación fué de Obdulia.

—¡Qué sencilla, pero qué hermosa...!

—La Virgen de la Silla...

—La Venus del Nilo, como dice Trabuco.

Esto lo dijo Joaquín Orgaz.

El círculo de la nobleza se abrió para acoger en su seno á la *Hija pródiga de la Sociedad*, como acertó á decir el barón de la Barcaza, que *in illo tempore* había estado muy enamorado de Anita, á pesar de la señora baronesa é hijas.

La marquesa de Vegallana, todavía de azul eléctrico, se levantó de su silla de raso carmesí con respaldo de nogal, y abrazó sin que pareciera mal, á su querida Anita.

—Hija, gracias á Dios, creía que era el desaire ciento uno.

La Marquesa también había puesto empeño en que Ana asistiera al baile y á la cena, «que tendría la *elite* en *petit comité*.» Todos estos galicismos los había importado Mesía.

—¡Pero qué divina, Ana, pero qué divina!—le decía á la Regenta cara á cara, y con voz gangosa la hija mayor del Barón, Rudesinda, que, según don Saturnino Bermúdez, era una *belleza ojival*. En efecto, parecía una torrecilla gótica, aunque, por ciertas curvas del busto, sobre todo del cuello, á la marquesa se le antojaba «un caballo de ajedrez.»

Por lo demás, á ella y á sus dos hermanas, las llamaban los plebeyos «Las tres desgracias,» y á su señor padre, barón de la Barcaza, el barón de la *Deuda flotante*, aludiendo al título y á los muchos acreedores del magnate.

Solía esta familia, digna de mejores rentas, pasar

gran parte del año en Madrid, y las niñas (de veintiseis años la menor) cuando estaban en público ante los vetustenses fingían disimular su desprecio de todo lo que les rodeaba. Refugiábanse en el círculo aristocrático, donde también entraban, por especial privilegio, Visitación y Obdulia, pariente de nobles. Las señoritas de la clase media (y cuenta que en Vetusta el gobernador civil y familia entraban en la aristocracia) se vengaban de aquel desdén mal disimulado contándoles los huesos de la pechuga á las del barón y á otras jóvenes aristócratas. Daba la casualidad de que casi todas las niñas nobles de Vetusta eran flacas.

Ana se sentó al lado de la marquesa de Vegallana, única persona que le era simpática entre todas las del carro. Entonces anunciaba la orquesta un rigodón.

Y no fué vana su amenaza; á los dos minutos aquellos violines y violas, clarinetes y flautas, á quien acompañaba en su laboriosa gestación armónica un piano de Erard, comenzaron á llenar el aire con sus acordes, como se prometía decir en *El Lábaro* del día siguiente Trifón Cármenes, el cual había osado preguntar á la hija segunda del barón «si le favorecía.» Mal gesto puso Fabiolita, que así se llamaba, pero una seña de su padre la obligó á favorecer á Trifón, aunque se propuso no contestarle, si él se atrevía á hablar, más que con monosílabos. El barón de la Deuda Flo-tante creía en el poder de la prensa periódica, pero su hija no. Enfrente de esta pareja se colocó el resplandeciente Ronzal, el gallardo Trabuco, diputado de la comisión y miembro de la Junta Directiva del Casino. La pechera que lucía Ronzal no podía ser más brillante. Estaba él orgulloso de aquella pechera, de aquel frac madrileño, de aquellas botas sin tacones que eran la última moda, lo más *chic*, como ya empezaba á decirse en Vetusta. Pero no estaba tan satisfecho de sus conocimientos y habilidad en el *arte de Terpsicore* (otra fra-

se que Trifón se proponía emplear). Tenía á su lado Trabuco, como pareja, á Olvido Páez, que no le miraba siquiera. Pero él no pensaba en esto, pensaba en que, según veía, tarde ya, le tocaba romper la marcha; su *bis á bis* era Trifón y Trifón había empezado á ponerse en movimiento. Trabuco sudaba antes de haber motivo para ello. Á cada momento se metía los dedos de la mano derecha entre el cuello de la camisa y lo que él llamaba *mi pescuezo* cuando «apostaba la cabeza» por cualquier cosa. Aquel movimiento le parecía muy elegante y sobre todo era muy socorrido. Mientras la de Páez daba á entender con su aire melancólico y aburrido que su reino no era de este mundo, y que Ronzal había hecho demasiado atreviéndose á invitarla á bailar, el diputado ponía los cinco sentidos en no equivocarse, en no pisar el vestido ni los piés á ninguna señorita y en imitar servilmente las idas y venidas y las genuflexiones de Trifón. Mal poeta era Cármenes, pero el rigodón lo conocía muy á fondo. Bien se lo envidiaba Ronzal. La de Páez y la del barón al pasar cerca una de otra se sonreían discretamente, como diciendo: —¡Vaya todo por Dios! ó bien ¡qué par de cursis nos han tocado en suerte! Pero Ronzal, como si cantaran; pensaba en la pechera, en el cuello de la camisa, y en las colas de los vestidos. Á su derecha tenía Trabuco á Joaquín Orgaz que hablaba sin cesar con su pareja, una americana muy rica y muy perezosa. Como el salón era estrecho y las costumbres vetustenses un poco descuidadas, las parejas, mientras no les tocaba moverse, se sentaban en la silla que tenían detrás de sí muy cerca. Ronzal, que no podía sentarse, porque no tenía dónde, pensaba que aquello era una corrupción, y era verdad. La de Páez y la del barón apenas se tenían en pié; se dejaban caer sobre su silla respectiva, como si cada figura del rigodón fuera un viaje al rededor del mundo.

Después del rigodón vino un wals. Ronzal se retiró á fumar un cigarro de papel. Él no bailaba wals, no había podido aprender nunca. Todas las puertas del salón estaban atestadas de socios... que no tenían frac. Un frac en Vetusta suponía *cierta posición*. Muchos *pollos* se figuraban que semejante prenda exigía la fortuna de un Montecristo.

Y como el baile era de etiqueta, la más florida juventud se quedaba á la puerta. Unos fingían desdeñar el ridículo placer de dar vueltas por allí como una peonza... *para nada*. Otros hacían alardes de desidia, de escepticismo, de cualquier cosa que fuera incompatible con el frac, según ellos. Y algunos, más ingenuos, confesaban la penuria de su presupuesto, maldecían de las exigencias sociales... y se reservaban para «última hora.» Porque á última hora bailaban, pese á Ronzal, los de levita, los de *jacquet* y hasta los de cazadora. «¡No faltaba más!»

Saturnino Bermúdez, que tenía frac, y clac y todo lo necesario, llegó un poco tarde al salón. Se detuvo en una puerta... y... tembló. No podía remediarlo... La emoción de entrar en los salones en día solemne era para él semejante á la de echarse al agua. Y en efecto, cualquier observador hubiera dicho que aquel hombre creía estar en aquel umbral á la orilla del océano. Contestaba Saturno con sonrisas muy corteses á las bromas de los envidiosos sin frac que le decían :

—Vamos, hombre, láncese V., valor!

—Ya... ya... voy... no si... ya voy...

Y sujetó bien los guantes, y se arregló el lazo de la corbata, y se aseguró de que el pañuelo estaba en su sitio, y... también pasó dos dedos por la tirilla de la camisola. Por último... á la una, á las dos... (á las dos se compuso el peinado con los dedos, sin recordar que traía la cabeza como un recluta) y después de este ademán automático, muy frecuente en los que van á arro-

jarse al baño de cabeza... después de esto ¡al agua! Saturno entra en el salón, saludando á diestro y siniestro, y aunque parece que su propósito es enterarse de quién está allí, en el *fuero interno* bien sabe él que lo que busca es un rincón de un diván ó una silla, que le sirva de puerto en aquella arriesgada navegación por los mares del *gran mundo*. Pero poco á poco se acostumbra al agua, es decir, al salón, y ya está allí muy tranquilo, y baila y dice galanterías en unos párrafos tan largos y complicados, que nadie se los agradece.

Ana al principio tenía sueño. Eran las doce. No pensaba más que en lo que pasaba ante sus ojos. No quería reflexionar. Al entrar en el Casino se había dicho: «¿Se acercará don Alvaro á saludarme?» Y había sentido miedo y estuvo tentada á fingirse enferma para volver á casa. Pero aquella idea pasó. Alvaro no acababa de parecer por allí. La Marquesa hablaba como una cotorra. Anita contestaba con sonrisas... De pronto apareció Visitación la del Banco, que vestía un traje de organdi con flores de trapo por arriba y por abajo. El escote era exagerado.

— Chica, vienes escandalosa — le dijo la Marquesa, mientras le mordía la cara al besarla, para apagar así la risa.

Visita miró como pudo hacia donde había mirado doña Rufina, y contestó sin turbarse:

—Bah, no me parece! Pero no sería extraño, porque ni tiempo he tenido para mirarme al espejo... ¡Aquellos demonios de hijos! Su padre que no tiene energía, que no sabe engañarlos!... no me los podía quitar de encima. ¿Pero Ana, qué es esto? tú aquí? pero feísima mía, qué es esto? qué bula tenemos?...

Y al decir esto estaba ya la del Banco con los brazos abiertos frente á la Regenta, y chocaban las rodillas de una dama con las de la otra.

La que estaba de pié inclinaba el cuerpo hacia atrás.

Media hora después, Visita, un poco escondida detrás del cortinaje de un balcón, refería una historia á la Regenta, que la oía atenta, vuelta hacia el rincón de su amiga.

El baile se animaba, la maledicencia y los recelos ridículos de la etiqueta fría é irracional de nobles y plebeyos codeándose, dejaban el puesto á otros vicios y pasiones. Ronzal ya no parecía á la de Páez un *hombre tosco*, sino un hombre; las del barón se humanizaban, las niñas de *la clase media* olvidaban los huesos que enseñaba la nobleza, y pensaban en la alegría ambiente, se entregaban al baile con furor invencible, como ansiando beber en aquella atmósfera perfumada, demasiado perfumada tal vez, el licor desconocido que pudiera saciar sus vagos anhelos. Las cursis, si eran bonitas, ya no parecían cursis; ya no se pensaba en la *reina del baile*, en el *mejor traje*, en las joyas más ricas; la juventud buscaba á la juventud, algo de amor volaba por allí; ya había miradas de fuego, sonrisas perezosas que presentían imposibles, celos dramáticos que daban al conjunto un tono de grandeza. Las niñas más recatadas, y hasta las más parecidas á muñecas de resorte, hacían pensar en la mujer que traían debajo de aquellos vestidos vulgares y de aquella educación falsa y desabrida.

Ana, á las dos de la mañana se levantó de su silla por vez primera y consintió en dar una vuelta por el salón, en un intermedio del baile. Visita iba á su lado callada, pensativa, satisfecha de lo que acababa de hacer. Había referido á la Regenta la historia de don Alvaro desde principios del verano pasado hasta la fecha. La del Banco echaba fuego por ojos y mejillas. Saboreaba el triunfo de su elocuencia. Ana disimulaba mal la impresión viva y profunda que le causaron las palabras de su amiga. «¡Don Alvaro había vencido la virtud de la *ministra*, había sido su amante todo el

verano en Palomares... y después se había burlado de ella, no había querido seguirla á Madrid.» Esta era en resumen la historia. Y el final así, lo recordaba Ana palabra por palabra:

« Cuando Alvaro me lo contó todo, había dicho Visita, le pregunté, porque ya sabes que nos tratamos con mucha confianza, pues bien, le pregunté :

« Pero, chico, ¿ cómo diablos dejaste á esa mujer siendo tan hermosa, influyente... y tan lista como dices ?
¿ Por qué no seguirla á Madrid ?

Y Alvaro me contestó muy triste, ya sabes que cara pone cuando habla así, me contestó :

« Pche... para amoríos basta el verano. El invierno es para el amor verdadero. Además, la ministra, como tú la llamas, á pesar de todos sus encantos no consiguió lo que yo quería... hacerme olvidar... lo que no te importa. Y después de suspirar como tú sabes que él suspira, añadió Alvaro : ¿ Dejar á Vetusta ? Ay, no, eso no... Y chica, palabra de honor, le dió un temblorcico así como un escalofrío... Ya ves, dijo luego, queriendo sonreír, me ofrecían un distrito, un distrito de cunero, *sine cura* admirable, (*sine cura*, dijo)... apetitoso bocado... pero, ¡ qué !... yo estoy atado á una cadena... y la beso en vez de morderla. Y me apretó la mano, chica, y se fué yo creo que para que no le viera llorar. »

Esto era lo más sustancial de las confidencias de Visita. Ana saludaba á diestro y siniestro, hablaba con muchos amigos, pero no pensaba más que en aquella confesión de don Alvaro. « De que era verosímil respondían el efecto que su presencia, la de Ana, había producido aquella noche en el Casino... Ahora, ahora mismo, mientras se paseaba, llegaba á sus oídos el rumor dulce, más dulce que todos los rumores, de la alabanza contenida, de la admiración estupefacta... de la galantería sincera y discreta... ¿ Por qué don Alvaro

no había de estar tan enamorado como la historia de Visita daba á entender?»

— Oye, tú—dijo la del Banco, volviéndose de repente á la Regenta—¿quién será esa cadena?

—¿Qué cadena?—preguntó con voz temblorosa Anita.

—Bah, la que sujeta á Mesía, la mujer que le tiene enamorado de veras. ¡Ah infame! quien tal hizo que tal pague... Pero ¿quién será?

—Qué... sé yo...

—¿Te atreverías tú á preguntárselo?

—Dios me libre.

—Debe de ser casada...

—¡Jesús!

—Mira, esta noche le voy á sentar junto á ti, á ver, si después de la cena se atreve á decírtelo... Pregúntaselo tú misma...

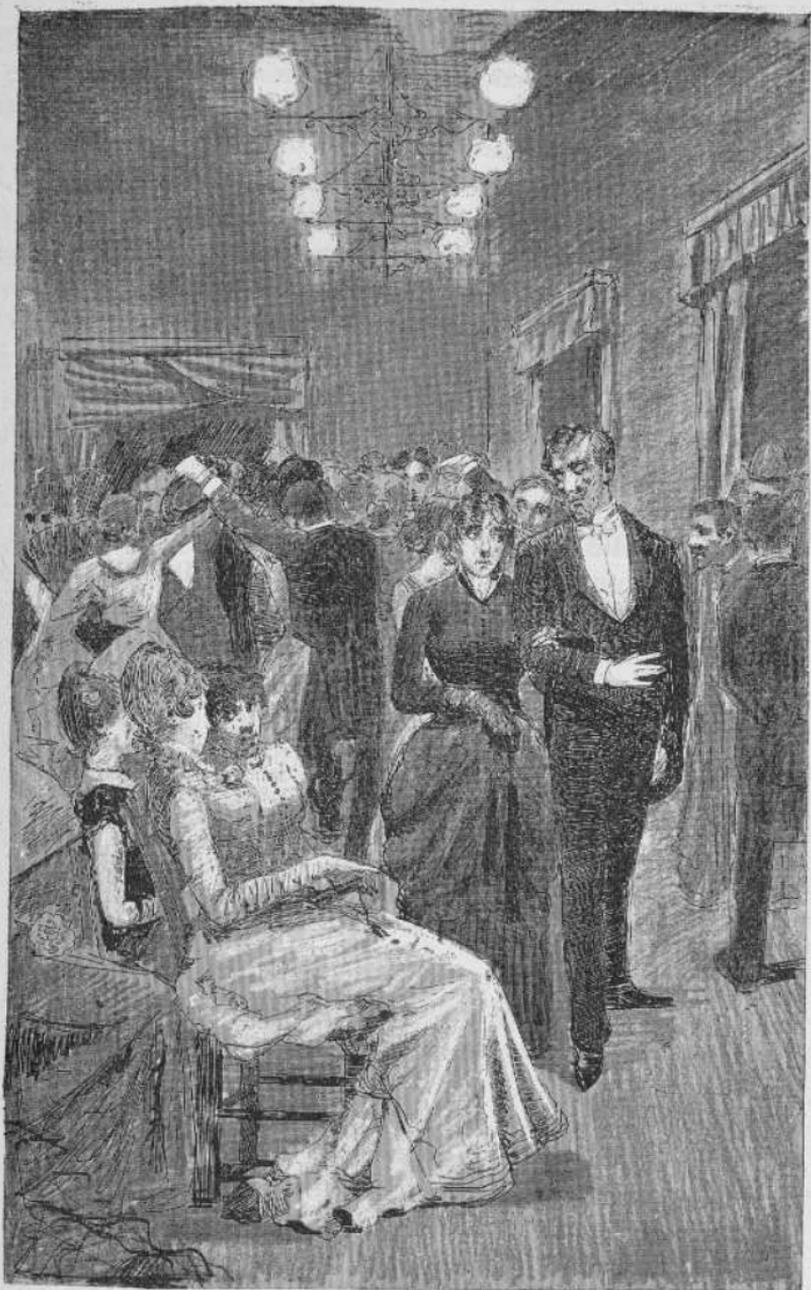
—¡Visitación! tú estás loca...

—Ja, ja, ja... ahí le tienes... ahí le tienes... Ya me contarás...

La de Olías de Cuervo soltó el brazo de Ana y desapareció entre los grupos que dificultaban el tránsito por el salón estrecho.

La Regenta vió enfrente de sí á don Álvaro, del brazo de Quintanar, su inseparable amigo.

El frac, la corbata, la pechera, el chaleco, el pantalón, el clac de Mesía, no se parecían á las prendas análogas de los demás. Ana vió esto sin querer, sin pensar apenas en ello, pero fué lo primero que vió. Se le figuraban ya todos los caballeros que andaban por allí, don Víctor inclusive, criados vestidos de etiqueta; todos eran camareros, el único señor Mesía. De todas maneras estaba bien don Álvaro; de frac era como mejor estaba. En todas partes parecía hermoso, dominaba á todos con su arrogante figura; allí, en el baile, debajo de aquella araña de cristal, que casi tocaba con



la cabeza, era más elegante, más bizarro, más airoso que en cualquier otro sitio. El baile animado, ardiendo de voluptuosidad fuerte y disimulada, era el cuadro propio para servir de fondo á la figura que ella, la pobre Ana, había visto tantas veces en sueños.

Todo esto pasó por el cerebro de la Regenta mientras Mesía, sin ocultar la emoción que le ponía pálido, se inclinaba con gracia, y alargaba timidamente una mano.

Antes que ella quisiera, Ana sintió sus dedos entre los del enemigo tentador... Debajo de la piel fina del guante la sensación fué más suave, más corrosiva. Ana la sintió llegar como una corriente fría y vibrante á sus entrañas, más abajo del pecho. Le zumbaron los oídos, el baile se transformó de repente para ella en una fiesta nueva, desconocida, de irresistible belleza, de diabólica seducción. Temió perder el sentido... y sin saber cómo, se vió colgada de un brazo de Mesía... Y entre un torbellino de faldas de color y de ropa negra, oyendo á lo lejos la madera constipada de los violines y los chirridos del bronce, que á ella se le antojaba música voluptuosa, pudo comprender que la arrastraban fuera del salón. Gritaba la Marquesa, reía á carcajadas Obdulia, sonaba la voz gangosa de una hija del Barón... y atrás quedaba el ruido del wals que comenzaba.

«¿ Á dónde la llevaban? » Á cenar.

—Á cenar, hija mía—le dijo al oído Quintanar.—¡ Y por Dios, Anita, que no se te ocurra negarte... sería un desaire!...

La marquesa de Vegallana y su tertulia, más las del barón de la Barcaza y Pepe Ronzal cenaron en el gabinete de lectura. Todo fué cosa de Trabuco. Convide-sele, había dicho Mesía y la vanidad satisfecha le inspirará maravillas. En efecto Ronzal, abusando de su cargo en la junta directiva, acaparó lo mejor del res-

taurante, tomó por asalto el gabinete de lectura, quitó periódicos de la mesa y puso manteles, cerró con llave la puerta, hizo que entrara el servicio por una de escape que estaba cerca del armario de libros, y allí pudo cenar la flor y nata de la nobleza vetustense con sus paniaguados y amigos de confianza. Obdulia se encargó desde el primer momento de premiar el celo y la actividad de Trabuco, que estaba loco de contento. Todas las damas le felicitaron por su energía para cerrar aquello con llave y por el buen gusto de la mesa. Los ojos montaraces le echaban chispas, pero no se movían. Obdulia le sentó á su lado. ¡Feliz Ronzal aquella noche!

Ana se encontró sentada entre la Marquesa y don Álvaro. En frente don Víctor, un poco alegre, fingía enamorar á Visitación y recitaba versos de sus poetas adorados y repetía hasta parecer un martillo:

¿Qué delito cometí
para odiarme, ingrata fiera?
quiera Dios... pero no quiera
que te quiero más que á mí.

—Por Dios y por las once mil... cálese Vd., Quintanar—decía la Marquesa.

Pero el otro continuaba, siempre declamando para su Visitación:

En fin, señora, me veo
sin mí, sin Dios y sin vos,
sin vos porque no os poseo...

*no os poseo
sin Dios porque estoy
sin mí porque estoy sin vos*

Y Visitación le tapaba la boca con las manos.

—¡Escandaloso, escandaloso! gritaba.

Las de la Deuda Flotante sonreían y se miraban como diciéndose:—¡Buena sociedad la de la Marquesa!

El Marqués le decía en tanto al Barón:

—¡ Como estamos en confianza!...

—¡ Oh, perfectamente, perfectamente!

Y buscaba el de la Barcaza una silla junto á una jamaña aristócrata que estaba sola.

Paco tenía otra vez en Vetusta á su prima Edelmira y «le hacía el amor por todo lo alto», aunque á su madre no le gustaba, porque era feo engañar á una prima.

Joaquín Orgáz había prometido cantar *por lo flamenco* á los postres.

La cena era breve pero buena, platos fuertes, buen Burdeos, buena Champaña; en fin, como decía el Marqués, primero mar y pimienta, después fantasía y alcohol.

Todos, las baronesas inclusive, se reían de los plebeyos que allá fuera seguían bailando y tenían que contentarse con los helados que se servían sobre las mesas de billar.

De vez en cuando daban golpes en la puerta por fuera.

—¿ Quién está ahí?—gritaba Ronzal con su alabada energía.

—Mi abrigo... café con leche... tengo ahí dentro mi abrigo...

—Ja, ja, ja...—contestaban los de dentro.

—¡ Está esto que arde!—le decía Joaquín Orgaz á una niña del barón, que sonreía y miraba al techo.

«Sí ardía aquello, pero sin faltar á las reglas del buen tono vetustense, decía el Marqués al Barón, que estaba ya como un tomate y cada vez más cerca de la jamaña.

La Marquesa tenía sueño, pero así y todo le gustaba la broma.

—Así debiera ser siempre—le decía á Saturnino que estaba decidido á emborracharse para no desentonar. —Este poblachón se va poniendo lo más soso. ¿Verdad, pollo?

—So... sí... sí... mo...—Saturno bebió una copa de champaña acto continuo. Lo de pollo le había halagado.

Á la Marquesa se le ocurrió el disparate, tal vez sugerido por las nieblas del sueño, de mirar muy fijamente á Bermúdez, y ponerle unos ojos que ella sabía que *in illo tempore* mareaban á cualquiera.

—¿Por qué no se casa Vd. ?—preguntó doña Rufina seria y melancólica, al parecer.

Bermúdez sostuvo la mirada de la ilustre dama y olvidó por un momento los cincuenta años de la Marquesa. Suspiró... y en seguida se le subió la champaña á las narices, tosió, se puso casi negro, medio asfixiado y la Marquesa tuvo que darle palmadas en la espalda.

Cuando Saturnino volvió en sí, la de Vegallana tenía los ojos cerrados y sólo los abría de tarde en tarde para mirar á la Regenta y á Mesía.

¡El idilio senil con que soñó un instante Bermúdez se había deshecho... y eso que él ya se había acordado de Ninón de Leñclós para justificar á los ojos del mundo unas relaciones con doña Rufina.

En tanto don Alvaro le estaba refiriendo á Ana la misma historia que ella había oído ya á Visita, aunque en forma muy distinta.

No había podido la Regenta resistir á la tentación de preguntarle si se había divertido mucho aquel verano...

Mesía vió el cielo abierto en aquella pregunta.

Supo *hacerse el interesante*, lo cual poco trabajo le costaba tratándose de Ana, que cada día iba descubriendo en él, aun sin verle, más encantos diabólicos.

El ruido, las luces, la algazara, la comida excitante, el vino, el café... el ambiente, todo contribuía á embotar la voluntad, á despertar la pereza y los instintos de voluptuosidad... Ana se creía próxima á una asfixia

moral... Encontraba á su pesar una delicia intensa en todos aquellos vulgares placeres, en aquella seducción de una cena en un baile, que para los demás era ya goce gastado... Sentía ella más que todos juntos los efectos de aquella atmósfera envenenada de lascivia romántica y señoril, y ella era la que tenía allí que luchar contra la tentación. Había en todos sus sentidos la irritabilidad y la delicadeza de la piel nueva para el tacto. Todo le llegaba á las entrañas, todo era nuevo para ella. En el *bouquet* del vino, en el sabor del queso Gruyer, en las chispas de la champaña, en el reflejo de unos ojos, hasta en el contraste del pelo negro de Ronzal y su frente pálida y morena... en todo encontraba Anita aquella noche belleza, misterioso atractivo, un valor íntimo, una expresión amorosa...

—¡Qué colorada está Anita!—le decía Paco á Visitación por lo bajo.

—Claro, de un lado la pone así la proximidad de Alvaro.

—¿Y del otro?

—Del otro la ponen así... las majaderías de su esposo que me está dando jaqueca.

En efecto, estaba inaguantable don Víctor con sus versos, por buenos que fueran.

Alvaro, en cuanto vió á la Regenta en el salón, sintió lo que él llamaba la corazonada. *Aquella cara*, aquella palidez repentina le dieron á entender que la noche era suya, que había llegado el momento de arriesgar algo.

Nunca había desistido de conquistar aquella plaza.

¡No faltaba más! Pero comprendiendo que mientras reinase en el corazón de Ana lo que él llamaba el misticismo erótico (era tan grosero como todo esto al pensar) no podría adelantar un paso, se había retirado, había levantado el campo hasta mejor ocasión. Además, esperaba que la ausencia, la indiferencia fingida

y la historia de sus amores con la *ministra* le preparaban el terreno.

«Por supuesto, concluía, siempre y cuando que la fortaleza no se haya rendido al caudillo de la iglesia. Si el Magistral es aquí el amo... entonces no tengo que esperar nada... y además, ya no vale tanto la victoria.»

«Sin buscar él la ocasión, se la ofrecía aquella noche: le habían puesto á la Regenta á su lado... la co-razonada le decía que adelante... pues adelante. Lo primero que quería averiguar era lo del *otro*, si el Magistral mandaba allí.»

En su narración tuvo que alterar la verdad histórica, porque á la Regenta no se le podía hablar francamente de amores con una mujer casada («tan atrasada estaba aquella señora»), pero vino á dar á entender, como pudo, que él había despreciado la pasión de una mujer codiciada por muchos... porque... porque... para el hijo de su madre los amoríos ya no eran ni siquiera un pasatiempo, desde que el amor le había caído encima del alma como un castigo.

El rostro de la dama al decir Mesía aquello y otras cosas por el estilo, todas de novela perfumada, le dejó ver al gallo vetustense que el Magistral no era dueño del corazón de Anita. Pero como en la anatomía humana nos encontramos con muchos más órganos que el corazón, Mesía no se dió por satisfecho, porque pensó: «Suponiendo que Ana esté enamorada de mí, necesito todavía saber si la carne flaca no me ha buscado un sucedáneo.»

No, don Alvaro no se hacía ilusiones. Á esta modestia material y grosera le obligaba su filosofía, que cada vez le parecía más firme.

Ana sintió que un pié de don Álvaro rozaba el suyo y á veces lo apretaba. No recordaba en qué momento había empezado aquel contacto; mas cuando puso en

él la atención sintió un miedo parecido al del ataque nervioso más violento, pero mezclado con un placer material tan intenso, que no lo recordaba igual en su vida. El miedo, el terror era como el de aquella noche en que vió á Mesía pasar por la calle de la Traslacercas, junto á la verja del parque; pero el placer era nuevo, nuevo en absoluto y tan fuerte, que la ataba como con cadenas de hierro á lo que ella ya estaba juzgando crimen, caída, perdición.

Don Alvaro habló de amor disimuladamente, con una melancolía bonachona, familiar, con una pasión dulce, suave, insinuante... Recordó mil incidentes sin importancia ostensible que Ana recordaba también. Ella no hablaba pero oía. Los piés también seguían su diálogo; diálogo poético sin duda, á pesar de la piel de becerro, porque la intensidad de la sensación engrandecía la humildad prosáica del contacto.

Cuando Ana tuvo fuerza para separar todo su cuerpo de aquel placer del roce ligero con don Álvaro, otro peligro mayor se presentó en seguida: se oía á lo lejos la música del salón.

—¡ Á bailar, á bailar !—gritaron Paco, Edelmira, Obdulia y Ronzal.

Para Trabuco era el paraíso aquel baile que él llamó clandestino, allí, entre los mejores, lejos del vulgo de la clase media...

Se entreabrió la puerta para oír mejor la música, se separó la mesa hacia un rincón, y apretándose unas á otras las parejas, sin poder moverse del sitio que tomaban, se empezó aquel baile improvisado.

Don Víctor gritó :

—Ana ¡ á bailar ! Álvaro, cójala Vd...

No quería abdicar su dictadura el buen Quintanar; don Álvaro ofreció el brazo á la Regenta que buscó valor para negarse y no lo encontró.

Ana había olvidado casi la polka ; Mesía la llevaba

como en el aire, como en un rapto; sintió que aquel cuerpo macizo, ardiente, de curvas dulces, temblaba en sus brazos.

Ana callaba, no veía, no oía, no hacía más que sentir un placer que parecía fuego; aquel goce intenso, irresistible, la espantaba; se dejaba llevar como cuerpo muerto, como en una catástrofe; se le figuraba que dentro de ella se había roto algo, la virtud, la fe, la vergüenza; estaba perdida, pensaba vagamente...

El Presidente del Casino en tanto, acariciando con el deseo aquel tesoro de belleza material que tenía en los brazos, pensaba... «¡Es mía! ese Magistral debe de ser un cobarde! Es mía... Este es el primer abrazo de que ha gozado esta pobre mujer.» ¡Ay sí, era un abrazo, disimulado, hipócrita, diplomático, pero un abrazo para Anita!

—¡Qué sosos van Álvaro y Ana!—decía Obdulia á Ronzal, su pareja.

En aquel instante Mesía notó que la cabeza de Ana caía sobre la limpia y tersa pechera que envidiaba Trabuco. Se detuvo el buen mozo, miró á la Regenta, inclinando el rostro y vió que estaba desmayada. Tenía dos lágrimas en las mejillas pálidas, otras dos habían caído sobre la tela almidonada de la pechera. Alarma general. Se suspende el baile clandestino, don Víctor se aturde, ruega á su esposa que vuelva en sí... se busca agua, esencias... llega Somoza, pulsa á la dama, pide... un coche. Y se acuerda que Visita y Quintanar lleven á aquella señora á su casa, bien tapada, en la berlina de la Marquesa. Y así fué. En cuanto Ana volvió en sí, pidiendo mil perdones por haber turbado la fiesta, don Víctor, de muy mal humor, ya sin miedo, la llenó el cuerpo de pieles, la embozó, se despidió de la amable compañía y con la del Banco se llevó á la Regenta á la cama.

«¡El humo! ¡el calor, la falta de costumbre, la polka

después de cenar, las luces !... Cualquier cosa, en fin, aquello no valía nada. Podía continuar la fiesta.» Y continuó. Los del salón se habían enterado. «Á la Regenta le había dado el ataque.» «La habían hecho bailar á la fuerza.» Pero pronto se olvidó el incidente para comentar la conducta de aquellas señoras y caballeros que se encerraban en el gabinete de lectura á cenar y bailar como si el Casino no fuese de todos...

Á las seis de la madrugada, al despedirse Paco de Mesía con un apretón de manos, á la puerta del Casino, el Marquesito exclamó :

—¡ Bravo ! ¡ Al fin ! ¿ Eh ?

Mesía tardó en contestar ; se abrochó su gabán entallado de color de ceniza, hasta el cuello ; se apretó á la garganta un pañuelo de seda blanco, y al cabo dijo :

—Ps... Veremos.

Llegó á su casa, la fonda ; llamó al sereno que tardó en venir ; pero en vez de reñirle como solía, le dió dos palmadas en el hombro y una propina en plata.

—¡ Qué contento viene el señorito... ¿ Del baile, eh ?

—Señor Roque, del baile...

Y al acostarse, al dejar en una percha una prenda de abrigo interior, de franela, murmuró á media voz don Álvaro, como hablando con el lecho, á cuyo embozo echaba mano :

—¡ Lástima que la campana me coja un poco viejo !...





XXV

AL día siguiente Gloucester delante del Magistral, sin compasión, refería en la catedral todo lo que había sucedido en el baile. «La aristocracia se había encerrado en un gabinete, en el gabinete de lectura, para cenar y bailar, y doña Ana Ozores, la mismísima Regenta que viste y calza, se había desmayado en brazos del señor don Alvaro Mesía.»

El Magistral que no había dormido aquella noche, que esperaba noticias de Ana con fiebre de impaciencia, dió media vuelta como un recluta; era la primera vez que el puñal de Gloucester, aquella lengua, le llegaba al corazón. Pálido, temblorosa la barba hasta que la sujetó mordiendo el labio inferior, don Fermín miró á su enemigo con asombro y con una expresión de dolor que llenó de alegría el alma torcida del Arcediano. Aquella mirada quería decir «venciste, ahora sí, ahora me ha llegado á las entrañas el veneno.» De Pas estaba pensando que los miserables, por viles, débiles y necios que parezcan, tienen en su maldad una grandeza formidable. «¡Aquel sapo, aquel pedazo de sotana podrida, sabía dar aquellas puñaladas!» Después don

Fermín se acordó de su madre; su madre no le había hecho nunca traición, su madre era suya, era la misma carne; Ana, la otra, una desconocida, un cuerpo extraño que se le había atravesado en el corazón...

Sin disimular apenas, disimulando muy mal su dolor que era el más hondo, el más frío y sin consuelo que recordaba en su vida, salió De Pas de la sacristía, y anduvo por las naves de la catedral vacilante, sin saber encontrar la puerta. Ignoraba á dónde quería ir, le faltaba en absoluto la voluntad... y al notar que algunos fieles le observaban, se dejó caer de rodillas delante del altar de una capilla. Allí estuvo meditando lo que haría. ¿Ir á casa de la Regenta? Absurdo. Sobre todo tan temprano. Pero su soledad le horrorizaba... tenía miedo del aire libre, quería un refugio, todo era enemigo. «Su madre, su madre del alma.» Salió del templo, corrió, entró en su casa. Doña Paula barriá el comedor; un pañuelo de percal negro le ceñía la cabeza sobre la plata del pelo espeso y duro, como un turbante.

—¿Vienes de coro?

—Sí señora.

Doña Paula siguió barriendo.

Don Fermín daba vueltas al rededor de la mesa, al rededor de su madre. «Allí estaba el consuelo único posible, allí el regazo en que llorar... allí la única compasión verdadera, allí el único contagio posible de la pena; aquel veneno que á él le mataba sólo sería veneno, saliendo de él, para su madre. El deseo de partir el dolor le apretaba la garganta con angustias de muerte... Y no podía, no podía hablar... Era una crueldad de su madre no adivinar los tormentos del hijo. Doña Paula le miraba como los demás, como la gente con que había tropezado en la calle, sin conocer que moría desesperado. ¡Y no podía él hablar!»

—¿Qué tienes, hombre? ¿qué haces aquí? te estoy llenando de polvo la ropa nueva...

Don Fermín salió del comedor. Entró en el despacho. Teresina hacía la cama del señorito. No le oyó entrar porque cantaba y la hoja del jergón sacudida le llenaba de estrépito los oídos. El señorito, como huyendo, salió del despacho también. Salió de casa. Llegó á la de doña Petronila Rianzares. «La señora estaba en misa.» Esperó paseando por la sala, con las manos á la espalda unas veces, otras cruzadas sobre el vientre. El gato pulcro y rollizo entró y saludó á su amigo con un conato de quejido. Y se le enredó en los piés, haciendo eses con el cuerpo. «Parecía que el gato sabía ya algo de aquella traición.» El sofá donde solía sentarse Ana llamó al Magistral con la voz de los recuerdos. En un extremo del asiento había un muelle algo flojo, la tela estaba arrugada; allí se sentaba ella. De Pas se sentó en la butaca al lado de aquella tela floja. Cerró los ojos, y una pereza de vivir que parecía sueño ó sopor le embargó el ánimo. Quería detener el tiempo. Ya deseaba que tardase en volver doña Petronila: le asustaba la actividad, tenía miedo de cualquier resolución; todo sería peor. La muerte ya estaba en el alma. Los recuerdos lejanos bullían en el cerebro, como preparándose á bailar la danza macabra del delirio de la agonía. Sintió el olor de una rosa muy grande que Ana oprimía contra los labios de su buen amigo, de su hermano mayor; la música de las palabras se mezclaba con el aroma de la flor en mística composición... «Ay, sí, amor, y buen amor era todo aquello... Era *un enamorado*; el amor no era todo lascivia, era también aquella pena del desengaño, aquella soledad repentina, aquel dolor dulce y amargo, todo junto, capaz de redimir la culpa más grave. Deber... sacerdocio... votos... castidad... todo esto le sonaba ahora á hueco; parecían palabras de una comedia. Le habían engañado, le habían pisoteado el alma, esto era lo cierto, lo positivo, esto no lo habían inventado obispos

viejos ; el mundo, el mundo era el que le daba aquella enseñanza. Ana era suya, esta era la ley suprema de justicia. Ella, ella misma lo había jurado ; no se sabía para qué era suya, pero lo era...» El Magistral se puso en pié de repente ; el tiempo volaba, lo acababa de sentir él como un bofetón ; podían estar conspirando los otros con el tiempo y contra él ; tal vez estaban juntos ya á aquellas horas... «¡Infame, infame! y le había ido á enseñar la cruz de diamantes á la capilla... para que viese el traje en que le iba á deshonorar... sí á deshonorar... él era allí el dueño, el esposo, el esposo espiritual... don Víctor no era mas que un idiota incapaz de mirar por el honor propio, ni por el ageno... ¡Aquello era la mujer !»

Salió al pasillo y gritó :

—¿ Vino doña Petronila ?

—Ahora llama, contestaron.

Entró la de Rianzares. Don Fermín le cortó el saludo en la boca.

— Ahora mismo hay que llamarla—dijo.

—¿ Á quién... á Ana ?

—Sí, ahora mismo.

Don Fermín volvió á sus paseos. No quería conversación. La de Rianzares, sierva de aquel hombre, calló y entró en el gabinete.

Pasó media hora. Sonó la campanilla de la puerta. Ana vió al Gran Constantino que abría.

—¿ Qué pasa ?

—Don Fermín.... ahí en la sala...

—¡Ah!... me alegro.

Entró la Regenta y doña Petronila se fué hacia la cocina, al otro extremo de la casa. «Si llaman, que no estoy,» dijo á la criada. Y pasó al oratorio que tenía cerca de su alcoba.

De Pas vió á la Regenta más hermosa que nunca ; en los ojos traía fuego misterioso, en las mejillas el color

del entusiasmo, de las conferencias íntimas, espirituales; una aureola de una gloria desconocida para él parecía rodear á aquella mujer que encerraba en el breve espacio de un contorno adorado todo lo que valía algo en la vida, el mundo entero, infinito, de la pasión única.

—¿Qué es esto?—dijo, ronco de repente, don Fermín, plantado, como con raíces, en medio de la sala.

—Lo que yo quería, que nos viéramos en seguida. Yo estoy loca; esta noche creí que me moría... ayer... hoy... no sé cuándo... Estoy loca...

Se ahogaba al hablar...

De Pas sintió una lástima que le pareció vergonzosa.

—Ya lo sé todo; no necesito historias...

—¿Qué es todo?

—Lo de ayer... lo de hoy... El baile, la cena; ¿qué es esto, Ana, qué es esto?...

—¡Qué baile! ¡qué cena! no es eso... Me emborracharon... qué sé yo... pero no es eso... Es que tengo miedo... aquí, Fermín, aquí, en la cabeza... ¡Tener lástima de mí! ¡Que tenga alguno lástima de mí! Yo no tengo madre... Yo estoy sola...

«Era verdad, no tenía madre como él, estaba más sola que él.» Entonces el amor de don Fermín sintió la lástima inefable que sólo el amor puede sentir; se acercó á la Regenta, le tomó las manos.

—Á ver, á ver, ¿qué ha sido? á mí me han dicho... pero qué ha sido... á ver...—decía la voz trémula y congijosa del Magistral.

Ana, entre sollozos, refirió lo que podía referir de sus angustias, de sus miedos, de sus tormentos, de aquellas horas de fiebre. «Después que se vió en su lecho, mil espantosas imágenes la asaltaron entre los recuerdos confusos del baile... Creyó que volvía á caer de repente en aquellos pozos negros del delirio en que se sentía sumergida en las noches lúgubres de su en-

fermedad... Después la idea del mal que había hecho la había horrorizado...» Y Ana se interrumpía al ver al Magistral quedarse lívido, y como rectificando añadía, «el mal... es decir... el no haber sido bastante buena...» La enfermedad había sido una lección, una lección olvidada, y aquella mañana, al sentir en el lecho la misma flaqueza, aquel desgajarse de las entrañas, que parecían pulverizarse allá dentro, aquel desvanecerse la vida en el delirio... la conciencia había visto, como á la luz de un fogonazo, horrores de vergüenza, de castigo, el espejo de la propia miseria, el reflejo del cieno triste que se lleva en el alma... y después... la locura, sin duda la locura... un dudar de todo espantoso, repentino, obstinado, doloroso. Dios, el mismo Dios ya no era para ella más que una idea fija, una manía, algo que se movía en su cerebro royéndolo, como un sonido de tic tac, como el del insecto que late en las paredes y se llama *el reloj de la muerte*.

—Oh sí, estuve loca—seguía Anita espantada todavía—estuve loca una hora... ¿qué hora? un siglo... Ya no pedía más que salud, reposo... la conciencia clara de mí misma... Pero, ¡ay, no! Dios, mi Dios querido..., yo... todo, todos desaparecíamos. ¡Todo era polvo allá dentro!

Y los ojos de Ana fijos en el espanto, veían sobre la alfombra una imagen confusa del recuerdo formidable...

De Pas callaba. También él tuvo un momento la sensación fría del terror. La locura pasó por su imaginación como un mareo.

«¡Si se le volviera loca!» Una ola de púrpura inundó el rostro del clérigo. Primero había visto desvanecerse dentro de aquella cabeza de gracia musical lo que él amaba debajo de aquella hermosura, el alma de la Regenta, su pensamiento; después pensó en aquella hermosura exterior incólume, en la esperanza

de saciar su amor sin miedo de testigos, solo, solo él con un cuerpo adorado...

—Salvarme, quiero salvarme!—gritó Ana de repente volviendo á la realidad...—quiero volver á nuestro verano, al verano dulce, tranquilo... sí, tranquilo al cabo; á nuestro hablar sin fin de Dios, del cielo, del alma enamorada de las ideas de arriba... sí, quiero que mi hermano me salve, que Teresa me ilumine, que el espejo de su vida no se oscurezca á mis ojos, que Dios me acaricie el alma... Fermín, esto es confesar... aquí... no importa el lugar; donde quiera... sí, confesar...

—Eso quiero yo, Ana; saber... saberlo todo. Yo también padezco, yo también creí morirme, aquí mismo... sentado ahí... donde otras veces hablábamos del cielo... y de nosotros. Ana, yo soy de carne y hueso también; yo también necesito un alma hermana, pero fiel, no traidora... Sí, creí que moría...

—Por mí, por culpa mía, verdad? Morir por ser yo traidora, si mentía, si me manchaba?...

—Sí, sí... hay que decirlo todo... pronto...

—No, no.

—Sí... sí...

—No... si no digo eso... si lo diré todo... pero ¿qué es todo? Nada... Si... yo no fui... si me llevaron á la fuerza... no, eso no. No sé cómo; no sé por qué cedi. Y allí... hay una mujer muy mala...

—No, no acusemos á los demás... Los hechos, quiero los hechos. Yo los diré; los sé yo.

—¿Pero qué?

—Ese hombre, Mesía; Ana... ¿qué pasó con ese hombre?...

Ana recogió sus fuerzas, atendió á la realidad, á lo que le preguntaban, con intensidad, luchando con el confesor, batiéndose por su interés que era ocultar lo más hondo de su pensamiento. «Al fin aquello no era

el confesonario ; además, era caridad mentir, callar á lo menos lo peor.»

—Yo no le amo —fué lo primero que pudo decir después que consiguió dominarse. Ya no pensaba en su locura, pensaba en defender su secreto.

—Pero anoche... hoy... no sé á qué hora... ¿qué hubo?

—Bailé con él... Fué Quintanar... lo mandó Quintanar...

—Disculpas no, Ana! eso no es confesar.

Ana miró en torno... Aquello no era la capilla, á Dios gracias. Este sofisma de hipócrita era en ella candoroso. Estaba segura de que un *deber superior* la mandaba mentir. «¿Decirle al Magistral que ella estaba enamorada de Mesía? Primero á su marido!»

—Bailé con él porque quiso mi marido... Me hicieron beber... me sentí mal... estaba mareada... me desmayé... y me llevaron á casa.

—El desmayo fué... en los brazos de ese hombre?

—¡En brazos!... Fermín!

—Bien, bien... Así... lo oí yo... ¡Oigámoslo todos! Quiere decirse... bailando con él...

—Yo no recuerdo... tal vez...

—Infame!...

—Fermín... por Dios, Fermín!

Ana dió un paso atrás.

—Silencio... no hay que gritar... no hay que hacer aspavientos... yo no como á nadie... ¿á qué ese miedo?... ¿Doy yo espanto, verdad?... Por qué? yo... qué puedo? yo quién soy? yo... qué mando? Mi poder es espiritual... Y Vd. esta noche no creía en Dios...

—En mi Dios! Fermín, caridad...

—Sí, Vd. lo ha dicho... Y ese es el camino. Yo sin Dios... no soy nada... Sin Dios puede Vd. ir á donde quiera, Ana... esto se acabó... Estoy en ridículo, Vestusta entera se ríe de mí á carcajadas... Mesía me des-

precia, me escupirá en cuanto me vea... El padre espiritual... es un pobre diablo. ¡Oh, pero por quien soy... Miserable... Me insulta porque estoy preso!...

El Magistral se sacudió dentro de la sotana, como entre cadenas, y descargó un puñetazo de Hércules sobre el testero del sofá.

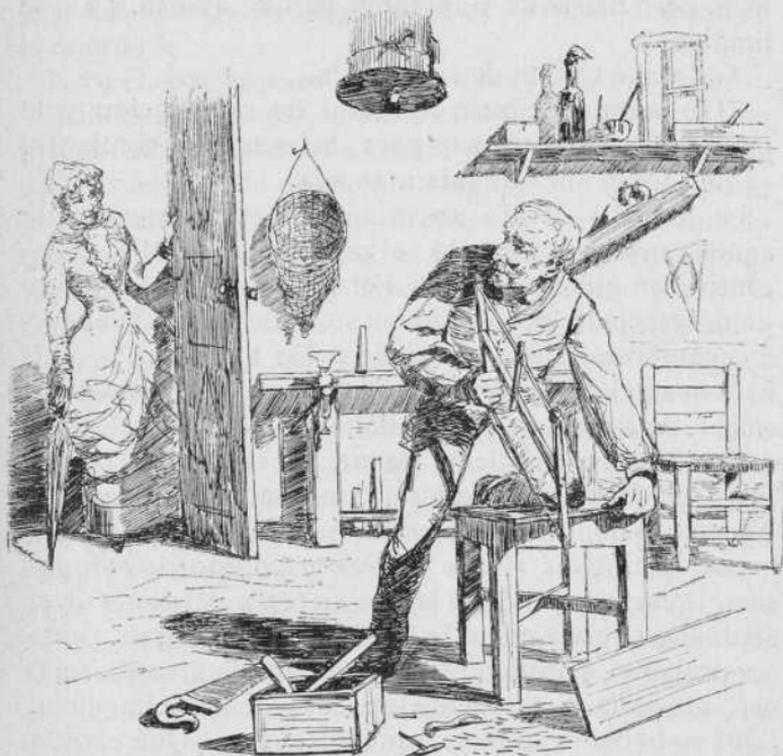
Después procuró recobrar la razón, se pasó las manos por la frente; requirió el manteo; buscó el sombrero de teja, se obstinó en callar, buscó á tientas la puerta y salió sin volver la cabeza.

Creyó que Ana le seguiría, le llamaría, lloraría... Pero pronto se sintió abandonado. Llegó al portal. Se detuvo, escuchó... Nada, no le llamaban. Desde la calle miró á los balcones. Ninguno se abría. «No le seguían ni con los ojos. Aquella mujer se quedaba allí. Todo era verdad. Le engañaba; era una mujer. ¡Pero cuál! la suya! la de su alma! ¡Sí, sí, de su alma! Para eso la había querido. Pero las mujeres no entendían esto... La más pura quería otra cosa.» Y pasaban por su memoria mil horrores. La carnaza amontonada de muchos años de confesonario. La conciencia le recordó á Teresina. Á Teresina pálida y sonriente que decía, dentro del cerebro: «¿Y tú?...» «Él era hombre;» se contestaba. Y apretaba el paso. «Yo la quería para mi alma...» «Y su cuerpo también querías, decía la Teresina del cerebro, el cuerpo también... acuérdate.» «Sí, sí... pero... esperaba... esperaría hasta morir... antes que perderla. Porque la quería entera... Es mi mujer... la mujer de mis entrañas... ¡Y quedaba allá atrás, ya lejos, perdida para siempre!...»

Ana, inmóvil, había visto salir al Magistral sin valor para detenerle, sin fuerzas para llamarle. Una idea con todas sus palabras había sonado dentro de ella, cerca de los oídos. «¡Aquel señor canónigo estaba enamorado de ella!» «Sí, enamorado como un hombre, no con el amor místico, ideal, seráfico que ella se ha-

bía figurado. Tenía celos, moría de celos... El Magistral no era el hermano mayor del alma, era un hombre que debajo de la sotana ocultaba pasiones, amor, celos, ira... ¡La amaba un canónigo! Ana se estremeció como al contacto de un cuerpo viscoso y frío. Aquel sarcasmo de amor la hizo sonreír á ella misma con amargura que llegó hasta la boca desde las entrañas. — Su padre, don Carlos el libre-pensador, se le apareció de repente, en mangas de camisa, disputando junto á una mesa, allá en Loreto, con un cura y varios amigotes ateos ó progresistas. Recordaba Ana, como si acabara de oírlas, frases de su padre y de aquellos señores: «el clero corrompía las conciencias, el clérigo era como los demás, el celibato eclesiástico era una careta.» Todo esto que había oído sin entenderlo volvía á su memoria con sentido claro, preciso y como otras tantas lecciones de la experiencia... ¡Querían corromperla! Aquella casa... aquel silencio... aquella doña Petronila... Ana sintió asco, vergüenza y corrió á buscar la puerta. Salió sin despedirse. Llegó á su casa. D. Víctor atronaba el mundo á martillazos. Construía un puente modelo que pensaba presentar en la exposición de San Mateo. Ya no forraba el martillo con bayeta, no, el hierro chocaba contra el hierro, el estrépito era horrísono. — «Allí era él el amo, prueba de ello que su mujer había ido al baile: se había acabado el Paraguay, no más misticismo; una prudente piedad heredada de nuestros mayores y basta y sobra. Por lo demás, actividad, industria y artes... mucha comedia, mucha caza, y mucho martillazo. ¡Zas, zas, zas, pum! ¡Viva la vida!» Así pensaba don Víctor, ceñida al cuerpo la bata escocesa, y clava que te clavarás, en su nuevo taller, en un cuartucho del piso bajo, con puerta al patio. El sol llegaba á los piés de Quintanar arrancando chispas de los abalorios y cinta dorada de las babuchas semi-turcas. El carpin-

tero silbaba, el tordo, el mejor tordo de la provincia, que Quintanar llevaba de habitación en habitación, silbaba también, colgada de un alambre su jaula. Ana contempló en silencio á su marido. — «Era su padre!



Le quería como á su padre! Hasta se parecía un poco á don Carlos. Aquel sol de Febrero, promesa de primavera; aquel ambiente fresco que convidaba á la actividad, al movimiento; aquellos martillazos, aquellos silbidos, aquellas nubecillas ligeras que cruzaban el cuadrado azul á que servía de marco el alero del tejado... todo aquello edificaba. «Aquella era su casa, allí era ella la reina, aquella paz era suya!» Al dejar el

martillo para coger la sierra don Víctor vió á su mujer.

Se sonrieron en silencio. «El sol rejuvenecía á Quintanar. Además era un gran carpintero. Sus inventos podían ser más ó menos fantásticos, su mecánica idealista, pero hacía de una tabla lo que quería. ¡Y qué limpieza!»

Ana alabó el arte de su marido.

Él se animó; se puso colorado de satisfacción y le prometió un costurero para la semana siguiente. «Todo, todo, obra de mis manos.»

La Regenta olvidó un momento el desencanto de aquella mañana. Cuando volvió á su memoria se encontró con que no era don Fermín un malvado, sino un desgraciado, pero de todas suertes le parecía absurdo enamorarse siendo canónigo. En todas las combinaciones del amor romántico había dado la imaginación de Ana muchas veces, menos en aquella. «Se concebía el amor sacrilego de un sacerdote de ópera, ¡pero el de un prebendado con alzacuello morado!» Además la honradez protestaba también con su repugnancia instintiva. «Pero De Pas era digno de compasión. Doña Petronila era la que no tenía perdón. Oh, si alguna vez volvía ella á hablar con el Magistral, como era probable, porque al fin debían mediar explicaciones, no sería ciertamente en casa de aquella vieja. ¿Qué se había propuesto aquella señora? ¿Qué estaría pensando de ella, de Ana?»

Cuando volvió de la calle don Víctor muy contento, cantando trozos de zarzuela, propuso á su mujer, de repente, acceder á la súplica de la Marquesa que los había convidado á tomar café, después de almorzar, para ir juntos á paseo... á ver las máscaras.

—¡Quintanar, por Dios! Basta de broma... basta de carnaval... No quiero más fiestas... Estoy cansada... Ayer me hizo daño el baile... no quiero más... no

quiero más... ¿No te obedecí ayer?... Basta, por Dios, basta.

—Bueno, hija, bueno... no insisto.

Y calló don Víctor, perdiendo parte de su alegría. No se atrevió á hacer uso de aquella energía que Dios le había dado. «No había para qué estirar demasiado la cuerda.»

Pero él, por supuesto, fué á tomar café y á paseo.

Ana se quedó sola. Desde el balcón abierto de su tocador se oía la música lejana del Paseo Grande donde se celebraba el carnaval. Aquella música confusa, que parecía ráfagas intermitentes, le llenó el alma de tristeza. Pensó en Mesía, el tentador, y pensó en el Magistral enamorado, celoso... indefenso. Ahora la compasión era infinita... Al fin había sido quien había abierto su alma á la luz de la religión, de la virtud... Ana pensó en la fe quebrantada, agrietada, como si la hubiese sacudido un terremoto. El Magistral y la fe iban demasiado unidos en su espíritu para que el desengaño no lastimara las creencias. Además, ella siempre había amado más que creído. Don Fermín había procurado asegurar en ella el temor de Dios y de la Iglesia, la espiritualidad vaga y soñadora... pero de los dogmas había hablado poco. Ana estaba sintiendo que la fantasía había tenido en su piedad más influencia de la que conviniera para la solidez de aquel edificio. Ya estaban lejos los días del misticismo supuesto, de la contemplación... Entonces estaba enferma, la lectura de santa Teresa, la debilidad, la tristeza, le habían encendido el alma con visiones de pura idealidad... Pero con la salud había vencido la piedad activa, irreflexiva; el Magistral había eclipsado á la santa, se había hablado más de aquella dulce hermandad en la virtud que de Dios mismo... Ahora comprendía muchas cosas. Don Fermín la quería para sí... «Todo aquello era una preparación. ¿Para qué?»

«Oh, Mesía era más noble, luchaba sin visera, mostrando el pecho, anunciando el golpe... No había abu-



sado de su amistad con don Víctor, no había insistido. ¡Pero los dos la amaban!» La tristeza de Ana encontraba

en este pensamiento un consuelo dulce sino intenso. «Ella no podía ser de ninguno; del Magistral no podía ni quería... Le debía eterna gratitud... pero otra cosa... sería un absurdo repugnante. Daba asco. Bueno estaría empezar á querer en el mundo cerca de los treinta años... y á un clérigo!... La vergüenza y algo de cólera encendían el rostro de Ana. ¡Pero ese hombre esperaba que yo... en mi vida!...»

Como aquella tarde pasó muchos días la Regenta. Las mismas ideas cruzaban, combinadas de mil maneras, por su cerebro excitado.

Cuando sentía la presencia de Mesía en el deseo, huía de ella avergonzada, avergonzada también de que no fuera un remordimiento punzante el recuerdo del baile, sobre todo el del contacto de don Alvaro. «Pero no lo era, no. Veíalo como un sueño; no se creía responsable, claramente responsable de lo que había sucedido aquella noche. La habían emborrachado con palabras, con luz, con vanidad, con ruido... con champaña... Pero ahora sería una miserable si consentía á don Alvaro insistir en sus provocaciones. No quería venderse al sofisma de la tentación que le gritaba en los oídos: al fin don Alvaro no es canónigo; si huyes de él te expones á caer en brazos del otro. Mentira, gritaba la honradez. Ni del uno ni del otro seré. Á don Fermín le quiero con el alma, á pesar de su amor, que acaso él no puede vencer como yo no puedo vencer la influencia de Mesía sobre mis sentidos; pero de no amar al Magistral de modo culpable estoy bien segura. Sí, bien segura. Debo huir del Magistral, sí, pero más de don Alvaro. Su pasión es ilegítima también, aunque no repugnante y sacrilega como la del otro... ¡Huiré de los dos!»

No había más refugio que el hogar. Don Víctor con su Frígilis y todos los cacharros del museo de manías, don Víctor con el teatro español á cuestras.

«Pero la casa tenía también su poesía.» Ana se esforzó en encontrársela. ¡Si tuviera hijos le darían tanto que hacer! ¡Qué delicia! Pero no los había. No era cosa de adoptar á un hospiciano. De todas suertes Ana comenzó á trabajar en casa con afán... á cuidar á don Víctor con esmero... Á los ocho días comprendió que aquello era una hipocresía mayor que todas. Las labores de su casa estaban hechas en poco tiempo. ¿Por qué fingirse á sí misma satisfecha con una actividad insuficiente, insignificante, que no distraía el pensamiento ni media hora? Don Víctor agradecía en el alma aquella solicitud doméstica, pero en lo que tocaba á él hubiera preferido que las cosas siguiesen como hasta allí. Nadie le cosía un botón á su gusto más que él mismo; limpiarle el despacho era martirizarle á él, á don Víctor; la cama era inútil hacérsela con esmero porque de todas maneras había de descomponerla él, sacudir las almohadas y poner el embozo á su gusto. Cuando Ana volvió á dejar los quehaceres domésticos en la antigua marcha, don Víctor se lo agradeció en el alma también y respiró á sus anchas. «Aquellas ingerencias de su querida esposa eran dignas de eterno agradecimiento... pero molestas para él. Más sabe el loco en su casa...»

Don Alvaro no se apresuraba. «Esta vez estaba seguro.» Pero no quería *brusquer*—según pensaba él en francés—un ataque. «La teoría del *cuarto de hora* era una teoría incompleta.» Algo había de eso, pero en ciertos casos los cuartos de hora de una mujer sólo los encuentra un buen relojero. Pensaba dejar que pasara la Cuaresma. Al fin se trataba de una beata que ayunaría y comería de vigilia. Mal negocio. La Pascua florida ofrecía la mejor ocasión. El mundo, después de resucitar Nuestro Señor Jesucristo, parece más alegre, más lícitos sus placeres; la primavera, ya adelantada, ayuda... las fiestas, á que él haría que don Víctor llevase

á su mujer, serían aguijones del deseo. Oh!... sí, en la Pascua nos veríamos.»

«Además, quería él prepararse para la campaña. Estaba debilucho. Aquel verano en Palomares había hecho una especie de bancarrota de salud. La señora ministra había amado mucho. Estas exageraciones de las mujeres vencidas siempre estaban en razón directa del cuadrado de las distancias. Es decir, que cuanto más lejos estaba una mujer del vicio, más exagerada era cuando llegaba á caer. La Regenta, si caía, iba á ser exageradísima.» Y se preparaba Mesía. Leyó libros de higiene, hizo gimnasia de salón, paseó mucho á caballo. Y se negó á acompañar á Paco Vegallana en sus aventurillas fáciles y pagaderas á la vista. «El diablo hartó de carne...» le decía Paco. Y don Alvaro sonreía y se acostaba temprano. Madrugaba. El Paseo grande era ya todo perfumes, frescura y cánticos al amanecer. Los pájaros, saltando de rama en rama preparaban los nidos para los huevos de Abril; pero se diría que eran tapiceros de la enramada que adornaban los salones del Paseo grande para las fiestas de la primavera. Empezaba Marzo con calores de Junio; desde muy temprano calentaba y picaba el sol. Aquella primavera anticipada, frecuente en Vetusta, era una burla de la naturaleza; después volvía el invierno, como en sus mejores días, con fríos, escarchas y lluvia, lluvia interminable. Pero don Alvaro aprovechaba aquel intervalo de luz y calor, que no por efímero le agradaba menos; no era él de los que medían la felicidad por la duración; es más, no creía en la felicidad, concepto metafísico según él, creía en el placer que no se mide por el tiempo. Una mañana, en el salón principal del Paseo grande, solitario á tales horas, porque pocos confiaban en aquel anticipo de primavera, vió don Alvaro allá lejos, la silueta de un clérigo. Era alto, sus movimientos señoriles. Era el Magistral. Estaban solos

en el paseo; tenían que encontrarse, iban uno enfrente de otro, por el mismo lado. Se saludaron sin hablar. Don Alvaro tuvo un poco de miedo, de aprensión de miedo. «Si este hombre, pensó, enamorado de la Regenta, desairado por ella, se volviera loco de repente al verme, creyéndome su rival y se echara sobre mí á puñetazo limpio aquí, á solas...» Mesía recordaba la escena del columpio en la huerta de Vegallana.

El Magistral pensó por su parte al ver á don Alvaro: «Si yo me arrojara sobre este hombre y como puedo, como estoy seguro de poder, le arrastrara por el suelo, y le pisara la cabeza y las entrañas!...» Y tuvo miedo de sí mismo. Había leído que en las personas nerviosas, imágenes y aprensiones de este género provocan los actos correspondientes. Se acordó de cierto asesino de los cuentos de Edgard Poe... Su mirada fué insolente, provocativa. Saludó como diciendo con los ojos. «¡Toma! ahí tienes esa bofetada.» Pero el saludo y la mirada de Mesía quisieron decir. «Vaya Vd. con Dios; no entiendo palabra de eso que Vd. me quiere decir.»

Y siguieron, cada cual por su lado, pero á la mañana siguiente no volvieron al Paseo grande ni uno ni otro. Buscaban allí contrario objeto: el Magistral paseaba mucho para gastar fuerzas inútiles; Mesía para recobrar fuerzas perdidas y que esperaba le hiciesen mucha falta dentro de poco. Cada cual se fué á pasear en adelante por sitios extraviados. Temían otro encuentro.

Pero pronto tuvieron que quedarse en casa.

Como era de esperar, el invierno volvió con todos sus rigores, riéndose á carcajadas de los incautos que se creían en plena primavera. Los pájaros se escondieron en sus agujeros y rincones. Los árboles floridos padecieron los furores de la intemperie, como engalanadas damiselas que en día de campo, vestidas con percales alegres, adornos vistosos y delicados de seda

y tul, se ven sorprendidas por un chubasco, al aire libre, sin albergue, sin paraguas siquiera. Las florecillas blancas y rosadas de los frutales caían muertas sobre el fango: el granizo las despedazaba; todo volvía atrás; aquel ensayo de primavera temprana había salido mal; vuelta á empezar, cada mochuelo á su olivo.

Esto fué á la mitad de la Cuaresma. Vetusta se entregó con reduplicado fervor á sus devociones. Los jesuítas misioneros habían pasado también por allí como una granizada; las flores de amor y alegría que sembraron el carnaval las destruyeron á penitencia limpia el Padre Maroto, un artillero retirado que predicaba á cañonazos y sacaba el Cristo, y el Padre Goberna, un melifluo padre francés que pronunciaba el castellano con la garganta y las narices y hablaba de *Gomogga* y citaba las grandezas de Nínive y de Babilonia, ya perdidas, al cabo de los años mil, como prueba de la pequeñez de las cosas humanas. Ello era que Vetusta estaba metida en un puño. Entre el agua y los jesuítas la tenían triste, aprensiva, cabizbaja. El aspecto general de la naturaleza, parda, disuelta en charcos y lodazales, más que á pensar en la brevedad de la existencia convidaba á reconocer lo poco que vale el mundo. Todo parecía que iba á disolverse. El Universo, á juzgar por Vetusta y sus contornos, más que un sueño efímero, parecía una pesadilla larga, llena de imágenes sucias y pegajosas. El Padre Goberna, que sabía dar *color local* á sus oraciones, no decía en Vetusta que no somos más que un poco de polvo, sino un poco de barro. ¿Polvo en Vetusta? Dios lo diera.

El mal tiempo se llevó la resignación tranquila, perezosa de Anita Ozores. Con la lluvia pertinaz, machacona, volvieron antiguas aprensiones repentinas, protestas de la voluntad, y aquellos cardos que le pinchaban el alma. ¡Y ahora no tenía al Magistral para ayudarla!

Cada día se sentía más sola, más abandonada y ya empezaba á pensar que había sido injusta con el Provisor pensando de él tan mal y dejándole huir desesperado con aquellas sospechas que llevaba clavadas en el corazón como un dardo envenenado. «¿Por qué ella no había sentido más aquel desengaño, aquella profanación de una amistad pura, desinteresada, ideal?— Tal vez porque el ser amada, fuera por quien fuera, no podía saberle mal aunque ella tuviese que desdeñar y hasta vituperar aquel amor. Tal vez porque sabía que el remedio de aquella separación estaba en sus manos. ¿No podía ella, el día tal vez próximo, en que necesitara consuelo espiritual, correr al confesonario y persuadir al confesor, á don Fermín, de que ella no era lo que él se figuraba?» Y acaso debía hacerlo cuanto antes. ¿Por qué había de estar pensando De Pas lo que no había? Sí, había que decirle la verdad, esto es, la verdad de lo que no había; don Alvaro no había conseguido mayor favor de Ana Ozores, esto era lo lo cierto.»

Pero antes de buscar al Magistral, Ana quiso fortificar el espíritu por sí misma. Sentía la fe vacilante, los sofismas vulgares de don Carlos el libre-pensador venían á atormentarla á cada instante. Comenzaba por dudar de la virtud del sacerdote y llegaba á dudar de la Iglesia, de muchos dogmas... Pero entonces corría á la iglesia. Saltando charcos, desafiando chaparrones iba de parroquia en parroquia, de novena en novena, y pasaba también mucho tiempo en la nave fría de algún templo á la hora en que los fieles solían dejarlos desiertos. Se sentaba en un banco y meditaba. Sonaba y resonaba en la bóveda la tos de un viejo que rezaba en una capilla escondida; los pasos de un monaguillo irreverente retumbaban sobre la tarima de un altar, y como un refuerzo del silencio llegaba á los oídos un rumor tenue de los ruidos de Vetusta. Ana

pedía á la soledad y al silencio perezoso de la iglesia, algo como una inspiración, ó como un perfume de piedad que creía ella debía desprenderse de aquellas paredes santas, de los altares, que á la luz blanca del día ostentaban sus santos de yeso y madera barnizada como gastados por el roce de las oraciones y el humo de la cera. Aquellas imágenes á la luz del día recordaban vagamente las decoraciones de un teatro vistas al sol y á los cómicos en la calle sin los esplendores del gas de las baterías. Pero Anita no pensaba en esto. Buscaba allí la fe que se desmoronaba. «¿Por qué se desmoronaba? Qué tenía que ver la Iglesia con el Magistral? No podía aquel señor haberse enamorado de ella... y ser verdad sin embargo todo lo que dice el dogma? Claro que sí. Pero rezaba para creer. Oh, malo sería que el Magistral no saliese inocente de aquella prueba... Si él, si el hermano mayor no era más que un hipócrita... había que dar la razón en muchas cosas á don Carlos, al que después de todo era su padre. ¡Sí, sí, era su padre, aquel padre que había llorado ella con lágrimas del corazón, el que decía que la religión es un homenaje interior del hombre á Dios, á un Dios que no podemos imaginar como es, y que no es como dicen las religiones positivas, sino mucho mejor, mucho más grande!... ¡Era su padre quien decía todas estas herejías!» Y rezaba, rezaba porque el meditar ya no servía para nada bueno.—Y una voz interior severa y algo pedantesca gritaba después de todo aquello: «Pero entendámonos, aunque don Carlos tuviera razón, aunque Dios sea más grande, más bueno que todo lo que pudieran decir y pensar los libros de los hombres, no por eso perdona los pecados de que la conciencia acusa á todos. Don Alvaro estará prohibido, sea Dios como sea. El mal es el mal de todas suertes. Eso sí, se decía la Regenta, que encontraba consuelo en esta resolución; aunque la fe

caiga, yo seguiré combatiendo esta pasión de mis sentidos, que seguirá siendo mala...»

Empezó à notar que el templo solitario no excitaba su devoción; aquellas paredes frías, aquella especie de descanso de los santos à las horas en que cesa la adoración, le recordaban por extrañas analogías que establecía el cerebro, enfermo acaso, le recordaban la fatiga de los reyes, la fatiga de los monstruos de ferias, la fatiga de cómicos, políticos, y cuántos seres tienen por destino darse en público espectáculo à la admiración material y boquiabierta de la necia multitud... La iglesia sin culto activo, la iglesia descansando, llegó à parecerle à ella también algo como un teatro de día. El sacristán y el acólito subiendo al retablo, hombreándose con la imagen de madera, colocando los cirios con simetría, consultando las leyes de la perspectiva, le parecían al cabo cómplices de no sabía qué engaño... Además de todas estas aprensiones sacrílegas, tentación malsana del espíritu enfermo, causa de tanta lucha, sentía el tormento de la distracción; las oraciones comenzaban y no concluían; el estribillo de tal ó cual piadosa leyenda llegaba à darle náuseas; la soledad se poblaba de mil imágenes, diablillos de la distracción; el silencio era enjambre de ruidos interiores. Todo esto le obligò à dejar el templo solitario. Volvió à las horas del culto. Conocía que en la nueva piedad que buscaba debían tomar parte importante los sentidos. Buscó el olor del incienso, los resplandores del altar y de las casullas, el aleteo de la oración común, el susurro del *ora pro nobis* de las *masas católicas*, la fuerza misteriosa de la oración colectiva, la parsimonia sistemática del ceremonial, la gravedad del sacerdote en funciones, la misteriosa vaguedad del cántico sagrado que, bajando del coro nada más, parece descender de las nubes; las melodías del órgano que hacían recordar en un solo momento todas las emociones

dulces y calientes de la piedad antigua, de la fe inmaculada, mezcla de arrullo maternal y de esperanza mística.

La novena de los Dolores tuvo aquel año en Vetusta una importancia excepcional, si se ha de creer lo que decía *El Lábaro*.

Por lo menos el templo de San Isidro, donde se celebraba, se adornó como nunca. Tal semilla de piedad postiza y rumbosa habían dejado los PP. Goberna y Maroto. No se podía, como en la novena de la Concepción, colgar el templo de azul y plata, ni colocar un templete de cartón delante del retablo del altar mayor imitando capilla gótica de marquetería; pero todo lo que fué compatible con los siete Dolores de la Virgen se hizo: el lujo fué majestuoso, triste, fúnebre. Todo era negro y oro. La capilla de la catedral se trasladó en masa al coro de San Isidro reforzada por algunas partes rezagadas de la última compañía de zarzuela, que había tronado en Vetusta. — Los sermones se encomendaron á *otro jesuita*, el P. Martínez, que vino de muy lejos y cobrando muy caro. En la mesa de peticionario, colocada frente al altar mayor á espaldas del cancel de la puerta principal, pedían limosna y vendían libros devotos, medallas y escapularios las damas de más alta alcurnia, las más guapas y las más entrometidas.

La lluvia, el aburrimiento, la piedad, la costumbre, trajeron su contingente respectivo al templo que estaba todas las tardes de bote en bote. No cabía un vestustense más.

Los jóvenes láicos de la ciudad, estudiantes los más, no se distinguían ni por su excesiva devoción ni por una impiedad prematura; no pensaban en ciertas cosas; los había carlistas y liberales, pero casi todos iban á misa á ver las muchachas. Á la novena no faltaban; se desparramaban por las capillas y rincones

de San Isidro, y terciando la capa, el rostro con un tinte romántico ó picaresco, según el carácter, *se limaban*, como decían ellos, con las niñas casaderas, más recatadas, mejores cristianas, pero no menos ganosas de tener lo que ellas llamaban *relaciones*. Mientras el P. Martínez repetía por centésima vez—y ya llevaba ganados unos cinco mil reales—que como el dolor de una madre no hay otro, y echaba, sin pizca de dolor propio, sobre la imagen enlutada del altar, toda la retórica averiada de su oratoria de un barroquismo mustio y sobado; el amor sacrilego iba y venía volando invisible por naves y capillas, como una mariposa que la primavera manda desde el campo al pueblo para anunciar la alegría nueva.

Ana Ozores, cerca del presbiterio, arrodillada, recogiendo el espíritu para sumirlo en acendrada piedad, oía el *rum rum* lastimero del púlpito, como el rumor lejano de un aguacero acompañado por ayes del viento cogido entre puertas. No oía al jesuíta, oía la elocuencia silenciosa de aquel hecho patente, repetido siglos y siglos en millares y millares de pueblos: la piedad colectiva, la devoción común, aquella elevación casi milagrosa de un pueblo entero prosáico, empequeñecido por la pobreza y la ignorancia, á las regiones de lo ideal, á la adoración de lo Absoluto por abstracción prodigiosa. En esto pensaba á su modo la Regenta, y quería que aquella ola de piedad la arrastrase, quería ser molécula de aquella espuma, partícula de aquel polvo que una fuerza desconocida arrastraba por el desierto de la vida, camino de un ideal vagamente comprendido.

Calló el P. Martínez y comenzó el órgano á decir de otro modo, y mucho mejor, lo mismo que había dicho el orador de lujo. El órgano parecía sentir más de corazón las penas de María... Ana pensó en María, en Rossini, en la primera vez que había oído, á los diez y

ocho años, en aquella misma iglesia, el *Stabat Mater*... Y después que el órgano dijo lo que tenía que decir, los fieles cantaron como coro-monstruo bien ensayado el estribillo monotonó, solemne, de varias canciones que caían de arriba como lluvia de flores frescas. Cantaban los niños, cantaban los ancianos, cantaban las mujeres. Y Ana, sin saber por qué, empezó á llorar. Á su lado un niño pobre, rubio, pálido y delgado, de seis años, sentado en el suelo junto á la falda de su madre cubierta de harapos, cantaba sin pestañear, fijos los ojos en la Dolorosa del altar portátil; cantaba, y de repente, por no se sabe qué asociación de ideas, calló, volvió el rostro á su madre y dijo:—¡ Madre, dame pan!

Cantaba un anciano junto á un confesonario, con voz temblorosa, grave y dulce... olvidado de las fatigas del trabajo á que el hambre le obligaba, contra los fueros de la vejez. Cantaba todo el pueblo y el órgano, como un padre, acompañaba el coro y le guiaba por las regiones ideales, de inefable tristeza consoladora, de la música.

«¡ Y había infames, pensó Ana, que querían acabar con aquello! ¡ Oh, no, no, yo no! Contigo, Virgen santa, siempre contigo, siempre á tus piés; estar con los tristes, esa es la religión eterna, vivir llorando por las penas del mundo, amar entre lágrimas... » Y se acordó del Magistral. « ¡ Oh qué ingrata, qué cruel había sido con aquel hombre! ¡ Qué triste, qué solo le había dejado!... Vetusta le insultaba, le escarnecía, le despreciaba, después de haberle levantado un trono de admiración; y ella, ella que le debía su honra, su religión, lo más precioso, le abandonaba y le olvidaba también... ¿ Y por qué? Tal vez, casi de fijo, por aprensiones de la vanidad y de la malicia torpe y grosera. ¡ Ah, porque ella estaba tocada del gusano maldito, del amor de los sentidos; porque ella estaba rendida á

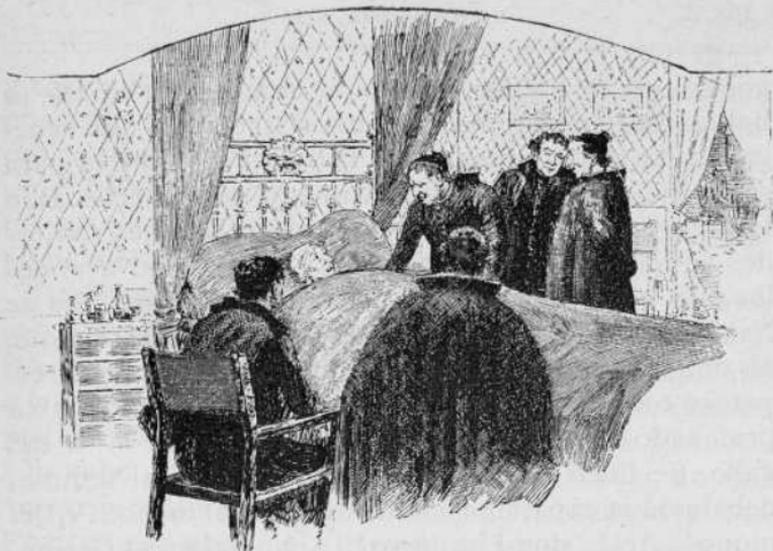
don Álvaro sino de hecho con el deseo — esta era la verdad — porque ella era pecadora ¿había de serlo también el *hermano de su alma*, el padre espiritual querido? ¿Qué pruebas tenía ella? ¿No podía ser aprensión todo, no podía la vanidad haber visto visiones? ¿Cuándo De Pas se había insinuado de modo que pudiera sospecharse de su pureza? ¿No habían estado mil veces solos, muy cerca uno de otro, no se habían tocado, no había ella, tal vez con imprudencia, aventurado caricias inocentes, someros halagos que hubieran hecho brotar el fuego si lo hubiera habido allí escondido?... ¡Y está abandonado! Se burlan de él hasta en los periódicos; hasta los impíos alaban á los misioneros, para rebajar la influencia del Magistral; la moda y la calumnia le han arrinconado, y yo como el vulgo miserable, me pongo á gritar también, ¡crucifícale, crucifícale!... ¿Y el sacrificio que había prometido? ¿Aquel gran sacrificio que yo andaba buscando para pagar lo que debo á ese hombre?...»

En aquel momento cesaron los cánticos del pueblo devoto; siguió silencio solemne; después hubo toses, estrépito de suelas y zuecos sobre la piedra resbaladiza del pavimento... una impaciencia contenida. Hacia la puerta sonaba el *tic, tac* de las monedas con que Visitación y la Marquesa golpeaban la bandeja para llamar la atención de la caridad distraída. Rechinaban los canceles; había en el aire un cuchicheo tenue. En el coro daban señales de vida violines y flautas con quejidos y suspiros ahogados; se oía el ruido de las hojas del papel de música. Gruñó un violín. Cayeron dos golpes sobre una hojalata... Silencio otra vez... Comenzó el *Stabat Mater*.

La música sublime de Rossini exaltó más y más la fantasía de Ana; una resolución de los nervios irritados brotó en aquel cerebro con fuerza de manía; como una alucinación de la voluntad. Vió, como si allí mismo

estuviese, la imagen de su resolución; «sí... ella... ella, Ana á los piés del Magistral, como María á los piés de la Cruz. El Magistral estaba crucificado también por la calumnia, por la necedad, por la envidia y el desprecio... y el pueblo asesino le volvía las espaldas y le dejaba allí solo... y ella... ella... ¡estaba haciendo lo mismo! ¡Oh, no, al Calvario, al Calvario! al pié de la cruz del que no era su hijo, sino su padre, su hermano, el hermano y el padre del espíritu.

«La Virgen le decía que sí, que estaba bien hecho; que aquella resolución era digna de un cristiano. Donde quiera que hay una cruz con un muerto, se puede llorar al pié, sin pensar en lo que era el que está allí colgado; mejor se podrá llorar al pié de la cruz de un mártir. Hasta del mal ladrón le estaba dando lástima en aquel momento. ¡Cuánta mayor lástima le daría del Magistral que, según ella, no era ladrón, ni malo ni bueno!» La forma del sacrificio, el día, la ocasión, todo estaba señalado: se juró no volverse atrás; aquella exaltación era lo que ella necesitaba para poder vivir; si más tarde el cansancio, la relajación de aquellas fibras tirantes traían á su ánimo la cobardía, los reparos mundanales, prosáicos, el miedo al que dirán, no haría caso... iría derecha á su propósito sin vacilar, sin deliberar más. Haría lo que había resuelto. Y tranquila, segura de sí misma, volvió su pensamiento á la Madre Dolorosa, y se arrojó á las olas de la música triste con un arranque de suicida... Sí, quería matar dentro de ella la duda, la pena, la frialdad, la influencia del mundo necio, circunspecto, *mirado*... quería volver al fuego de la pasión, que era su ambiente.



XXVI

DESDE el día en que presidió el entierro de don Santos Barinaga, don Pompeyo no volvió a tener hora buena, de salud completa. Los escalofríos que le hicieron temblar en el cementerio y se repitieron, cada vez más fuertes, durante la enfermedad que siguió á la gran mojadura, volvían de cuando en cuando. Guimarán estaba triste sin cesar; aquel sol de Justicia que adoraba, tenía sus eclipses y el espectáculo de la maldad ambiente desanimaba al buen ateo hasta el punto de hacerle dudar del progreso definitivo de la Humanidad. «Laurent decía bien, estábamos nosotros mucho más adelantados que los bárbaros. ¡Pero había cada pillo todavía! ¿Y la amistad? La amistad era cosa perdida. Paquito Vegallana, Alvaro Mesía, Joaquinito Orgaz, el respetable, ó al parecer respetable señor Foja, que se decían tan ami-

gos suyos, le habían engañado como á un chino; se habían burlado de él. Eran unos libertinos que renegaban en sus comilonas de la religión positiva para seducirle á él y librarse del miedo del infierno. Don Pompeyo rompió bruscamente sus relaciones con todos aquellos «espíritus frívolos» y no volvió á poner los piés en el Casino. Tomó esta resolución el día de Navidad, cuando supo que por Vetusta se corría que él, don Pompeyo Guimarán, el hombre que más respetaba todos los cultos, sin creer en ninguno, había profanado la catedral oyendo borracho la Misa del gallo. Se llegó á decir que había llevado al templo, debajo de la capa, una botella de anís del mono... «¡Del mono!... él... don Pompeyo!...» No volvió al Casino. «Aquellos infames que le habían embriagado ó poco menos, obligándole después á penetrar en el templo, eran muy capaces de haber inventado en seguida la calumnia con que querían perderle. ¿Qué autoridad iba á tener en adelante aquel ateísmo que se emborrachaba para celebrar las fiestas del cristianismo, y que asistía á los santos oficios á blasfemar y hacer eses por las respetables naves de la basilica?»

«¡Bastante tenía él sobre su alma con el entierro civil de Barinaga y la consiguiente ojeriza que gran parte del pueblo había tomado al señor Magistral!»

«No, no quería más luchas religiosas. Ya iba siendo viejo para tamañas empresas. Mejor era callar; vivir en paz con todos.» La muerte de Barinaga le hacía temblar al recordarla. «¡Morir como un perro! Y yo que tengo mujer y cuatro hijas!»

Se hizo misántropo. Siempre salía solo, al oscurecer, y volvía pronto á casa.

Una noche le llamó la atención un ruido de colmena que venía de la parte de la catedral. Oyó cohetes. ¿Qué era aquello? La torre estaba iluminada con vasos y faroles á la veneciana. Á sus piés, en el atrio estrecho

y corto, de resbaladizo pavimento de piedra, cerrado por verja de hierro tosco y fuerte, se agolpaba una multitud confusa, como un montón de gusanos negros. De aquel fermento humano brotaban, como burbujas, gritos, carcajadas, y un zumbido sordo que parecía el ruido de la marea de un mar lejano.

Don Pompeyo, que daba diente con diente, de frío, con fiebre, se detuvo en lo más alto de la calle de la Rúa para contemplar aquella muchedumbre apiñada á los piés de la torre, en tan estrecho recinto, cuando podía extenderse á sus anchas por toda la plazuela. «Ya sabía lo que era. *Los católicos* celebraban un aniversario religioso. ¿Pero cómo? ¡Oh ludibrio!» Don Pompeyo se acercó al atrio; observó desde fuera. Lo mejor y lo peor de Vetusta estaba allí amontonado; las chalequeras, los armeros, la flor y nata del paseo del boulevard, aquel gran mundo del andrajo, con sus hedores de miseria, se codeaba insolente y vocinglero con la *Vetusta elegante* del Espolón y de los bailes del Casino; y para colmo del escándalo, según don Pompeyo, *so capa* de celebrar una fiesta religiosa la juventud dorada del clero vetustense, todos aquellos «*licenciados de seminario*» como él los llamaba con péssima intención, paseaban también por allí, apretados, prensados, con sus manteos y todo, en aquel embutido de carne lasciva, á oscuras, casi sin aire que respirar, sin más recreo que el poco honesto de sentir el roce de la especie, el instinto del rebaño, mejor, de la pía-
ra!» Y separando los ojos «de aquella podredumbre en fermento, de aquella *gusanera inconsciente*, volvió-los Guimarán á lo alto, y miró á la torre que con un punto de luz roja señalaba al cielo... «¡Aquí no hay nada cristiano, pensó, mas que ese montón de piedras!»

Huyó de la catedral, triste, aprensivo, dudando de la Humanidad, de la Justicia, del Progreso... y apretando los dientes para que no chocasen los de arriba

con los de abajo. Entró en su casa... Pidió tila, se acostó... y al verse rodeado de su mujer y de sus hijas que le echaban sobre el cuerpo cuantas mantas había en casa, el ateo empedernido sintió una dulce ternura nerviosa, un calorcillo confortante y se dijo: « Al fin, hay una religión, la del hogar.»

Á la mañana siguiente despertó á toda la casa á campanillazos. «Se sentía mal. Que llamasen á Somoza.» Somoza dijo que aquello no era nada. Ocho días después propuso á la señora de Guimarán el arduo problema de lo que allí se llamaba «la preparación del enfermo.» «Había que prepararle,» ¿á qué? «Á bien morir.»

De las cuatro hijas de don Pompeyo dos se desmayaron en compañía de su madre al oír la noticia.

Las otras dos, más fuertes, deliberaron. ¿Quién le ponía el cascabel al gato? ¿Quién proponía á su señor padre que recibiera los Sacramentos?

Se lo propuso la hija mayor, Agapita.

—Papá, tú que eres tan bueno, ¿querrías darme un disgusto, dárselo á mamá, sobre todo, que te quiere tanto... y es tan religiosa?...

—No prosigas, Agapita querida—dijo el enfermo con voz meliflua, débil, mimosa.—Ya sé lo que pides. Que confiese. Está bien, hija mía. ¿Cómo ha de ser? Hace días que esperaba este momento. El señor de Somoza es tan angelical que no quería darme un susto; pero yo conocía que esto iba mal. He pensado mucho en vosotras, en la necesidad de complaceros. Sólo os pido una cosa... que venga el señor Magistral. Quiero que me oiga en confesión el señor de Pas; necesito que me oiga, y que me perdone.

Agapita lloró sobre el pecho flaco de su padre. Desde la sala habían oído el diálogo Somoza y la hija menor de Guimarán, Perpetua. Media hora después toda Vestusta sabía el milagro. «¡El Ateo llamaba al Magistral para que le ayudara á bien morir!»

Don Fermín estaba en cama. Su madre echada á los piés del lecho, como un perro, gruñía en cuanto olfateaba la presencia de algún importuno. El Magistral se quejaba de neuralgia; el ruido menor le sonaba á patadas en la cabeza. Doña Paula había prohibido los ruidos, todos los ruidos. Se andaba de puntillas y se procuraba volar.

Teresina creyó que el recado de las señoritas de Guimarán era cosa grave, y merecía la pena de infringir la regla general.

—Están ahí de parte de la señora y señoritas de Guimarán...

—¡De Guimarán!—dijo el Magistral que estaba despierto, aunque tenía los ojos cerrados.

—¡De Guimarán! Tú estás loca...—dijo doña Paula muy bajo.

—Sí, señora, de Guimarán, de don Pompeyo, que se está muriendo y quiere que le vaya á confesar el señorito.

Hijo y madre dieron un salto; doña Paula quedó en pié, don Fermín sentado en su lecho.

Se hizo entrar á la criada de Guimarán y repetir el recado.

La criada lloraba y describía entre suspiros la tristeza de la familia y el consuelo que era ver al señor pedir los Santos Sacramentos.

El Magistral y doña Paula se consultaron con los ojos. Se entendieron.

—¿Te hará daño?

—No. Que voy ahora mismo.

—Salid. Que el señorito está muy enfermo, pero que lo primero es lo primero y que va allá ahora mismo. Quedaron solos hijo y madre.

—¿Será una broma de ese tunante?

—No señora; es un pobre diablo. Tenía que acabar así. Pero yo no sabía que estaba enfermo.

De Pas hablaba mientras se vestía ayudado por su madre, que buscó en el fondo de un baúl la ropa de más abrigo.

—¿Fermo, y si tú te pones malo de veras... es decir, de cuidado?...

—No, no, no. Deje Vd. Esto no admite espera... y mi cabeza sí. Es preciso llegar allá antes que se sepa por ahí... ¿No comprende Vd.?

—Sí, claro; tienes razón.

Callaron.

El Magistral se cogió á la pared y al hombro de su madre para tenerse en pié.

En su despacho se sentó un momento.

—¿Mandaremos por un coche?...

—Sí, es claro; ya debía estar hecho eso. Á Benito, aquí en la esquina...

Entró Teresa.

—Esta carta para el señorito.

Doña Paula la tomó; no conoció la letra del sobre.

Fermín sí; era la de Ana, desfigurada, obra de una mano temblorosa...

—¿De quién es?—preguntó la madre al ver que Fermín palidecía.

—No sé... ya la veré después. Ahora al coche... á ver á Guimarán...

Y se puso de piés, escondió la carta en un bolsillo interior, y se dirigió á la puerta con paso firme.

Doña Paula, aunque sospechaba, no sabía qué, no se atrevió esta vez á insistir. Le daba lástima de aquel hijo que enfermo, triste, tal vez desesperado, iba por ella á continuar la historia de su grandeza, de sus ganancias; iba á rescatar el crédito perdido buscando un milagro de los más sonados, de los más eficaces y provechosos, un milagro de conversión. «Era un héroe.» «¡Cuánto había padecido durante aquella cuaresma!» Ella, doña Paula, había acabado por adivinar que su

hijo y la Regenta no se veían ya ; habían reñido por lo visto. Al principio el egoísmo de la madre triunfó y se alegró de aquel rompimiento que suponía. Conoció que su hijo no se humillaría jamás á pedir una reconciliación, que antes moriría desesperado, como un perro, allí, en aquel lecho donde había caído al cabo, después de pasear la cólera comprimida por toda Vestusta y sus alrededores, de día y de noche. Pero la desesperación taciturna de su Fermo, complicada con una enfermedad misteriosa, de mal aspecto, que podía parar en locura, asustó á la madre que adoraba á su modo al hijo ; y noche hubo en que, mientras velaba el dolor de su Fermo pensó en mil absurdos, en milagros de madre, en ir ella misma á buscar á la infame que tenía la culpa de aquello, y degollarla, ó traerla arrastrando por los malditos cabellos, allí, al pié de aquella cama, á velar como ella, á llorar como ella, á salvar á su hijo á toda costa, á costa de la fama, de la salvación, de todo, á salvarle ó morir con él... De estas ideas absurdas, que rechazaba después el buen sentido, le quedaba á doña Paula una ira sorda, reconcentrada, y una aspiración vaga á formar un proyecto extraño, una intriga para cazar á la Regenta y hacerla servir para lo que Fermo quisiera... y después matarla ó arrancarle la lengua...

Los primeros días, después de separarse Ana y De Pas, era el Magistral quien preguntaba más á menudo á Teresina, afectando indiferencia, pero sin que su madre le oyera: «¿ Ha habido algún recado, alguna carta para mí ? » Después, también doña Paula, á solas también, preguntaba á la doncella, con voz gutural, estrangulada: «¿ Han traído algún recado... algún papel... para el señorito ? »

No, no habían traído nada. La cuaresma había pasado así, había comenzado la semana de Dolores, estaba concluyendo... y nada.

«Debe de ser de ella», pensó doña Paula cuando vió el papel que presentó Teresina. Sintió ira y placer á un tiempo.

El Magistral sentía en los oídos huracanes. Temía caerse. Pero estaba dispuesto á salir. También se juró negarse á leer la carta delante de su madre, aunque ella lo pidiera puesta en cruz. «Aquella carta era de él, de él solo». Llegó el coche. Una carretela vieja, desvencijada, tirada por un caballo negro y otro blanco, ambos desfallecidos de hambre y sucios.

Doña Paula que había acompañado á su hijo hasta el portal, dijo con énfasis al cochero.

—Á casa de don Pompeyo Guimarán... ya sabes...

—Sí, sí...

Dobló el coche la esquina; don Fermín corrió un cristal y gritó:

—Espacio, al paso.

Miró la carta de Ana.

Rompió el sobre con dedos que temblaban y leyó aquellas letras de tinta rosada que saltaban y se confundían enganchadas unas con otras. Adivinó más que descifró los caracteres que se evaporaban ante su vista débil.

«Fermín: necesito ver á Vd.; quiero pedirle perdón y jurarle que soy digna de su cariñoso amparo; Dios ha querido iluminarme otra vez; la Virgen, estoy segura de ello, la Virgen quiere que yo le busque á usted, que le llame. Pensé en ir yo misma á su casa. Pero temo que sea indiscreción. Sin embargo, iré, á pesar de todo, si es verdad que está Vd. enfermo y que no puede salir. ¿Dónde le podré hablar? Estoy segura de que por caridad á lo menos no dejará sin respuesta mi carta. Y si la deja, allá voy. Su mejor amiga, su esclava, según ha jurado y sabrá cumplir.—ANA».

De Pas dejó de sentir sus dolores, no pensó siquiera en esto; miró al cielo, iba á oscurecer. Cogió con

mano febril la blusa azul del cochero que volvió la cabeza.

—¿Qué hay, señorito?

—Á la Plaza Nueva... á la Rinconada...

—Sí, ya sé... pero ¿ahora?

—Sí, ahora mismo, y á escape.

El coche siguió al paso.

«Si está don Víctor, que no lo quiera Dios, basta con que Ana me mire, con que me vea allí... Si no está... mejor. Entonces hablaré, hablaré...»

Y cansado por tantos esfuerzos y sorpresas, don Fermín dejó caer la cabeza sobre el sobado reps azul del testero y en aquel rincón oscuro del coche, ocultando el rostro en las manos que ardían, lloró como un niño, sin vergüenza de aquellas lágrimas de que él solo sabría.

No estaba don Victor en casa.

El Magistral estuvo en el caserón de los Ozores desde las siete hasta más de las ocho y media. Cuando salió, el cochero dormía en el pescante. Había encendido los faroles del coche y esperaba, seguro de cobrar caro aquel sueño. Don Fermín entró en casa de don Pompeyo á las nueve menos cuarto. La sala estaba llena de curas y seglares devotos. Todas las hijas de Guimarán salieron al encuentro del Provisor, cuyo rostro relucía con una palidez que parecía sobrenatural. Se hubiera dicho que le rodeaba una auréola.

Tres veces se había mandado aviso á casa del Magistral para que viniera en seguida. Don Pompeyo quería confesar, pero con De Pas y sólo con De Pas: decía que



sólo al Magistral quería decir sus pecados y declarar sus errores; que una voz interior le pedía con fuerza invencible que llamara al Magistral, y sólo al Magistral.

Doña Paula contestaba que su hijo había salido á las siete, en coche, en cuanto había recibido aviso, que había ido derecho á casa de Guimarán. Pero como no llegaba, se repetían los recados. Doña Paula estaba furiosa. ¿Qué era de su hijo? ¿Qué nueva locura era aquella?

Al fin las de Guimarán, en vista de que el Provisor no parecía, llamaron al Arcediano, á don Custodio, al cura de la parroquia, y á otros clérigos que más ó menos trataban al enfermo. Todo inútil. Él quería al Magistral; la voz interior se lo pedía á gritos. Gloucester al lado de aquel lecho de muerte se moría de envidia y estaba verde de ira, aunque sonreía como siempre.

—Pero, señor don Pompeyo, hágase Vd. cargo de que todos somos sacerdotes del Crucificado... y siendo sincera su conversión de Vd...

—Sí señor, sincera; yo nunca he engañado á nadie. Yo quiero reconciliarme con la Iglesia, morir en su seno, si está de Dios que muera...

—Oh, no, eso no...

—Tal creo yo; pero de todas suertes... quiero volver al redil... de mis mayores... pero ha de ser con ayuda del señor don Fermín; tengo motivos poderosos para exigir esto, son voces de mi conciencia...

—Oh, muy respetable... muy respetable... Pero si ese señor Magistral no parece...

—Si no parece, cuando el peligro sea mayor, confesaré con cualquiera de Vds. Entre tanto quiero esperarle. Estoy decidido á esperar.

El cura de la parroquia no consiguió más que el Arcediano. De don Custodio no hay que hablar. Todos aquellos señores sacerdotes «estaban allí en ridículo.»

según opinión de Gloucester. La verdad era que un color se les iba y otro se les venía.

—¡Será esto un complot?—dijo Mourelo al oído de don Custodio.

Después de tanto hacerse esperar, llegó el Magistral.

Las hijas de Guimarán le llevaron en triunfo junto á su padre.

De Pas parecía un santo bajado del cielo; una alegría de arcángel satisfecho brillaba en su rostro hermoso, fuerte, en que había reflejos de una juventud de aldeano robusto y fino de facciones; era la juventud de la pasión, rozagante en aquel momento. Mientras Guimarán estrechaba la mano enguantada del Provisor, éste, sin poder traer su pensamiento á la realidad presente, seguía saboreando la escena de dulcísima reconciliación en que acababa de representar papel tan importante. «¡Ana era suya otra vez, su esclava! ella lo había dicho de rodillas, llorando... ¡Y aquel proyecto, aquel irrevocable propósito de hacer ver á toda Vetusta en ocasión solemne que la Regenta era sierva de su confesor, que creía en él con fe ciega!...» Al recordar esto, con todos los pormenores de la gran prueba ofrecida por Ana, don Fermín sintió que le temblaban las piernas; era el desfallecimiento de aquel deleite que él llamaba moral, pero que le llegaba á los huesos en forma de soplo caliente. Pidió una silla. Se sentó al lado del enfermo y por primera vez vió lo que tenía delante; un rostro pálido, avellanado, todo huesos y pellejo que parecía pergamino claro. Los ojos de Guimarán tenían una humedad reluciente, estaban muy abiertos, miraban á los abismos de ideas en que se perdía aquel cerebro enfermo, y parecían dos ventanas á que se asomaba el asombro mudo.

Quedaron solos el enfermo y el confesor.

De Pas se acordó de su madre, de los Jesuitas, de Barinaga, de Gloucester, de Mesía, de Foja, del obispo,

y aunque con repugnancia se decidió á sacar todo el partido posible de aquella conversi3n que se le venía á las manos. En un solo día ¡cuánta felicidad! Ana y la influencia que se habían separado de él volvían á un tiempo; Ana más humilde que nunca, la influencia con cierto carácter sobrenatural. Sí, él estaba seguro de ello, conocía á los vetustenses; un entierro les había hecho despreciar á su tirano, otro entierro les haría arrodillarse á sus piés, fanatizados unos, asustados por lo menos los demás. Mientras hablaba con don Pompeyo de la religi3n, de sus dulzuras, de la necesidad de una Iglesia que se funde en revelaciones positivas, el Magistral preparaba todo un plan para sacar provecho de su victoria... Ya que aquel tontiloco se le metía entre los dedos, no sería en vano. Los otros tontos, los que creían que Guimarán era ateo de puro malvado y de puro sabio, mirarían aquella conquista como cosa muy seria, como una ganancia de incalculable valor para la Iglesia.

«¡ El ateo! Aunque todos le tenían por inofensivo, creían los más en su maldad ingénita y en una misteriosa superioridad diabólica. Y aquel diablo, aquel malhechor se arrojaba á los piés del señor espiritual de Vetusta... Oh! qué gran efecto teatral!... No, no sería él bobo, su madre tenía raz3n, había que sacar provecho... Y después, aquello no era más que una preparaci3n para otro triunfo más importante; ¿no se había dicho que hasta la Regenta le abandonaba? Pues ya se vería lo que iba á hacer la Regenta...» Don Fermín se ahogaba de placer, de orgullo; se le atragantaban las pasiones mientras don Pompeyo tosía, y entre esputo y esputo de flema decía con voz débil:

—Puede V. creer... señor Magistral... que ha sido un milagro esto... sí, un milagro... He visto coros de ángeles, he pensado en el Niño Dios... metidito en su cuna... en el portal de Belem... y he sentido una ter-

nura... así... como paternal... qué sé yo!... Eso es sublime, don Fermín... sublime... Dios en una cuna... y yo ciego!... que negaba!... pero dice Vd. bien... Yo me he pasado la vida pensando en Dios, hablando de Él... sólo que al revés... todo lo entendía al revés...

Y continuaba su discurso incoherente, interrumpido por toses y por sollozos.

Después el Magistral le hizo callar y escucharle.

Habló mucho y bien don Fermín. Era necesario para obtener el perdón de Dios que don Pompeyo, antes de sanar, porque sin duda sanaría—y eso pensaba él también—diese un ejemplo edificante de piedad. Su conversión debía ser solemne, para escarmiento de pícaros y enseñanza saludable de los creyentes tibios.

—Puede Vd. hacer un gran beneficio á la Iglesia, á quien tantos males ha hecho...

—Pues Vd. dirá... don Fermín... yo soy esclavo de su voluntad... Quiero el perdón de Dios y el de Vd... el de Vd. á quien tanto he ofendido haciéndome eco de calumnias... Y crea Vd. que yo no le quería á usted mal, pero como mi propósito era combatir el fanatismo, al clero en general... y además Barinaga sólo así podía ser conquistado... ¡Oh Barinaga! ¡infeliz don Santos! ¿Estará en el infierno, verdad, don Fermín? ¡Infeliz! Y por mi culpa!

—Quién sabe... Los designios de Dios son inescrutables... Y además, puede contarse con su bondad infinita... Quién sabe!... Lo principal es que nosotros demos ahora un notable ejemplo de piedad acendrada... Esta lección puede traer muchas conversiones detrás de sí. ¡Ah, don Pompeyo, no sabe Vd. cuánto puede ganar la Religión con lo que Vd. ha hecho y piensa hacer...

Á la mañana siguiente toda Vetusta edificada se

preparaba á acompañar el Viático que por la tarde debía ser administrado al señor Guimarán. Era Domingo de Ramos. No se respiraba por las calles del pueblo más que religión.

—El papel Provisor sube!—decía Foja furioso al oído de Gloucester, á quien encontró en el atrio de la catedral, al salir de misa.

—Esto es un complot!

—Lo que es un idiota ese don Pompeyo.

—No, un complot...

La verdad era que el *papel Provisor subía* mucho más de lo que podían sus enemigos figurarse.

Así como no se explicaba fácilmente por qué el descrédito había sido tan grande y en tan poco tiempo, tampoco ahora podía nadie darse cuenta de cómo en pocas horas el espíritu de la opinión se había vuelto en favor del Magistral, hasta el punto de que ya nadie se atrevía delante de gente á recordar sus vicios y pecados; y no se hablaba más que de la conversión milagrosa que había hecho.

No importaba que Mourelo gritase en todas partes:

—Pero si no fué él, si fué un arranque espontáneo del ateo... Si así hacen todos los espíritus fuertes cuando les llega su hora...

Nadie hacía caso del murmurador. «Milagro sí lo había, pero lo había hecho el Magistral.» Ya nadie dudaba esto. «Era un gran hombre, había que reconocerlo.»—Doña Paula, por medio del Chato y otros ayudantes, doña Petronila, su cónclave, Ripamilán, el mismo Obispo, que había abrazado al Magistral en la catedral poco después de bendecir las palmas, todos estos, y otros muchos, eran propagandistas entusiastas de la gloria reciente, fresca de don Fermín, de su triunfo palmario sobre las huestes de Satán.

Foja, Mourelo, don Custodio, por consejo de Mesia que habló con el ex-alcalde, desistieron de con-

trarrestar la poderosa corriente de la opinión, favorable hasta no poder más, á don Fermín.

«Más valía esperar; ya pasaría aquella racha y volvería toda Vetusta á ver al milagroso don Fermín de Pas tal como era, *en toda su horrible desnudez.*»

Después que comulgó don Pompeyo con toda la solemnidad requerida por las circunstancias, teniendo á su lado al *cura de cabecera*, á don Fermín y á Somoza, el médico, Vetusta entera, que había acudido á la casa y á las puertas de la casa del converso, se esparció por todo el recinto de la ciudad haciéndose lenguas de la unción con que moría el Ateo, á quien ahora todos concedían un talento extraordinario y una sabiduría descomunal, y pregonando el celo apostólico del Provisor, su tacto, su influencia evangélica, que parecía cosa de magia ó de milagro.

Terminada la ceremonia religiosa, hubo junta de médicos. Somoza se había equivocado como solía. Don Pompeyo estaba enfermo de muerte, pero podía durar muchos días: era fuerte... no había más que oírle hablar.

Somoza mantuvo su opinión con energía heróica. «Cierto que podía durar algunos días más de los que él había anunciado, el señor Guimarán; pero la ciencia no podía menos de declarar que la muerte era inminente. Podía durar, sí, el enfermo, mil y mil veces sí, pero ¿debido á qué? Indudablemente á la influencia moral de los Sacramentos. No que él, don Robustiano Somoza, hombre científico ante todo, creyese en la eficacia material de la religión; pero sin incurrir en un fanatismo que pugnaba con todas sus convicciones de hombre de ciencia, como tenía dicho, podía admitir y admitía, aleccionado por la experiencia, que lo psíquico influye en lo físico y vice-versa, y que la conversión repentina de don Pompeyo podía haber determinado una variación en el curso natural de su enfermedad...

todo lo cual era extraño á la ciencia médica como tal y sin más.»

En efecto, don Pompeyo duró hasta el miércoles Santo.

Trifón Cármenes, desde el día en que se supo la conversión de Guimarán, concibió la empecatada idea de consagrar una *hoja literaria* del *Lábaro* al importantísimo suceso. Pero había que esperar á que el enfermo saliese de peligro ó se fuera al otro mundo. Esto último era lo más probable y lo que más convenía á los planes de Cármenes, el cual desde el domingo de Ramos tenía á punto de terminar una larguísima composición poética en que se *cantaba* la muerte del ateo felizmente restituído á la fe de Cristo. La oda elegíaca, ó elegía á secas, lo que fuera, que Trifón no lo sabía, comenzaba así:

¿Qué me anuncia ese fúnebre lamento?...

El poeta iba y venía de la *casa mortuoria* como él la llamaba ya para sus adentros, á la redacción, de la redacción á la casa mortuoria.

—¿Cómo está?—preguntaba en voz muy baja, desde el portal.

La criada contestaba:

—Sigue lo mismo.

Y Trifón corría, se encerraba con su elegía y continuaba escribiendo:

¡Duda fatal, incertidumbre impía!...
Parada en el umbral, la Parca fiera
ni ceja ni adelanta en su porfía;
como sombra de horror, calla y espera...

Pasaban algunas horas, volvía á presentarse Trifón en casa del moribundo; con voz meliflua y tenue decía:

—¿Cómo sigue don Pompeyo?

—Algo recargado— le contestaban.

Volvió á escape á la redacción, anhelante, «había que trabajar con ahínco, podía morirse aquel señor y la poesía quedar sin el último pergeño...» Y escribía con *pulso febril*:

Mas ay! en vano fué; del almo cielo
la sentencia se cumple; inexorable...

No sabía Trifón lo que significaba almo, es decir, no lo sabía á punto fijo; pero le sonaba bien.

Cuando la criada de Guimarán le contestaba: «Que el señor había pasado mejor la noche,» Cármenes, sin darse cuenta de ello, torcía el gesto, y sentía una impresión desagradable parecida á la que experimentaba cuando llegaba á convencerse de que un periódico de Madrid no le publicaría los versos que le había remitido. Él no quería mal á nadie, pero lo cierto era que, una vez tan adelantada la elegía, don Pompeyo le iba á hacer un flaco servicio si no se moría cuanto antes.

Murió. Murió el miércoles Santo. El Magistral y Trifón respiraron. También respiró Somoza. Los tres hubieran quedado en ridículo á suceder otra cosa. En cuanto á Cármenes, terminó sus versos de esta suerte:

No le lloréis. Del bronce los tañidos
himnos de gloria son; la Iglesia santa
le recogió en su seno... etc.

Al pobre Trifón le salían los versos montados unos sobre otros: igual defecto tenía en los dedos de los piés.

El entierro del ateo fué una solemnidad como pocas. *Acompañaron á la última morada el cadáver del finado* las autoridades civiles y militares; una comisión del Cabildo presidida por el Deán, la Audiencia, la

Universidad, y además cuantos se preciaban de buenos ó malos católicos. La viuda y las huérfanas recibían especial favor y consuelo con aquella pública manifestación de simpatía. El Magistral iba presidiendo el duelo de familia: no era pariente del difunto, pero le había sacado de las garras del Demonio. Según Gloucester, que se quedó en la sala capitular murmurando, «Aquello más que el entierro de un cristiano fué la apoteosis pagana del pío, felice, triunfador Vicario general.» En efecto, el pueblo se lo enseñaba con el dedo: «Aquel es, aquel es, decía la muchedumbre señalando al Apóstol, al Magistral.» Los milagros que doña Paula había hecho correr entre las masas impresionables é iliteratas no son para dichos. El mismo señor obispo, en su último sermón á las beatas pobres y clase de tropa, criadas de servicio, etc., etc., había aludido al triunfo de aquel hijo predilecto de la Iglesia...

— No habrá más remedio que agachar la cabeza y dejar pasar el temporal—decía Foja.

Los que estaban furiosos eran los libre-pensadores que comían de carne en una fonda todos los Viernes Santos.

«¡Aquel don Pompeyo les había desacreditado!

»Vaya un libre-pensador!

»Era un gallina!

»Murió loco!

»Le dieron hechizos!

»Qué hechizos? Morfina.

»El clero, milagros del clero...

»Le convirtieron con opio...

»La debilidad hace sola esos milagros...

»Sobre todo era un badulaque...»

El Jueves Santo llegó con una noticia que había de hacer época en los anales de Vetusta, anales que por cierto escribía con gran cachaza un profesor del

Instituto, autor también de unos comentarios acerca de la Jota Aragonesa.

En casa de Vegallana la tal noticia *estalló como una bomba*. Volvía la Marquesa, toda de negro, de pedir en la mesa de Santa María con Visitación; volvía también Obdulia Fandiño que había pedido en San Pedro, á la hora en que visitaban los *monumentos* los oficiales de la guarnición; y todas aquellas señoras, en el gabinete de la Marquesa reunidas, escuchaban pasmadas lo que solemnemente decía el Gran Constantino, doña Petronila Rianzares, que había recaudado veinte duros en la mesa de petitorio de San Isidro. Y decía el obispo madre:

—Sí, señora Marquesa, no se haga Vd. cruces, Anita está resuelta á dar este gran ejemplo á la ciudad y al mundo...

—Pero Quintanar... no lo consentirá...

—Ya ha consentido... á regañadientes, por supuesto. Ana le ha hecho comprender que se trataba de un voto sagrado, y que impedirle cumplir su promesa sería un acto de despotismo que ella no perdonaría jamás...

—¿Y el pobre calzonazos dió su permiso?—dijo Visita, colorada de indignación. — ¡Qué maridos de la isla de San Balandrán! — añadió acordándose del suyo.

La Marquesa no acababa de santiguarse. «Aquello no era piedad, no era religión; era locura, simplemente locura. La devoción racional, *ilustrada*, de buen tono, era aquella otra, pedir para el Hospital á las corporaciones y particulares á las puertas del templo, regalar estandartes bordados á la parroquia; ¡pero vestirse de mamarracho y darse en espectáculo...!

— ¡Por Dios, Marquesa! Cualquiera que la oyera á usted la tomaría por una demagoga, por una *Suñera*...

—Pues yo, ¿qué he dicho?

—¿Pues le parece á usted poco? Llamar mamarracho á una *nazarena*...

La Marquesa encogió los hombros y volvió á santi-
guarse. Obdulia tenía la boca seca y los ojos inflama-
dos. Sentía una inmensa curiosidad y cierta envidia
vaga...

«¡Ana iba á darse en espectáculo!» ciertó, esa era la
frase. ¿Qué más hubiera querido ella, la de Fandiño,
que darse en espectáculo, que hacerse mirar y con-
templar por toda Vetusta?

—¿Y el traje? ¿cómo es el traje? ¿sabe Vd.?...

—¿Pues no he de saber?—contestó doña Petronila,
orgullosa porque estaba enterada de todo.—Ana llevará
túnica talar morada, de terciopelo, con franja *marron
foncé*...

—¿Marron foncé?—objetó Obdulia...—no dice bien...
oro sería mejor.

—¿Qué sabe Vd. de estas cosas?... Yo misma he
dirigido el trabajo de la modista; Ana tampoco entiende
de eso y me ha dejado á mí el cuidado de todos los
pormenores.

—¿Y la túnica es de vuelo?

—Un poco...

—¿Y cola?...

—No, ras con ras...

—¿Y calzado? ¿sandalias?...

—¡Calzado! ¿qué calzado? El pié desnudo...

—¡Descalza!—gritaron las tres damas.

—Pues claro, hijas; ahí está la gracia... Ana ha ofre-
cido ir descalza...

—¿Y si llueve?

—¿Y las piedras?

—Pero se va á destrozar la piel...

—Esa mujer está loca...

—¿Pero dónde ha visto ella á nadie hacer esas dia-
bluras?

—¡Por Dios, Marquesa, no blasfeme Vd.! Diabluras un voto como éste, un ejemplo tan cristiano, de humildad tan edificante...

—Pero, ¿cómo se le ha ocurrido... eso? ¿Dónde ha visto ella eso?...

—Por lo pronto, lo ha visto en Zaragoza y en otros pueblos de los muchos que ha recorrido... Y aunque no lo hubiera visto, siempre sería meritorio exponerse á los sarcasmos de los impíos, y á las burlas disimuladas de los fariseos y de las fariseas... que fué justamente lo que hizo el Señor por nosotros pecadores.

—¡Descalza!—repetía asombrada Obdulia.—La envidia crecía en su pecho. «Oh, lo que es esto—pensaba—indudablemente tiene *cachet*. Sale de lo vulgar, es una *boutade*, es algo... de un buen tono superfino...»

El Marqués entró en aquel momento con don Víctor colgado del brazo.

Vegallana venía consolando al misero Quintanar, que no ocultaba su tristeza, su decaimiento de ánimo.

Doña Petronila se despidió antes de que el atribulado ex-regente pudiera echarle el tanto de culpa que la correspondía en aquella aventura que él reputaba una desgracia.

—Vamos á ver, Quintanar—preguntó la Marquesa—con verdadero interés y mucha curiosidad...

—Señora... mi querida Rufina... esto es... que como dice el poeta...

¡No podían vencerme... y me vencieron!...

—Déjese Vd. de versos, alma de Dios... ¿Quién le ha metido á Ana eso en la cabeza?

—¿Quién había de ser? Santa Teresa... digo... no... el Paraguay.

—¿El Para...?

—No, no es eso. No sé lo que me digo... Quiero de-

cir... Señores, mi mujer está loca... Yo creo que está loca... Lo he dicho mil veces... El caso es... que cuando yo creía tenerla dominada, cuando yo creía que el misticismo y el Provisor eran agua pasada que no movía molino... cuando yo no dudaba de mi poder discrecional en mi hogar... á lo mejor ¡zas! mi mujer me viene con la embajada de la procesión.

—Pero si en Vetusta jamás ha hecho eso nadie...

—Sí tal—dijo el Marqués.—Todos los años va en el entierro de Cristo, Vinagre, ó sea don Belisario Zumarrí, el maestro más sanguinario de Vetusta, vestido de Nazareno y con una cruz á cuestas...

—Pero, Marqués, no compare Vd. á mi mujer con Vinagre.

—No, si yo no comparo...

—Pero, señores, señores, digo yo—repetía doña Rufina—¿cuándo ha visto Ana que una señora fuese en el Entierro detrás de la urna con hábito, ó lo que sea, de nazareno?...

—Sí, verlo sí lo ha visto. Lo hemos visto en Zaragoza... por ejemplo. Pero yo no sé si aquellas eran señoras de verdad...

—Y además, no irían descalzas—dijo Obdulia...

—¡Descalzas! ¿y mi mujer va á ir descalza? ¡Ira de Dios! ¡eso sí que no!... ¡Pardiez!

Gran trabajo costó contener la indignación colérica de don Víctor. El cual, más calmado, se volvió á casa, y entre tener *otra explicación* con su señora ó encerrarse en un significativo silencio, prefirió encerrarse en el silencio... y en el despacho.

«Á sí mismo no se podía engañar. Comprendía que la resolución de Ana era irrevocable.»

El Viernes Santo amaneció plomizo; el Magistral muy temprano, en cuanto fué de día, se asomó al balcón á consultar las nubes. ¿Llovería? Hubiera dado años de vida porque el sol barrierá aquel toldo cení-

ciento y se asomara á iluminar cara á cara y sin rebozo aquel día de su triunfo... ¡Dos días de triunfo! El miércoles el entierro del ateo convertido, el viernes el entierro de Cristo, y en ambos él, don Fermín triunfante, lleno de gloria, Vetusta admirada, sometida, los enemigos tragando polvo, dispersos y aniquilados!»

También Ana miró al cielo muy de mañana, y sin poder remediarlo pensó ¡si lloviera! Lo deseaba y le remordía la conciencia de este deseo. Estaba asustada de su propia obra. «Yo soy una loca—pensaba—tomo resoluciones extremas en los momentos de la exaltación y después tengo que cumplirlas cuando el ánimo decaído, casi inerte, no tiene fuerza para querer.» Recordaba que de rodillas ante el Magistral le había ofrecido aquel sacrificio, aquella prueba pública y solemne de su adhesión á él, al perseguido, al calumniado. Se le había ocurrido aquella tremenda traza de mortificación propia en la novena de los Dolores, oyendo el *Stabat Mater* de Rossini, figurándose con calenturienta fantasía la escena del Calvario, viendo á María á los piés de su hijo, *dum pendeat filium*, como decía la letra. Había recordado, como por inspiración, que ella había visto en Zaragoza á una mujer, vestida de Nazareno, caminar descalza detrás de la Urna de cristal que encerraba la imagen supina del Señor, y sin pensarlo más, había resuelto, se había jurado á sí misma caminar así, á la vista del pueblo entero, por todas las calles de Vetusta detrás de Jesús muerto, cerca de aquel Magistral que padecía también muerte de cruz, calumniado, despreciado por todos... y hasta por ella misma... Y ya no había remedio, don Fermín, después de una oposición no muy obstinada, había accedido y aceptaba la prueba de fidelidad espiritual de Ana; doña Petronila, á quien ya no miraba como tercera repugnante de aventuras sacrilegas, se había ofrecido á preparar el traje y todos los pormenores del

sacrificio... Y ahora, cuando era llegado el día, cuando se acercaba la hora, se le ocurría á ella dudar, temer, desear que se abrieran las cataratas del cielo y se inundara el mundo para evitar el trance de la procesión!»

Ana pensaba también en su Quintanar. Todo aquello era por él, cierto; era preciso agarrarse á la piedad para conservar el honor, pero ¿no había otra manera de ser piadosa? ¿No había sido un arrebató de locura aquella promesa? ¿No iba á estar en ridículo aquel marido que tenía que ver á su esposa descalza, vestida de morado, pisando el lodo de todas las calles de la Encimada, *dándose en espectáculo* á la malicia, á la envidia, á todos los pecados capitales, que contemplarían desde aceras y balcones aquel *cuadro vivo* que ella iba á representar?» Buscaba Ana el fuego del entusiasmo, el frenesí de la abnegación que hacía ocho días, en la iglesia, oyendo música, le habían sugerido aquel proyecto; pero el entusiasmo, el frenesí, no volvían; ni la fe siquiera la acompañaba. El miedo á los ojos de Vetusta, á la malicia boquiabierta, la dominaba por completo; ya no creía, ni dejaba de creer; no pensaba ni en Dios, ni en Cristo, ni en María, ni siquiera en la eficacia de su sacrificio para restaurar la fama del Magistral: no pensaba más que en *el escándalo* de aquella exhibición. «Sí, escándalo era; la mujer de su casa, la esposa honesta, protestaba dentro de Ana contra el espectáculo próximo... No, no estaba segura de que su abnegación fuese buena siquiera; acaso era una desfachatez; la paz de su casa, el recato del hogar, lo decían con silencio solemne...» y Ana sudaba de congoja.. «¡Lo que había prometido!»

No llovió. El toldo gris del cielo continuó echado sobre el pueblo todo el día. Una hora antes de oscurecer salió la procesión del Entierro de la iglesia de san Isidro.

—«¡ Ya llega, ya llega! »—murmuraban los socios del Casino apiñados en los balcones, codeándose, pisándose, estrujándose, los músculos del cuello en tensión, por el afán de ver mejor el extraño espectáculo, de contemplar á su sabor á la dama hermosa, á la perla de Vetusta, rodeada de curas y monagos, á pié y descalza, vestida de Nazareno, ni más ni menos que el señor Vinagre, el cruelísimo maestro de escuela.

Como una ola de admiración precedía al fúnebre cortejo; antes de llegar la procesión á una calle, ya se sabía en ella, por las apretadas filas de las aceras, por la muchedumbre asomada á ventanas y balcones que «la Regenta venía guapísima, pálida, como la Virgen á cuyos piés caminaba.» No se hablaba de otra cosa, no se pensaba en otra cosa. Cristo tendido en su lecho, bajo cristales, su Madre de negro, atravesada por siete espadas, que venía detrás, no merecían la atención del pueblo devoto; se esperaba á la Regenta, se la devoraba con los ojos... En frente del Casino, en los balcones de la Real Audiencia, otro palacio churrigueresco de piedra oscura, estaban, detrás de colgaduras carmesí y oro, la gobernadora civil, la militar, la presidenta, la Marquesa, Visitación, Obdulía, las del barón y otras muchas damas de la llamada aristocracia por la humilde y envidiosa clase media. Obdulía estaba pálida de emoción. Se moría de envidia. «¡El pueblo entero pendiente de los pasos, de los movimientos, del traje de Ana, de su color, de sus gestos!... ¡Y venía descalza! ¡ Los piés blanquísimos, desnudos, admirados y compadecidos por multitud inmensa! » Esto era para la de Fandiño el bello ideal de la coquetería. Jamás sus desnudos hombros, sus brazos de marfil sirviendo de fondo á negro encaje bordado y bien ceñido; jamás su espalda de curvas vertiginosas, su pecho alto y fornido, y exuberante y tentador, habían atraído así, ni con cien leguas, la atención y la admiración de un

pueblo entero, por más que los luciera en bailes, teatros, paseos y también procesiones... Toda aquella carne blanca, dura, turgente, significativa, principal, era menos, por razón de las circunstancias, que dos piés descalzos que apenas se podían entrever de vez en cuando debajo del terciopelo morado de la *nazarena*! «Y era natural; todo Vetusta, seguía pensando Obdulia, tiene ahora entre ceja y ceja esos piés descalzos, ¿por qué? porque hay un *cachet* distinguidísimo en el modo de la exhibición, porque... esto es cuestión de *escenario*.» «¿Cuándo llegará?» preguntaba la viuda, lamiéndose los labios, invadida de una envidia admiradora, y sintiendo extraños dejos de una especie de lujuria bestial, disparatada, inexplicable por lo absurda. Sentía Obdulia en aquel momento así... un deseo vago... de... de... ser hombre.

Hombre era, y muy hombre, el maestro de escuela Vinagre, don Belisario, que se disfrazaba de Nazareno en tan solemne día, según costumbre inveterada, y era el más terrible Herodes de primeras letras los demás días del año. Todos los chiquillos de su escuela, que le aborrecían de corazón, se agolpaban en calles, plazas y balcones, á ver pasar al señor maestro, con su cruz de cartón al hombro y su corona de espigas al natural, que le pinchaban efectivamente, como se conocía por el movimiento de las cejas y la expresión dolorosa de las arrugas de la frente. Deseaban los muchachos cordialmente que aquellas espigas le atravesasen el cráneo. El Entierro de Cristo era la venganza de toda la escuela. Vinagre, en su afán de mortificar á cuantas generaciones pasaban por su mano, se gozaba en lastimar á la suya, en su propia persona. Pero no sólo el prurito de darse tormento como á cada hijo de vecino, le había inspirado aquella diablura de coronarse de espigas y dar un gustazo á los recentales de su rebaño pedagógico, sino que era gran parte en aquella

exhibición anual la pícara vanidad. El saber que una vez al año, él, Vinagre, don Belisario, era objeto de la *espectación general*, le llenaba el alma de gloria. Nadie se había atrevido á seguir su ejemplo; él era el único Nazareno de la población y gozaba de este privilegio tranquilamente muchos años hacía.

La competencia de doña Ana Ozores en vez de molestarle le colmó de orgullo. Sin encomendarse á Dios ni al diablo, en cuanto la vió salir de San Isidro, se emparejó con ella, la saludó muy cortésmente, y con su cruz á cuestas y todo supo demostrar que él era ante todo, y aun camino del Calvario, un cumplido caballero; si había charcos él era el que se metía por ellos para evitar el fango á los piés desnudos y de nácar de aquella ilustre señora, su compañera. Ana iba como ciega, no oía ni entendía tampoco, pero la presencia grotesca de aquel compañero inesperado la hizo ruborizarse y sintió deseos locos de echar á correr. «La habían engañado, nada le habían dicho de aquella caricatura que iba á llevar al lado.» «Oh, si ella tuviese todavía aquel espíritu sinceramente piadoso de otro tiempo, esta nueva mortificación, este escarnio, esta saturación de ridículo le hubiera agradado, porque así el sacrificio era mayor, la fuerza de su abnegación sublime.»

Vinagre admiró como todo el pueblo, especialmente el pueblo bajo, los piés descalzos de la Regenta. En cuanto á él lucía deslumbradora bota de charol, con perdón de la propiedad histórica. Demasiado sabía Vinagre que las botas de charol no existían en tiempo de Augusto, ni aunque existieran las había de llevar Jesús al Calvario; pero él no era más que un devoto, un devoto que en todo el año no tenía ocasión de lucirse; había que perdonarle la vanidad de ostentar en aquella ocasión sus botas como espejos, que sólo se calzaba en tan solemne día.

«Ya llegan! ya llegan! repitieron los del Casino y las señoras de la Audiencia cuando la procesión llegaba de verdad. Ahora no era un rumor falso, eran ellos, era el Entierro.»

Cesaron los comentarios en los balcones.

Todas las almas, más ó menos ruines, se asomaron á los ojos.

Ni un solo vetustense allí presente pensaba en Dios en tal instante.

El pobre don Pompeyo, el ateo, ya había muerto.

Visitación, la del Banco, en vez de mirar como todos hacia la calle estrecha por donde ya asomaban los pendones tristes y desmayados, las cruces y ciriales, observaba el gesto de don Álvaro Mesía, que estaba solo, al parecer, en el último balcón de la fachada del Casino, en el de la esquina. Todo de negro, abrochada la levita ceñida hasta el cuello, don Alvaro, pálido, mordía de rato en rato el puro habano que tenía en la boca, sonreía á veces y se volvía de cuando en cuando á contestar á un interlocutor, invisible para Visita.

Era don Víctor Quintanar. Los dos amigos se habían encerrado en la secretaría del Casino, á ruegos del ex-regente que quería ver sin ser visto lo que él llamaba la *subida al Calvario de su dignidad*. Detrás de Mesía, que daba buena sombra, temblando sin saber por qué, impaciente, casi con fiebre, Quintanar se disponía á ver todo lo que pudiera.

—Mire Vd.—decía—si yo tuviera aquí una bomba Orsini... se la arrojaba sin inconveniente al señor Magistral cuando pase triunfante por ahí debajo. ¡Secuestrador!

—Calma, don Víctor, calma; esto es el principio del fin. Estoy seguro de que Ana está muerta de vergüenza á estas horas. Nos la han fanatizado, ¿qué le hemos de hacer? pero ya abrirá los ojos; el exceso del mal traerá el remedio... Ese hombre ha querido estirar

demasiado la cuerda; claro que esto es un gran triunfo para él... pero Ana tendrá que ver al cabo que ha sido instrumento del orgullo de ese hombre.

—Eso, instrumento, vil instrumento! La lleva ahí como un triunfador romano á una esclava... detrás del carro de su gloria...

Don Víctor se embrollaba en estas alegorías; pero lo cierto era que él se figuraba á don Fermín de Pas, en medio de la procesión, y de pié en un carro de cartón, como él había visto entrar al baritono en el escenario del Real, una noche que cantaban el *Poliuto*.

Don Alvaro no fingía su buen humor. Estaba un poco excitado, pero no se sentía vencido; él se atenia á sus experiencias. «Aquel clérigo no había tocado en la Regenta, estaba seguro.» Sonreía de todo corazón, sonreía á sus pensamientos, á sus planes. «Claro que les molestaba á los nervios aquel espectáculo en que aparentemente el rival se mostraba triunfando á la romana, según don Víctor, pero... no había tocado en ella.»

Quintanar, desde su escondite, vió asomar entre las rejas negras del balcón una cruz dorada, remate de un pendón viejo y venerable. Se puso de piés sobre la silla, siempre sin poder ser visto desde la calle, y reconoció á Celedonio con una cruz de plata entre los brazos.

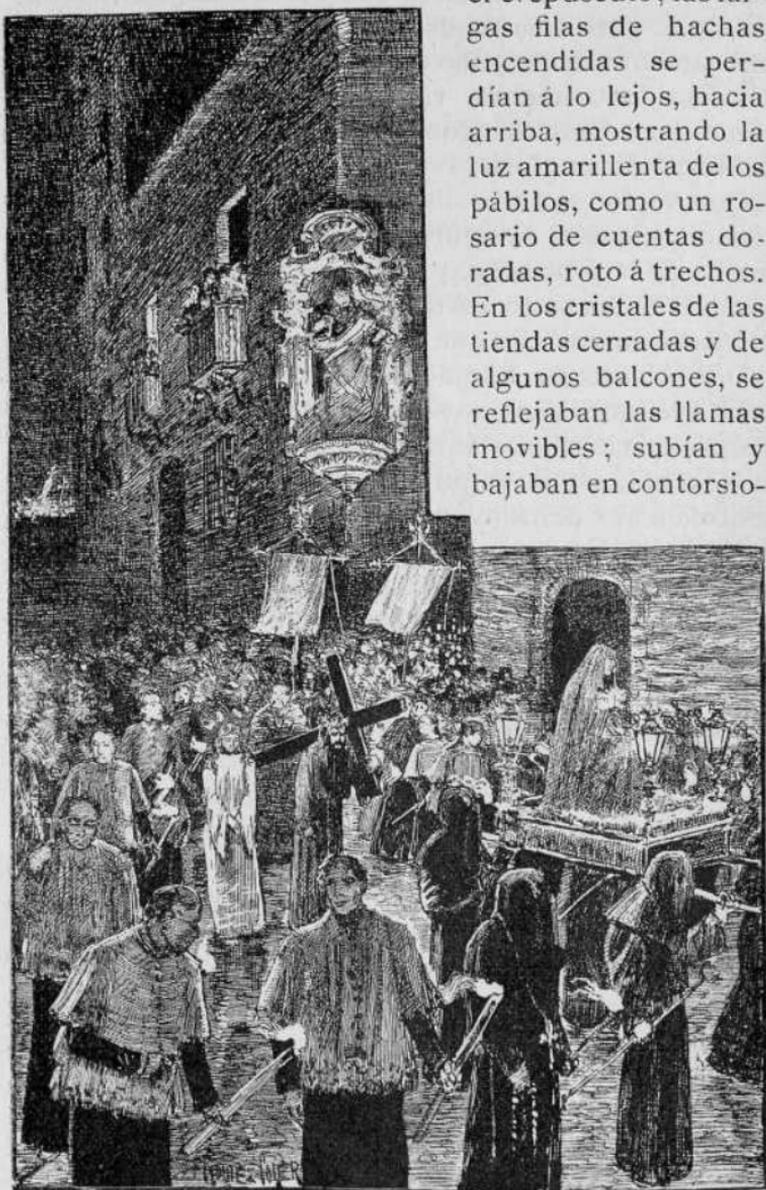
Mesía, dejando detrás de sí á su amigo, ocupó el medio del balcón, arrogante y desafiando las miradas de los clérigos que pasaban debajo de él.

Los tambores vibraban fúnebres, tristes, empeñados en resucitar un dolor muerto hacía diez y nueve siglos; á don Víctor sí le sonaba aquello á himno de muerte; se le figuraba ya que llevaban á su mujer al patíbulo.

El redoble del parche se destacaba en un silencio igual y monotonó.

En la calle estrecha, de casas oscuras, se anticipaba

el crepúsculo; las largas filas de hachas encendidas se perdían á lo lejos, hacia arriba, mostrando la luz amarillenta de los pábilos, como un rosario de cuentas doradas, roto á trechos. En los cristales de las tiendas cerradas y de algunos balcones, se reflejaban las llamas movibles; subían y bajaban en contorsio-



nes fantásticas, como sombras lucentes, en confusión de aquellarre. Aquella multitud silenciosa, aquellos pasos sin ruido, aquellos rostros sin expresión de los colegiales de blancas albas que alumbraban con cera la calle triste, daban al conjunto apariencia de ensueño. No parecían seres vivos aquellos seminaristas cubiertos de blanco y negro, pálidos unos, con cercos morados en los ojos, otros morenos, casi negros, de pelo en matorral, casi todos cecijuntos, preocupados con la idea fija del aburrimiento, máquinas de hacer religión, reclutas de una leva forzosa del hambre y de la holgazanería. Iban á enterrar á Cristo, como á cualquier cristiano, sin pensar en Él; á cumplir con el oficio. Después venían en las filas clérigos con manteo, militares, zapateros y sastres vestidos de señores, algunos carlistas, cinco ó seis concejales, con traje de señores también. Iba allí Zapico, el dueño ostensible de la Cruz Roja, esclavo de doña Paula. El Cristo tendido en un lecho de batista sudaba gotas de barniz. Parecía haber muerto de consunción. Á pesar de la miseria del arte, la estatua supina, por la grandeza del símbolo infundía respeto religioso... Representaba á través de tantos siglos un duelo sublime. Detrás venía la Madre. Alta, esculpida, de negro, pálida como el hijo, con cara de muerta como él. Fija la mirada de idiota en las piedras de la calle, la impericia del artífice había dado, sin saberlo, á aquel rostro la expresión muda del dolor espantado, del dolor que rebosa del sufrimiento. María llevaba siete espadas clavadas en el pecho. Pero no daba señales de sentirlas; no sentía más que la muerte que llevaba delante. Se tambaleaba sobre las andas. También esto era natural. Desde su altura dominaba la muchedumbre, pero no la veía. La Madre de Jesús no miraba á los vetustenses... Don Alvaro Mesía, al pasar cerca de sus piés la Dolorosa tuvo miedo, dió un paso atrás en vez de arrodillarse.

El choque de aquella imagen del dolor infinito con los pensamientos de don Alvaro, todos profanación y lujuria, le espantó á él mismo. Estaba pensando que Ana, después de *aquella locura* que cometía por el confesor, por De Pas, haría otras mayores por el amante, por Mesia.

Allí iba la Regenta, á la derecha de Vinagre, un paso más adelante, á los piés de la Virgen enlutada, detrás de la urna de Jesús muerto. También Ana parecía de madera pintada; su palidez era como un barniz. Sus ojos no veían. Á cada paso creía caer sin sentido. Sentía en los piés, que pisaban las piedras y el lodo un calor doloroso; cuidaba de que no asomasen debajo de la túnica morada; pero á veces se veían. Aquellos piés desnudos eran para ella la desnudez de todo el cuerpo y de toda el alma. «¡Ella era una loca que había caído en una especie de prostitución singular; no sabía por qué, pero pensaba que después de aquel paseo á la vergüenza ya no había honor en su casa. Allí iba la tonta, la literata, Jorge Sandio, la mística, la fatua, la loca, la loca sin vergüenza». Ni un solo pensamiento de piedad vino en su ayuda en todo el camino. El pensamiento no le daba más que vinagre en aquel calvario de su recato. Hasta recordaba textos de Fray Luís de León en la *Perfecta Casada*, que, según ella, condenaban lo que estaba haciendo. «Me cegó la vanidad, no la piedad, pensaba». «Yo también soy cómica, soy lo que mi marido.» Si alguna vez se atrevía á mirar hacia atrás, á la Virgen, sentía hielo en el alma. La Madre de Jesús no la miraba, no hacía caso de ella; pensaba en su dolor cierto; ella, María, iba allí porque delante llevaba á su Hijo muerto, pero Ana ¿á qué iba?»...

Según el Magistral, iba pregonando su gloria. Don Fermín no presidía este entierro como el del miércoles, pero celebraba con él su nuevo triunfo. Caminaba

cerca de Ana, casi á su lado en la fila derecha, entre otros señores canónigos, con roquete, muceta y capa; empuñaba el cirio apagado, como un cetro. «Él era el amo de todo aquello. Él, á pesar de las calumnias de sus enemigos había convertido al gran ateo de Vetusta haciéndole morir en el seno de la Iglesia; él llevaba allí, á su lado, prisionera con cadenas invisibles á la señora más admirada por su hermosura y grandeza de alma en toda Vetusta; iba la Regenta edificando al pueblo entero con su humildad, con aquel sacrificio de la carne flaca, de las preocupaciones mundanas, y era esto por él, se le debía á él solo. ¿No se decía que los jesuitas le habían eclipsado? ¿que los Misioneros podían más que él con sus hijas de confesión? Pues allí tenían prueba de lo contrario. ¿Los Jesuitas obligaban a las vírgenes vetustenses á ceñir el cilicio? Pues él descalzaba los más floridos piés del pueblo y los arrastraba por el lodo... allí estaban, asomando á veces debajo de aquel terciopelo morado, entre el fango. ¿Quién podía más?» Y después de las sugerencias del orgullo, los temblores cardíacos de la esperanza del amor. «¿Qué serían, cómo serían en adelante sus relaciones con Ana?» Don Fermín se estremecía. Por de pronto mucha cautela. Tal vez el día en que dejé la puerta abierta á los celos la asusté y por eso tardó tanto en volver á buscarme. Cautela por ahora... después... ello dirá.» De Pas sentía que lo poco de clérigo que quedaba en su alma desaparecía. Se comparaba á sí mismo á una concha vacía arrojada á la arena por las olas. «Él era la cáscara de un sacerdote.»

Al pasar delante del Casino, frente al balcón de Me-sía, Ana miraba al suelo, no vió á nadie. Pero don Fermín levantó los ojos y sintió el topetazo de su mirada con la de don Alvaro; el cual reculó otra vez, como al pasar la Virgen, y de pálido pasó á livido. La mirada del Magistral fué altanera, provocativa, sarcástica en

su humildad y dulzura aparentes: quería decir ¡*Væ victis!* La de Mesía no reconocía la victoria; reconocía una ventaja pasajera... fué discreta, suavemente irónica, no quería decir: «Venciste, Galileo» sino «hasta el fin nadie es dichoso». De Pas comprendió, con ira, que el del balcón no se daba por vencido.

—¡Va hermosísima!—decían en tanto las señoras del balcón de la Audiencia.

—¡Hermosísima!

—¡Pero se necesita valor!

—Amigo, es una santa.

—Yo creo que va muerta—dijo Obdulia;—¡qué pálida! ¡qué *parada!* parece de escayola.

—Yo creo que va muerta de vergüenza—dijo al oído de la Marquesa, Visita.

Doña Rufina suspiraba con aires de compasión. Y advirtió:

—Lo de ir descalza ha sido una barbaridad. Va á estar en cama ocho días con los piés hechos migas.

La baronesa de La Deuda Flotante, definitivamente domiciliada en Vetusta, se atrevió á decir encogiendo los hombros:

—Dígame lo que se quiera; estos extremos no son propios... de personas decentes.

El Marqués apoyó la idea muy eruditamente.

—Eso es piedad de transtiberina.

—Justo—dijo la baronesa, sin recordar en aquel instante lo que era una transtiberina.

Como en la Audiencia, en todos los balcones de la carrera, después de pasar la procesión, y haber contemplado y admirado la hermosura y la valentía de la Regenta, se murmuraba ya y se encontraba inconvenientes graves en aquel «rasgo de inaudito atrevimiento.»

Foja en el Casino, lejos de Mesía y don Víctor, decía pestes del Magistral y la Regenta. «Todo eso es indig-

no. No sirve más que para dar alas al Provisor. Lo que ha hecho la Regenta lo pagarán los curas de aldea. Además, la mujer casada la pierna quebrada y en casa.»

—Sin contar—añadía Joaquín Orgaz—con que esto se presta á exageraciones y abusos. El año que viene vamos á ver á Obdulia Fandiño descalza de pié... y pierna, del brazo de Vinagre.

Se rió mucho la gracia.

Pero también se notó que Orgaz decía aquello porque no había sacado nada de sus pretensiones amorosas, ó por lo menos, no había sacado bastante.

El populacho religioso admiraba sin peros ni distinguos la humildad de aquella señora. «Aquello era imitar á Cristo de verdad. ¡Emparejarse, como un cualquiera, con el señor Vinagre el nazareno; y recorrer descalza todo el pueblo!... ¡Bah! era una santa!»

En cuanto á don Víctor, al pasar debajo de su balcón el Magistral y Ana preguntó á Mesía :

—¿ Están ya ahí ?

—Sí, ahí van...

Y el mismo esposo estiró el cuello... y asomó la cabeza... Lo vió todo. Dió un salto atrás.

—¡ Infame ! ¡ es un infame ! ¡ me la ha fanatizado !

Sintió escalofríos. En aquel instante la charanga del batallón que iba de escolta comenzó á repetir una marcha fúnebre.

Al pobre Quintanar se le escaparon dos lágrimas. Se le figuró al oír aquella música que estaba viudo, que aquello era el entierro de su mujer.

—Ánimo, don Víctor—le dijo Mesía volviéndose á él, y dejando el balcón.—Ya van lejos.

—No ; no quiero verla otra vez. ¡ Me hace daño !

—Ánimo... Todo esto pasará...

Y apoyó Mesía una mano en el hombro del viejo.

El cual, agradecido, enternecido, se puso en pié;



procuró ceñir con los brazos la espalda y el pecho del amigo, y exclamó con voz solemne y de sollozo :

—¡ Lo juro por mi nombre honrado ! ¡ Antes que esto, prefiero verla en brazos de un amante !

—Sí, mil veces, sí—añadió—¡ búsquenle un amante, sedúzcanmela; todo antes que verla en brazos del fanatismo !...

Y estrechó, con calor, la mano que don Alvaro le ofrecía.

La marcha fúnebre sonaba á lo lejos. El *chin, chin* de los platillos, el *rum rum* del bombo servían de marco á las palabras grandilocuentes de Quintanar.

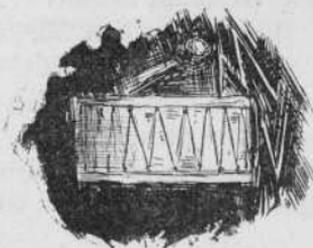
—¡ Qué sería del hombre en estas tormentas de la vida, si la amistad no ofreciera al pobre náufrago una tabla donde apoyarse !

—¡ *Chin ! chin ! chin ! bom, bom, bom !*

—¡ Sí, amigo mío ! ¡ Primero seducida que fanatizada !...

—Puede Vd. contar con mi firme amistad, don Víctor ; para las ocasiones son los hombres...

—Ya lo sé, Mesía, ya lo sé... ¡ Cierre Vd. el balcón, porque se me figura que tengo ese bombo maldito dentro de la cabeza !





XXVII

Las diez! Has oído? el reloj del comedor ha dado las diez... Te parece que subamos?...
—Espera un poco; espera que suene la hora en la catedral.

— En la catedral! Pero se oye desde aquí, muchacha? Se oye el reloj de la torre desde aquí?... Mira que es media legua larga...

— Pues sí, se oye, en estas noches tranquilas ya lo creo que se oye. ¿Nunca lo habías notado? Espera cinco minutos y oirás las campanadas... tristes y apagadas por la distancia...

— La verdad es que la noche está hermosa...

— Parece de Agosto.

— Cuando contemplo el cielo,

de innumerables luces rodeado
y miro hacia el suelo...

perdóname, hija mía; sin querer me vuelvo á mis versos...

— ¿Y qué? mejor, Quintanar: eso es muy hermoso. *La Noche Serena* ya lo creo. Hace llorar dulcemente. Cuando yo era niña y empezaba á leer versos, mi autor predilecto era ese.

El recuerdo de Fray Luís de León pasó como una nubecilla por el pensamiento de Ana que sintió un poco de melancolía amarga. Sacudió la cabeza, se puso en pié y dijo:

— Dame el brazo, Quintanar; vamos á dar una vuelta por la galería de los perales mientras la señora torre de la catedral se decide á cantar la hora...

— Con mil amores, *mia sposa cara*.

La pareja se escondió bajo la bóveda no muy alta de una galería de perales franceses en espaldar. La luna atravesaba á trechos el follaje nuevo y sembraba de charcos de luz el suelo á lo largo del oscuro camino.

— Mayo se despide con una espléndida noche— dijo Ana, apoyándose con fuerza en el brazo de su marido.

— Es verdad; hoy se acaba Mayo. Mañana Junio.

Junio la caña en el puño. ¿Te gusta á ti pescar? El río Soto, ya sabes, ese que está ahí en pasando la Pumarada de Chusquín.

—Sí, ya sé... donde se bañan Obdulia y Visita algunos veranos antes de ir al mar.

—Justo, ese... pues el río Soto lleva truchas exquisitas, según me dijo el Marqués. ¿Quieres que escriba á Frígilis, que nos mande dos cañas con todos sus accesorios?

—Sí, sí, magnífico! Pescaremos.

Don Víctor, satisfecho, sujetó mejor el brazo de su mujer que colgaba del suyo, y la tomó la mano como un tenor de ópera. Y cantó:

Lasciami, lasciami
oh lasciami partir...

Calló y se detuvo. Un rayo de luna le alumbraba las narices. Miró á su esposa, que también volvió el rostro hacia su marido.

—¿Te gustan los Hugonotes? Te acuerdas? Qué mal los cantaba aquel tenor de Valladolid... Pero oye... mira qué idea... hermosa idea... Figúrate aquí, en medio del Vivero, ahí, junto al estanque, figúrate á Gayarre ó á Masini cantando... en esta noche tranquila, en este silencio... y nosotros aquí, debajo de esta bóveda... oyendo... oyendo... Las óperas deberían cantarse así... ¿Qué nos falta á nosotros ahora? Música, nada más que música... El panorama hermoso... la brisa... el follaje... la luna... pues esto con acompañamiento de un buen cuarteto... y ¡el paraíso! Oh, los versos... los versos á veces no dicen tanto como el pentágono. Estoy por la canción, por la poesía que se acompaña en efecto de la lira ó de la forminge... ¿Tú sabes lo que era la forminge, *phorminx*?

Ana sonrió y le explicó el instrumento griego á su buen esposo.

—Chica, eres una erudita.

Otra nubecilla pasó por la frente de Ana.

El reloj de la catedral, á media legua del Vivero, dió las diez, pausadas, vibrantes, llenando el aire de melancolía.

—Pues es verdad que se oye—dijo Quintanar.

Y después de un silencio, comentario de la hora, añadió:

—¿Vamos á cenar?

—Á cenar!—gritó Ana.

Y soltando el brazo de don Víctor corrió, levantando un poco la falda de la *matinée* que vestía, hasta perderse en la oscuridad de la bóveda. Quintanar la siguió dando voces:

—Espera, espera... loca, que puedes tropezar.

Cuando salió á la claridad, con el cielo por techo, vió en lo alto de la escalinata de mármol, con una mano apoyada en el cancel dorado de la puerta de la casa, á su querida esposa que extendía el brazo derecho hacia la luna, con una flor entre los dedos.

—Eh, qué tal, Quintanar? Qué tal efecto de luna hago?...

—¡Magnífico! Magnífica estatua... original pensamiento... oye: «La Aurora suplica á Diana que apresure el curso de la noche...»

Ana aplaudió y atravesó el umbral. Don Víctor entró detrás diciéndose á sí mismo en voz alta:

—¡Hija mía! Es otra... Ese Benítez me la ha salvado... Es otra... Hija de mi alma!

Cenaron en la vajilla de los marqueses. Los dos tenían muy buen apetito. Ana hablaba á veces con la boca llena, inclinándose hacia Quintanar que sonreía, mascaba con fuerza, y mientras blandía un cuchillo aprobaba con la cabeza.

—La casa es alegre hasta de noche—dijo ella.

Y añadió:

—Toma, móndame esa manzana...

— «Móndame la manzana, móndame la manzana...»
¿dónde he oído yo eso?... Ah ya...

Y se atragantó con la risa.

— Qué tienes, hombre ?

— Es de una zarzuela... De una zarzuela de un académico... Verás... Se trata de la marquesa de Pompadour: un señor Beltrand anda en su busca; en un molino encuentra una aldeana... y como es natural se ponen á cenar juntos, y á comer manzanas por más señas.

— Como tú y yo.

— Justo. Pues bueno, la aldeana, como es natural también, coge un cuchillo.

— Para matar á Beltrand...

— No, para mondar la manzana...

— Eso ya es inverosímil.

— Lo mismo opinan Beltrand y la orquesta. La orquesta se eriza de espanto con todos sus violines en tremolo y pitando con todos sus clarinetes; y Bertrand canta, no menos asustado:

(Cantando y puesto en pié.)

Cielos! monda la manzana;
es la marquesa
de Pompadour!...
de Pompadour!

Ana soltó el trapo. Rió de todo corazón el disparate del académico y la gracia de su marido. «La verdad era que Quintanar parecía otro.»

Petra sirvió el té.

— ¿Ha vuelto Anselmo de Vetusta? — preguntó el amo.

— Sí señor, hace una hora...

— ¿Ha traído los cartuchos?

— Sí señor.

—¿Y el alpiste ?

—Sí señor.

—Pues dile que mañana muy temprano tiene que volver á la ciudad, con un recado para el señor Crespo. Deja... voy yo mismo á enterarle... Escribiré dos letras; ¿no te parece, Ana ? ese Anselmo es tan bruto...

Salió el amo del comedor.

Petra dijo, mientras levantaba el mantel:

—Si la señorita quiere algo... yo también pienso ir mañana al ser de día á Vetusta... tengo que ver á la planchadora... si quiere que lleve algún recado... á la señora Marquesa... ó...

—Sí; llevarás dos cartas; las dejaré esta noche sobre la mesa del gabinete y tú las cogerás mañana, sin hacer ruido, para no despertarnos.

—Descuide Vd.

Una hora después don Víctor dormía en una alcoba espaciosa, estucada, con dos camas. En el gabinete contiguo Ana escribía con pluma rápida y que parecía silbar dulcemente al correr sobre el papel satinado.

—No tardes ; no escribas mucho que te puede hacer daño. Ya sabes lo que dice Benítez.

—Sí, ya sé ; calla y duerme.

Ana escribió primero á su médico que era en la actualidad el antiguo sustituto de Somoza. Benítez, el joven de pocas palabras y muchos estudios, observador y taciturno, había permitido á su enferma, á la Regenta, que escribiera, si este ejercicio la distraía, á ciertas horas en que la aldea no ofrece ocupación mejor. «Escríbame Vd. á mí, por ejemplo, de vez en cuando, diciéndome lo que sabe que importa para mi pleito. Pero si se siente mal de esas aprensiones dichas no me dé pormenores, bastan generalidades...»

Ana escribía: «....Buenas noticias. Nada mas que buenas noticias. Ya no hay aprensiones ; ya no veo hormigas en el aire, ni burbujas, ni nada de eso ; ha-

blo de ello sin miedo de que vuelvan las visiones: me siento capaz de leer á Mandsley y á Luys, con todas sus figuras de sesos y demás interioridades, sin asco ni miedo. Hablo de mi temor á la locura con Quintanar como de la manía de un extraño. Estoy segura de mi salud. Gracias, amigo mío; á Vd. se la debo. Si no me prohibiera Vd. *filosofar*, aquí le explicaría por qué estoy segura de que debo al plan de vida que me impuso la felicidad inefable de esta salud serena, de este placer refinado de vivir con sangre pura y corriente en medio de la atmósfera saludable... Pero nada de retórica; recuerdo cuánto le disgustan las frases... En fin, estoy como un reloj, que es la expresión que Vd. prefiere. El régimen respetado con religiosa escrupulosidad. El miedo guarda la viña. Seré esclava de la higiene. Todo menos volver á las andadas. Continúo mi diario, en el cual no me permito el lujo de perderme en *psicologías* ya que Vd. lo prohíbe también. Todos los días escribo algo, pero poco. Ya ve que en todo le obedezco. Adiós. No retarde su visita. Quintanar le saluda... roncando. Ronca, es un hecho. *En aquel tiempo* la Regenta hubiera mirado esto como una desgracia suya, que le mandaba exprofeso el *destino* para ponerla á prueba. ¡Un marido que ronca! Horror... basta. Veo que tuerce Vd. el gesto. Perdón. No mas cháchara. Á Frigilis que venga con Vd. ó antes. Diga lo que quiera mi esposo, si Crespo no viene á prepararme la caña y á convencer á las truchas de que se dejen pescar no haremos nada. Adiós otra vez. La esclava de su régimen q. b. s. m.

Anita Ozores de Quintanar.»

Después de firmar y cerrar esta carta, Ana se puso á continuar otra que había empezado á escribir por la mañana.

Ahora la pluma corría menos, se detenía en los perfiles.

Por un capricho la Regenta procuraba imitar la letra de la carta á que contestaba y que tenía delante de los ojos.

...«No se queje de que soy demasiado breve en mis explicaciones. Ya le tengo dicho, amigo mío, que Benítez me prohíbe, y creo que con razón, analizar mucho, estudiar todos los pormenores de mi pensamiento. No ya el hacerlo, sólo el pensar en hacerlo, en desnudar mis ideas, me da la aprensión de volver á sentir aquella horrorosa debilidad del cerebro... No hablemos más de esto. Bastante hago si le escribo, pues prohibido me lo tienen. Pero entendámonos. Lo prohibido no es escribir á Vd. ¿Hablo ahora claro? Lo prohibido es escribir mucho, sea á quien sea, y sobre todo de asuntos serios.

»Que cuando volvemos á Vetusta? No lo sé, Fermín, no lo sé.

»Que yo estoy mucho mejor. Es verdad. Pero quien manda, manda. Benítez es enérgico, habla poco pero bien; ha prometido curarme si se le obedece, abandonarme si se le engaña ó se desprecian sus mandatos. Estoy decidida á obedecer. Usted me lo ha dicho siempre: lo primero es que tengamos salud.

»Que hay tibieza tal vez? No, Fermín, mil veces no. Yo le convenceré cuando vuelva.

»Que rezo poco? Es verdad. Pero tal vez es demasiado para mi salud. ¡Si yo dijera á Quintanar ó á Benítez el daño que me hace, sana y todo, repetir oraciones!... Que en mis cartas no hablo más que de don Víctor y del médico. ¿Pero de qué quiere que le hable? Aquí no veo más que á mi marido; y Benítez me acaba de salvar la vida, tal vez la razón... Ya sé que á usted no le gusta que yo hable de mis miedos de volverme loca... pero es verdad, los tuve y le hablo de

ellos, para que me ayude á agradecer al médico (de quien tanto hablo) mi *salvación intelectual*. ¿Para qué me hubiera querido mi *hermano mayor del alma*, sin el alma, ó con el alma oscurecida por la locura?...

»Que se acabó esto y se acabó lo otro..? No y no. No se acabó nada. Á su tiempo volverá todo. Menos el visitar á doña Petronila. No me pregunte Vd. por qué, pero estoy resuelta á no volver á casa de esa señora. Y... nada más. No *puedo ser más larga*. Me está prohibido (otra vez!) Acabo de cenar. Su más fiel amiga y penitente agradecida

Ana Ozores.»

P. D.—Que se conoce que tengo buen humor? También es verdad. Me lo da la salud. Si lo tuviera malo y pensara mal, creería que á Vd. le pesa de mi buen humor, á juzgar por el *tono* con que lo dice. Perdón por todas las faltas.»

Anita leyó toda esta carta. Tachó algunas palabras; meditó y volvió á escribirlas encima de lo tachado.

Y mientras pasaba la lengua por la goma del sobre, moviendo la cabeza á derecha é izquierda, encogió los hombros y dijo á media voz:

—No tiene por qué ofenderse.

Se acostó en el lecho blanco y alegre que estaba junto al de Quintanar.

El viejo madrugaba más que Ana, y salía á la huerta á esperarla. Á las ocho tomaban juntos el chocolate en el invernáculo que él llamaba con cierto orgullo enfático *la serre*.

—¡ Si esto fuera nuestro !...—pensaba á veces Quintanar contemplando las plantas exóticas de los anaqueles atestados y de los jarrones etruscos y japoneses más ó menos auténticos.

La Regenta no pensaba en los títulos de propiedad del Vivero; gozaba de la naturaleza, de la salud y del

relativo lujo que habían acumulado los Vegallana en su famosa quinta, sin fijarse en nada más que gozar. Vivía allí como en un baño, en cuya eficacia creía.

Don Víctor salió de la huerta y atravesando prados, pumaradas y tierras de maíz, buscó entre las casuchas vecinas la bajada al río Soto, y por su orilla el lugar más á propósito para sentar sus reales y pescar, en cuanto volviese Anselmo con los trastos necesarios.

Ana, durante las horas del calor, que ya era respetable, subió á su gabinete, y después de leer un poco, tendida sobre el lecho blanco, se acercó al escritorio de palisandro, y hojeó su libro de memorias. Siempre hacía lo mismo; antes de empezar á escribir en él repasaba algunas páginas, á saltos...

Leyó la primera que casi sabía de memoria. La leyó con cariño de artista. Decía así, en letra solo para Ana inteligible, nerviosa y rapidísima.

«¡Memorias!... ¡Diario!... ¿por qué no? Benítez lo consiente.»

Memorias de Juan García, podría decir algún chusco... Pero como esto no ha de leerlo nadie más que yo... ¿Que es ridículo? ¡Qué ha de ser! Más ridículo sería abstenerme de escribir (ya que es ejercicio que me agrada y no me hace daño, tomado con medida), sólo porque si lo supiera el *mundo* me llamaría cursilona, literata... ó romántica, como dice Visita. Á Dios gracias, estos miedos al que dirán ya han pasado. La salud me ha hecho más independiente. Sobre todo ¿qué han de decir si nadie ha de leerlo? Ni Quintanar. Nunca ha entendido mi letra cuando escribo de prisa. Estoy sola, completamente sola. Hablo conmigo misma, secreto absoluto. Puedo reír, llorar, cantar, hablar con Dios, con los pájaros, con la sangre sana y fresca que siento correr dentro de mí. Empecemos por un himno. Hagamos versos en prosa. «Salud, salve! Á ti debo las ideas nuevas, este vigor del alma, este olvido

de larvas y aprensiones... y el equilibrio del ánimo, que me trajo la calma apetecida... Suspendo el himno porque Quintanar jura que se muere de hambre y me llama desde abajo, desde el comedor, con una aceituna en la boca... Ya bajo, ya bajo... Allá voy!

El Vivero, Mayo 1.....

Llueve, son las cinco de la tarde y ha llovido todo el día. *In illo tempore*, me tendría yo por desgraciada sin mas que esto. Pensaría en la pequeñez—y la humedad—de las cosas humanas, en el gran aburrimiento universal, etc., etc... Y ahora encuentro natural y hasta muy divertido que llueva. ¿Qué es el agua que cae sobre esas colinas, esos prados y esos bosques? El tocado de la naturaleza. Mañana el sol sacará lustre á toda esa verdura mojada. Y además, aquí en el campo, la lluvia es una música. Mientras Quintanar duerme la siesta (costumbre nueva) y ronca (achaque antiguo y digno de respeto) yo abro la ventana y oigo

el rumor de la lluvia
sobre las hojas
y el ruido de las alas
de las palomas

que se esponjan sobre los tejadillos de su palomar cuadrado, entrando y saliendo por las ventanas angostas. Ese palomar tiene algo de serrallo ó de casa de vecindad, según se mire. La vida común con sus horas de hastío, de descuido, de pereza pública se refleja en las posturas de esas palomas, en sus pasos cortos, en el sacudir de las alas. Hay parejas que se juntan por costumbre, *por deber*, pero se aburren como si cada cual estuviese en el desierto. De repente el macho, supongo que será el macho, tiene una idea, un remordimiento, *improvisa* una pasión *que está muy lejos de sentir*, y besa a la hembra, y hace la rueda, y canta el

rucutucua y se eriza de plumas... Ella, sorprendida, sin sacudir la pereza corresponde con tibias caricias, y á poco, ambos fatigados, soñolientos, encontrando en la molicie de mojarse inmóviles, inflados, mayor voluptuosidad que en los devaneos, vuelven á su quietismo, tranquilos, sin rencores, sin engaño, sin quejarse de la mutua displicencia. ¡ Racionales palomas! —Quintanar ronca; yo escribo... Pié atrás. Esto no iba bien. Había algo de ironía; la ironía siempre tiene algo de bilis... Los amargos abren el apetito... pero más vale tenerlo sin necesitarlos. Á otra cosa.

Llueve todavía. No importa. Todo el diluvio no me arrancaría hoy un gesto de impaciencia. La ventana está cerrada, los regueros del agua resbalando por el cristal me borran el paisaje. Víctor ha salido con Frígilis (segunda visita del buen Crespo; el único grande hombre que conozco de vista). Bajo un paraguas de Pinón de Pepa—el casero de los marqueses—recorren, como cobijados en una tienda de campaña, el bosque de encinas que mi marido llama siempre seculares. Van á comprobar no sé qué experimento de química, invención de Frígilis, según él. Dios les haga felices y les conserve los piés secos. Hoy me siento inclinada á la historia, á los recuerdos. No los temo. Poco más de cinco semanas han pasado y ya me parece de la historia antigua todo aquello.

¡ Qué tres días! Yo me figuraba estar prostituida de un modo extraño (aquí la letra de la Regenta se hace casi indecifrable para ella misma). Todo Vetusta me había visto los piés desnudos, en medio de una procesión, casi casi del brazo de Vinagre! Y tres días con los piés abrasados por dolores que me avergonzaban, inmóvil en una butaca! Llamé á Somoza que se excusó. Vino el sustituto Benítez, silencioso, frío; pero comprendí que me observaba con atención cuando yo

no le miraba. Debía de creer que yo me iba volviendo loca. Él lo niega, dice que todo aquello lo explica la exaltación religiosa y la exquisita moralidad con que decidí sacrificarme al bien del que creía ofendido por mis pensamientos y desaires. Benítez cuando se decide á hablar parece también un confesor. Yo le he dicho secretos de mi vida interior como quien revela síntomas de una enfermedad. Conocía yo cuando le hablaba de estas cosas, que él, á pesar de su rostro impasible, me estaba aprendiendo de memoria... El mal subió de los piés á la cabeza. Tuve fiebre, guardé cama... y sentí aquel terror... aquel terror pánico á la locura. De esto no quiero hablar ni conmigo misma. Lo dejo por hoy; voy al piano á recordar la *Casta divina*... con un dedo.»

.....

Pasó Ana, sin querer leerlas, algunas hojas. En ellas había escrito la historia de los días que siguieron al de la procesión, famosa en los anales de Vetusta. Sí, se había creído prostituída; aquella publicidad devota le parecía una especie de sacrificio babilónico, algo como entregarse en el templo de Belo para la vigilia misteriosa. Además sentía vergüenza; aquello había sido como lo de ser literata, una cosa ridícula, que acababa por parecérselo á ella misma. No osaba pisar la calle. En todos los transeúntes adivinaba burlas; cualquier murmuración iba con ella, en los corrillos se le antojaba que comentaban su locura. «Había sido ridícula, había hecho una tontería»; esta idea fija la atormentaba. Si quería huir de ella, se la recordaba sin cesar el dolor de sus piés, que ardían, como abrasados de vergüenza; aquellos piés que habían sido del público, desnudos una tarde entera.

Si quería consolarse con la religión y el amparo del Magistral, su mal era mayor, porque sentía que la fe, la fe vigorosa, puramente ortodoxa, se derretía dentro

de su alma. En cuanto á santa Teresa había concluído por no poder leerla; prefería esto al tormento del análisis irreverente á que ella, Ana, se entregaba sin querer al verse cara á cara con las ideas y las frases de la santa. ¿Y el Magistral? Aquella compasión intensa que la había arrojado otra vez á las plantas de aquel hombre ya no existía. Los triunfos habían desvanecido acaso á don Fermín. De todas suertes, Ana ya no le tenía lástima; le veía triunfante abusar tal vez de la victoria, humillar al enemigo;... ahora veía ella claro; por lo menos no veía tan turbio como antes. Ella había sido tal vez un instrumento en manos de su *hermano mayor*. Ciertó que De Pas no había vuelto á manifestar con movimientos patéticos que le descubrieran, ni celos, ni amor, ni cosa parecida; Ana le observaba con miradas de inquisidor, de las que algo le remordía la conciencia, y sin embargo no pudo notar síntomas de pasión mundana. ¿Veía ella mal? ¿Disimulaba él bien? ¿Ó era que no había nada? Ello fué que la devoción antigua no volvió, que la fe se desmoronaba, que las antiguas teorías que sin darse entonces cuenta de ellas había oído á su padre, Ana las sentía dentro de sí.

Un panteísmo vago, poético, bonachón y romántico, ó mejor, un deísmo campestre, á lo Rousseau, sentimental y optimista á la larga, aunque tristón y un poco fosco; esto, todo esto mezclado era lo que encontraba ahora Ana dentro de sí y lo que se empeñaba en que fuera todavía pura religión cristiana. No quería ella ni apostatar, ni filosofar siquiera; también esto le parecía ridículo, pero sin querer las ideas, las protestas, las censuras venían en tropel á su mente y á su corazón. Esto era nuevo tormento. Á pesar de todo seguía confesando á menudo con don Fermín. Le guardaba ahora una fidelidad consuetudinaria; temía los remordimientos si faltaba á lo que creía deber á

aquel hombre. Temía sobre todo que si rompía sus relaciones devotas con él, volviese una reacción de lástima, arrepentimiento y piedad imaginaria que la arrastrase á otra locura como la del Viernes Santo. Tantas ideas y sentimientos encontrados, la vida retirada, y la conciencia de que en ella algo padecía y se rebelaba y amenazaba estallar, fueron concausas que trajeron las crisis nerviosas que estaba curando Benítez lo mejor que podía.

Con toda el alma había creído Ana que iba á volverse loca. Á una exaltación sentimental sucedía un marasmo del espíritu que causaba atonía moral; la horrorizaba pensar que en tales días eran indiferentes para ella virtud y crimen, pena y gloria, bien y mal. «Dios, como decía ella, se le hacía migajas en el cerebro y entonces sentía un abandono ambiente y una flaqueza de la voluntad que la atormentaban y producían pánico; el extremo de la tortura era el desprecio de la lógica, la duda de las leyes del pensamiento y de la palabra, y por último el desvanecimiento de la conciencia de su unidad; creía la Regenta que sus facultades morales se separaban, que dentro de ella ya no había nadie que fuese ella, Ana, principal y genuinamente... y tras esto el vértigo, el terror, que traía la reacción con gritos y pasmos periféricos.

Por muchos días lo olvidó todo para no pensar más que en su salud; la horrorizaba la idea de la locura y el miedo del dolor desconocido, extraño, del cerebro descompuesto. Llamó á Benítez con toda el alma, y principio de la cura fué este mismo afán y el obedecer ciegamente las prescripciones del médico.

Si algo dijo éste de alimentos, ejercicio y hasta baños, lo más y lo principal lo encomendó al cambio de vida, á la distracción, al aire libre, á la alegría, á las emociones tranquilas. ¡Al campo, al campo! fué el grito de salvación, y Ana y Quintanar (que buen susto

había llevado también), gritaron sin cesar desde la mañana á la noche: ¡ Al campo, al campo!

Pero, ¿dónde estaba el campo? Ellos no tenían en la provincia de Vetusta una quinta de recreo. Don Víctor continuaba siendo propietario en Aragón.

Ana en un arranque de valor, de un valor mucho más heróico de lo que podía suponer su marido, se atrevió á decir:

—Quintanar, ¿qué te parece esta idea...? irnos á pasar unos meses, hasta que vuelva el invierno...

—¿ Á dónde?

—Á tu tierra, á la Almunia de don Godino.

Don Víctor dió un salto.

—¡Hija, por Dios!... ya soy viejo para un traqueo tan grande de mis pobres huesos... ¡La Almunia!... ¡con mil amores... en otro tiempo, pero ahora! Yo amo la patria, es claro, soy aragonés de corazón, y digo lo que el poeta, que es muy feliz el que no ha visto

más río que el de su patria;

pero yo soy á estas horas más vetustense que otra cosa, y otro poeta lo ha dicho también, el príncipe Esquilache:

Porque es la patria al que dichoso fuere
donde se nace no, donde se quiere.

¡La Almunia de don Godino! Dónde íbamos á parar... Y además separarnos de Frígilis... de don Álvaro, de los marqueses, de Benítez, ¡imposible!

No se pensó más en ello. Ana, en el fondo del alma, se alegró de lo muy vetustense que era aquel aragonés.

Esta alegría se la ocultó á sí propia. Creyó haber cumplido con su deber en este punto.

Pero ¿á dónde irían á pasar aquellos meses de campo que Benítez exigía como condición indispensable para la salud de Ana?

Un día se hablaba de esto en casa de Vegallana. Estaban presentes á más de Quintanar y los marqueses, Alvaro y Paco.

—El médico—decía el ex-regente—exige que la aldea á donde vayamos ofrezca una porción de circunstancias difíciles de reunir.

—Veamos—dijo el Marqués.

—Ha de estar cerca de Vetusta para que Benítez pueda hacernos frecuentes visitas y para trasladar á Ana pronto á la ciudad en caso de apuro; ha de ser bastante cómoda, amena, ofrecer un paisaje alegre, tener cerca agua corriente, yerba fresca, leche de vacas... ¡qué sé yo!

Don Alvaro tuvo una inspiración en aquel momento. Se acercó al oído de Paco y dijo:

—¡El Vivero!

Paco adivinó y admiró. «¡Sólo el genio tenía aquellas revelaciones!»

Sin pensar en que secundaba planes mefistofélicos, dijo en voz baja:

—Papá, no conozco más quinta que reuna las condiciones de Benítez que una... que está á nuestra disposición...

Y á un tiempo, alegres todos con el hallazgo, dijeron los marqueses y su hijo:

—¡El Vivero!

—Bravo, bravo, eureka!—repetía el Marqués.—Paco tiene razón, ¡al Vivero! se van Vds. al Vivero.

Y la Marquesa...

—¡Hermosa idea! ¡Qué gusto! Y nos veremos á menudo antes de irnos á baños...

Don Víctor protestó.

—¡Cómo el Vivero! ¿Y Vds.?

—Nosotros no vamos este año.

—Ó iremos mucho más tarde.

—Y cuando vayamos cabremos todos.

—Allí hemos dormido, cada cual con entera independencia más de veinte personas—advirtió Alvaro.

—Es claro; aquello es un convento.

—No se hable más, no se hable más.

—¿Cómo que no se hable más? ¿Y mi delicadeza?

Á pesar de la delicadeza de don Víctor, quedó decretado que su mujer y él y los criados que quisieran llevar, irían á pasar aquellos meses que pedía Benítez en el Vivero, donde serían dueños absolutos... Nada, nada, los marqueses no admitieron objeciones.

—«¿No eran parientes?»

—«Cierto que sí»—tuvo que responder, muy orgulloso, Quintanar.

Ana al saber la noticia, comprendió que aquello era todo lo contrario de irse á la Almunia de don Godino. Pero no quiso pensar en los peligros que la estancia en el Vivero podía tener. Aborrecía ahora las cavilaciones. Sin embargo, sin investigar las causas de ello, sintió durante todo aquel día una alegría de niña satisfecha en sus gustos más vivos, y aún más intenso fué su placer al despertar á la mañana siguiente con este pensamiento: «Voy al Vivero á hacer vida de aldeana, á correr, respirar, engordar... alegrar la vida... allí el sol, el agua corriente, el follaje... la salud...» y como un acompañamiento musical que encantaba toda aquella perspectiva, Ana sentía una indecisa esperanza que era como un sabor con perfumes... una esperanza... no quería pensar de qué... Pero ello era que el mundo parecía alegrarse, que la idea del Vivero la fortificaba como un placer positivo, de los que se gozan cuando duran las ilusiones. «Aquel Benítez la estaba rejuveneciendo.»

Después de las hojas del libro de memorias que se

referían, á su modo, á la materia que va reseñada brevemente, Ana encontró, y en ella se detuvo, la página en que rápidamente había reflejado sus impresiones al entrar en el Vivero en un día de Abril que parecía de Junio, alegre, ardiente, despejado.

Leyó con deleite aquella página, no recreándose en el estilo, sino en los recuerdos. Decía:

El Romero y el Clavel torcieron de repente; el landó se dobló sin ruido, nos sacudió un poco, dejamos la carretera de Santianes y las ruedas rebotaron sobre la grava nueva de la carretera estrecha del Vivero; los sauces, como una lluvia de yerba suspendida en el aire, nos hacían cosquillas con las puntas de sus ramas, flotando sobre la frente como cabello movido por el viento. Se abrió la gran puerta de la cerca vieja, y los caballos arrancaron chispas del piso empedrado de la *quintana* vieja, despertando con el ruido resonancias en el silencio del *palación* cerrado y vacío. Por mi gusto nos hubiéramos quedado á vivir en aquella casa inmensa, con dos torres de piedra parda y soportales con columnas... pero el coche siguió al trote; el Marqués tiene la vanidad de hacer que la entrada al Vivero *habitabile* sea por aquí, por delante de la antigua mansión señorial... Las ruedas vuelven á callar, como enfundadas, Romero y Clavel machacan sin estrépito con los cascos briosos la arena tersa, blanca y blanda de la avenida ancha y flanqueada de pretil de mármol con macetas y rosetones de verdura exótica.

La *casa nueva* nos sonríe enfrente y delante de la coquetona marquesina de la entrada nos detenemos; silencio general... un momento. Habla el sol... nosotros gozamos; la limpieza, la corrección, la elegancia parecen allí obra de la naturaleza, y el follaje, el esplendor de su verdura, los susurros del aire discreto, la hermosura de la perspectiva, los vuelos graciosos de mi-

les de pájaros, parecen importación del lujo; riqueza y naturaleza se juntan allí; el sol, cortesano del *confort*, alumbraba más... ¡Cosa extraña! Yo no había visto el Vivero hasta ahora, lo que se llama ver, hasta ahora nunca había comprendido esta armonía íntima del lujo y del campo. Está bien así. Debe haber rincones en la tierra en que no haya nada feo, ni pobre ni triste.

Paco y la Marquesa, que han venido á darnos posesión del Vivero, comen con nosotros y de tarde, al caer el sol, se vuelven á Vetusta.

Ya estamos solos. Examino toda la casa. En el piso bajo salón, billar, gabinete-biblioteca, galería de costura sobre el jardín, rodeada de cristales, el comedor con paso á la estufa por la escalinata de mármol blanco. ¡Qué alegría! Todo es cristal, flores, plantas de hojas gigantescas, de colores fuertes, raros. Lo que me agrada más es el capricho del Marqués en el piso principal; una galería con cierre de cristales rodea todo el edificio. He dado dos vueltas á todo el corredor como si nunca hubiera visto el Vivero. ¿Qué será que todo me parece nuevo, mejor, más elegante, más poético? Quintanar está encantado, y se me figura que tiene un poco de envidia.

.....

Vida excelente. La primavera entró en mi alma. Madrugo. El baño me fortifica y me alegra el espíritu. Tendida en la pila, con la mano en el grifo, dejo que el agua tibia me enerve, y la fantasía como en sopor se detiene en imágenes plásticas tranquilas y suaves. Después tiemblo dentro de la sábana y vuelvo gozosa al calor de mi cuerpo, contenta de la vida que siento circular por mis venas. La cabeza está firme; jamás vienen á mortificarme ideas sutiles, alambicadas... Pienso poco, vagamente, y los pormenores de los accidentes ordinarios que me rodean absorben lo mejor de mi atención. Benítez puede estar satisfecho. Así la salud

volverá con más fuerza. Vivir es esto: gozar del placer dulce de vegetar al sol.

Y sin embargo hay horas en que las vibraciones de las cosas me hablan de una música recóndita de ideas y sentimientos. ¿Qué es esta esperanza de un bien incierto? Á veces se me antoja todo el Vivero escenario de una comedia ó de una novela... Entonces me parece más solitario el bosque, más solitario el palacio. Esta soledad parece mediatubunda. Está todo en silencio reflexivo, recordando los ruidos de la alegría y del placer que latieron aquí, ó preparándose á re-tumbar con la algazara de fiestas venideras... Insisto en ello, hay aquí algo de escenario antes de la comedia. Los vetustenses que tienen la dicha de ser convidados á las excursiones del Vivero son los personajes de las escenas que aquí se representan... Obdulia, Visita, Edelmira, Paco, Joaquinito, Alvaro... y tantos otros han hablado aquí, han cantado, corrido, jugado, bailado... reído sobre todo... Y algo olfateo de la alegría pasada ó algo presiento de la alegría futura. Sí, Quintanar dice bien, esto es el paraíso, ¿qué nos falta á nosotros en él? Según Quintanar, nada más que música... Oh, pues por música que no quede. Corro al salón á tocar *la donna è mobile*, con el dedo índice, mi único dedo músico. ¡Qué cursi es esto, según Obdulia!... ¡Una dama que no sabe tocar el piano más que con un dedo!

Quintanar es feliz. Y es tan bueno! ¡Cómo me cuida! qué agasajos, qué mimos! Parece otro. Piensa más en mí que en la marquetería. ¡Pasa días enteros sin serrar nada! No hay alma que no tenga su poesía en el fondo. Su alegría es demasiado bulliciosa, pero es sincera. Yo no podría vivir aquí sin él. Imagínole ausente, me veo aquí sola y tengo miedo y siento la soledad...

Luego no me estorba, luego su compañía me agrada.

.....

Petra, la misma Petra, me gusta aquí en el campo. Se viste como las aldeanas del país, canta con ellas en la *quintana*, se mete en la danza y toca la *trompa* con maestría. Ayer, al morir el día, junto a la Puerta Vieja tocaba, con la lengüeta de hierro vibrando entre sus labios, los aires del país monotonos y de dulce tristeza. Pepe, el casero, cantaba cantares andaluces convertidos en vetustenses... y Petra tañía la *trompa* quejumbrosa, y yo sentía lágrimas dulces dentro del pecho... y la vaga esperanza volvía a iluminar mi espíritu. Cuanto más triste la lengüeta de la *trompa*, más esperanza, más alegría dentro de mí. Todo esto es salud, nada más que salud.

.....

He traído al Vivero algunos libros de mi padre. Hacía muchos años que no los había abierto. Quintanar los tenía en los cajones más altos de sus estantes.

¡Qué impresiones! He encontrado entre las hojas de una *Mitología ilustrada* pedacitos de yerba de Loreto... eran polvo; papeles escritos en que reconocí mis garabatos de niña... y un marinero dibujado por mi pluma que, según la leyenda que tiene al pie, era *Germán*.

.....

Probablemente Benítez condenara este afán de leer y me prohibiría la desmedida afición. Oh, qué cosas tan nuevas encuentro en estos libros que apenas entendía en Loreto! Los dioses, los héroes, la vida al aire libre, el arte por religión, un cielo lleno de pasiones humanas, el contento de este mundo... el olvido de las tristezas hondas, del porvenir incierto... un pueblo joven, sano en suma... Quisiera saber dibujar para dar formas a estas imágenes de la Mitología que me asedian.»

.....

Ana, después de leer estas y otras páginas, escribió sus impresiones de aquellos días. Don Víctor vino á interrumpirla para anunciarle que ya había instalado su tienda de campaña á la orilla del río, en el paraje más ameno y fresco, junto á una mancha de sombra en el agua, donde infaliblemente habría truchas.

Desde aquella tarde pescaron. Pescaron poco, pero muy alabado. Ana leía, sentada en su banqueta de lona blanca con franjas azules, mientras sujetaba la caña con la mano izquierda, sin más fuerza que la necesaria para que la corriente no la llevase.

Mientras ella, á orillas del río Soto, á media legua de Vetusta en compañía de su Quintanar, dejaba á las truchas escapar muertas de risa, su imaginación, vuelta á los tiempos y á los parajes clásicos, se bañaba en el Cefiso, aspiraba los perfumes de las rosas del Tempé, volaba al Escamandro, subía al Taigeto y saltaba de isla en isla de Lesbos á las Cíclades, de Chipre á Sicilia...

Día hubo en que viajaba con Baco, Anita, recorriendo la India ó bien navegando en el barco prodigioso de cuyo mástil floreciente pendían racimos y retorcidos tallos, y tuvo que saltar de repente á la prosáica orilla del Soto, llamada por la voz del ex-regente que gritaba:

—¡Pero, muchacha, que te están comiendo el cebo!

No importaba; Ana era feliz y Quintanar también.

«¡Parece otro!» se decía ella: «¡Parece otra!» pensaba él.

El tiempo volaba. Junio se metió en calor. Vetusta en verano es una Andalucía en primavera. Ana todas las mañanas, *por la fresca* recorría la huerta y sacudía las ramas cargadas de cerezas acompañada de don Víctor, Pepe el casero y Petra; llenaban grandes cestas; forradas con hojas de higuera, de aquellos corales húmedos y relucientes; y la Regenta sentía singular

voluptuosidad sana y risueña al pasar la finísima mano blanca por las cerezas apiñadas sobre la verdura de las hojas anchas y bordadas. Aquellas cestas iban á Vestusta á casa del Marqués y á veces á las de sus amigos. Una mañana vió Ana que Petra y Pepe llenaban de la más colorada fruta un canastillo de paja blanca y de colores. Ana se acercó á ayudarlos. De pronto dijo:

—¿Para quién es esto?

—Para don Alvaro—contestó Petra.

—Sí, voy á llevárselo yo mismo á la fonda—añadió Pepe sonriendo ya á la propina que veía en lontananza.

Ana sintió que su mano temblaba sobre las cerezas y aquel contacto le pareció de repente más dulce y voluptuoso.

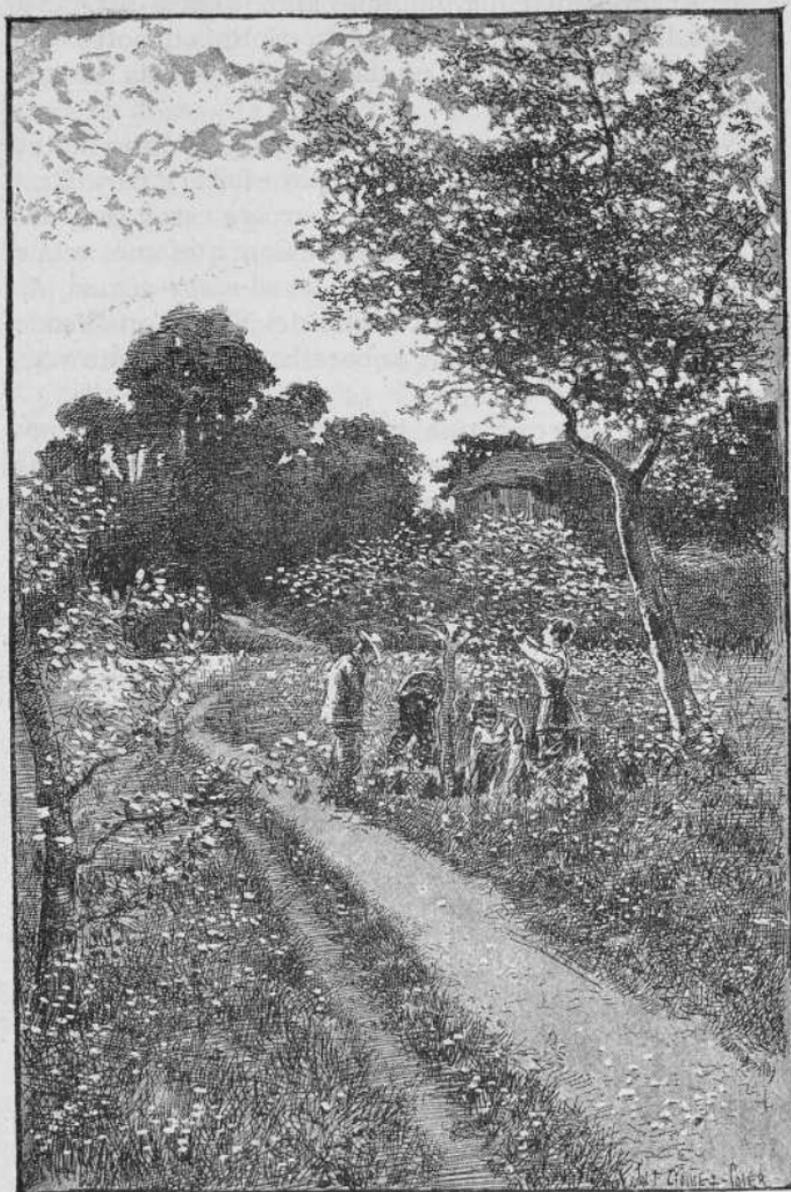
Y cuando nadie la veía, á hurtadillas, sin pensar lo que hacía, sin poder contenerse, como una colegiala enamorada, besó con fuego la paja blanca del canastillo. Besó las cerezas también... y hasta mordió una que dejó allí, señalada apenas por la huella de dos dientes.

Y asustada de su desfachatez pensó todo el día en la aventura, sin vergüenza.

«¡También esto era cosa de la salud!»—

La víspera de san Pedro, por la noche, el Magistral recibió un B. L. M. del marqués de Vegallana invitándole á pasar el día siguiente, desde la hora en que le dejasen libre sus deberes de la catedral, en el Vivero en compañía de los dueños de la quinta y de sus actuales inquilinos los señores de Quintanar, más otros muchos buenos amigos. Pertenece el Vivero á la parroquia rural de San Pedro de Santianes; Pepe el casero era aquel año factor de la fiesta de la parroquia, y pensaba echar la casa por la ventana, «para no dejar mal al señor Marqués».

Anita, en la postdata de su última carta decía al con-



fesor: «El Marqués me ha dicho que piensa invitar á usted á la romería de San Pedro. Somos nosotros *los factores*... Supongo que no faltará Vd. Sería un solemne desaire.»

«No, no faltaré, pensaba don Fermín dando vueltas en la cama. Ojalá tuviera valor para faltar, para despreciaros, para olvidarlo todo... pero ya estoy cansado de luchar con esta maldita obsesión que me vence siempre. Sí, si he de acabar por ir, si estoy seguro de que al fin he de tomar el camino del Vivero, más vale ahorrarme el tormento de la batalla y declararme vencido. Iré.»

Y no pudo dormir una hora seguida en toda la noche. Pero esto era achaque antiguo ya. Desde que Anita «*había vuelto á engañarle*» don Fermín no gozaba hora de sosiego.

Como el Marqués no le había invitado á hacer el viaje en su coche, lo cual tal vez indicaba cierta frialdad premeditada, que De Pas fingía no sentir, tuvo el señor canónigo que ir en persona á alquilar una berlina. Mandó que le esperase fuera del Espolón á las diez en punto. Fué á la catedral, pero no pudo parar allí, y á las nueve y media ya estaba en medio de la carretera de Santianes ó del Vivero paseándola á lo ancho, agitado, pálido, de un humor de mil diablos.

«¿Á qué voy yo allá? De fijo estará el otro. ¿Qué voy yo á hacer allí? ¡Maldito Vivero!» La berlina tardaba. De Pas daba pataditas de impaciencia. Por fin llegó el coche destartalado, sucio, á paso de tortuga.

—Al Vivero, á escape!—gritó don Fermín dejándose caer como un plomo sobre el asiento duro que crugió.

Sonrió el cochero, sacudió un latigazo al aire, el caballo extenuado saltó sobre la carretera dos ó tres minutos, y como si aquello fuese una falta de formalidad indigna de sus años, que eran muchos, volvió al paso perezoso sin protesta de nadie.

El Magistral recordó que en aquella misma berlina ú otro coche de la misma casa por lo menos, pocas semanas antes iba él llorando de alegría, llena el alma de esperanzas, de proyectos que le hacían cosquillas en los sentidos y en lo más profundo de las entrañas. Y ahora un presentimiento le decía que todo había acabado, que Ana ya no era suya, que iba á perderla, y que aquel viaje al Vivero era ridículo; que si estaba allí Mesía, como era casi seguro, todas las ventajas eran del petimetre. Vestía el Provisor balandrán de alpaca fina con botones muy pequeños, de esclavina cortada en forma de alas de murciélago. Tenía algo su traje del que luce Mefistófeles en el *Fausto* en el acto de la serenata. Había deliberado mucho tiempo á solas: ¿qué ropa llevaría? Cada vez le pesaba más la sotana y le abrumaba más el manteo. El sombrero de teja larga era odioso; demasiado corto era cursi, ridículo, parecía cosa de don Custodio; muy cerrado, anti-guo; muy abierto, indigno de un Vicario general. ¿Iría de levita? ¡Vade retro! No, el cura de levita se convierte por fuerza en cura de aldea ó en clérigo liberal. El Magistral muy pocas veces recurría á tal indumentaria. Oh, si le fuera lícito vestir su traje de cazador, su zamarra ceñida, su pantalón fuerte y apretado al muslo, sus botas de montar, su chambergo, entonces sí, iría de paisano, y la vanidad le decía que en tal caso no tendría que temer el parangón con el arrogante mozo á quien aborrecía. Sí, á quien aborrecía. Don Fermín ya no se lo ocultaba á sí mismo. No daba nombre á su pasión, pero reconocía todos sus derechos y estaba muy lejos de sentir remordimientos. «Él era cura, cura, una cosa ridícula, puestas las cosas en el estado á que habían llegado.» Había comprendido que Ana sentía repugnancia ante el canónigo en cuanto el canónigo quería demostrar que además era hombre. «¡Y si era hombre, vive Dios que era hombre, y

tanto y más que el otro; capaz de deshacerle entre sus brazos, de arrojarle tan alto como una pelota...» Dejaba de pensar en sus tristezas y en su cólera. Miraba como tonto los accidentes del paisaje, los palos del telégrafo que iba dejando atrás de tarde en tarde. Tuvo que levantar los vidrios de las ventanillas porque el polvo le sofocaba. El sol le aburría y le picaba; no había cortinas. El viaje se hacía interminable. Aquella media legua se había estirado indefinidamente. «El Marqués se había portado como un grosero no ofreciéndole un asiento en su coche. La culpa la tenía él que había aceptado el convite. ¿Pero qué remedio?»

Oyó el estrépito de cascos de caballos que machacaba la grava reciente detrás de la berlina. Se asomó á ver quiénes eran los jinetes y reconoció á don Alvaro y á Paco que pasaron al galope de dos hermosos caballos blancos, de pura raza española.

Ellos no le vieron; el placer de la carrera los llevaba absortos y no repararon en la mísera berlina que seguía al paso. Incapaz de toda noble emulación, el mísero jaco de alquiler siguió caminando lo menos posible, seguro de que la felicidad no estaba en el término de ninguna carrera de este mundo. Para comer mal siempre se llega a tiempo. Esta era toda su filosofía. El cochero debía de ser discípulo del caballo.

Cuando el Magistral llegó al Vivero no había ningún convidado en la casa, ni los Marqueses, ni los de Quintanar estaban tampoco.

Petra se le presentó vestida de aldeana, con una coquetería provocativa, luciendo rizos de oro sobre la cabeza, el dengue de pana sujeto atrás, sobre el justillo de ramos de seda escarlata muy apretado al cuerpo esbelto; la saya de bayeta verde de mucho vuelo cubría otra roja que se vislumbraba cerca de los piés calzados con botas de tela. Estaba hermosa y segura de ello. Sonrió al Magistral, y dijo:

—Los señores están en San Pedro.

—Ya lo suponía, hija mía, pero vengo muerto de sed y...

La aldeana fingida sirvió en la glorieta del jardín al Magistral un refresco delicioso que improvisó con arte.

—Dios te lo pague, Petrica.

Y hablaron.

Hablaron de la vida que hacían allí los señores.

Petra dijo que doña Ana parecía otra; ¡qué alegre! ¡qué revoltosa! nada de encerrarse en la capilla horas y horas, nada de rezar siglos y siglos, nada de leer á su Santa Teresa eternidades... Vamos, era otra. ¿Y salud? Como un roble.

—¿El señorito Paco vino?—preguntó de repente De Pas.

—Sí, señor, hará un cuarto de hora. Llegaron él y el señorito Alvaro, á caballo, á escape; tomaron un refresco como Vd., y corrieron á San Pedro... Creo que no habían oído misa y quisieron coger la de la fiesta...

En aquel momento, hacia oriente sonaron estrepitosos estallidos de cohetes cargados de dinamita.

—Ya están al alzar—dijo la doncella.

Petra observaba con el rabillo del ojo la impaciencia del Magistral, que preguntó:

—¿La iglesia está cerca, creo, saliendo por ahí por el bosque, verdad?

—Sí, señor; pero hay tres callejas que se cruzan y puede darse en el río en vez de... si quiere Vd. ir, le acompañaré yo misma; ahora no tengo nada que hacer allá dentro...

—Si eres tan amable...

Petra echó á andar delante del Magistral. Por un postigo salieron de la huerta y entraron en el bosque de corpulentas encinas y robles retorcidos y ásperos.

Ocupaba el bosque las laderas de una loma y el altozano, que era lo más espeso. Subían un repecho y don Fermín veía los bajos irisados de chillona bayeta que mostraba sin miedo Petra, más algo de la muy bordada falda blanca y de una media de seda calada, refinada coquetería que quitaba propiedad al traje y por lo mismo le daba picante atractivo.

—¡Qué calor, don Fermín!—decía la rubia, enjugando el sudor de la frente con pañuelo de batista barata.

—Mucho, rubita, mucho—respondía el Magistral, desabrochándose el maldito balandrán y soplando con fuerza.

—Y eso que á Vd. la fatiga no debe rendirle, que allá en Matalerejo tengo entendido que corre como un gamo por los vericuetos...

—¿Quién te lo ha dicho á ti?

—¡Bah! Teresina...

—¿Sois amigas, eh?

—Mucho.

Silencio. Los dos meditan. El canónigo reanuda el diálogo.

—No creas; yo, aquí donde me ves, soy un aldeano; juego á los bolos que ya ya...

Petra se detuvo y se volvió para ver á don Fermín que hacía el ademán de arrojar una bola de roble por la cóncava bolera adelante...

Rió la doncella y continuando la marcha, dijo:

—No, que es Vd. fuerte no necesita decirlo: bien á la vista está.

Callaron otra vez.

Detrás de la loma, y ya más cerca, estallaron cohetes de dinamita y en seguida la gaita y el tamboril de timbre tembloroso, apagadas las voces por la distancia, resonaron al través de la hojarasca del bosque.

La gaita hablaba á las entrañas del Provisor y de

Petra, ambos aldeanos. Volvieron á mirarse y á sonreirse.

—Ya vuelven—dijo Petra, deteniéndose de nuevo.

—¿Llegamos tarde?

—Sí, señor; la comitiva tomará el camino de la calleja de abajo y cuando lleguemos nosotros á la iglesia, ya estarán en el Vivero...

—De modo...

—De modo, que es mejor volvernos. ¡Ay, don Fermín, perdóneme Vd. este paseo... esta molestia...

—No, hija, no hay de qué... al contrario... Aquí se está bien... esta sombra... pero yo estoy algo cansado... y con tu permiso... entre aquellas raíces, sobre aquel montón verde y fresco de yerba segada... ¿eh? ¿qué te parece? voy á sentarme un rato...

Y lo hizo como lo dijo.

Petra, sin atreverse á sentarse y sin querer dejar el puesto, miró al suelo ruborosa, hizo movimientos felinos, y se puso á retorcer una punta del delantal...

—¿Cansado? ¡bah!—se atrevió á decir—un mozo como Vd....

La gaita y el tambor llenaban las bóvedas verdes con sus chorretadas alegres ahora, luégo melancólicas, cargadas siempre de ideales perfumes campestres, de recuerdos amables.

El Magistral mordía yerbas largas y ásperas y meditaba con una sonrisa amarga entre los labios. «¡Ironías de la suerte! El fruto que se ofrecía, que le caía en la boca, allí... despreciado... y el imposible codiciado... cuanto más imposible, más codiciado... Sin embargo, para que fuese menos ridícula su situación en el Vivero, le parecía muy oportuno poner por obra lo que meditaba. Y además, á él le convenía tener de su parte á la doncella de la Regenta, hacerla suya, completamente suya...»

—Petra...

—¿ Señor ?—gritó ella fingiendo susto.

—¿ Quieres crecer ? Pues bastante buena moza eres. Mira, no seas tonta... si no tienes prisa... puedes sentarte... Así como así, yo quisiera preguntarte... algunas cositas respecto de...



—Lo que Vd. quiera, don Fermín. Por aquí de fijo no pasa nadie ; porque, sobre que poca gente atraviesa el bosque para ir á la iglesia, los que van siguen la trocha de abajo... por aquí rara vez pasa un alma. Pero si Vd. quiere hablar á sus anchas, allá un poco más arriba hay una cabaña que se llama la casa del leñador; es muy fresca y tiene asientos muy cómodos...

—Mejor que mejor. Hablaremos más á gusto. Vamos allá.

Se levantó y emprendieron la marcha. Subían en silencio. El monte se hacía más espeso.

La gaita y el tambor sonaban ya muy lejos, como una aprensión de ruido.

Petra, al llegar á la casa del leñador, se dejó caer sobre la yerba, algo distante de don Fermín ; y encarnada como su saya bajera, se atrevió á mirarle cara á cara con ojos serios y decidores.

El Magistral se sentó dentro de la cabaña.

Hablaron.

Por algo don Fermín temía el momento de encontrarse con la comitiva, como decía Petra. Cuando media hora después entraba solo por el postigo del bosque en la huerta, lo primero que vió fué á la Regenta metida en el pozo seco, cargado de yerba, y á su lado á don Alvaro que se defendía y la defendía de los ataques de Obdulia, Visita, Edelmira, Paco, Joaquín y don Víctor que arrojaban sobre ellos todo el heno que podían robar á puñados de una vara de yerba, que se erguía en la próxima pomarada de Pepe el casero.

El Marqués gritaba desde la galería del primer piso:

—¡ Eh, locos ! locos ! que os echo los perros, que destrozais la yerba de Pepe... ¿ Qué va á cenar el ganado ? Locos !... —Pepe, no lejos del pozo, vestido con los trapos de cristianar, más una corbata negra que había creído digna de un factor, dejaba hacer, dejaba pasar, se rascaba la cabeza y sonreía gozoso...

—Deje, señor, deje que *rebrinquen* los señoritos, que la *erba* yo la apañaré... en sin perjuicio...

La Regenta, con la cabeza cubierta de heno, con los ojos medio cerrados, no pudo ver al Magistral hasta que se acabó la broma y le tocó salir del pozo... con ayuda de don Alvaro y los que estaban fuera.

No se avergonzó de que su confesor la hubiera visto en tal situación... Le saludó amable, bulliciosa, y volvió con Obdulia, con Visita y con Edelmira á correr por la huerta, seguidas de Paco, Joaquín, don Alvaro y don Víctor.

Del Magistral se apoderó el Marqués que le llevó al salón donde estaban la Marquesa, la gobernadora civil, la Baronesa y su hija mayor, que no quería correr con *aquellos locos*; el Barón, Ripamilán, Bermúdez, que tampoco quería correr, Benitez el médico de Anita, y otros vetustenses ilustres.

—Mire Vd., señor Provisor—dijo Vegallana;—la fiesta se ha dividido en dos partes: como Pepe es el factor, ha convidado á todos los curas de la comarca, catorce salvo error; yo les he propuesto venirse á comer aquí con nosotros, pero como algunos de ellos son cerriles, comprendí que preferían verse libres de damas y caballeres de la ciudad y se les ha puesto su mesa en el palacio viejo, donde yo pienso acompañarlos. Ahora bien, yo proponía á Ripamilán que viniese conmigo, pero él no quiere... Si Vd. fuese tan amable que me acompañara, aquellos buenos párrocos se crearían honrados infinitamente... ¡ya ve Vd., como Vd. es el señor Vicario general!...

No hubo más remedio. El Magistral tuvo que comer con el Marqués y los curas en el palacio viejo.

Petra se encargó de presidir el servicio de la *mesa de aldea*, aún vestida de aldeana del país, y colorada, echando chispas de oro de los rizos de la frente, y chispas de brasa de los ojos vivos, elocuentes, llenos de una alegría maligna que robaba los corazones de los aldeanos y de algunos clérigos rurales.

Á la hora del café don Fermín no pudo resistir más, se escapó como pudo y volvió á la casa nueva, donde la algazara había llegado á ser estrépito de los diablos. En el momento de entrar él, don Víctor (con una mon-

tera *picon* en la cabeza) cantaba un dúo con Ripamilán, rejuvenecido, junto al piano, que tocaba como sabía don Alvaro, con un puro en la boca, zarandeando el cuerpo y cerrando y abriendo los ojos brillantes que el humo del cigarro cegaba.

Las señoras ya no estaban allí. La Marquesa, la gobernadora y la Baronesa paseaban por la huerta; la gente *joven*, Obdulia, Visita, Ana, Edelmira y la niña del Barón, corrían solas por el bosque.

Se las oía gritar, desde la galería de cristales. Obdulia, Visita y Edelmira llamaban con aquellas carcajadas y chillidos á los hombres.

Así lo comprendió Joaquín que propuso á Paco dejar el concierto de Quintanar y don Cayetano y correr detrás de *aquellas*.

—Deja, luego—decía Paco, que gozaba mucho con las canciones antiquísimas de Ripamilán y ya se iba cansando á ratos de su prima.

Cuando Quintanar y el Arcipreste se quedaron roncocos, que fué pronto, se dejó el piano y se cumplieron los deseos de Orgaz. Él, Paco, Mesia y Bermúdez salieron de la casa y entraron en el bosque. «Ya no se oían los gritos de *aquellas*.» «¿Se habrían escondido?» «Eso debía de ser.»

«Á buscarlas cada cual por su lado.»

«¡Magnífico! ¡magnífico!»

Se dispersaron y pronto dejaron de verse unos á otros.

Bermúdez, en cuanto se sintió solo, se sentó sobre la yerba. Un encuentro á solas con cualquiera de aquellas señoras y señoritas en un bosque espeso de encinas seculares, le parecía una situación que exigía una oratoria especial de la que él no se sentía capaz. Y, sin embargo, ¡qué deliciosa podría ser una conferencia íntima con Obdulia ó con Ana *sobre la verde alfombra!*

El Magistral tuvo que quedarse con Ripamilán, don Víctor, el gobernador, Benítez y otros señores graves. Benítez era joven, pero prefería hacer la digestión sentado y fumando un buen cigarro.

Don Víctor se acercó al médico, en el hueco de un balcón y De Pas pudo oír el diálogo que entablaron.

—¡Oh! no puede Vd. figurarse cuánto le debo.

—¿Á mí, don Víctor?

—Sí, á Vd.; Ana es otra. ¡Qué alegría, qué salud, qué apetito! Se acabaron las cavilaciones, la devoción exagerada, las aprensiones, los nervios... las locuras... como aquella de la procesión... Oh, cada vez que me acuerdo se me crisan los... pues nada, ya no hay nada de aquello. Ella misma está avergonzada de lo pasado. Se ha convencido de que la santidad ya no es cosa de este siglo. Este es el siglo de las luces, no es el siglo de los santos. ¿No opina Vd. lo mismo, señor Benítez?

—Sí señor—dijo el médico sonriendo y chupando su cigarro.

—¿De modo que Vd. opina que mi mujer está curada del todo?... radicalmente?...

—Doña Ana, amigo mío, no estaba enferma; se lo he dicho á Vd. cien veces; lo que tenía se curaba sin más que cambiar de vida; pero no era enfermedad... por eso no puede decirse con exactitud que se ha curado... por lo demás... esa misma exaltación de la alegría, ese optimismo, ese olvido sistemático de sus antiguas aprensiones... no son más que el reverso de la misma medalla.

—¿Cómo? Vd. me asusta.

—Pues no hay por qué. Doña Ana es así; extremosa... viva... exaltada... necesita mucha actividad, algo que la estimule... necesita...

Benítez mascaba el cigarro y miraba á don Víctor, que abría mucho los ojos, con expresión misteriosa de lástima un poco burlesca.

—¿Qué necesita?

—Eso... un estímulo fuerte, algo que le ocupe la atención con... fuerza;... una actividad... grande... en fin, eso... que es extremosa por temperamento... Ayer era mística, estaba enamorada del cielo; ahora come bien, se pasea al aire libre, entre árboles y flores... y tiene el amor de la vida alegre, de la naturaleza, la manía de la salud...

—Es verdad; no habla más que de salud la pobrecita.

—¡Qué pobrecita! Pobrecita por qué?

—¿Por qué? por esos extremos... por esos estímulos que necesita...

—¿Y eso qué importa? Su temperamento exige todo eso...

—¿De modo que Vd. cree que ayer era devota, exageradamente devota porque... tal vez había quien influía en su espíritu en cierto sentido?...

—Justo. Es muy probable.

Don Víctor, aturdido como solía, hablaba sin miedo de ser oído, sin ver al Magistral, que fingiendo leer un periódico y á ratos atender á Ripamilán, se esforzaba en no perder ni una palabra del diálogo del balcón.

—¿De modo... que el cambio de Anita se debe á... otra influencia?... su pasión por el campo, por la alegría, por las distracciones se debe... á nuevo influjo?

—Sí señor; es un aforismo médico: *ubi irritatio ibi fluxus*.

—Perfectamente! *Ubi irritatio... justo, ibi... fluxus!* Convencido! Pero aquí el nuevo influjo... ¿dónde está? Veo el otro, el clero, el jesuitismo... pero, ¿y éste? ¿quién representa esta nueva influencia... esta nueva *irritatio* que pudiéramos decir?...

—Pues es bien claro. Nosotros. El nuevo régimen,

la higiene, el Vivero... Vd... yo... los alimentos sanos... la leche... el aire... el heno... el tufillo del establo... la brisa de la mañana... etc., etc.

—Basta, basta; comprendido... la higiene... la leche... el olor del ganado... magnífico !... De modo que Ana está salvada !

—Sí señor.

—Porque esta nueva exageración no puede llevarnos á nada malo ?...

Benítez escupió un pedazo del puro, que había roto con los dientes, y contestó con la misma sonrisa de antes:

—Á nada.

—¡ Santa Bárbara ! — gritó Quintanar cerrando los ojos y poniéndose en pié de un salto.

Y tras el relámpago, que le había deslumbrado, retumbó un trueno que hizo temblar las paredes. Cesaron todas las conversaciones, todos se pusieron en pié; Ripamilán y don Víctor estaban pálidos. Eran dos hombres valientes de veras que se echaban á temblar en cuanto sonaba un trueno.

Ripamilán, aunque algo sordo de algunos años acá, había oído perfectamente la descarga de las nubes y ya se sentía mal. No tenía bastante confianza para pedir un colchón con que taparse la cabeza, según acostumbraba hacer en su casa.

Todos los convidados, menos los dos miedosos, se acercaron á los balcones para ver llover. Caía el agua á torrentes. Allá al extremo de la huerta se veía á la Marquesa y á las señoras que la acompañaban refugiadas bajo la cúpula del Belvedere que dominaba el paisaje, en una esquina del predio, junto á la tapia.

—Y los chicos ? — preguntó Ripamilán asustado, fingiendo temer por los demás.

Llamaba *los chicos* á los que habían salido al bosque.

—Es verdad! ¿Qué era de ellos? Hay que buscarlos... Se van á poner perdidos— exclamó Quintanar, acordándose de su mujer, lleno de remordimientos por no haberlo dicho antes.

El Magistral no pensaba en otra cosa, pero callaba. Estaba pasando un purgatorio y aquello era ya el colmo. «Los otros en el bosque... y el cielo cayendo á cántaros sobre ellos... ¡Á qué cosas no estaría obligando la galantería á don Alvaro en aquel momento!»

—Es preciso ir á buscarlos—decía el gobernador.

—Hay que llevarles paraguas...

—Y el caso es que la Marquesa está sitiada por el chubasco allá abajo y no puede disponer...

—Y el Marqués está con sus curas en el palacio viejo y no puede venir y mandar...

Y se deliberó largamente qué se haría.

—Hay que salvar á los náufragos—dijo el Barón á guisa de chiste.

El Magistral, que había salido del salón, se presentó con dos paraguas grandes de aldea, verdes, de percal. Ofreció uno á don Víctor, diciendo:

—Vamos, Quintanar, Vd. que es cazador... y yo que también lo soy... al monte! al monte!

Y con los ojos, al decir esto, se lo comía, y le insultaba llamándole con las agujas de las pupilas idiota, Juan Lanás y cosas peores.

—¡Bravo, bravo!—gritaron aquellos señores, que aplaudían el heroísmo ageno.

Un trueno formidable, simultáneo con el relámpago, estalló sobre la casa y puso pálidos á los más valientes.

—¡Vamos, vamos, pronto!—gritó el Magistral, cuya palidez no la causaba la tormenta. El trueno le sonaba á carcajadas de su mala suerte, á sarcasmos del diablo que se burlaba de él y de su miserable condición de clérigo.

—Pero... don Fermín—se atrevió á decir Quintanar—por lo mismo que soy cazador... conozco el peligro... El árbol atrae el rayo... Ahí arriba también hay laureles, el laurel llama la electricidad; ¡si fueran pinos menos mal! pero el laurel!...

—¿Qué quiere Vd. decir? ¿Que los parta un rayo á los otros? No ve Vd. que con ellos está doña Ana...

—Sí, verdad es,... pero ¿no podría ir Pepe con algún criado... con Anselmo...? Vd. va á mojarse el balandrán... y la sotana...

—¡Al monte! don Víctor, al monte!—rugió el Provisor.

Y la voz terrible fué apagada por un trueno más horrisono que los anteriores.

—Señores—dijo Ripamilán que estaba escondido en una alcoba.—No se apuren Vds., los chicos deben de estar á techo.

—Cómo á techo?...

—Sí, Fermín, no se asuste Vd. Á techo... en la casa del leñador que Vd. no conoce; es una cabaña rústica, que el Marqués hizo construir con cañas y césped allá arriba, en lo más espeso del monte...

El Magistral no quiso oír más. Salió con un paraguas bajo el brazo y dejó caer el otro á los pies de don Víctor.

El cual recogió el arma defensiva, que llamó escudo para sus adentros, y siguió sin chistar «al loco del Magistral», sin explicarse por qué se empeñaba en que fueran ellos á buscar á la Regenta y no los criados.

Tampoco los señores del salón comprendían aquello; y sonreían con discreta y apenas dibujada malicia al decir que era un misterio la conducta del Magistral.

—Tenía razón don Víctor—advirtió el Barón—¿por qué no habían de haber ido los criados?

—Además—dijo el gobernador—eso parece una lec-

ción á todos nosotros, especialmente á Vd. que tiene por allá á su hija...

El trueno que estalló en aquel instante se le antojó á Ripamilán que había metido cien rayos en la casa.

El miedo ya era general.

—Ea, ea, señores—dijo el Arcipreste desde la alcaoba—á rezar tocan ; yo voy á rezar con permiso de ustedes... *In nomine Patris...*







XXVIII

A dónde van Vds.¿—gritaba la Marquesa desde el *Belvedere* al Magistral y á don Víctor que uno tras otro, á veinte pasos de distancia, corrían por el bosque, calados ya hasta los huesos, chorreando

el agua por todos los pliegues de la ropa y por las alas del sombrero.

—¡ Al infierno ! ¡ qué sé yo dónde me lleva este hombre !—contestó don Víctor sin dar muchas voces, furioso, empeñado en abrir el paraguas que tropezaba con las ramas y se enredaba en las zarzas.

La Marquesa continuaba vociferando, y hablaba por señas, pero don Víctor ya no la entendía y don Fermín ni la oía siquiera.

—Pero aguarde Vd., santo varón ; espere Vd., ¡ deliberemos ; formemos un plan... ¿ á dónde me lleva Vd. ?

Por lo visto tampoco oía á Quintanar aquel santo varón, porque continuaba subiendo á paso largo, sin mirar hacia atrás un momento.

De rama á rama, de tronco á tronco, en todas direcciones subían y bajaban hilos de araña que se le metían por ojos y boca al ex-regente, que escupía y se sacudía las telas sutilísimas con asco y rabia.

—¡ Esto es un telar !—gritaba, y se envolvía en los hilos como si fueran cables ; procuraba evitarlos y tropezaba, resbalaba y caía de hinojos, blasfemando, contra su costumbre.

—También es ocurrencia de chicos venir al monte á divertirse... Si no hay más que arañas y espinas... Don Fermín, espere Vd. por las once mil... de á caballo, que yo me pierdo y me caigo.

Un trueno le contestó y le hizo arrodillarse con el susto.

No osó blasfemar otra vez.

—¡ Don Fermín ! don Fermín ! espere Vd. en nombre de la humanidad !

De Pas se detuvo, se volvió, le miró desde arriba con lástima y disimulando la ira, y le dijo lo menos malo de cuanto se le ocurría.

—Parece mentira que sea Vd. cazador.

—Soy cazador en seco, compadre, pero esto es el

diluvio, y un bombardeo... y las arañas se me meten en el estómago... y sobre todo á mí me gustan las acciones heróicas que tienen alguna utilidad! *Nisi utile est id quod facimus, stulta est gloria*, ha dicho Baglivio. ¿Á dónde vamos nosotros, á ver, dígalo Vd. si lo sabe?

—Á buscar á doña Ana que estará... poniéndose perdida...

—¡Quíá perdida! ¿Cree Vd. que son tontos? De fijo están á techo... ¿Cree Vd. que han de estar papando... arañas y nadando como nosotros? ¿Además no tienen piés para volverse á casa? ¿No saben el camino? Dirá usted que les llevamos paraguas; ¿y para qué sirven los paraguas?

El Magistral se puso colorado. En efecto, los paraguas no servían de nada en el bosque.

—Haga Vd. lo que quiera—dijo—yo sigo.

—Eso es darme una lección—replicó don Víctor algo picado y continuando también la ascensión penosa.

—No señor.

—Sí señor; eso... es ser más papista que el Papa. Me parece á mí que mi mujer me importa más á mí que á nadie... Y Vd. dispense este lenguaje... pero, francamente, esto ha sido una quijotada.

Quintanar comprendió que aquello era una insolencia, pero estaba furioso y no quiso recogerla.

El primer impulso de don Fermín fué descargar el puño del paraguas sobre la cabeza de aquel hombre que se le antojaba idiota en aquella ocasión; pero se contuvo por multitud de consideraciones... y continuó subiendo en silencio.

Á lo que iba, iba; todos aquellos insultos le sonaban como le sonarían á un náufrago los que le arrojasen desde tierra... Dos ideas llevaba clavadas en el cerebro con clavos de fuego: *Ubi irritatio ibi fluxus* decía una; y la otra: estarán en la casa del leñador! No creía el

Provisor en una Providencia que aprovecha juegos de la suerte, combinaciones de teatro para dar lecciones, pero supersticiosamente enlazaba el recuerdo de la mañana, de su paseo y conversación con Petra, con las escenas también campestres en que temía groseramente ver enredada á la Regenta.

«¡*Ubi irritatio ibi fluxus!*» iba pensando; es verdad, es verdad... he estado ciego... la mujer siempre es mujer, la más pura... es mujer... y yo fuí un majadero desde el primer día... Y ahora es tarde... y la perdí por completo. Y ese infame...

Echó á correr monte arriba.

«¡Pero ese hombre está loco!» pensaba Quintanar, que le seguía jadeante, con un palmo de lengua colgando y á veinte pasos otra vez.

El Magistral procuraba orientarse, recordar por dónde había bajado pocas horas antes de la casa del leñador. Se perdía, confundía las señales, iba y venía... y don Víctor detrás, librándose de las arañas como de leones, de sus hilos como de cadenas.

«Lo mejor es subir por la máxima pendiente, ello está hacia lo más alto... pero arriba hay meseta, vaya usted á buscar...»

Se detuvo. Como si nada hubiera dicho don Víctor, con cara amable y voz dulce y suplicante advirtió:

—Señor Quintanar, si queremos dar con ellos tenemos que separarnos; hágame Vd. el favor de subir por ahí, por la derecha...

Don Víctor se negó, pero el Magistral insistiendo, y con alusiones embozadas al miedo positivo de su compañero, logró picar otra vez su amor propio y le obligó á torcer por la derecha.

Entonces, en cuanto se vió solo, De Pas subió corriendo cuanto podía, tropezando con troncos y zarzas, ramas caídas y ramas pendientes... Iba ciego; le daba el corazón, que reventaba de celos, de cólera, que iba

á sorprender á don Alvaro y á la Regenta en colloquio amoroso cuando menos. «¿Por qué? ¿No era lo probable que estuvieran con ellos Paco, Joaquín, Visita, Obdulia y los demás que habían subido al bosque?» No, no, gritaba el presentimiento. Y razonaba diciendo: don Alvaro sabe mucho de estas aventuras, ya habrá él aprovechado la ocasión, ya se habrá dado trazas para quedarse á solas con ella. Paco y Joaquín no habrán puesto obstáculos, habrán procurado lo mismo para quedarse con Obdulia y Edelmira respectivamente. Visitación los habrá ayudado. Bermúdez es un idiota... de fijo están solos. Y vuelta á correr cuánto podía, tropezando sin cesar, arrastrando con dificultad el balandrán empapado que pesaba arrobas, la sotana desgarrada á trechos y cubierta de lodo y telarañas mojadas. También él llevaba la boca y los ojos envueltos en hilos pegajosos, tenues, entremetidos.

Llegó á lo más alto, á lo más espeso. Los truenos, todavía formidables, retumbaban ya más lejos. Se había equivocado, no estaba hacia aquel lado la cabaña. Siguió hacia la derecha, separando con dificultad las espigas de cien plantas ariscas, que le cerraban el paso. Al fin vió entre las ramas la caseta rústica... Alguien se movía dentro... Corrió como un loco, sin saber lo que iba á hacer, si encontraba allí lo que esperaba,... dispuesto á matar si era preciso... ciego...

—¡Jinojo! que me ha dado Vd. un susto...—gritó don Víctor, que descansaba allí dentro, sobre un banco rústico, mientras retorcía con fuerza el sombrero flexible que chorreaba una catarata de agua clara.

—¡No están!—dijo el Magistral sin pensar en la sospecha que podían despertar su aspecto, su conducta, su voz trémula, todo lo que delataba á voces su pasión, sus celos, su indignación de marido ultrajado, absurda en él.

Pero don Víctor también estaba preocupado. No le faltaba motivo.

—Mire Vd. lo que me he encontrado aquí—dijo y sacó del bolsillo, entre dos dedos, una liga de seda roja con hebilla de plata.

—¿Qué es eso?—preguntó De Pas, sin poder ocultar su ansiedad.

—¡Una liga de mi mujer!—contestó aquel marido tranquilo como tal, pero sorprendido con el hallazgo por lo raro.

—¡Una liga de su mujer!

El Magistral abrió la boca estupefacto, admirando la estupidez de aquel hombre que aún no sospechaba nada.

—Es decir—continuó Quintanar—una liga que fué de mi mujer, pero que me consta que ya no es suya... Sé que no le sirven... desde que ha engordado con los aires de la aldea... con la leche... etc., y que se las ha regalado á su doncella... á Petra. De modo que esta liga... es de Petra. Petra ha estado aquí. Esto es lo que me preocupa... ¿Á qué ha venido Petra aquí... á perder las ligas? Por esto estoy preocupado, y he creído oportuno dar á Vd. estas explicaciones... Al fin es de mi casa, está á mi servicio y me importa su honra... Y estoy seguro, esta liga es de Petra.

Don Fermín estaba rojo de vergüenza, lo sentía él. Todo aquello, que había podido ser trágico, se había convertido en una aventura cómica, ridícula, y el remordimiento de lo grotesco empezó á pincharle el cerebro con botonazos de jaqueca... Por fortuna don Víctor, según observó también De Pas, no estaba para atender á la vergüenza de los demás, pensaba en la suya; se había puesto también muy colorado. Comprendió el Magistral por qué torcidos senderos conocía el ex-regente las ligas de su mujer.

También Quintanar tenía, además de vergüenza, celos.

No podía saber De Pas hasta qué punto había llega-

do la debilidad de don Víctor, que se decía á sí mismo: «Probablemente este clérigo, malicioso como todos, estará sospechando... lo que no ha habido.»

Lo cierto era que don Víctor, al cabo, había cedido hasta cierto punto á las insinuaciones de Petra.

Pero acordándose de lo que debía á su esposa, de lo que se debía á sí mismo, de lo que debía á sus años, y de otra porción de deudas, y sobre todo, por fatalidad de su destino que nunca le había permitido llevar á término natural cierta clase de empresas, era lo cierto que había retrocedido en *aquel camino de perdición* desde el día en que una tentativa de seducción se le frustró, por fingido pudor de la criada. «No había, en suma, llegado á ser dueño de los encantos de su doncella, pero en aquellos primeros y últimos escarceos amorosos había podido adquirir la convicción de que la Regenta le había regalado á Petra unas ligas que el amante esposo le había regalado á ella.»

«¿Por qué se le había ido la lengua delante del Magistral?»

«No podía explicárselo; los celos, si así podían llamarse, le habían hecho hablar alto. Por lo demás, él despreciaba á la rubia lúbrica en el fondo del alma... y sólo en un momento de exaltación... de la mente, había podido...»

La tempestad ya estaba lejos... Los árboles continuaban chorreando el agua de las nubes, pero el cielo empezaba á llenarse de azul.

Por decir algo, don Víctor dijo:

—Verá Vd. como esto repite á la noche... Por allá abajo viene otro mal semblante... mire Vd. por entre aquellas ramas...

—Vamos á bajar antes que vuelva el agua—advirtió De Pas, que hubiera querido estar cinco estados bajo tierra.

Los dos se tenían miedo.

Los dos bajaron silenciosos, pensando en la liga de Petra.

Antes de llegar á la huerta se encontraron con Pepe el casero que los llamó de lejos, entre los árboles.

—Don Víctor, don Víctor... eh, don Víctor... por aquí.

—¿Qué pasa? ¿Han perecido? ¿Alguna desgracia?

—¿Qué desgracia? no señor, que los señoritos y las señoritas ya estaban en casa muy tranquilos cuando Vds. estarían llegando á mitad del monte... Apenas se han mojado... Yo salí, por orden de la señora Marquesa, en su busca apenas comenzó á llover... Fui con el carro y el toldo encerado á la calleja de Arreo donde sabía yo que el señorito Paco había de parecer, porque aquel es el camino más corto y la casa de Chinto está allí, á los cuatro pasos... En casa de Chinto estaban todas las señoritas, que no se habían mojado apenas... porque en el monte cuando empieza el chaparrón se está como á techo... De modo que todos están en casa muertos de risa, menos la señora doña Anita que teme por Vd... y por este señor cura...

—¿Pero y la señora Marquesa cómo no nos advirtió?...

—Pues si dice que le llamaba á Vd. á voces y que Vd. no hacía caso, y que ella le decía que ya había salido el carro...

Y Pepe se reía á carcajadas.

—No ha sido mala broma, je, je... Probecicos y da lástima verles... sobre todo este señor cura está hecho un *eciomo*, perdonando la comparanza, es una sopa... Anda, anda, y cómo se le ha ponío too el melindrán este... y la sotana paece un charco...

Tenia razón Pepe. De Pas y don Víctor se miraban y se encontraban aspecto de náufragos.

—Anden, anden, ángeles de Dios, que la mojadura puede llegar á los huesos y darles un romantismo...

—Ya ha llegado, Pepe, ya ha llegado.

—La señorita Ana ya tié preparada ropa caliente pa usted y creo que no falta pa este señor cura: y sino, yo tengo una camisa fina que podría ponérsela una princesa...

El Magistral en vez de entrar en la huerta por el postigo por donde habian salido, dió vuelta á la muralla y entró en las cocheras de donde hizo sacar su miserable berlina de alquiler.

Don Víctor no le vió siquiera separarse de él. Tan absorto iba.

Encontró el Magistral al Marqués que no quería dejarle marchar en aquel estado...

—Pero si va Vd. á coger una pulmonía... Múdense Vd.... Ahí habrá ropa...

No hubo modo de convencerle.

—Despídame Vd. de la Marquesa. En una carrera estoy en mi casa...

Y dejó el Vivero, no tan á escape como él hubiera querido, sino á un trote falso que poco á poco se fué convirtiendo en un paso menos que regular.

—Pero, hombre, castigue Vd. á ese animal—gritaba don Fermín al cochero.—Mire Vd. que voy calado hasta los huesos... y quiero llegar pronto á mi casa.

El cochero, ante la perspectiva de una propina, descargó dos tremendos latigazos sobre los lomos del rocín, que vino á pagar así la ira concentrada por tantas horas en el pecho del Provisor. Aquellos latigazos los hubiera descargado el canónigo de buen grado sobre el rostro de Mesía.

Cuando el miserable y desvencijado vehículo llegaba á las primeras casas de los arrabales de Vetusta, oscurecía. La noche, según había anunciado don Víctor, amenazaba con nueva tormenta. Todo el cielo se cubría de nubes pardas que se ennegrecían poco á poco. Ya se veían relámpagos extensos en el horizonte

por norte y oeste, y de tarde en tarde zumbaba rodando un trueno allá muy lejos.

Don Fermín llevaba el alma sofocada de hastío, de desprecio de sí mismo. ¡Qué jornada! pensaba, ¡qué jornada! No le quedaba ni el consuelo de compadecerse; merecido tenía todo aquello; el mundo era como el confesonario lo mostraba, un montón de basura; las pasiones nobles, grandes, sueños, aprensiones, hipocresía del vicio... Buena prueba era él mismo, que a pesar de sentirse enamorado por modo angélico, caía una y otra vez en groseras aventuras, y satisfacía como un miserable los apetitos más bajos. Y al fin Teresina... era de su casa, pero Petra era de la otra, de Ana. Ya no se disculpaba con los sofismas del maquiavelismo, de la conveniencia de tener de su parte a la criada. «Con unas cuantas monedas de oro hubiera conseguido lo mismo.» «¿Y don Víctor! Otro miserable y además un estúpido que merecía cuanto mal le viniera encima, como él, como Ana lo merecían también, como lo merecía el mundo entero que era un lodazal... Oh, aquellos relámpagos debían quemar el mundo entero si se quería hacer justicia de una vez!»

Lo que más le irritaba era que su conciencia le envolvía a él también en el general desprecio... «Todo era pequeño, asqueroso, bajo... y él como todo.»

«¿Y lo que había dicho el médico? *Ubi irritatio...* es decir que Ana caería en brazos de don Alvaro... que era fatal aquella caída!... Y tanto misticismo, y tanto hermano mayor del alma... ¿para qué había servido? Farsa, hipocresía, hipocresía inconsciente, como la propia, como la del universo entero...»

El Magistral daba diente con diente. El frío le hizo pensar en la ropa, la ropa en su madre.

«Esta es otra. ¿Qué va a decir al verme entrar así? Tendré que inventar una mentira. Bah! una más,

¿qué importa?... Y los otros allá.... á sus anchas... Podrán, si quieren, cometer sus torpezas delante del mismo idiota del marido.., Oh, ¿quién es aquí el marido? ¿Quién es aquí el ofendido? Yo! yo! que siento la ofensa, que la preveo, que la huelo en el aire... no él que no la ve aun puesta delante de los ojos...»

Idea tuvo de arrojarle del coche, y á pié, á todo correr, volver furioso al Vivero á sorprender « lo que el presentimiento le daba por seguro, lo que no había pasado tal vez en el bosque, pero lo que estaría pasando en la casa... entre aquellos borrachos disimulados y aquellas damas lascivas, locas y encubridoras...»

Un trueno que retumbó sobre Vetusta sirvió de acompañamiento á la cólera del canónigo.

—Eso! eso!—rugió mientras abría la portezuela y se apeaba frente á su casa.—Esto sólo se arregla con rayos!»

Y entró en su casa después de pagar al cochero.

Los rayos que quería le esperaban arriba dispuestos á estallar sobre su cabeza.

Cuando se acostó aquella noche, pensaba que en su vida había tenido tan formidable reyerta con su señora madre ni había visto jamás á doña Paula ostentar mayores parches de sebo en las sienes.

Y al dormirse, la última idea que le perseguía, la que más le atormentaba con sus punzadas, era la del ridículo.

«¡Qué aventuras tan grotescas... qué horrorosa ironía de lo cómico durante todo el día! Y... la culpa de todo la tenía la odiosa, la repugnante sotana...»

Los últimos pensamientos del Magistral fueron maldiciones. Pero á pesar de todo durmió, rendido por tanta fatiga.—

Allá en el Vivero los convidados habían puesto á mal tiempo buena cara, y mientras en el palacio viejo los curas rurales, el Marqués, y algunos otros señores

de Vetusta jugaban al tresillo á primera hora y más tarde al monte, que llamaba el clero del campo *la santina*, en la casa nueva todas las damas y los caballeros que habían querido correr por los prados en la romería procuraban divertirse como podían y se bailaba, se tocaba el piano, se cantaba y se jugaba al escondite por toda la casa. Ya se sabía que al Vivero no se iba á otra cosa. Visitación, Obdulia, y Edelmira también, eran las que conocían mejor los lugares más escondidos, donde había puertas de escape, y todo lo que exigían aquellos juegos infantiles á que se entregaban, sin pensar en los muchos años que tenían varias de aquellas personas tan alegres.

Á don Víctor se le recibió en triunfo; triunfo burlesco. Algunos, Visita y Paco entre ellos, querían coronarlo, pero él prefirió correr á su cuarto para mudarse de piés á cabeza.

Entró con él la Regenta para ayudarle.

—¿Y don Fermín? preguntó.

—Tu don Fermín es un botarate, hija mía, y perdona—contestó Quintanar de mal humor, mientras se mudaba los calcetines.

Y refirió á su mujer todo lo que les había sucedido, menos el hallazgo de la liga.

Ana convino en que De Pas había llevado la galantería á un extremo ridículo, sobre todo ridículo en un sacerdote.

—¿Á quién le importará más mi mujer, á él ó á mí? —repetía á cada instante el marido, como supremo argumento contra el Magistral.

«Sí, pensaba Ana, tiene razón don Alvaro, ese hombre... tiene celos, celos de amante... y lo que ha hecho hoy ha sido una imprudencia... Debo huir de él, tiene razón Alvaro.»—

Mesía y Paco, en los días anteriores, habían venido varias veces al Vivero, á caballo; Mesía había encon-

trado á la Regenta expansiva, alegre, confiada: y sin hablar palabra de amor pudo conseguir que ella escuchase consejos que él juraba eran higiénicos principalmente.

«El misticismo era una exaltación nerviosa.»

En eso estaba Ana también, asustada todavía con los recuerdos de sus aprensiones.

«Además, el Magistral no era un místico; lo menos malo que se podía pensar de él era que se proponía ganar á las señoras de categoría para adquirir más y más influencia.»

Cuando don Alvaro se atrevió á decir esto, ya sus confidencias habían sido muy íntimas.

De amor no se hablaba; Mesía, aunque con trabajo, respetaba á la Regenta hasta el punto de no tocarle al pelo de la ropa. Ella se lo agradecía y, como en tiempo antiguo, procuraba aturdirse, no pensar en los peligros de aquella amistad; y lo conseguía mejor que antes.

«Mi salud, pensaba, exige que yo sea como todas: basta para siempre de cavilaciones y propósitos quijotescos y excesivos: quiero paz, quiero calma... seré como todas. Mi honor no padecerá... pero los escrúpulos me volverían á la locura, á las aprensiones horribles...»

Y temblaba recordando las tristezas y los terrores pasados.

La pasión, menos vocinglera que antes, subrepticia, seguía minando el terreno, y á los pocos latidos de la conciencia contestaba con sofismas.

Cuando Quintanar refirió los pasos imprudentes del Magistral, Ana sintió por un momento algo de odio. «¿Cómo? ¿Su mismo confesor la comprometía? Si Víctor fuera otro, ¿no podría haber sospechado ó de don Alvaro ó del canónigo mismo? ¿Pues no estaba bien claro que todo aquello eran celos? ¡No faltaba más!

¡qué horror! ¡qué asco! ¡amores con un clérigo!»

Y ahora sí que la imagen de don Alvaro se le presentaba risueña, elegante, fresca y viva. «Al fin aquello estaba dentro de las leyes naturales y sociales... á lo menos era cosa menos repugnante... menos ridícula; no, lo que es ridículo, nada... pero un canónigo!...»

Y le parecía que el pecado de querer á un Mesía era ya poco menos que nada, sobre todo si servía para huir de los amores de un Magistral... «¡Pero qué se habría figurado aquel señor cura?»

No se acordaba la Regenta ahora de aquello del «hermano mayor del alma.» ni de la leña que ella, sin mala intención, sin asomo de coquetería, había arrojado al fuego de que ahora se avergonzaba. La pasión, que ahora halagaba con su nueva vida, vencedora, próxima á estallar, le sugería sofisma tras sofisma para encontrar repugnante, odiosa, criminal la conducta del Provisor, y noble, caballeresca la de Mesía.

El cual, aquella misma mañana en el pozo lleno de yerba, antes en el patio de la iglesia, por las callejas, cuando venían detrás del tambor y de la gaita, en el bosque, después en el carro de Pepe, donde venían juntos, casi sentada ella encima de él, sin poder remediarlo, más tarde en el salón, en todas partes y en todo el día le había estado dejando ver que la adoraba, «pero no se lo había dicho, por respeto... á fuerza de quererla tanto.»

Y comparando proceder con proceder, Anita encontraba abominable el del clérigo.

Y le faltó tiempo para decírselo á don Alvaro.

En tono confidencial, que al lechuguino le supo á gloria, le fué diciendo, cuando pudo hablarle sin que los oyeran:

—¿Qué le parece á Vd. la conducta del Magistral?

¿Qué le había de parecer á don Alvaro? ¡Abomina-

ble! ¿Pues qué era lo que él, don Alvaro, tenía dicho? Que no había que fiarse del Provisor, etc., etc.

—«Sí, Ana, está enamorado de Vd., loco, loco... eso se lo conocí yo hace mucho tiempo... porque... porque...»

Y Alvaro sonreía de un modo que lo decía todo perfectamente, y hasta con acompañamiento de una música dulcísima que la Regenta creía oír dentro de sus entrañas; una música que le salía de los ojos y de la boca... «¡qué sabía ella! pero aquello era una delicia mucho más fuerte que todas las del *misticismo*.»

Cuando hablaban así, como *otros dos hermanos del alma*, empezaba la noche, retumbaban los truenos lejanos y vibraban en el cielo los relámpagos que á don Fermín le sorprendieron al entrar en Vetusta. Ana y Mesía estaban solos apoyados en el antepecho de la galería del primer piso, en una esquina de aquel corredor de cristales que daba vuelta á toda la casa. La mayor parte de los convidados abajo, en el salón, se preparaban á volver á Vetusta, otros preferían aceptar la hospitalidad que los marqueses les ofrecían en el Vivero por aquella noche. Todo era abajo ruido, movimiento, órdenes confusas, broma, vacilaciones, unos que se quedaban y de repente preferían emprender el viaje, otros que se preparaban á ocupar un asiento en un coche y volvían á la casa prefiriendo «dormir en el suelo aunque fuera.» Ripamilán desde luégo aceptó la cama que le ofreció la Marquesa «para él solo.»

—Vuelve la tormenta y yo no quiero bromas con la electricidad; me consta que la carrera de un coche atrae el rayo... Me quedo, me quedo.

Las baronesas prefirieron desafiar la tempestad. El Barón quería más quedarse, pero tuvo que seguirlas. También se metió en el coche el gobernador, pero su esposa se quedó con los marqueses. Bermúdez volvió á Vetusta; Visitación, Obdulia, Edelmira, Paco y Mesía, se quedaban.



Mientras abajo se trataban á gritos y con idas y venidas tan arduas materias, Edelmira, Obdulia, Visita, Paco y Joaquín corrían como locos por el corredor del primer piso. Visitación estaba un poco borracha, no tanto por lo que había bebido como por lo que había alborotado; Obdulia decía que tenía un clavo en la sién; había bebido mucho más, pero el torbellino del baile, las emociones fuertes del escondite la mantenían en pié, firme de puro excitada. Edelmira, maestra ya en el arte de divertirse al estilo de la casa de sus tíos, estaba como una amapola y reía y gozaba con estrépito; su alegría era comunicativa y simpática. Paco la pellizcaba sin compasión y ella despedazaba los brazos de Paco; Joaquín Orgaz, que había conseguido aquella tarde algunas ventajas positivas en el amor siempre efímero de Obdulia, pellizcaba también; y había carreras, tropezones, voces, aprietos, saltos, sustos, sorpresas. Ahora, mientras Ana y Alvaro hablaban asomados á la galería, sin miedo al agua que les salpicaba el rostro ni á los relámpagos que rasgaban el horizonte negro enfrente de sus ojos, los demás, en la oscuridad del corredor estrecho jugaban á un juego de niños que se llamaba en Vetusta *el cachipote*, y que consiste en esconder un pañuelo convertido en látigo y buscarlo por las señas conocidas de: frío y caliente. El que lo encuentra corre detrás de los otros á latigazos hasta llegar á la madre. Este juego inocente daba ocasión á multitud de sabrosos incidentes entre aquellos jugadores todos malicia. Á menudo dos manos, una de hembra y otra de varón, buscaban en el mismo agujero el *cachipote*; los que corrían se atropellaban, y la verdad histórica exige que se declare, por más que parezca inverosímil, que muy á menudo aquellos *chicos* que corrían como locos todos juntos por la estrecha galería, huyendo del látigo, caían al suelo en confuso montón, mientras el zurriago les media las espaldas.

Y mientras abajo sonaba el ruido confuso y gárrulo de las despedidas y preparativos de marcha, y detrás el estrépito de los que corrían en la galería, y allá en el cielo, de tarde en tarde, el bramido del trueno, la



Regenta, sin notar las gotas de agua en el rostro, ó encontrando deliciosa aquella frescura, oía por la primera vez de su vida una declaración de amor apasionada pero respetuosa, discreta, toda idealismo, llena de salvedades y eufemismos que las circunstancias y el estado de Ana exigían, con lo cual crecía su encan-

to, irresistible para aquella mujer que sentía las emociones de los quince años al frisar con los treinta.

No tenía valor, ni aun deseo de mandar á don Alvaro que se callase, que se reportase, que mirase quién era ella. «Bastante lo miraba, bastante se contenía para lo mucho que aseguraba sentir y sentiría de fijo.»

«No, no, que no calle, que hable toda la vida,» decía el alma entera. Y Ana, encendida la mejilla, cerca de la cual hablaba el presidente del Casino, no pensaba en tal instante ni en que ella era casada, ni en que había sido *mística*, ni siquiera en que había maridos y Magistrales en el mundo. Se sentía caer en un abismo de flores. Aquello era caer, sí, pero *caer al cielo*.

Para lo único que le quedaba un poco de conciencia, fuera de lo presente, era para comparar las delicias que estaba gozando con las que había encontrado en la meditación religiosa. En esta última había un esfuerzo doloroso, una frialdad abstracta, y en rigor algo enfermizo, una exaltación malsana; y en lo que estaba pasando ahora ella era pasiva, no había esfuerzo, no había frialdad, no había más que placer, salud, fuerza, nada de abstracción, nada de tener que figurarse algo ausente, delicia positiva, tangible, inmediata, dicha sin reserva, sin trascender á nada más que á la esperanza de que durase eternamente. No, por allí no se iba á la locura.»

Don Alvaro estaba elocuente; no pedía nada, ni siquiera una respuesta; es más, lloraba, sin llorar por supuesto, «de pura gratitud, sólo porque le oían.» «¡Había callado tanto tiempo! ¿Que había mil preocupaciones, millones de obstáculos que se oponían á su felicidad? Ya lo sabía él; pero él no pedía más que lástima, y la dicha de que le dejaran hablar, de hacerse oír y de no ser tenido por un libertino *vulgar*, necio, que era lo que el *vulgo estúpido* había querido hacer de él.»

Siempre le había gustado mucho á Ana que llamasen al vulgo *estúpido*; para ella la señal de la *distinción* espiritual estaba en el desprecio del vulgo, de los *vetustenses*. Tenía la Regenta este defecto, tal vez heredado de su padre: que para distinguirse de la *masa de los creyentes*, necesitaba recurrir á la teoría hoy muy generalizada del *vulgo idiota*, de la *bestialidad humana*, etc., etc.

Por fortuna, don Alvaro sabía perfectamente manejar este resorte: era él capaz de despreciar, llegado el caso, al mismo sol del medio día si se oponía á sus pasiones. «Todo era preocupación, pequeñez de ánimo... Pero, ¿tenía él derecho para que Ana siguiera sus ideas y despreciase las maliciosas y groseras aprensiones del vulgo? Oh, no; ya sabía que la *letra* estaba contra él... Al fin, ¿qué era él? Un hombre que hablaba de amor á una señora que era de otro, ante los hombres... Ya lo sabía, si; no exigía que Ana se hiciese superior á tantas tradiciones, leyes y costumbres, lugares comunes y rutinas como le condenaban; claro que había en el mundo mujeres, virtuosas como la que más, que ya sabían á qué atenerse respecto de la letra de la ley moral que condenaba aquel amor de Mesía; pero ¿podía él pedir á Ana, educada por fanáticos, que había pasado su juventud en un pueblo como *Vetusta*, podía pedirla que se dignase siquiera alentar su pasión con una esperanza? Oh, no; demasiado sabía que no.... bastaba con que le oyerá. ¡Cuántos años había estado sin querer oírle! Y lo que él había padecido!... Pero, en fin, de esto ya no había que acordarse. El dolor había sido infinito... infinito... pero todo lo compensaba la felicidad de aquel momento. Callaba Ana, oía... ¿pues qué más dicha podía él ambicionar?...»

Á la luz de un relámpago, la Regenta vió los ojos de Alvaro brillantes y envueltos en humedad de lágrimas...

También tenía las mejillas húmedas... Ella no pensó que esto podía ser agua del cielo.

«¡Estaba llorando aquel hombre... el hombre más hermoso que ella había visto, el compañero de sus sueños, el que debió haberlo sido de su vida!...»

«Pero ¿por qué hablaba de agradecimiento? ¿Por que ella no le interrumpía? Si él supiera... si él supiera que no podía ni hablar!...

Ana sentía un placer *puramente material*, pensaba ella, en aquel sitio de sus entrañas que no era el vientre ni el corazón, sino en el medio. Sí, el placer era *puramente material*, pero su intensidad le hacía grandioso, sublime. «Cuando se gozaba tanto, debía de haber derecho á gozar.»

Cuando Alvaro, creyendo bastante cargada la mina, suplicó que se le dijera algo, por ejemplo, si se le perdonaba aquella declaración, si se le quería mal, si se había puesto en ridículo... si se burlaba de él, etc., Ana, separándose del roce de aquel brazo que la abrazaba, con un mohín de niña, pero sin asomo de coquetería, arisca, como un animal débil y montaraz herido, se quejó... se quejó con un sonido gutural, hondo, mimoso, de víctima noble, suave. Fué su quejido como un estertor de la virtud que espiraba en aquel espíritu solitario hasta entonces...

Y se alejó de Alvaro, llamó á Visita... la abrazó nerviosa y dijo, pudiendo al fin hablar:

—¿Á qué jugáis, locos...?

—Ahora ya á nada... Jugábamos al cachipote, pero Paco y Edelmira están allá en la esquina del otro frente disputando sobre quién tiene más fuerza, si ella ó él... Ven, ven, verás qué puños los de Edelmira.

En la más oscura de las galerías, en un rincón, amontonados, estaban los demás compañeros de broma; Edelmira y Paco espalda con espalda, como se baila á veces la *muñeira*, sobre todo en el teatro, medían sus

fuerzas... Paco resistía con dificultad el empuje violento de su prima, que gozando lo que ella y el diablo sabían, se incrustaba en la carne de su primo, más blanda que la suya, empeñada en vencerle y hacerle andar hacia adelante mientras ella andaba hacia atrás. Al cabo Edelmira venció, y Paco, silbado por los presentes, propuso luchar de frente, con las manos apoyadas en los hombros del contrario. Así se hizo y esta vez venció Paco.

Joaquín propuso la misma lucha á Obdulia; Visita se atrevió á medir con la Regenta sus fuerzas. Joaquín y Ana vencieron. Á don Alvaro, que no tenía con quién luchar, se le vino á la memoria la escena del columpio en que le venció el maldito De Pas... «Pero ahora le tenía debajo de los piés.»

«Más valía maña que fuerza.»

Siguieron los ejercicios corporales; el ruido del agua, la luz de los relámpagos, los truenos lejanos, la oscuridad ambiente, los vapores de la comida, la estrechez del corredor todo los animaba, los arrojaba á la alegría aldeana, á los juegos brutales de la lascivia subrepticia, moderados en ellos por instintos de la educación. Pero volvieron los pellizcos, los gritos, los puñetazos de las mujeres en la cabeza de los varones. Ana jamás había asistido á escenas semejantes; ella y don Alvaro no tomaban parte activa en la broma al principio, pero al fin le tocó á la Regenta algún pellizco, ninguno de Mesía, á éste varios de Obdulia y Visita, y, sin pensarlo, Ana en la general contienda más de una vez sintió su espalda oprimida por la de Alvaro, y aunque huía el contacto delicioso, de un sabor especial, en cuanto lo notaba, el contacto volvía, y Ana iba sintiendo emociones extrañas, nuevas del todo, una inquietud alarmante, sofocaciones repentinas y una especie de sed de todo el cuerpo que hasta le quitaba la conciencia de cuanto no fuese aquel rincón oscuro,

estrecho, donde cantaban, reían, saltaban... Como una música lejana, dulcísima en su suavidad, recordaba todos los pormenores de la declaración amorosa de Mesía...

Fatigados con tanto movimiento y alardes de fuerza, choques y excitaciones vanas, Paco y Joaquín, antes que Edelmira, Obdulia y Visita, dejaron de correr y *enredar*; y muy serios, con la melancolía del cansancio, se pusieron á contemplar la luna que apareció en el horizonte como una linterna en el campo de batalla de las nubes, que yacían desgarradas por el cielo.

Paco, con regular voz de barítono, cantó pedazos de *Favorita* y de *Sonámbula*, y Joaquín *salió por malagueñas*, como él decía; en su voz había una tristeza que contrastaba con la alegría que le brillaba en los ojos, clavados en los de Obdulia, quien aquella noche se había propuesto dar el premio de sus favores, no el principal, al género flamenco. Por fortuna Joaquín se conformaba con el *accésit*.

Don Víctor, que se aburría abajo, oyó cantar el *Spirito gentil* y subió. Le daba ahora por la música. Cantar óperas, á su modo, y oír cantar á los que *afinaban* más que él, era su delicia por aquella temporada, y si todo esto se hacía á la luz de la luna, miel sobre hojuelas.

Todos en un grupo, respirando el fresco de la noche, contemplando la luna que salía por la bóveda desgarrando girones de nubes de forma caprichosa, cantaban á la vez ó por turno y hablaban en voz baja, como respetando la majestad de la naturaleza dormida, con languidez del cuerpo y del alma.

Don Víctor era más soñador que ninguno de los presentes. Se acercó á Mesía, consiguió entablar conversación particular con él; y como encontró á su amigo más atento que nunca, más cordial, más afectuoso, no tardó en abrirle el alma de par en par.

Cuando ya los otros se habían cansado de la luna y

de las óperas y las malagueñas, don Víctor que había comido bien y merendado con frecuentes libaciones, seguía abriendo el pecho ante la atención de Mesía, atención muda, intachable.

—Mire Vd.—decía el viejo—yo no sé cómo soy, pero sin creerme un Tenorio, siempre he sido afortunado en mis tentativas amorosas; pocas veces las mujeres con quien me he atrevido á ser audaz, han tomado á mal mis demasías... pero debo decirlo todo: no sé por qué tibieza ó encogimiento de carácter, por frialdad de la sangre ó por lo que sea, la mayor parte de mis aventuras se han quedado á medio camino... No tengo el dón de la constancia.

—¡Pues es indispensable.

—Ya lo veo; pero no lo tengo. Mis pasiones son fuegos fatuos; he tenido más de diez mujeres medio rendidas... y muy pocas, tal vez ninguna puedo decir que haya sido mía, lo que se llama mía... Sin ir más lejos...

Don Víctor, en el seno de la amistad, seguro de que Mesía había de ser un pozo, le refirió las persecuciones de que había sido víctima, las provocaciones lascivas de Petra; y confesó que al fin, después de resistir mucho tiempo, años, como un José... habíase cegado en un momento... y había jugado el todo por el todo. Pero nada, lo de siempre; bastó que la muchacha opusiera la resistencia que el fingido pudor exigía, para que él, seguro de vencer, enfriara, cesase en su descabellado propósito, contentándose con pequeños favores y con el conocimiento exacto de la hermosura que ya no había de poseer.

Y de una en otra vino á declarar el hallazgo de la liga, aunque sin decir que había sido de su mujer. Le parecía una debilidad indigna de un marido «de mundo» regalarle ligas á su señora. Pidió consejo á Mesía respecto de su conducta futura con Petra.

—¿Debo despedirla?

—¿Tiene Vd. celos?

—No, señor; yo no soy el perro del hortelano... aunque he de confesar que algo me disgustó en el primer momento el descubrir aquella prueba de su liviandad.

—Pero ¿está Vd. seguro de que la liga es de Petra?

—Ah, sí; estoy absolutamente seguro.

Y siguió Quintanar hablando, hablando, sin trazas de dejarlo.

La alcoba en que dormían Ana y don Víctor tenía una ventana á la galería precisamente del lado en que estaban conversando los dos amigos.

La Regenta abrió de repente las vidrieras y llamó á su marido.

—Pero, Víctor, ¿no te acuestas hoy?

Los dos amigos se volvieron.

Quintanar tenía los ojos inflamados y las mejillas encendidas... Sus confidencias le habían rejuvenecido...

—¿Pero qué hora es, hija mía?

—Muy tarde... Ya sabes que en la aldea nos recogemos temprano. Los marqueses ya están recogidos. Ahora mismo acaba de llamar la Marquesa á Edelmira, que duerme en su cuarto.

—Bobadas de mamá—dijo Paco de mal humor—apareciendo por un extremo de la galería. Edelmira prefería dormir con Obdulia, como es natural... y ahora doña Rufina la hacía acostarse en su misma alcoba... Bobadas... Tonterías de mamá...

—Buena está Obdulia para dormir con nadie—dijo Visita que venía del cuarto contiguo al de Ana.

—¿Pues qué tiene?

—Yo creo que una *mica*, una borrachera de mil cosas, de ruido, de fatiga y hasta de vino... qué sé yo; ello es que está en la cama dando ayes y dice que allí

no se acuesta nadie, que quiere dormir sola... yo me voy junto á ella; voy á poner mi cama al lado de la suya... Buenas noches...

Y acercándose á la ventana sujetó á la Regenta por los hombros, le habló al oído, le llenó de besos estrepitosos la cara y corrió á su cuarto, haciendo antes una mueca de conmiseración burlesca á Joaquito Orgaz que, cabizbajo y tristón, rondaba por los pasillos.

—Vamos, vamos, ya ves que todos se retiran. Víctor, á la cama.

Ana sonreía, hermosa y fresca con su traje sencillo de la hora de acostarse.

—¿ Y Vds. ?—dijo Quintanar.

—Nosotros—respondió Paco—nos hemos quedado sin cama porque á la señora gobernadora le dió el capricho de tener miedo á los truenos y quedarse á dormir...

—¿ De modo ?...—preguntó Ana risueña.

—Que dormiremos en un sofá.

—Vaya, vaya, pues buenas noches.

—Espera un poco, tonta, mira qué buena noche está... hablemos aquí un poco...

—Yo no tengo sueño; tiene razón Paco; hablemos—dijo don Víctor, que había entrado en su cuarto y se había puesto las zapatillas y el gorro de borla de oro.

—¿ Cómo hablar? no señor,... á la cama...

Y Ana, coqueta sin querer, amenazó graciosa, provocativa, con cerrar las ventanas y las contraventanas...

Mesía con un mohín le suplicó que esperase...

Y hablando en tono confidencial, comentando los sucesos del día, las bromas, los juegos, estuvieron á la luz de la luna cerca de una hora todavía; Ana y su marido dentro, Paco, Joaquín y Álvaro en la galería...

Don Víctor estaba en sus glorias. Ver á su Anita alegre, expansiva, y allí, cerca del propio lecho, á los amigos jóvenes en cuya compañía se sentía él joven también ¿ qué mayor dicha ? Ni la sombra de una sospecha se le asomaba al alma al noble ex-regente. Ya todo era silencio en la casa, todos dormían, y solo en aquel rincón de la galería, junto á aquella ventana abierta había el ruido suave de un cuchicheo. Hablaban á veces dos ó tres á un tiempo, pero todos en voz baja que parecía dar más intimidad é interés á lo que se decían. Ana esquivaba unas veces las miradas de don Alvaro, que fumaba apoyado un codo muy cerca de los de Anita, también reclinada sobre el antepecho. Otras veces, las más, los ojos se clavaban en los ojos y sin que nadie pudiera remediarlo se decían amores, cada vez más elocuentes.

Alvaro, de tarde en tarde, miraba de soslayo y con envidia y codicia al interior de la alcoba... Ana sorprendió alguna de aquellas miradas rápidas y compadeció al enamorado galán, sin tomar á mal su curiosidad indiscreta.

Don Víctor no llevaba traza de poner fin al palique y Ana misma se creyó en el caso de decir :

—Vaya, vaya..... hasta mañana; Víctor, adentro, adentro.

Y cerró las vidrieras en las narices de Alvaro y de los pollos. Paco y Joaquín desaparecieron en lo oscuro del corredor. Quintanar ya estaba de espaldas, allá en el fondo de la alcoba, en mangas de camisa. Don Alvaro no se movía; y vió á la Regenta detrás de los cristales, cerrando pausadamente las maderas; y ella en medio, en el hueco de luz, mirándole seria, dulce... y después cuando ya solo quedaba un intersticio le miró risueña, juguetona. Volvió á abrir otro poco... y volvió á verle todo el rostro.

—Adiós, adiós, dormir bien—dijo Ana, detrás de las

vidrieras; y cerró las contraventanas de golpe y corrió el pestillo.—

Como la romería de San Pedro hubo muchas durante el mes de Julio por los alrededores del Vivero. Á casi todas asistieron los marqueses y sus amigos. Quintanar y señora esperaban á los de Vetusta en la quinta; y unas veces á pié, otras en coche, se emprendía la marcha, se recorría aquellas aldeas pintorescas, se oían aquellos cánticos, monotonos, pero siempre agradables, dulces y melancólicos de la danza indígena, y se volvía al oscurecer, comiendo avellanas y cantando, entre labriegos y campesinas retozonas, confundidos señores y colonos en una mezcla que enternecía á don Víctor; el cual decía: «Vea Vd. si se pudieran realizar la igualdad y la fraternidad... no había cosa mejor ni más poética.»

Mesía y Paco no faltaban ni á una de estas excursiones; pero, además, solían visitar á la Regenta cada tres ó cuatro días. Á veces Ana y Quintanar, después de comer, á eso de las cuatro de la tarde, salían á la carretera de Santianes á esperar á sus amigos. La soledad le iba pesando un poco á don Víctor y aquellas visitas las agradecía en el alma. Ana al divisar allá lejos, en el extremo de la cinta larga y estrecha de carretera las siluetas de los dos poderosos caballos blancos de Mesía y Vegallana, sentía un placer que se le antojaba infantil... y se ponía nerviosa de ansiedad que crecía según se acercaban los bultos y se aclaraban las figuras de caballos y jinetes.

Ni Visitación ni Paco se atrevían ya nunca á decir nada á don Alvaro alusivo á sus pretensiones amorosas: le dejaban hacer; conocían en *la cara de gloria* del Tenorio que esperaba el triunfo, que tal vez lo estaba tocando, y comprendían que el pudor, la vergüenza, mejor dicho, exigía un silencio absoluto respecto del caso. Don Alvaro agradecía «la delicadeza» de sus

cómplices y callaba también, tranquilo y satisfecho.

Á fines del mes comenzó la dispersión general; todos los que tenían cuatro cuartos, y muchos que no los tenían, dejaron la capital y buscaron la frescura de la playa.

Don Víctor, loco de contento, salió del Vivero con su mujer y con Petra y se instaló en el puerto mejor de la provincia, *La Costa*, villa floreciente más rica que Vetusta, emporio del cabotaje y vestida muy á la moda. Otros años Quintanar pasaba el mes de Agosto en Palomares, á donde iban también Visita, Obdulia y alguna vez los marqueses y Mesía.

—¡ Dos años hace que no he veraneado !—decía Quintanar alegre como un chiquillo.

La Regenta prefirió *La Costa* á Palomares porque el Magistral había suplicado que no se fuera á baños, y que si el médico lo exigía que por lo menos no se fuera á Palomares. No quiso Ana contradecir este deseo del confesor y transigió.

« Iremos á *La Costa* » dijo en la carta en que contestó á don Fermín. Tenía éste pésima idea de los efectos morales de los baños de todo el Cantábrico, y especialmente de los baños de Palomares. La mayor parte de los penitentes volvían de aquel pueblo de pesca con la conciencia llena de pecadillos que, si tratándose de otros casi le hacían sonreír, en la Regenta le hubieran hecho muy poca gracia.

Comprendía don Fermín que su influencia iba disminuyendo, que la fe de Ana se entibiaba y en cambio crecía la desconfianza en ella; y como perder del todo á su Regenta era idea que le asustaba, dando tormento al orgullo, á los celos, hacía de tripas corazón, fingía no ver, y mantenía su poder espiritual claudicante « con puntales de tolerancia y estribos de paciencia. » La ira la desahogaba sobre el obispo y con la curia eclesiástica. Cada vez era su poder mayor y más cruel su tira-

nía. Las ventajas de don Alvaro en el ánimo de Ana las pagaba el clero parroquial, aquel clero que Foja decía respetar tanto.

También Ana prefería aquel *modus vivendi*; no quería volver á las andadas, temía que viniesen la compasión y los remordimientos y las aprensiones á molestarla y al fin hacerla caer enferma, si por completo rompía con el Provisor.

«Me conozco, pensaba; sé que, después de todo, le tengo cierto cariño, y si abandonase su amistad, una voz insufrible me había de estar gritando siempre en favor suyo. Mejor es esto; ya que él disimula, y finge no ver este cambio, y ya no se queja como al principio, dejémoslo todo así; quiero paz, paz, no más batallas aquí dentro.»

Don Alvaro, en el tono confidencial que había adoptado después de su declaración, había venido á indicar vagamente que no convenía irritar á don Fermín, que él le creía capaz de hacer daño siempre de un modo ó de otro. Ana, aunque Alvaro no se atrevía á ser muy explícito en este particular, comprendía lo que su amigo, *nuevo hermano*, quería decir y aprobaba su prudencia.

Por todo lo cual pudo el Provisor atreverse á insinuar aquel deseo que en otro tiempo hubiera sido impuesto en un decreto sin exposición de motivos.

Ana fué á La Costa. Mesía, por disimular, pasó cinco días en Palomares, después se corrió á San Sebastián, y el día de Nuestra Señora de Agosto se presentó en La Costa, en un vapor de Bilbao, nuevo y reluciente.

Á don Víctor le gustaba mucho, por una temporada, la vida de fonda. Se había instalado en la más lujosa, de más movimiento y ruido, situada en el Muelle. Allá se fué también Mesía, accediendo á los ruegos de su amigo el ex-regente.

Veinte días después volvían los tres juntos á Vetusta; Benítez felicitó á la Regenta por su notable mejoría; ahora sí que estaba la salud asegurada; ¡qué color! qué morbidez! qué *sólidamente* robusta volvía!

Á don Víctor se le caía la baba. «¡Oh, el mar, si no hay como el mar, y la mesa redonda, y la casa de baños, y los paseos por el muelle, y los conciertos al aire libre... y los teatros y circos! ¡Qué contento estaba con la vida Quintanar! Su mujer era una joya; la más hermosa de la provincia, como había sido siempre, pero además ahora suya, completamente suya, y de un humor nuevo, alegre, activo, como el que Dios le había otorgado á él...

—¿Y yo? ¿eh? ¿qué tal vengo yo, señor Benítez?

—Magnífico; magnífico también; hecho un pollo.

—Ya lo creo!

—¿Y este galápago? Este galápago que ya va siendo viejo, ¿qué tal?—Y daba palmaditas en la espalda de Mesía.—Este sí que parece un chiquillo.

Y volviéndose á Frigilis que estaba presente, algo triste y desmejorado, añadía Quintanar:

—En cambio tú vas á escape para Villavieja... y eso que tanto tono sabes darte con tu higiene, y tu vida de árbol secular. No, lo que es al siglo no llegas, carcamal...

Y abrazaba y daba palmadas en la espalda también á su Frigilis para que no tuviera celos de Mesía. Quintanar era feliz; quería que lo fueran todos los suyos, su mujer, sus criados, y los amigos, hasta los conocidos, el mundo entero.

Si Mesía le preguntaba en broma:

—¿Qué tal *Kempis*? ¿Qué dice de esto *Kempis*?

El otro contestaba:

—¿Quién? Qué *Kempis* ni qué ocho cuartos!... Voy á hacer obras en el caserón. Voy á blanquear el patio y los pasillos, á empapelar el comedor y picar la pie-

dra de la fachada. Verán Vds. qué hermosa queda la piedra amarillenta después que la piquemos. No quiero oscuridad, no quiero negruras, no quiero tristezas.

Mesía había convencido á la Regenta de que don Víctor, en rigor, venía á ser una cosa así... como un padre. Siempre había pensado ella algo por el estilo.

Sin embargo, se le debía el honor; y á pesar de tanta intimidad, de aquel amor confesado implícitamente, Ana podía decir que don Alvaro no había puesto sus labios en aquella piel con cuyo contacto soñaba de fijo.

Mesía no se daba prisa. «Aquella casada no era como otras; había que conquistarla como á una virgen; en rigor él era su primer amor y los ataques brutales la hubieran asustado, le hubieran robado mil ilusiones. Además á él también le rejuvenecía aquella situación de amor platónico, de intimidad dulcísima en que sólo él hablaba de amor con la boca y ambos con los ojos, la sonrisa y todo lo demás que era mudo y no era deshonesto y grosero.

«Así como así el verano siempre le tenía un poco lánguido y desmadejado. Calculaba él, con aquella frivolidad afectada y natural al mismo tiempo de materialista práctico, calculaba que allá para el invierno él se sentiría fuerte como un roble y la Regenta estaría suave y dócil como una malva. Además, una barbaridad podía, sino echarlo todo á perder, retrasar las cosas, darles un giro menos picante y sabroso que el que llevaban. Ello diría, ello diría y no había de tardar.»

Y en tanto la vida era una delicia. El maduro don Juan que, como él decía, *était déjà sur le retour*, se sentía transformado por la juventud y la pasión vehemente y soñadora de Anita. No recordaba don Alvaro haber deseado tanto á una mujer ni haber gozado con los amores platónicos, según él llamaba á todos los no consumados, como estaba gozando entonces.

La Regenta cayendo, cayendo era feliz; sentía el mareo de la caída en las entrañas, pero si algunos días al despertar en vez de pensamientos alegres encontraba, entre un poco de bilis, ideas tristes, algo como un remordimiento, pronto se curaba con la nueva metafísica naturalista que ella, sin darse cuenta de ello, había creado á última hora para satisfacer su afán invencible de llevar siempre á la abstracción, á las generalidades, los sucesos de su vida.

Pero la misma Ana, tan dada á cavilaciones, tenía poco tiempo para ellas. Toda la vida era diversión, excursiones, comidas alegres, teatros, paseos. Entre la casa de los Marqueses y la de Quintanar se había establecido una especie de convivencia de que participaban Obdulia, Visita, Alvaro, Joaquín y algunos otros amigos íntimos.

Se iba al Vivero muy á menudo; se corría por el bosque, por la galería que rodeaba la casa, por la huerta, por la orilla del río. Todos parecían cómplices. Obdulia y Visita adoraban á la Regenta, eran esclavas de sus caprichos, se la comían á besos; juraban que eran felices viéndola tan tratable, tan *humanizada*. Y jamás una alusión picaresca, ni una pregunta indiscreta, ni una sorpresa importuna. Nadie hablaba allí del peligro que sólo ignoraba Quintanar. Muchas veces, cuando una tormenta como la de San Pedro descargaba sobre el Vivero, se quedaba allí toda la comitiva á pasar la noche. Ana se encontraba, sin buscarlo, pero sin esquivar las ocasiones, en contacto con Álvaro, apretada contra él en coches, palcos, bailes, bosques, muchas veces cada semana.—

Un día de Noviembre, de los pocos buenos del Veranillo de san Martín, se emprendió la última excursión, por aquel año, al Vivero.

La alegría era extremada, nerviosa. *Aquellos chicos*, como seguía llamándolos Ripamilán, también expedi-

cionario á pesar de los años, aquellos chicos que tenían en la quinta de Vegallana los mejores recuerdos de sus juegos alegres, se despedían con pesar de aquel rincón de sus primaveras y sus otoños. Querían saborear hasta la última gota de alegría loca en la libertad del campo, en las confidencias secretas y picantes del bosque. Jamás Visita *hizo la niña* de mejor buena fe, jamás Obdulia consintió á Joaquín *más tonterías*, según su vocabulario lleno de eufemismos; Edelmira y Paco hicieron unas paces rotas ocho días antes; hasta los viejos cantaron, bailaron un minué y corrieron por el bosque; don Víctor hizo diabluras y se cayó al río, pretendiendo saltarlo de un brinco por cierto paraje estrecho.

Ana y Álvaro, al darse la mano por la mañana, al subir al coche, se encontraron en la piel y en la sangre impresiones nuevas. La noche anterior Álvaro había dicho que él se quería morir. No pedía nada, pero se quería morir. Ana en todo el camino de Vetusta al Vivero no dijo más que esto, y bajo, al oído de Álvaro: «Hoy es el último día.»

Después de comer, á todos los amantes del Vivero les preocupó la idea de que la tarde sería muy corta. Joaquín y Obdulia sabían que todo el mundo era patria: «¡pero como allí!» Edelmira y Paco suspiraban también por sus escondites de la quinta, que iban á dejar muy pronto... Antes del último arranque de locura, de las últimas carreras por el bosque y de la última alegría hubo un cuarto de hora de melancolía... de cansancio mezclado de tristeza. La tarde iba á ser corta y la última. Visita se sentó al piano y tocó la polka de *Salacia*, un baile fantástico de gran espectáculo que se representaba aquellas noches en Vetusta. *Salacia*, la hija del mar, sacaba á sus hermanas del océano y no se sabe por qué á las Bacantes á bailar en la playa una danza infernal; Ana recordó la impresión

que aquella polka había causado en sus sentidos... «¡Las Bacantes! Asia... los tirsos, la piel de tigre de Baco.»—Ana sabía mucho de estos recuerdos mitológicos y pronto había dejado de ver el pobre aparato escénico del teatro de Vetusta y las bailarinas prosaicas y no todas bien formadas, para trasladarse á la imaginada región de Oriente donde su fantasía, á medias ilustrada, veía bosques misteriosos, carreras frenéticas de las bacantes enloquecidas por la música estridente y por las libaciones de perpetua orgía, al aire libre. ¡La bacante! la fanática de la naturaleza, ebria de los juegos de su vida lozana y salvaje; el placer sin tregua, el placer sin medida, sin miedo; aquella carrera desenfrenada por los campos libres, saltando abismos, cayendo con delicia en lo desconocido, en el peligro incierto de precipicios y enramadas traidoras y exuberantes... Mientras Visita recordaba de mala manera en el piano aquella humilde polka de *Salacia*, que tenía de bueno lo que tenía de copia, la Regenta dejaba bailar en su cerebro todos aquellos fantasmas de sus lecturas, de sus sueños y de su pasión irritada.

De pronto se le antojó mirar una *Ilustración* que estaba sobre un centro de sala. «La última flor» decía la leyenda de un grabado en que clavó Ana los ojos. En un jardín, en Otoño, una mujer hermosa, de unos treinta años, aspiraba con frenesí y oprimía contra su rostro una flor... la última...

—¡Ea, ea, al monte!—gritó en aquel momento Obdulia desde la huerta—¡al monte, al monte! á despedirse de los árboles...

Visitación azotó con fuerza las teclas violentando el compás de su polka... y enseguida cerró el piano con ímpetu.

—¡Al monte! al monte!—gritaron de arriba y de abajo.

Y salieron por el postigo á despedirse de robles, en-

cinas, espinos, zarzas, helechos, y de la yerba fresca y verde de la otoñada.—

Aquella noche se prolongó la fiesta en Vetusta; era la despedida del buen tiempo; el invierno iba á vol-



ver, el diluvio estaba á la puerta... Y se improvisó una cena para todos aquellos señores. Muchos á las doce, después de bailar y cantar y alborotar, ya te-

nían apetito; se había comido temprano; otros no hicieron más que probar golosinas y beber. Como la noche se había quedado tan serena y templada que parecía de las primeras de Setiembre se cenó en la estufa nueva que se inauguró en este día; era grande, alta, confortable, construida por modelo de París. Don Alvaro, inteligente en la materia, dijo que se parecía, en pequeño, á la de la Princesa Matilde. ¡Cómo envidió Obdulia aquel dato! Y sintió orgullo. ¡Un hombre que

había sido su amante podía hablar de la *serre* de la Princesa Matilde!

Se cenó allí. En el salón amarillo, donde se había bailado después de volver de Vetusta, mediante algunos tertulios de fresco, se apagaban solas las velas de esperma en los candelabros, corriéndose por culpa del viento que dejaba pasar un balcón abierto. Los criados no habían apagado más que la araña de cristal. Las sillas estaban en desorden; sobre la alfombra yacían dos ó tres libros, pedazos de papel, barro del Vivero, hojas de flores, y una rota de Begonia, como un pedazo de brocado viejo. Parecía el salón fatigado. Las figuras de los cromos finos y provocativos de la Marquesa reían con sus posturas de falsa gracia violentas y amaneradas. Todo era allí ausencia de honestidad; los muebles sin orden, en posturas inusitadas, parecían amotinados, amenazando contar á los sordos lo que sabían y callaban tantos años hacía. El sofá de ancho asiento amarillo, más prudente y con más experiencia que todos, callaba, conservando su puesto.

Una ráfaga de viento apagó la última luz que alumbraba el cuadro solitario. El reloj de la catedral dió las doce. Se abrió la puerta del salón y pasaron dos bultos. Las pisadas las apagó en seguida la alfombra. Por toda claridad la poca de la calle, producto de la luna nueva y de un farol de enfrente, adulación del municipio nuevo á la casa del Marqués. Al abrirse la puerta se oyó á lo lejos el ruido de la servidumbre en la cocina; carcajadas y el *run, run* de una guitarra tañida con timidez y cierto respeto á los amos; este rumor se mezclaba con otro más apagado, el que venía de la huerta, atravesaba los cristales de la estufa y llegaba al salón como murmullo de un barrio populoso lejano.

Los dos bultos eran Mesía y Quintanar, que ebrio de confidencias perseguía á su amigo íntimo con el

relato de las aventuras de su juventud, allá en la Almunia de don Godino.

Don Álvaro se dejó caer en el sofá, soñoliento y soñador; no oía á don Víctor, oía la voz del deseo ardiente, brutal que gritaba: «¡ hoy, hoy, ahora, aquí, aquí mismo !»

Y en tanto el ex-regente, á quien aquellas sombras del salón y aquella discreta luz del farol de enfrente y del cuarto de luna, parecían muy á propósito para confesar sus picardías eróticas, continuaba el relato, para decir de cuando en cuando, á manera de estribillo:

—¡ Pero qué fatalidad ! ¿ Cree Vd. que por fin la hice mía ? ¡ pues no señor ! pásmese Vd... Lo de siempre, me faltó la constancia, la decisión, el entusiasmo... y me quedé á media miel, amigo mío. No sé qué es esto; siempre sucede lo mismo... en el momento crítico me falta el valor... y estoy por decir que el deseo...

Una vez, al repetir esta canción don Víctor, á Mesía se le antojó atender; oyó lo de quedarse á media miel, lo de faltarle el valor... y con suprema resolución, casi con ira pensó:

—Este idiota me está avergonzando, sin saberlo... Ya que él lo quiere, que sea... Esta noche se acaba esto... Y si puedo aquí mismo...

Poco después los dos amigos, cansado hasta el mismo don Víctor de confesiones, volvieron á la mesa, donde reinaba la dulce fraternidad de las buenas digestiones después de las cenas grandiosas. No estaba allí Anita.

Salió Alvaro sin ser visto, por lo menos sin que nadie pensara en si salía ó no, y entró de nuevo en el caserón. En la cocina seguía la algazara. Lo demás todo era silencio. Volvió al salón. No había nadie. «No podía ser.» Entró en el gabinete de la Marquesa... Tampoco

vió entre las sombras ningún cuerpo humano. Todo era sillas y butacas. Sobre ellas ningún bulto de mujer. «No podía ser.» Con aquella fe en sus corazonadas, que era toda su religión, Alvaro buscó más en lo oscuro... llegó al balcón entornado; lo abrió...

—¡ Ana!

—¡ Jesús!





XXIX

EL día de Navidad venga Vd. á comer el pavo con nosotros. Me lo han mandado de León lleno de nueces. Será cosa exquisita. Además, tengo vino de mi tierra, un Valdiñón que se masca...»

Mesía no faltó á su promesa, y el día de Navidad comió en el caserón de los Ozores. El salón estaba ahora empapelado de azul y oro á cuadros; la gran chimenea churrigüeresca se había conservado con sus ondulantes sirenas de abultado seno de yeso. Don Víctor se contentó con pintar de un blanco gris *discreto*, como él decía, todas aquellas cornisas, volutas, acantos, escocias y hojarasca.

Á los postres, el amo de la casa se quedó pensativo. Seguía con la mirada disimuladamente las idas y venidas de Petra que servía á la mesa. Después del café

pudo notar don Alvaro que su amigo estaba impaciente. Desde aquel verano, desde que habían vivido juntos en la fonda de La Costa, don Víctor se había acostumbrado á la comensalía de don Alvaro; le encontraba á la mesa más decididor y simpático que en ninguna otra parte y le convidaba á comer á menudo. Pero otras veces, después de charlar cuanto quería, Quintanar solía levantarse, dar una vuelta por el parque, vestirse, siempre cantando, y dejar así media hora larga solos á Anita y á su amigo. Y ahora no, no se movía. Ana y Alvaro se miraban preguntándose con los ojos qué novedad sería aquella.

La Regenta se inclinó un instante para recoger una servilleta del suelo, y don Víctor hizo á Mesía una seña que quería decir claramente:

— Me estorba esa; si se fuera... hablaríamos.

Mesía encogió los hombros.

Cuando Ana levantó la cabeza sonriendo á don Alvaro, éste, sin verlo Quintanar, apuntó á la puerta sin mover más que los ojos.

Ana salió en seguida.

— ¡Gracias á Dios! — dijo su marido respirando con fuerza. — Creí que no se marchaba hoy esa muchacha.

Ni siquiera recordaba que otras veces quien se marchaba era él.

— Ahora podremos hablar.

— Vd. dirá — respondió tranquilamente Alvaro — chupando su habano y tapándose la cara con el humo, según su costumbre de *enturbiar el aire* cuando le convenía.

«¿Qué tripa se le habrá roto á éste?» pensó con un vago recelo que no se explicaba siquiera.

Don Víctor acercó su silla á la del otro, y tomó el tono de las grandes revelaciones.

— Actualmente—dijo— todo me sonrío. Soy feliz en

mi hogar, no entro ni salgo en la vida pública; ya no temo la invasión absorbente de la iglesia, cuya influencia deletérea... pero esa Petra me parece que me quiere dar un disgusto.

Movimiento de sobresalto en Mesía.

—Explíquese Vd. ¿Ha vuelto Vd. á las andadas?

—He vuelto y no he vuelto... Quiero decir... ha habido escarceos... explicaciones... treguas... promesas de respetar... lo que esa grandísima tunanta no quiere que le respeten... en suma: ella está picada porque yo prefiero la tranquilidad de mi hogar, la pureza de mi lecho, de mi tálamo... como si dijéramos, á la satisfacción de efimeros placeres... ¿Me entiende Vd.? Finge que se alborota por defender su honor que, en resumidas cuentas, aquí nadie se atreve á amenazar seriamente, y lo que en rigor la irrita es mi frialdad...

—¿Pero qué hace? vamos á ver...

—Mire Vd., Alvaro, por nada de este mundo daría yo un disgusto á mi Anita que es ahora modelo de esposas; siempre fué buena, pero antes tenía sus caprichos, ya recuerda Vd....

—Sí, sí... al grano.

—Ahora la pobrecita coincide con mis gustos en todo. Por aquí, digo, y por aquí se va. Hasta le ha pasado aquella exaltación un poco selvática, aquel amor excesivo á los placeres bucólicos, aquella exclusiva preocupación de la salud al aire libre, del ejercicio, de la higiene en suma... Todos los extremos son malos, y Benítez me tenía dicho que la verdadera curación de Ana vendría cuando se la viese menos atenta á la salud de su cuerpo, sin volver, ni por pienso, al cuidado excesivo y loco de su alma. ¡Aquello era lo peor!

—Pero... no me dice Vd....

—Allá voy; Ana vive ahora en un equilibrio que es garantía de la salud porque tanto tiempo hemos suspirado; ya no hay nervios, quiero decir, ya no nos

da aquellos sustos; no tiene jamás veleidades de santa, ni me llena la casa de sotanas... en fin, es otra, y la paz que ahora disfruto no quiero perderla á ningún precio. Ahora bien... Petra... puede y creo que quiere comprometernos.

— Pero vamos á ver, ¿qué hace Petra ?

— Comprometer la paz de esta casa; temo que quiere dominarnos prevaleándose de mi situación falsa, falsísima... lo confieso. ¿No comprende Vd. que para Ana tendría que ser un golpe terrible cualquier revelación de esa... ramerilla hipócrita ?

— ¿Pero qué sucede, señor? ¡hable Vd. claro y pronto! — gritó Mesía impaciente, más interesado en el asunto de lo que su amigo podía suponer.

— Más bajo, Alvaro, más bajo. ¿Qué sucede? Mucho. Petra sabe que yo quiero evitar á toda costa un disgusto á mi mujer, porque temo que cualquiera crisis nerviosa lo echase todo á rodar y volviéramos á las andadas. Un desengaño, mi escasa fidelidad descubierta, de fijo la volvería á sus antiguas cavilaciones, á su desprecio del mundo, buscaría consuelo en la religión y ahí teníamos al señor Magistral otra vez... Antes que eso, cualquiera cosa! Es preciso evitar á toda costa que Ana sepa que yo, en momentos de ceguera intelectual y sensual fuí capaz de solicitar los favores de esa *scortum*, como las llama don Saturnino.

— Pero ¿por qué ha de saber Ana eso? Si, después de todo, no hay nada que saber...

— Sí; lo que hay basta para clavarle un puñal á la pobrecita. La conozco yo... Y sobre todo, si Petra dice lo que hay, mi esposa pensará lo demás, lo que no hay.

— ¿Pero Petra?... Acabe Vd. ¿Ha dicho algo? ¿Ha amenazado con decir?...

— Esa es la cuestión. Habla gordo, es insolente, trabaja poco, no admite riñas y aspira á ponerse en un pié de igualdad absurdo...

— Absurdo...

— Y la infame ¿ con quién creará Vd. que está más altiva, más soberbia, más insolente? ¿ Conmigo? Eso parecería lo natural. Pues no señor, con Ana! ¡ Pás-mese Vd., con Ana!

Desde la nube de humo en que estaba envuelto, don Alvaro contestó:

— ¡ Ya se comprende... quiere hacerle á Vd. la forzosa; tal vez celos!

— Eso digo yo... «Sufre que tu mujer oiga insolencias á la que quisiste hacer tu concubina... ó se lo cuento todo.» Este es el lenguaje de la conducta de esa meretriz solapada. Ahora bien: un consejo; solución; ¿ qué hago? ¿ sufrir en silencio? Absurdo. Además, puede acabársele la paciencia á Anita, que si ha aguantado hasta ahora es por lo mucho que le queda de cuando fué casi santa... Pero si Ana se incomoda, si sospecha... si... ¡ triste de mí!

— Calma, hombre, calma.

— ¿ Qué hacemos, Alvaro, qué hacemos?

— Es muy sencillo.

— ¡ Sencillo!

— Sí, hay que echar á Petra de esta casa.

Don Víctor saltó en su silla.

— Eso es cortar el nudo...

— Pues no hay más solución. Echarla.

Don Víctor expuso las dificultades y los peligros del remedio, pero don Alvaro prometió allanarlo todo. «Él sabía cómo se trataba á esta gente. Daba la casualidad feliz de que en la fonda en que él vivía como niño mimado hacía tantos años, se necesitaba una muchacha para servir á los huéspedes. Petra era que ni pintada para el caso; á ella la halagaría la proposición; se la haría el mismo don Alvaro, y si por caso extraño resistía, él sabría amenazarla de suerte que... etc., etc. En fin, don Víctor lo dejó todo en manos

de su amigo y se fué al Casino, algo más tranquilo.

—¿ Vd. se queda á preparar el terreno, eh ?

—Sí, hombre, á arreglarlo todo.

En cuanto don Víctor cerró de un golpe la puerta de la escalera, Ana entró asustada en el comedor. Iba á hablar, pero llegó Petra á recoger el servicio del café y calló, fingiendo leer *El Lábaro*. Salió la doncella y Ana dijo :

—¿ Qué hay, Alvaro ?...

—Hay, que ya no te queda pretexto para negarme que venga de noche.

—No te entiendo...

—Petra marcha de esta casa. Adiós espías..

—¡ Petra ! ¿ que marcha Petra ?

—Sí, él me ha encargado de despedirla ; dice que es insolente, que te trata mal...

—¡ Dios mío ! ¿ ha notado él ?...

—Sí, boba, pero no te asustes... él lo toma... por donde no quema...

Mesía explicó á la Regenta el caso. La había enterado de todo y de mucho más. Las tentativas del mísero don Víctor eran para la Regenta, gracias á las calumnias de Alvaro, delitos consumados. Pero ella no atribuía á esto la insolencia de la criada ; temía que hubiese descubierto sus amores con Mesía y que aquella soberbia, aquel desafío constante de sus miradas, de sus sonrisas y de sus gestos fuese amenaza de revelar á don Víctor su secreto.

—Ya ves cómo no era lo que tú temías, aprensiva... Es muy posible, probable que la pobre chica no sospeche nada, que su atrevimiento no sea más que una amenaza al amo...

Ana se ruborizó. Todo aquello le repugnaba. « ¡ Aquel marido á quien ella había sacrificado lo mejor de la vida, no sólo era un maniaco, un hombre frío para ella, insustancial, sino que perseguía á las criadas de

noche por los pasillos, las sorprendía en su cuarto, les veía las ligas... ¡Qué asco! No eran celos, ¿cómo habían de ser celos? Era asco; y una especie de remordimiento retrospectivo por haber sacrificado á semejante hombre la vida. Sí, la vida, que era la juventud.»

«Alvaro—seguía pensando Ana—había hecho mal en revelarles aquellas miserias, en hacer traición á Quintanar, por indigno que éste fuera, y sobre todo en avergonzarla á ella con las aventuras ridículas y repugnantes del viejo.» Pero como tenía empeño en limpiar de toda culpa á su Mesía, á su señor, al hombre á quien se había entregado en cuerpo y en alma *por toda la vida*, según ella, pronto le disculpaba, reflexionando que el pobre Alvaro hacía aquello por amor, por arrojar del pensamiento de su Ana todo escrúpulo, todo miramiento que pudiera atarla al viejo que había hecho de lo mejor de su vida un desierto de tristeza.»

«Tampoco le agradaba á Anita ver á su Alvaro medido en aquellos cuidados domésticos de despedir criadas; y menos encontrarle tan experto en el asunto; todo aquello, de puro prosaico y bajo, era repugnante, pero ¿qué remedio? Alvaro lo hacía por ella, por gozar tranquilamente de aquella felicidad que tantos años de martirio le había costado...»

Estos y todos los demás lunares que en Mesía le obligaba á descubrir de poco acá el endiablado espíritu de análisis, camino de la locura según ella, procuraba Ana convertirlos en otras tantas estrellas luminosas de pura hermosura. Si alguna vez le sobrecogía la idea de perder á don Alvaro, temblaba horrorizada, como en otro tiempo cuando temía perder á Jesús.

Las primeras palabras de amor que Ana, ya vencida, se atrevió á murmurar con voz apasionada y tierna al oído de su vencedor, no el día de la rendición, muchos después, fueron para pedirle el juramento de la constancia...

«Para siempre, Alvaro, para siempre, júramelo; si no es para siempre, esto es un bochorno, es un crimen infame, villano...»

Mesía había jurado, y seguía jurando todos los días, una eternidad de amores.

La idea de la soledad *después de aquello*, le parecía á la Regenta más horrorosa que en un tiempo se le antojara la imagen del Infierno.

Con amor se podía vivir donde quiera, como quiera, sin pensar más que en el amor mismo;... pero sin él... volverían los fantasmas negros que ella á veces sentía rebullir allá en el fondo de su cabeza, como si asomaran en un horizonte muy lejano, cual primeras sombras de una noche eterna, vacía, espantosa. Ana sentía que acabarse el amor, aquella pasión absorbente, fuerte, nueva, que gozaba por la primera vez en la vida, sería para ella comenzar la locura.

«Sí, Alvaro; si tú me dejaras me volvería loca de hijo; tengo miedo á mi cerebro cuando estoy sin ti, cuando no pienso en ti. Contigo no pienso más que en quererte.»

Esto solía decir ella en brazos de su amante, gozando sin hipocresía, sin la timidez, que fué al principio real, grande, molesta para Mesía, pero que al desaparecer no dejó en su lugar fingimientos. Ana se entregaba al amor para sentir con toda la vehemencia de su temperamento, y con una especie de furor que groseramente llamaba Mesía, para sí, hambre atrasada.

Él estuvo el primer mes asustado. Si los primeros días renegaba del miedo, de la ignorancia y de los escrúpulos (*absurdos en una mujer casada de treinta años*, según la filosofía del Presidente del Casino), pronto vió tan colmada la medida de sus deseos, que llegó á inquietarle «otro aspecto» de sus amores. Nunca había sido más feliz. ¿Quería satisfacer el amor propio á quien la edad empezaba á dar algunos disgustos? Pues

Ana, la mujer más hermosa de Vetusta, le adoraba ; y le adoraba por él, por su persona, por su cuerpo, por *el físico*. Muchas veces, si á él le daba por hablar largo y tendido, ella le tapaba la boca con la mano y le decía en éxtasis de amor : « No hables. » Mesía no echaba esto á mala parte ; también él reconocía que lo mejor era callar, dejarse adorar por buen mozo. ¿ Quería satisfacer caprichos de la carne ahita, gozar delicias delicadas de los sentidos ? Pues la misma ignorancia de Ana y la fuerza de su pasión y las circunstancias de su vida anterior y las condiciones de su temperamento y la de su hermosura facilitaban estos alambicados goces del gallo, corrido y gastado, pero capaz de morir de placer sin miedo. Y á pesar de tanta felicidad, Mesía estaba intranquilo.

—Está Vd. desmejorado—le decía Somoza.

—Cuidado—repetía Visitación.

Y él mismo notaba que su rostro perdía la lozana apariencia que había recobrado en aquellos meses de buena vida, de ejercicio y abstinencia que él, prudentemente, había observado antes de dar el ataque decisivo á la fortaleza de la Regenta.

« Sí, sentía que dentro de su cuerpo había algo que hacía *crac* de cuando en cuando. Había polilla por allá dentro. Y lo que él temía no era la enfermedad por la enfermedad, la vejez por la vejez ; no ; era buen soldado del amor, héroe del placer, sabría morir en el campo de batalla. Su inquietud era por otro motivo. Morir, bueno ; pero decaer y decaer en presencia de Ana era horroroso ; era ridículo y era infame. Sí ; él faltaba á su juramento envejeciendo, perdiendo fuerzas. Recordaba con escalofríos épocas pasadas en que decadencias pasajeras, producidas por excesos de placer, le habían obligado á recurrir á expedientes bochornosos, buenos para referirlos entre carcajadas en el Casino, á última hora, á Paco, á Joaquín y demás

trasmochadores, para referirlos después de pasados, cuando el vigor volvía y ya las trazas cómicas no eran necesarias; pero expedientes odiosos como la miseria y sus engaños. Aquel fingir juventud, virilidad, constancia en el amor corporal, parecíale á don Alvaro semejante á los recursos de la pobreza ostentosa que describe Quevedo en el *Gran Tacaño*. Él también había sido más de una vez, después de pródigo, el Gran Tacaño del amor... Pero las trazas antiguas serían imposibles ahora, si llegara el caso de necesitarlas... «No, antes huir ó pegarse un tiro. Ana, la pobre Ana, tenía derecho á una juventud eterna é inagotable.» Pero estas ideas tristes, aprensiones de la edad, venían de tarde en tarde; lo más del tiempo semejante inquietud dejaba libre al Tenorio vetustense gozando de aquellos amores que reputaba la gloria más alta de su vida. Por su parte se confesaba todo lo enamorado que él podía estarlo de quien no fuese don Alvaro Mesía. Después del Presidente del Casino ningún sér de la tierra le parecía más digno de adoración que su dócil Ana, su Ana frenética de amor, como él había esperado siempre, aun en los días de mayor apartamiento. Don Alvaro no se confesaba á sí mismo, que había habido un tiempo en que perdiera la esperanza de vencer á la Regenta. ¡ La tenía ahora tan vencida !

Mejor que nunca lo conoció cuando hubo que dar la gran batalla para trasladar al caserón de los Ozores el nido del amor adúltero. Ana se opuso, lloró, suplicó... «no, no; eso no, Alvaro, por Dios no, eso nunca.» Y resistió muchos días á las súplicas del amante que se quejaba de lo poco y de prisa y sin comodidad que gozaba de su amor. Casi siempre se veían en casa de Vegallana; allí eran sus cariños furtivos, precipitados; pero el reposado dominio de horas y horas de voluptuosa intimidad no era posible conseguirlo, si no se buscaba lugar menos expuesto á sobresaltos, inter-

mitencias y disimulos. Ana se negaba á acudir á un rincón de amores que Alvaro prometía buscar; el mismo Alvaro confesaba que era difícil encontrar semejante rincón seguro en un pueblo *tan atrasado* como Vetusta. Además, el lugar que él pudiera encontrar, al cabo tenía que parecerle repugnante á ella; y como en Ana la imaginación influía tanto, el desprecio del albergue podía llevarla á la repugnancia del adulterio... No había más remedio que tomar por asilo el caserón de los Ozores. Era lo más seguro, lo más tranquilo, lo más cómodo. Comprendía Alvaro los escrúpulos de Ana, pero se propuso vencerlos y los venció. Sin embargo, si los obstáculos del orden puramente moral, los *escrúpulos místicos*, como se decía Alvaro con frase tan impropia como horriblemente grosera, se dejaron á un lado, á fuerza de pasión, los *inconvenientes materiales*, las precauciones del miedo opusieron dificultades de más importancia. Á don Alvaro se le ocurría que sin tener de su parte á una criada, á la doncella, mejor, era todo sino imposible muy difícil; pero ni siquiera se atrevió á proponer á Anita su idea; la vió siempre desconfiada, mostrando antipatía mal oculta hacia Petra, y comprendió además que era muy nueva la Regenta en esta clase de aventuras, para llegar al cinismo de ampararse de domésticas, y menos sabiendo de ellas que eran solicitadas por su marido.

Pero otra cosa era conquistar á la criada sin que lo supiera el ama. ¿No era Petra muy tentada de la risa? La aventura de la liga y otras de que él tenía noticia ¿no probaban que era muy fácil interesar en su favor á aquella muchacha? Sí. Y dicho y hecho. En ausencia de Ana y de don Víctor, detrás de la puerta, en los pasillos, donde podía, don Alvaro comenzó el ataque de Petra que se rindió mucho más pronto de lo que él esperaba. Pero había un inconveniente muy grave. Á la chica se le ocurrió ser, ó fingirse, desinteresada, pre-

ferir los locos juegos del amor á las propinas, ofrecer sus servicios, con discretísimas medias palabras y buenas obras, á cambio de un cariño que Mesía no estaba en circunstancias de prodigar. «¡Pobre Ana, qué sabía ella de todas estas complicaciones!» No sabía tampoco don Alvaro tanto como él creía. Ignoraba por ejemplo que Petra podía permitirse el lujo de servirle bien á él sin pensar en el interés, sin más pago que el del amor con que el gallo vetustense ya no podía ser manirroto: no era Petra enemiga del vil metal, ni la ambición de mejorar de suerte y hasta de *esfera*, como ella sabía decir, era floja pasión en su alma, concupiscente de arriba abajo; pero en Mesía no buscaba ella esto; le quería por buen mozo, por burlarse á su modo del ama, á quien aborrecía «por hipócrita, por guapetona y por orgullosa;» le quería por vanidad, y en cuanto á servirle en lo que él deseaba, también á ella le convenía por satisfacer su pasión favorita, después de la lujuria acaso, por satisfacer sus venganzas. Vengábase protegiendo ahora los amores de Mesía y Ana, «del idiota de don Víctor» que se ponía á comprometer á las muchachas sin saber de la misa la media; vengábase de la misma Regenta que caía, caía, gracias á ella, en un agujero sin fondo, que estaba sin saberlo la hipocritona en poder de su criada, la cual el día que le conviniese podía descubrirlo todo. Tenía entre sus uñas á la señora ¿qué más quería ella? Todas las noches pasaba unas cuantas horas, la honra y tal vez la vida del amo, pendiente de un hilo que tenía ella, Petra, en la mano, y si ella quería, si á ella se le antojaba ¡zas! todo se aplastaba de repente... ardía el mundo. Y como si esto en vez de un placer, en vez de una gloria fuese para Petra una carga, un trabajo, el mejor mozo de Vetusta le pagaba el servicio con *amores de señorito* que eran los que ella había saboreado siempre con más delicia, por un instinto de señorío que siem-

pre la había dominado. Pero además gozaba de otra venganza más succulenta que todas estas la endiablada moza. ¿Y el Magistral? El Magistral la había querido engañar, la había hecho suya; ella se había entregado creyendo pasar en seguida á la plaza que más envidiaba en Vetusta, la de Teresina. Petra sabía lo bien que colocaba doña Paula á todas las que eran por algún tiempo doncellas en su casa. Teresina, á quien esperaba para muy pronto una colocación de *señorona* allá en cierta administración de bienes del amo, casada con un buen mozo, Teresina la había enterado de lo que ella no había podido observar y adivinar, le había abierto los ojos y llenado la boca de agua; Petra comprendía que la casa del Magistral era el camino más seguro para llegar á casarse y ser *señora* ó poco menos... La ocasión había llegado; después de la romería de San Pedro creía ella que todo era cuestión de semanas, de esperar una oportunidad; Teresina saldría pronto bien colocada y entraría ella en su puesto... Pero no fué así; el Magistral no volvió á solicitar á Petra; cuando tuvo que hablarla, no fué para asuntos que á ella directamente le importasen, fué... ¡qué vergüenza! para comprarla como espía. Cierto es que el Provisor le prometió para muy pronto la plaza de Teresina, con todas las ventajas que su amiga disfrutaba é iba á disfrutar; pero de todas suertes á ella se la había engañado; ó mejor, se había engañado ella; pero esto no quería reconocerlo la orgullosa rubia. Era el caso que, en su opinión, el Magistral era amante de doña Ana hacía mucho tiempo, y que la escena del bosque del Vivero la interpretó la vanidad de la criada como una victoria de su belleza que había hecho caer en pecado de inconstancia al canónigo. Creyó Petra que don Fermín la quería á ella ahora después de haber querido á su ama. Caprichos así había visto ella muchos. Cuando se convenció de que don Fermín, por

mucho que disimulase, estaba enamorado como un loco de la Regenta, furioso de celos, y de que no había sido su amante ni con cien leguas, y de que á ella, á Petra, sólo la había querido por instrumento, la ira, la envidia, la soberbia, la lujuria se sublevaron dentro de ella saltando como sierpes; pero las acalló por de pronto, disimuló, y por entonces sólo dió satisfacción á la avaricia. Aceptó las proposiciones del canónigo. Ella entraría en casa de don Fermín el día que fuese necesario salir del caserón de los Ozores, pero entre tanto prestaría allí sus servicios bien pagada, mejor pagada de lo que podía pensar. El canónigo sabría todo lo que pasaba; si doña Ana recibía visitas, quién entraba cuando no estaba don Víctor ó se quedaba después de salir el amo, etc., etc.

Petra prometió decir todo lo que hubiera. Fingió no recordar siquiera ciertas promesas de otro orden que á don Fermín se le habían escapado en el calor de la improvisación en aquella dichosa mañana del Vivero, de que estaba avergonzado. Cuando vió don Fermín á Petra tan propicia para servirle por dinero, sintió más y más haber comenzado por el camino absurdo, vergonzoso de una seducción... ridícula. Aquella aventura que le recordaba las de antaño, le sonrojaba ahora, porque contradecía en cierto modo aquel andamiaje de sofismas con que se explicaba su pasión por la Regenta. «El amor purísimo que yo tengo, todo lo disculpa». «¿Pero ese amor se aviene con aventuras como las del bosque? Claro que no,» le decía la conciencia. Por eso le repugnaba Petra ahora. Pero no había más remedio que valerse de ella.

Petra era feliz en aquella vida de intrigas complicadas de que ella sola tenía el cabo. Por ahora á quien servía con lealtad era á Mesía; éste pagaba en amor, aunque era algo remiso para el pago, y ella le ayudaba cuánto podía, porque ayudarle era satisfacer los

propios deseos: hundir al ama, tenerla en un puño, y burlarse sangrientamente del *idiota del amo* y del indino del canónigo. Para más adelante se reservaba la astuta moza el derecho de vender á don Alvaro y ayudar á su señor, al que pagaba, al que había de hacerla á ella señorona, á don Fermín. ¿Cuándo había de ser esto? Ello diría. Si don Alvaro no se portaba bien, podía ocurrir el caso, llegar la oportunidad; si ella se cansaba, ó si Teresina dejaba la plaza y por miedo de que otra la ocupase le convenía correr á ella, también podía convenir echarlo á rodar todo. Entre tanto don Fermín no sabía por Petra más que noticias vagas, suficientes para tenerle toda la vida sobre espinas, para hacerle vivir como un loco furioso que tenía además el tormento de disimular sus furores delante del mundo, y de doña Paulá singularmente.

De modo que si don Alvaro podía decir con razón: ¡Pobre Ana, que no sabe nada de esto! también Petra podía exclamar: ¡Pobre don Alvaro, que no sabe ni la cuarta parte de lo que tanto le importa!

El presidente del casino de Vetusta no tuvo inconveniente en engañar á la Regenta. Era, según él, muy justo respetar los escrúpulos de aquella adúltera primeriza (otra frase grosera del seductor), que no podía avenirse á tomar por encubridora á Petra; pero también era equitativo que él, sin decírselo á doña Ana, fingiendo desconfiar también de la doncella, aprovechase los servicios de ésta, preciosos en tales circunstancias. La cuestión era entrar todas las noches en la habitación de la Regenta por el balcón. Esto se decía pronto, pero hacerlo ofrecía serias dificultades. ¿Á dónde daba el balcón del tocador? Al parque. ¿Cómo se podía entrar en el parque? Por la puerta. ¿Pero quién tenía la llave de la puerta? Una, Frígilis; con esta no había que contar; ¿y la otra? don Víctor. Esta podía abstraérsele, pero Petra dijo que á tanto no se

comprometía, que aquello de andar llaves en el ajo era delicado y podía comprometerla. Lo mejor era que el señorito saltase por la pared. Justamente don Alvaro tenía las piernas muy largas. De esta manera la comedia se representaba mejor; segura doña Ana de que don Alvaro saltaba por el muro, no podía sospechar tan fácilmente que tenía cómplices dentro de casa. Después llegar bajo el balcón, trepar por la reja del piso bajo y encaramarse en la barandilla de hierro era cosa fácil para tan buen mozo.

Todo esto lo hacía don Alvaro sin la ayuda directa, inmediata de Petra, y doña Ana encontraba así muy verosímil todo lo que su amante decía de su industria para entrar en el cuarto de ella. Para lo que servía Petra era para vigilar, para evitar que don Alvaro pudiera ser sorprendido al entrar ó al salir, y para darse tales trazas que doña Ana creyese que ella, la doncella, no había estado durante toda la noche en circunstancias de poder notar la presencia del amante. Estaba además allí para dar el grito de alarma si llegaba el caso, y para combinar las horas. En el servicio de Petra había algo de la responsabilidad de un jefe de estación de ferro-carril. Don Alvaro sabía, porque don Víctor se lo había confesado, que el ex-regente y Frígilis, en cuanto llegaba el tiempo, salían de caza mucho más temprano de lo que Ana creía. Petra era la encargada de despertar el amo, porque Anselmo se dormía sin falta y no cumplía su cometido: Frígilis llegaba al parque á la hora convenida, ladraba... y bajaba don Víctor. Llegó á quejarse don Tomás de que sus ladridos no siempre despertaban al amo ni á la doncella, de que se le hacía esperar mucho tiempo, y para evitar reyertas y plantones se acordó que Crespo y Quintanar acudiesen al parque á la misma hora sin necesidad de ladrar nadie. Para mayor seguridad don Víctor compró un reloj despertador que sonaba como un

terremoto y con este aviso automático, como él decía, acudió en adelante á la hora señalada para la cita. Casi todas las mañanas Quintanar y Crespo llegaban al parque á la misma hora. El tren que los llevaba á las marismas y montes de Palomares, salía este año un poco más tarde y no necesitaban levantarse antes del ser de día.

Todo esto necesitó saber don Alvaro para no exponerse á un choque en la vía con Frígilis ó con el mismísimo don Víctor. Este mismo, sin saber lo que hacía, le enteró de sus horas de salida; y lo demás que necesitaba saber de los pormenores, se lo refirió Petra. Así pues, no había miedo. Lo de saltar la tapia ofreció algunas dificultades; pero una noche, por la parte de fuera, en la solitaria calleja de Traslacerca, el Tenorio preparó removiendo piedras y quitando cal, dos ó tres estribos muy disimulados en el muro, hacia la esquina; hizo también con disimulo fingidas grietas ó resquicios que le permitieron apoyarse y ayudar la ascensión, y quedó así vencido el principal obstáculo. Por la parte de dentro todo fué como coser y cantar. Un tonel viejo, arrimado al descuido á la pared, y los restos de una espaldera, fueron escalones suficientes, sin que nadie pudiese notarlos, para subir y bajar don Alvaro por la parte del parque con toda la prisa que pudieran aconsejar las circunstancias. Aquella escalera disimulada la comparaba don Alvaro con esas cajas de cerillas que ostentan la popular leyenda, ¿dónde está la pastora? ¿dónde estaba la escala? Después de verla una vez no se veía otra cosa; pero al que no se la mostraban no se le aparecía ella.

No faltaba más que lo peor, persuadir á la Regenta á que abriera el balcón. Como á ella no se le podía hablar de las garantías de seguridad que don Alvaro tenía dentro de casa, nada ó poco se podía oponer á sus argumentos relativos á las sospechas probables de

la antipática Petra. Pero al fin don Alvaro que había triunfado de lo más, triunfó de lo menos: llegó á comprender Ana que era imposible, y tal vez ridículo, negarse á recibir en su alcoba á un hombre á quien se había entregado ella por completo. Mucho valía la castidad del lecho nupcial, ó ex-nupcial mejor dicho, pero ¿no valía más la castidad de la esposa misma? Entre estos sofismas y la pasión y la constancia en el pedir dieron la victoria á Mesía, que si no pudo acallar los sobresaltos de Ana, quien á cada ruido creía sentir el espionaje de Petra, conseguía á menudo hacerla olvidarse de todo para gozar del delirio amoroso en que él sabía envolverla, como en una nube envenenada con opio.

Y así pasaban los días, asustada Ana de que tan poco después de la caída fuese ella capaz de recibir á un hombre en su alcoba, ella, que tantos años había sabido luchar antes de caer.—

Aquella tarde de Navidad, después de recoger el servicio del café, Petra salió de casa y se dirigió á la del Magistral.

La recibió doña Paula. Eran ahora muy buenas amigas. La madre del Provisor conocía la estrecha simpatía que existía entre Teresina y la doncella de la Regenta; y por la actual criada del *señorito*, de su hijo, sabía que en el ánimo de Fermín Petra era la persona destinada á substituir á Teresa el día, próximo ya, en que ésta alcanzara el premio consabido de salir de allí casada para administrar ciertos bienes de los *Provisores*. Doña Paula, que entendía á medias palabras, y aun sin necesidad de ellas, ganosa de satisfacer aquel deseo de su hijo, según su política constante, y de satisfacerle de una manera pulcra, intachable en la forma, anticipándose á él, había resuelto tomar la iniciativa y ofrecer á Petra ella misma aquel puesto que la rubia lúbrica tanto ambicionaba. La proposición se hizo aquella tarde. Teresina iba á salir de casa de un

día á otro. Petra aceptó sin titubear, temblando de alegría. Hasta que estuvo en el caserón de vuelta no se le ocurrió pensar que aquella felicidad suya acarrearía la desgracia de muchos, y hasta cierto punto su propio daño. Adiós amores con don Alvaro, amores cada vez más escasos, más escatimados por el libertino gracioso, que iba menudeando las propinas y encareciendo las caricias, pero al fin *amores* señoritos, que la tenían orgullosa. ¿Qué hacer? No cabía duda, ser prudente, coger el codiciado fruto, entrar en aquella *canongía*, en casa del Magistral. Para esto era preciso echar á rodar todo lo demás, romper aquel hilo que ella tenía en la mano y del que estaban colgadas la honra, la tranquilidad, tal vez la vida de varias personas! Al pensar esto Petra se encogió de hombros. Se le figuró ver que caía la Regenta y se aplastaba, que caía el Magistral y se aplastaba, que caía don Víctor y se convertía en tortilla, que el mismo don Alvaro rodaba por el suelo hecho añicos. No importaba. Había llegado el momento. Si perdía la ocasión, la vacante de Teresina, podía entrar otra y adiós *señorio* futuro. No había más remedio que ocupar la plaza inmediatamente. Pero entonces había que decírselo todo al Provisor, porque en saliendo de aquella casa ya no podía ser espía, ni ayudar al que la pagaba á abrir los ojos de aquel estúpido de don Víctor, que, como era natural, querría vengarse, castigar á los culpables; que sería lo que necesitaba el canónigo, puesto que él no podía con sus manteos al hombro ir á desafiar á don Alvaro. Petra discurría perfectamente en estas materias porque leía folletines, la colección de *Las Novedades*, que dejara en un desván doña Anuncia, y sabía quién desafiaba á quién, llegado el caso de descubrirse los amores de una señora casada. El que desafiaba es el marido, no un pretendiente desairado, y mucho menos siendo cura. No había duda, el Magistral la necesitaba á ella en el ca-

serón llegado el momento crítico... si salía antes y después no le servía, podía echarla de casa por inútil. Había que hacerlo todo pronto, inmediatamente. ¿Y qué iba á hacer? Una traición, eso desde luégo, pero ¿cómo?...

En esto pensaba cuando entró en el comedor, ya al oscurecer, á preparar la lámpara. Sintió que la sujetaban por la cintura y le daban un beso en la nuca.

«Era el otro; ¡pobre, no sabía lo que le aguardaba!»

Don Alvaro, después de su conversación con Ana, la había hecho retirarse y se había quedado solo en el comedor para «dar el ataque» á Petra y proponerle, entre caricias, de que cada día le pesaba más, el cambio de amos. No era cierto que hubiese vacante en la fonda, pero allí era él amo y se crearía la vacante. Con toda la diplomacia que pudo emplear un hombre que se creía principalmente político y era seductor de oficio, ofreció á la doncella la nueva posición, «que sería divertidísima, y lucrativa como pocas.» Don Víctor le tenía miedo, doña Ana también, cada cual por su motivo, y él, don Alvaro, sería mucho mejor servido si Petra consentía en salir de la casa.

«Ya ves, hija, tú has cometido una falta, tratar á la señora con altivez, con insolencia; esto, que es feo de por si, la asustó á ella haciéndole creer que sabes algo y que abusas de tu secreto; le asustó á él que teme que vas á cantar, y me perjudica á mí, como comprendes, porque... ya ves... estando asustada ella... recelosa... pago yo. Á ti ya no te necesito en esta casa, porque yo entro y salgo ya sin guías... y allá en casa... en la fonda puedes sernos útil... Además...»

Además, don Alvaro comprendía que ya no podía pagar á Petra sus servicios con amor, porque cada día era más urgente economizarlo; y llevando á la chica á la fonda, allí otros huéspedes hambrientos de esta clase de bocados la distraerían y él cumpliría con pro-

pinas en adelante. En suma, ya le estorbaba Petra en el caserón de los Ozores por muchos conceptos. Pero á ella no se le podían dar tales razones.

—Señorito—dijo Petra, que á pesar de su resolución reciente, sintió en el orgullo una herida de tres pulgadas—no necesita apurarse tanto para convencerme de que debo irme de esta casa.

—No, hija, lo que es, si tú lo tomas por donde que ma, yo no insisto...

—No señor, si no me deja Vd. explicarme... Si yo quiero salir de aquí; si precisamente... pero en cuanto á lo de irme á la fonda, no señor. Una cosa es que una tenga sus caprichos y una buena voluntad, ¿entiende Vd.? y otra cosa que á una la regalen á los amigos, y la lleven y la traigan... y...

—Pero, Petrica, si no es eso, si yo por tu bien...

Don Alvaro bajaba la voz y Petra la levantaba.

Pero la astuta moza, que sabía contenerse, cuando era por su bien, se reprimió, y cambiando el tono y el estilo se disculpó, disimuló el enojo, y dijo que todo estaba perfectamente, y que ella misma pediría la soldada, y se iría tan contenta, no a la fonda, sino á otra casa; una proporción que tenía, y que no podía decir todavía cuál era. Por lo demás, tan amigos, y si el señorito, don Alvaro, la necesitaba, allí la tenía, porque la ley era ley; y en lo tocante á callar, un sepulcro. Que ella lo había hecho por afición á una persona, que no había por qué ocultarlo, y por lástima de otra, casada con un viejo chocho, inútil y *chiflao* que era una compasión.

Petra engañó otra vez á Mesía. Hasta le consintió nuevas caricias de gratitud que él se juró serían las últimas, por lo de la economía, que le tenía maniático.

Don Víctor supo aquella noche en el Casino que al día siguiente Petra pediría la cuenta, se marcharía. ¡Oh placer! Quintanar respiró con fuerza de fuelle y

abrazó á su amigo. «Le debía algo mejor que la vida, la tranquilidad de su hogar doméstico.»—

Trabajaba don Fermín en su despacho, envueltos los piés en el mantón viejo de su madre; escribía á la luz blanquecina y monotonía de la mañana nublada. Un ruido le distrajo, levantó los ojos y vió en medio del umbral á doña Paula, pálida, más pálida que solía.

—¿Qué hay, madre?

—Está ahí esa Petra, la de Quintanar, que quiere hablarte.

—Hablarne!... ¿tan temprano? ¿qué hora es?

—Las nueve... Dice que es cosa urgente... Parece que viene asustada... le tiembla la voz...

El Magistral se puso del color de su madre, y en pié como por máquina:

—Que éntre, que éntre...

Doña Paula dió media vuelta y salió al pasillo. Antes acarició á su hijo con una mirada de compasión de madre.

—Entra...—dijo á Petra que, toda de negro, esperaba, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Doña Paula quería comerse con los ojos el secreto de la criada. ¿Qué sería? Dudó un momento... estuvo casi resuelta á preguntar... pero se contuvo y dijo otra vez:

—Anda, hija mía, entra.

«Hija mía—pensó Petra—esta me quiere en casa; segura es mi suerte.»

—¿Qué hay?—gritó el Magistral acercándose á la criada, como queriendo salir al paso á las noticias...

Petra vió que estaban solos... y se echó á llorar.

Don Fermín hizo un gesto de impaciencia, que no vió Petra, porque tenía los ojos humillados. Había querido hablar el canónigo, pero no había podido; sentía en la garganta manos de hierro, y por el espina-

zo y las piernas sacudimientos y un temblor tenue, frío y constante.

—¡ Pronto ! ¿ qué pasa ?...—pudo preguntar al cabo.

Petra dijo, sin cesar de gemir, que necesitaba que la oyese en confesión, que no sabía si era una buena obra ó un pecado lo que iba á hacer, que ella quería servirle á él, servir á su amo, servir á Dios, que al fin religión era también el interés del prójimo, pero.. temía... no sabía si debía...

—¡ Habla !... habla !... te digo que hables pronto... ¿ qué hay, Petra ?... ¿ qué hay ?...—Don Fermín, con disimulo, apoyó una mano en la mesa. Hubo una pausa. —Habla, por Dios...

—¿ En confesión ?...

—Petra, habla... pronto...

—Señor, yo he prometido decir á Vd... todo...

—Sí, todo, habla.

—Pero ahora no sé... no sé... si debo...

Don Fermín corrió á la puerta, la cerró por dentro, y volviéndose rápido y con ademán descompuesto, gritó, sujetando con fuerza el brazo de la criada :

—¡ Déjate de disimulos, habla... ó te arranco yo las palabras !

Petra le miró cara á cara, fingiendo humildad y miedo ; « quería ver el gesto que ponía aquel canónigo al saber que la señorona se la pegaba. »

« Petra dijo, sin rodeos, que había visto ella, con sus propios ojos, lo que jamás hubiera creído. El mejor amigo del amo, aquel don Álvaro que de día no se separaba de don Víctor... entraba de noche en el cuarto de la señora por el balcón y no salía de allí hasta el amanecer. Ella le había visto una noche, creyendo que soñaba, porque se había puesto á espiar creyendo así desvanecer ciertas sospechas, pero ¡ ay ! era verdad, era verdad... Aquel infame había pervertido á la señorita, una santa... Bien temía don Fermín !... »

Petra seguía hablando, pero hacía rato que De Pas no la oía.

En cuanto comprendió de qué se trataba, antes de oír las frases crudas en que pintó la rubia lúbrica el asalto del caserón de los Ozores por el Tenorio vetustense, don Fermín giró sobre los talones, como si fuera á caer desplomado, dió dos pasos inciertos y llegó al balcón contra cuyos cristales apoyó la frente. Parecía mirar á la calle. Pero tenía los ojos cerrados.

Oía á Petra sin entender bien su palique, le molestaba el ruido de la voz aguda y lacrimosa, no lo que decía, que ya no llegaba á la atención del canónigo; quería mandarla callar, pero no podía, no podía hablar, no podía moverse...

Petra habló todo lo que quiso. Cuando calló, se oyeron nada más los ruidos apagados de la calle; las ruedas de un coche que corría muy lejos, la voz de un mercader ambulante que pregonaba á grito limpio paños de manos y encajes finos.

El Magistral estaba pensando que el cristal helado que oprimía su frente parecía un cuchillo que le iba cercenando los sesos; y pensaba además que su madre al meterle por la cabeza una sotana le había hecho tan desgraciado, tan miserable, que él era en el mundo lo único digno de lástima. La idea vulgar, falsa y grosera de comparar al clérigo con el eunuco se le fué metiendo también por el cerebro con la humedad del cristal helado. «Sí, él era como un eunuco enamorado, un objeto digno de risa, una cosa repugnante de puro ridícula... Su mujer, la Regenta, que era su mujer, su legítima mujer, no ante Dios, no ante los hombres, ante ellos dos, ante él sobre todo, ante su amor, ante su voluntad de hierro, ante todas las ternuras de su alma, la Regenta, su hermana del alma, su mujer, su esposa, su humilde esposa... le había engañado, le había deshonorado, como otra mujer cualquiera; y él,

que tenía sed de sangre, ansias de apretar el cuello al infame, de ahogarle entre sus brazos, seguro de poder hacerlo, seguro de vencerle, de pisarle, de patearle, de reducirle á cachos, á polvo, á viento; él atado por los piés con un trapo ignominioso, como un presidiario, como una cabra, como un rocín libre en los prados, él, misérrimo cura, ludibrio de hombre disfrazado de anafrodita, él tenía que callar, morderse la lengua, las manos, el alma, todo lo suyo, nada del otro, nada del infame, del cobarde que le escupía en la cara porque él tenía las manos atadas... ¿Quién le tenía sujeto? El mundo entero... Veinte siglos de religión, millones de espíritus ciegos, perezosos, que no veían el absurdo porque no les dolía á ellos, que llamaban grandeza, abnegación, virtud á lo que era suplicio injusto, bárbaro, necio, y sobre todo cruel... cruel... Cientos de papas, docenas de concilios, miles de pueblos, millones de piedras de catedrales y cruces y conventos... toda la historia, toda la civilización, un mundo de plomo, yacían sobre él, sobre sus brazos, sobre sus piernas, eran sus grilletes... Ana que le había consagrado el alma, una fidelidad de un amor sobrehumano, le engañaba como á un marido idiota, carnal y grosero... Le dejaba para entregarse á un miserable lechuguino, á un fatuo, á un elegante de similar, á un hombre de yeso... á una estatua hueca!... Y ni siquiera lástima le podía tener el mundo; ni su madre, que creía adorarle, podía darle un consuelo, el consuelo de sus brazos y de sus lágrimas... Si él se estuviera muriendo, su madre estaría á sus piés mesándose el cabello. llorando desesperada; y para aquello, que era mucho peor que morir, mucho peor que condenarse... su madre no tenía llanto, abrazos, desesperación, ni miradas siquiera... Él no podía hablar, ella no podía adivinar, no debía... No había más que un deber supremo, el disimulo; silencio... ni una que-

ja, ni un movimiento! Quería correr, buscar á los traidores, matarlos... ¿sí? pues silencio... ni una mano había que mover, ni un pié fuera de casa... Dentro de un rato sí, á coro, á coro! tal vez á decir misa... á recibir á Dios!» El Provisor sintió una carcajada de Lucifer dentro del cuerpo; sí, el diablo se le había reído en las entrañas... y aquella risa profunda, que tenía raíces en el vientre, en el pecho, le sofocaba... y le asfixiaba!...

Abrió el balcón de un puñetazo y el aire frío y húmedo le trajo la idea lejana de la realidad, y oyó la tos discreta de Petra, que aguardaba allí, detrás, clavándole los ojos en la nuca.

Cerró el balcón don Fermín, volvióse y miró con ojos de idiota á la rubia que enjugaba lágrimas villanas. «¿No necesitaba un instrumento para luchar, para hacer daño? Aquel era el único que tenía.»

Petra callaba inmóvil, esperando servir á su dueño.

Gozaba voluptuosa delicia viendo padecer al canónigo, pero quería más, quería continuar su obra; que la mandasen clavar en el alma de su ama, de la orgullosa señorona, todas aquellas agujas que acababa de hundir en las carnes del clérigo loco.

Una voz lenta, ronca, mate, que no parecía haber sonado en el despacho, voz de ventrilocuo, preguntó:

—¿Y tú, que piensas hacer... ahora?

—¿Yo?... dejar aquella casa, señor... «¿No quiere ser franco?—pensó Petra—pues que padezca; él vendrá á buscarme donde quiero que me busque.» Dejar aquella casa—repitió—¿qué he de hacer? Yo no quiero ayudar con mi silencio á la vergüenza del amo; remediarlo no puedo, pero puedo salir de aquella casa.

—¿Y á ti... no te importa el honor de don Víctor? Así agradeces el pan... que comiste tantos años...

—Señor, yo ¿qué puedo hacer por él?

—En saliendo nada.

—Pues me echan.

—¿Ellos?

—Sí, ellos; ayer el señorito Alvaro, que es el que manda allí... porque el amo está ciego, ve por sus ojos; el señorito Alvaro me puso de patitas en la calle. Hoy debo despedirme. Me ofreció colocación en la fonda; pero yo prefiero quedar en la calle...

—Vendrás á esta casa, Petra—dijo la voz de caverna, con esfuerzos inútiles por ser dulce.

Petra volvió á llorar. «¿Cómo pagaría ella tal caridad, etc., etc.?»

Aquella ternura facilitó el tratado; cediendo cada cual un poco de su tesón, se fueron acercando al infame convenio, á la intriga asquerosa y vil; al principio fingiendo pulcritud, invocando santos intereses, después olvidando estas fórmulas; y por fin el Magistral ofreció á la moza asegurar su suerte, colmar su ambición, y ella poner ante los ojos de Quintanar su vergüenza de modo tan evidente, tan palpable que aquel señor, si corría sangre de hombre por su cuerpo, tuviese que castigar á los traidores como tenían bien merecido.

Al terminar aquella conferencia hablaban como dos cómplices de un crimen difícil. El Magistral excusaba palabras, pero no las que aclaraban su proyecto. «¿Qué iba á hacer Petra para poner á la vista del estúpido Quintanar aquella vergüenza? ¿Revelaciones? no podían hacerse. ¿Anónimos? eran expuestos... «¡Qué! no señor, nada de eso; ha de verlo él» repetía Petra, olvidada de sus fingimientos, con placer de artista.

Había allí dos criminales apasionados, y ningún testigo de la ignominia; cada cual veía su venganza, no el crimen del otro ni la vergüenza del pacto.

Cuando Petra salió de casa del Magistral, éste sintió dentro de sí un hombre nuevo; el hombre que hería

de muerte por venganza, el criminal, el ciego por la pasión «el asesino, sí, el asesino; la otra era su instrumento, el asesino él. Y no le pesaba, no... cien muertes, cien muertes para los infames.» «¿Qué haría don Víctor? ¿De qué comedia antigua se acordaría para vengar su ultraje cumplidamente? ¿La mataría á ella primero? ¿Iría antes á buscarle á él?...»—

Al día siguiente, 27 de Diciembre, don Víctor y Frigilis debían tomar el tren de Roca-Tajada á las ocho cincuenta para estar en las marismas de Palomares á las nueve y media próximamente. Algo tarde era para comenzar la persecución de los patos y alcaravanes, pero no había de establecer la empresa un tren especial para los cazadores. Así que se madrugaba menos que otros años. Quintanar preparaba su reloj despertador de suerte que le llamase con un estrépito horri-sono á las ocho en punto. En un decir Jesús se vestía, se lavaba, salía al Parque donde solía esperar dos ó tres minutos á Frigilis, si no le encontraba ya allí, y en esto y en el viaje á la estación se empleaba el tiempo necesario para llegar algunos minutos antes de la salida del tren mixto.

De un sueño dulce y profundo, poco frecuente en él, despertó Quintanar aquella mañana con más susto que solía, aturdido por el estridente repique de aquel estertor metálico, rápido y descompasado. Venció con gran trabajo la pereza, bostezó muchas veces, y al decidirse á saltar del lecho no lo hizo sin que el cuerpo encogido protestara del madrugón importuno. El sueño y la pereza le decían que parecía más temprano que otros días, que el despertador mentía como un deslenguado, que no debía de ser ni con mucho la hora que la esfera rezaba. No hizo caso de tales sofismas el cazador, y sin dejar de abrir la boca y estirar los brazos se dirigió al lavabo y de buenas á primeras zambulló la cabeza en

agua fría. Así contestaba don Víctor á las sugerencias de la mísera carne que pretendía volverse á las ociosas plumas.

Cuando ya tenía *las ideas más despejadas*, reconoció imparcialmente que la pereza aquella mañana no se quejaba de vicio. «Debió de ser en efecto bastante más temprano de lo que decía el reloj. Sin embargo, él estaba seguro de que el despertador no adelantaba y de que por su propia mano le había dado cuerda y pués-tole en la hora la mañana anterior. Y con todo, debía de ser más temprano de lo que allí decía; no podían ser las ocho, ni siquiera las siete, se lo decía el sueño que volvía, á pesar de las abluciones, y con más autoridad se lo decía la escasa luz del día. «El orto del sol hoy debe de ser á las siete y veinte, minuto arriba ó abajo; pues bien, el sol no ha salido todavía, es indudable; cierto que la niebla espesísima y las nubes cenicientas y pesadas que cubren el cielo hacen la mañana muy oscura, pero no importa, el sol no ha salido todavía, es demasiada oscuridad esta, no deben de ser ni siquiera las siete. No podía consultar el reloj de bolsillo, porque el día anterior al darle cuerda le había encontrado roto el muelle real.

«Lo mejor será llamar.»

Salió á los pasillos en zapatillas.

—¡Petra! ¡Petra!—dijo, queriendo dar voces sin hacer ruido.

—Petra, Petra... ¡Qué diablos! cómo ha de contestar si ya no está en casa... la pícara costumbre, el hombre es un animal de costumbres.

Suspiró don Víctor. Se alegraba en el alma de verse libre de aquel testigo y semi-víctima de sus flaquezas; pero, así y todo, al recordar ahora que en vano gritaba «¡Petra!» sentía una extraña y poética melancolía. «¡Cosas del corazón humano!»

—¡Servanda! Servanda! Anselmo! Anselmo!

Nadie respondía.

—No hay duda, es muy temprano. No es hora de levantarse los criados siquiera. ¿Pero entonces? ¿Quién me ha adelantado el reloj?... ¡Dos relojes echados á perder en dos días!... Cuando entra la desgracia por una casa...

Don Víctor volvió á dudar. ¿No podían haberse dormido los criados? ¿No podía aquella escasez de luz originarse de la densidad de las nubes? ¿Por qué desconfiar del reloj si nadie había podido tocar en él? ¿Y quién iba á tener interés en adelantarle? ¿Quién iba á permitirse semejante broma? Quintanar pasó á la convicción contraria; se le antojó que bien podían ser las ocho, se vistió de prisa, cogió el frasco del anís, bebió un trago, según acostumbraba cuando salía de caza aquel enemigo mortal del chocolate, y echándose al hombro el saco de las provisiones, repleto de ricos fiambres, bajó á la huerta por la escalera del corredor, pisando de puntillas, como siempre, por no turbar el silencio de la casa. «Pero á los criados ya los compondría él á la vuelta. ¡Perezosos! Ahora no había tiempo para nada... Frigilis debía de estar ya en el Parque esperándole impaciente...»

—Pues señor, si en efecto son las ocho no he visto día más oscuro en mi vida. Y sin embargo, la niebla no es muy densa... no... ni el cielo está muy cargado... No lo entiendo.

Llegó Quintanar al cenador que era el lugar de cita... ¡Cosa más rara! Frigilis no estaba allí. ¿Andaría por el parque?... Se echó la escopeta al hombro, y salió de la glorietta.

En aquel momento el reloj de la catedral, como si bostezara, dió tres campanadas.

Don Víctor se detuvo pensativo, apoyó la culata de su escopeta en la arena húmeda del sendero y exclamó:

— ¡ Me lo han adelantado ! ¿ Pero quién ? ¿ Son las ocho menos cuarto ó las siete menos cuarto ? ¡ Esta oscuridad !...

Sin saber por qué sintió una angustia extraña, « también él tenía nervios por lo visto. » Sin comprender la causa, le preocupaba y le molestaba mucho aquella incertidumbre. « ¿ Qué incertidumbre ? Estaba antes obcecado; aquella luz no podía ser la de las ocho, eran las siete menos cuarto, aquello era el crepúsculo matutino, ahora estaba seguro... Pero entonces ¿ quién le había adelantado el despertador más de una hora ? ¿ Quién y para qué ? Y sobre todo, ¿ por qué este accidente sin importancia le llegaba tan adentro ? ¿ qué presentía ? ¿ por qué creía que iba á ponerse malo ?... »

Había echado á andar otra vez; iba en dirección á la casa, que se veía entre las ramas deshojadas de los árboles, apiñados por aquella parte. Oyó un ruido que le pareció el de un balcón que abrían con cautela; dió dos pasos más entre los troncos que le impedían saber qué era aquello, y al fin vió que cerraban un balcón de su casa y que un hombre que parecía muy largo se descolgaba, sujeto á las barras y buscando con los piés la reja de una ventana del piso bajo para apoyarse en ella y después saltar sobre un montón de tierra.

« El balcón era el de Anita. »

El hombre se embozó en una capa de vueltas de grana y esquivando la arena de los senderos, saltando de uno á otro cuadro de flores, y corriendo después sobre el césped á brincos, llegó á la muralla, á la esquina que daba á la calleja de Traslacerca; de un salto se puso sobre una pipa medio podrida que estaba allá arrinconada, y haciendo escala de unos restos de palos de espaldar clavados entre la piedra, llegó, gracias á unas piernas muy largas, á verse á caballo sobre el muro.



Don Víctor le había seguido de lejos, entre los árboles; había levantado el gatillo de su escopeta sin pensar en ello, por instinto, como en la caza, pero no había apuntado al fugitivo. «Antes quería conocerle.» No se contentaba con adivinarle.

Á pesar de la escasa luz del crepúsculo, cuando aquel hombre estuvo á caballo en la tapia, el dueño del Parque ya no pudo dudar.

«¡Es Alvaro!» pensó don Víctor, y se echó el arma á la cara.

Mesía estaba quieto, mirando hacia la calleja, inclinado el rostro, atento

sólo á buscar las piedras y resquicios que le servían de estribos en aquel descendimiento.

«¡Es Alvaro!» pensó otra vez don Víctor que tenía la cabeza de su amigo al extremo del cañón de la escopeta.

«Él estaba entre árboles; aunque el otro mirase hacia el Parque no le vería. Podía esperar, podía reflexionar, tiempo había, era tiro seguro; cuando el otro se moviera para descolgarse... entonces.»

«Pero tardaba años, tardaba siglos. Así no se podía vivir, con aquel cañón que pesaba quintales, mundos de plomo, y aquel frío que comía el cuerpo y el alma no se podía vivir... Mejor suerte hubiera sido estar al otro extremo del cañón, allí sobre la tapia... Sí, sí; él hubiera cambiado de sitio. Y eso que el otro iba á morir.»

«Era Alvaro, y no iba á durar un minuto! ¿Caería en el Parque ó á la calleja?...»

No cayó; descendió sin prisa del lado de Traslacera, tranquilo, acostumbrado á tal escaló, conocido ya de las piedras del muro. Don Víctor le vió desaparecer sin dejar la puntería y sin osar mover el dedo que apoyaba en el gatillo; ya estaba Mesía en la calleja y su amigo seguía apuntando al cielo.

—¡Miserable! debí matarle!—gritó don Víctor cuando ya no era tiempo; y como si le remordiera la conciencia, corrió á la puerta del Parque, la abrió, salió á la calleja y corrió hacia la esquina de la tapia por donde había saltado su enemigo. No se veía á nadie. Quintanar se acercó á la pared y vió en sus piedras y resquicios *la escalera de su deshonra*.

«Sí, ahora lo veía perfectamente; ahora no veía más que eso; ¡y cuantas veces había pasado por allí sin sospechar que por aquella tapia se subía á la alcoba de la Regenta! Volvió al Parque; reconoció la pared por aquel lado. La pipa medio podrida arrimada al muro,

como al descuido, los palos del espaldar roto formaban otra escala; aquella la veía todos los días veinte veces y hasta ahora no había reparado lo que era: ¡una escala! Aquello le parecía símbolo de su vida: bien claras estaban en ella las señales de su deshonor, los pasos de la traición; aquella amistad fingida, aquel sufrirle comedias y confidencias, aquel malquistarle con el señor Magistral... todo aquello era otra escala y él no la había visto nunca, y ahora no veía otra cosa.»

«¿Y Ana? ¡Ana! Aquella estaba allí, en casa, en el lecho; la tenía en sus manos, podía matarla, debía matarla. Ya que al otro le había perdonado la vida... por horas, nada más que por horas, ¿por qué no empezaba por ella? Sí, sí, ya iba, ya iba; estaba resuelto, era claro, había que matar, ¿quién lo dudaba? pero antes... antes quería meditar, necesitaba calcular... sí, las consecuencias del delito... porque al fin era delito...» «Ellos eran unos infames, habían engañado al esposo, al amigo... pero él iba á ser un asesino, digno de disculpa, todo lo que se quiera, pero asesino.»

Se sentó en un banco de piedra. Pero se levantó en seguida: el frío del asiento le había llegado á los huesos; y sentía una extraña pereza su cuerpo, un egoísmo material que le pareció á don Víctor indigno de él y de las circunstancias. Tenía mucho frío y mucho sueño; sin querer, pensaba en esto con claridad, mientras las ideas que se referían á su desgracia, á su deshonor, á su vergüenza, se mostraban rehacias, huían, se confundían y se negaban á ordenarse en forma de raciocinio.

Entró en el cenador y se sentó en una mecedora. Desde allí se veía el balcón de donde había saltado don Alvaro.

El reloj de la catedral dió las siete.

Aquellas campanadas fijaron en la cabeza aturdida de Quintanar la triste realidad... «Le habían adelan-

tado el reloj. ¿Quién? Petra, sin duda Petra. Había sido una venganza. Oh! una venganza bien cumplida. Ahora le parecía absurdo haber tomado la poca luz del alba por día nublado. Y si Petra no hubiera adelantado el reloj ó si él no le hubiese creído, tal vez ignoraría toda la vida la desgracia horrible... aquella desgracia que había acabado con la felicidad para siempre. La pereza de ser desgraciado, de padecer, unida á la pereza del cuerpo que pedía á gritos colchones y sábanas calientes, entumecían el ánimo de don Víctor que no quería moverse, ni sentir, ni pensar, ni vivir siquiera. La actividad le horrorizaba... ¡oh qué bien si se parase el tiempo! Pero, no, no se paraba; corría, le arrastraba consigo; le gritaba: muévete; haz algo, tu deber; aquí de tus promesas, mata, quema, vocífera, anuncia al mundo tu venganza, despídete de la tranquilidad para siempre, busca energía en el fondo del sueño, de los bostezos arranca los apóstrofes del honor ultrajado, representa tu papel, ahora te toca á ti, ahora no es Perales quien trabaja, eres tú, no es Calderón quien inventa casos de honor, es la vida, es tu pícara suerte, es el mundo miserable que te parecía tan alegre, hecho para divertirse y recitar versos... Anda, anda, corre, sube, mata á la dama, después desafía al galán y mátales también... no hay otro camino. ¡Y á todo esto sin poder menear pié ni mano, muerto de sueño, aborreciendo la vigilia que presentaba tales miserias, tanta desgracia, que iba á durar ya siempre!»

« Pero había llegado la suya. Aquel era su drama de capa y espada. Los había en el mundo también. ¡Pero qué feos eran, qué horrorosos! ¿Cómo podía ser que tanto deleitasen aquellas traiciones, aquellas muertes, aquellos rencores en verso y en el teatro? ¡Qué malo era el hombre! ¿Por qué recrearse en aquellas tristezas cuando eran ajenas, si tanto dolían cuando eran

propias! ¡Y él, el miserable, hombre indigno, cobarde, estaba filosofando y su honor sin vengar todavía... Había que empezar, volaba el tiempo!... ¡Otro tormento! ¡el orden de la función, el orden de la trama! ¿por dónde iba á empezar, qué iba á decir, qué iba á hacer, cómo la mataba á ella, cómo le buscaba á él?»

El reloj de la catedral dió las siete y media.

De un brinco se puso Quintanar en pié.

—¡Media hora! media hora en un minuto; y no he oído el cuarto...

Y Frígilis va á llegar... y yo no he resuelto...

Don Víctor tuvo conciencia clara de que su voluntad estaba inerte, no podía resolver. Se despreció profundamente, pero más profundo que el desprecio fué el consuelo que sintió al comprender que no tenía valor para matar á nadie, así, tan de repente.

—Ó subo y la mato ahora mismo, antes que llegue Tomás, ó ya no la mato hoy...

Volvió á caer sentado en la mecedora, y aliviada su angustia con la laxitud del ánimo, que ya no luchaba con la impotencia de la voluntad, recobró parte de su vigor el sentimiento, y el dolor de la traición le pinchó por la vez primera con fuerza bastante para arrancarle lágrimas.

Lloró como un anciano, y pensó en que ya lo era. Jamás se le había ocurrido tal idea. Su temperamento le engañaba, fingiendo una juventud sin fin; la desgracia al herirle de repente le destenía, como un chubasco, todas las canas del espíritu.

«Ay, sí, era un pobre viejo; un pobre viejo, y le engañaban, se burlaban de él. Llegaba la edad en que iba á necesitar una compañera, como un báculo... y el báculo se le rompía en las manos, la compañera le hacía traición, iba á estar solo... solo; le abandonaban la mujer y el amigo...»

El dolor, la lástima de sí mismo, trajeron á su pen-

samiento ideas más naturales y oportunas que las que despertara, entre fantasmas de fiebre y de insomnio, la indignación contrahecha por las lecturas románticas y combatida por la pereza, el egoísmo y la flaqueza del carácter.

No sentía celos, no sentía en aquel momento la vergüenza de la deshonra, no pensaba ya en el mundo, en el ridículo que sobre él caería; pensaba en la traición, sentía el engaño de aquella Ana á quien había dado su honor, su vida, todo. ¡Ay, ahora veía que su cariño era más hondo de lo que él mismo creyera; quería más ahora que nunca, pero claramente sentía que no era aquel amor de amante, amor de esposo enamorado, sino como de amigo tierno, y de padre... sí, de padre dulce, indulgente y deseoso de cuidados y atenciones.

«¡Matarla!—eso se decía pronto—¡pero matarla!... Bah, bah... los cómicos matan en seguida, los poetas también, porque no matan de veras... pero una persona honrada, un cristiano no mata así, de repente, sin morir se él de dolor, á las personas á quien vive unido con todos los lazos del cariño, de la costumbre... Su Ana era como su hija... Y él sentía su deshonra como la siente un padre; quería castigar, quería vengarse, pero matar era mucho. No, no tendría valor ni hoy ni mañana, ni nunca, ¿para qué engañarse á sí mismo? Mata el que se ciega, el que aborrece, él no estaba ciego, no aborrecía, estaba triste hasta la muerte, ahogándose entre lágrimas heladas; sentía la herida, comprendía todo lo ingrata que era ella, pero no la aborrecía, no quería, no podría matarla. Al otro sí; Alvaro tenía que morir; pero frente á frente, en duelo, no de un tiro, no; con una espada lo mataría, aquello era más noble, más digno de él. Frígilis tenía que encargarse de todo. Pero ¿cuándo? ¿ahora? ¿en cuánto llegase? No... tampoco se atrevía á decirselo así, de repente.

Después de hablar con alma humana de tan vergonzoso descubrimiento, ya no había modo de volverse atrás, esto es, de cambiar de resolución, de aplazar ni modificar la venganza. En cuanto á quien lo supiera había que proceder de prisa, con violencia; lo exigía así el mundo, las ideas del honor; él era al fin un marido burlado... Y á ella habría que llevarla á un convento. Y él, él se volvería á su tierra, si no le mataba Mesía; se escondería en La Almunia de Don Godino.»

Al llegar aquí se acordó el infeliz esposo que Ana, meses antes, le proponía un viaje á la Almunia. «¡Tal vez si él hubiera aceptado, se hubiese evitado aquella desgracia... irreparable. Sí, irreparable, ¿qué duda cabía?»

«¿Y Petra? ¡Maldita sea! Petra... ¡Es ella quien me hace tan desgraciado, quien me arroja en este pozo oscuro de tristeza, de donde ya no saldré aunque mate al mundo entero; aunque haga pedazos á Mesía y entierre viva á la pobre Ana... ¡Ay, Ana también va á ser bien infeliz!»

La catedral dió ocho campanadas. «¡Las ocho! Ahora debía yo despertar... y no sabría nada.»

Este pensamiento le avergonzó. En su cerebro estalló la palabra grosera con que el vulgo mal hablado nombra á los maridos que toleran su deshonra... y la ira volvió á encenderse en su pecho, sopló con fuerza y barrió el dolor tierno... «¡Venganza! ¡venganza!—se dijo—ó soy un miserable, un sér digno de desprecio...»

Sintió pasos sobre la arena, levantó la cabeza y vió á su lado á Frígilis.

—¡Hola! parece que se ha madrugado—dijo Crespo, que gustaba de ser siempre el primero.

—Vamos, vamos—contestó don Víctor, volviendo á levantarse y después de colgar la escopeta del hombro.

La presencia de Frígilis le había asustado; sacó fuer-

zas de flaqueza para tomar un partido de repente. Se resolvió por fin. Resolvió callar, disimular, ir á caza. «Allá en los prados de las marismas, cuando se quedara solo en acecho, en todo aquel día triste que iba á ser tan largo, meditaría... y á la vuelta, á la vuelta acaso tendría ya formado su plan, y consultaría con Tomás y le mandaría á desafiar al otro, si era esto lo que procedía. Por ahora callar, disimular. Aquello no podía echarse á volar así como quiera. El descubrimiento que debía á Petra no era para revelado sin su cuenta y razón. Á Frígilis podía decirsele todo, pero a su tiempo.»

Salieron del parque. El mismo Quintanar cerró la verja con su llave. Crespo iba delante. Miró don Víctor hacia el fondo de la huerta, hacia el caserón que ya le parecía otro... «¿Qué hacía? ¿Era un cobarde aplazando su venganza? No, porque... Ellos no sospechaban nada, no escaparían, no había miedo. Silencio y disimulo, esto hacía falta ahora. Y reflexionar mucho. Cualquiera cosa que hiciera ¡iba á ser tan grave! Le acongojaba la idea de la inmensa responsabilidad de sus próximos actos. El sentir que de su voluntad siempre tornadiza, impresionable y débil iban ahora á depender sucesos tan importantes, la suerte de varias personas, le sumía en una especie de pánico taciturno y desesperado. Veleidades tenía de llamar á Frígilis, decirsele todo, ponerlo en sus manos todo... «Frigilis, aunque era un soñador, llegado el caso tenía mejor sentido que él; sabría ser más práctico.... ¿Qué haría?»

Por lo pronto seguir á Tomás á la estación. Y callar. Para hablar siempre era tiempo.

La mañana seguía cenicienta; nubes y más nubes plumizas salían como de un telar de los picos y mesetas del Corfín, caían sobre la Sierra, se arrastraban por sus cumbres, resbalaban hacia Vetusta y llenaban el espacio de una tristeza gris, muda y sorda.

«No hace frío, observó Frígilis al llegar á la estación. No llevaba más abrigo que su bufanda á cuadros. Pero decía él que su cazadora valía por la piel de un proboscido. No le entraban balas ni catarros.

En cambio Quintanar, ceñido al cuerpo el capotón espeso, tenía que hacer esfuerzos para no dar diente con diente.

—No, no hace mucho frío—dijo, por miedo de delatarse.

«Afortunadamente este es un sonámbulo que no se fija nunca en si los demás tienen cara de risa ó cara de vinagre. Debo de estar pálido, desencajado... pero este egoísta no ve nada de eso.»

Entraron en un coche de tercera. En su mismo banco Frígilis encontró antiguos conocidos. Eran dos ganaderos que volvían de Castilla y después de hacer noche en Vetusta buscaban el amor de su hogar allá en la aldea. Crespo, como si no hubiera en el mundo penas, ni amigos que se ahogaban en ellas, alegre, con aquel insultante regocijo que le inspiraba á él la helada en las mañanas más frías del año, frotaba las manos y hablaba del precio de las reses, y de las ventajas de la parcería, locuaz, como nunca se le veía en Vetusta. Parecía que, según el tren se alejaba de los tejados de un rojo sucio, casi pardo de la ciudad triste, sumida en sueño y en niebla, el alma de Frígilis se ensanchaba, respiraba á su gusto aquel pulmón de hierro.

«No sospechaba aquel ciego, tan inoportunamente alegre y decididor, que su amigo, su mejor amigo, al romper la marcha el tren había tenido tentaciones de arrojar al andén; y después, de tirarse por la ventanilla á la vía, y correr, correr desalado á Vetusta, entrar en el caserón de los Ozores y coser á puñaladas el pecho de una infame...»

Sí, todo esto había querido hacer don Víctor que se

sintió morir de vergüenza y de cólera contra los infames adúlteros y contra sí mismo, en cuanto notó que el tren se movía y le alejaba del lugar del crimen, de su deshonra y de su venganza necesaria...

«¡ Soy un miserable, soy un miserable! » gritaba por dentro Quintanar mientras el tren volaba y Vetusta se quedaba allá lejos; tan lejos, que detrás de las lomas y de los árboles desnudos ya sólo se veía la torre de la catedral, como un gallardete negro destacándose en el fondo blanquecino de Corfin, envuelto por la niebla que el sol tibio iluminaba de soslayo.

« Huyo de mi deshonra, en vez de lavar la afrenta, huyo de ella... esto no tiene nombre ¡oh!... sí lo tiene... Y ¡zás! el nombre que tenía aquello, según Quintanar, estallaba como un cohete de dinamita en el cerebro del pobre viejo.

« ¡ Soy un tal, soy un tal ! » y se lo decía á sí mismo con todas sus letras, y tan alto que le parecía imposible que no le oyeran todos los presentes.

« Pero el tren huía de Vetusta, silbaba, le silbaba á él; y él no tenía el valor de arrojarse á tierra, de volver al pueblo... iba á tardar más de doce horas en ver el caserón, ¡aplazaba su venganza más de doce horas!... »

Pasaron un túnel y no quedó ya nada de Vetusta ni de su paisaje. Era otro panorama; estaban á espaldas de la sierra; montes rojizos, lomas monotonas como oleaje simétrico se extendían cerrando el horizonte á la izquierda de la vía. El cielo estaba oscuro por aquel lado, bajas las nubes, que como grandes sacos de ropa sucia se deshilachaban sobre las colinas de lontananza; á la derecha campos de maíz, ahora vácíos, enseñaban la tierra, negra con la humedad; entre las manchas de las tierras desnudas aparecían el monte bajo, de trecho en trecho, las pomaradas ahora tristes con sus manzanos sin hojas, con sus ramos afilados, que parecían manos y dedos de esqueleto. Por aquel lado el cielo prome-

tía despejarse, la niebla hacía palidecer las nubes altas y delgadas que empezaban à rasgarse. Sobre el horizonte, hacia el mar, se extendía una franja lechosa, uniforme y de un matiz constante. Sobre los castaños que semejabán ruinas y mostraban descubiertos los que eran en verano misterios de su follaje, sobre los bosques de robles y sobre los campos desnudos y las pomaradas tristes pasaban de cuando en cuando en triángulo macedónico bandadas de cuervos, que iban hacia el mar, como náufragos de la niebla, silenciosos à ratos, y à ratos lamentándose con graznar lúgubre que llegaba à la tierra apagado, como una queja subterránea.

Mientras Frigilis hablaba de la conveniencia de abandonar el cultivo del maíz y de cultivar los prados con intensidad, don Víctor, apoyada la cabeza sobre la tabla dura del coche de tercera miraba al cielo pardo y veía desaparecer entre la niebla una falange de cuervos por aquel desierto de aire. Ya parecían polvos de imprenta, después aprensión de la vista, después nada.

«¡Lugarejo, dos minutos!» gritó una voz rápida y ronca.

Don Víctor asomó la cabeza por la ventanilla. La estación, triste cabaña muy pintada de chocolate y muerta de frío, estaba al alcance de su mano ò poco más distante. Sobre la puerta, asomada à una ventana una mujer rubia, como de treinta años, daba de mamar à un niño.

«Es la mujer del jefe. Viven en este desierto. Felices ellos» pensó Quintanar.

Pasó el jefe de la estación que parecía un pordiosero. Era joven; más joven que la mujer de la ventana parecía.

«Se querrán. Ella por lo menos le será fiel.»

Después de esta conjetura don Víctor se dejó caer otra vez en su asiento. Cerró los ojos, tapó el rostro

cuánto pudo con una mano. El tren volvió á moverse. El ruido del hierro y de la madera y la trepidación uniforme eran como canción que atraía el sueño. Quintanar, sin pensar en ello, medía el ritmo de las ruedas pesadas y crugientes con el compás de una marcha que cantaba su tordo, aquel tordo orgullo de la casa... Después midió el paso del tren con los de cierta polka... y después se quedó dormido.

Media hora después llegaban á la estación en que dejaban el tren para tomar á pié la carretera que los conducía á las marismas de Palomares.

Don Víctor despertó asustado, gracias á un golpe que le dió en el hombro Frígilis.

Había soñado mil disparates inconexos; él mismo, vestido de canónigo con traje de coro, casaba en la iglesia parroquial del Vivero á don Alvaro y á la Regenta. Y don Alvaro estaba en traje de clérigo también, pero con bigote y perilla... Después los tres juntos se habían puesto á cantar el *Barbero*, la escena del piano; él, don Víctor, se había adelantado á las baterías para decir con voz cascada:

Quando la mia Rosina...

el público de las butacas había graznado al oírle como un solo espectador... Todas las butacas estaban llenas de cuervos que abrían el pico mucho y retorcían el pesquezo con ondulaciones de culebra... «Una pesadilla» pensó Quintanar, y entre dormido y despierto emprendía la marcha á pié por la carretera de Palomares abajo. Estaban en Roca Tajada; á la derecha, á pico, se elevaba el monte Areo partido por aquel desfiladero; estrecha garganta por donde sólo cabían la angosta carretera y el río Abroño que se cruzaban en mitad de la hoz pasando el camino, perpendicular al río, por un puente de piedra blanca.

Después de almorzar en Roca-Tajada, en la taberna de Matiella, estanquero y albañil, grande amigo de Frígilis, los dos amigos cazadores dejaron el camino real, y por prados fangosos de yerba alta, de un verde oscuro, llegaron otra vez á las orillas del Abroño, allí más ancho, rodeado de juncos y arena, rizado por las ondas verdes que le mandaba el mar ya vecino.

Frígilis y Quintanar pasaron el río en una barca, comenzaron á subir una colina coronada por una aldea de casas blancas separadas por pomaradas y laureles, pinos de copa redonda y ancha y álamos esbeltos. El verde de los pinares y de los laureles y de algunos naranjos de las huertas, sobre el verde más claro de las praderas en declive, limpias y como recortadas con tijeras, alegraba la cumbre resaltando bajo el cielo lechoso y entre las paredes blancas, que se comían toda la luz del día, difusa y como cernida á través de las nubes delgadas. Según subían por la falda de la loma que era como primer escalón para la colina, el terreno se afirmaba, la hierba aclaraba su color y menguaba. Frígilis se detuvo y contempló el monte Areo que tenía en frente, el río ondulante que quedaba debajo y la franja del mar, azulada con pintas blancas, que se veía en un rincón del horizonte, en apariencia más alto que el río, como una pared oscura que subía hacia las nubes.

Quintanar se sentó sobre una peña que dejaba descubierta el prado. De la parte de Areo, cruzando sobre el río á mucha altura, vieron venir un bando de tor-dos de agua. Cuando estuvieron á tiro Frígilis disparó los de su escopeta con tan mala suerte, que no consiguió más que dispersar las apretadas filas.

—Tira tú, bobo!—gritó Crespo furioso.

Quintanar se levantó, apuntó, disparó y cuatro tor-dos de agua cayeron heridos por los perdigones que, según pensó en aquel instante don Víctor, debía tener

en los sesos el amigo traidor, el infame don Alvaro.

«Sí, aquel tiro era el de Alvaro; los tordos, inocentes, caían á pares, y el ladrón de su honra vivía.» Y ¡cosa extraña! cuando allá en el Parque había estado apuntando á la cabeza de Mesía, no recordaba que el cartucho mortífero tenía carga de perdigón; suponíalo lleno de postas ó de balas.

Muy contra su voluntad, á pesar de la desgracia que tenía encima, el cazador sintió el placer de la vanidad satisfecha. «Frígilis había disparado dos tiros y... nada; disparaba él uno solo y... cuatro... Sí, cuatro, allí estaban, sangrando sobre el prado, mezclando las gotas rojas con la escarcha blanca de la yerba.

Media hora después Frígilis tomaba el desquite matando un soberbio pato marino. Quintanar, por gusto, mató un cuervo que no recogió.

Cazaron hasta las doce, hora de comer sus fiambres. Los perros de Frígilis se aburrían. Aquella caza en que ellos representaban un papel secundario, les parecía una vergüenza; bostezaban y obedecían mal á la voz del amo.

Después de comer los fiambres y de beber regulares tragos, don Víctor sintió su pena con intensidad cuatro veces mayor. Todo lo veía claro, toda la trascendencia de su descubrimiento del amanecer se le aparecía como un tratado clásico de historia. Lo que había sucedido, lo que iba á suceder, lo veía como en un panorama. Y sentía comezón de hablar y ansias de llorar. ¿Por qué no abría el pecho al amigo del alma, al verdadero, al único? No se lo abrió. «No era tiempo.»

Para perseguir un bando de peguetas que volaba de prado en prado, siempre alerta, se separaron. Aquellos pajarracos no se comían, pero Frígilis les tenía declarada la guerra porque se burlaban de los cazadores con una especie de ironía, de sarcasmo que parecía racional. Esperaban, *fingian* estar descuidados,

disimulaban su vigilancia, y al ir Frígilis á disparar, escondido tras un seto... volaban los condenados gritando como brujas sorprendidas en aquellarre. Por eso los perseguía tenaz, irritado.

Se separaron. Si las peguetas iban por un lado al escapar del prado que cubrían ciñéndolo de negro, se encontraban con la descarga de Crespo; si tomaban por el otro lado, disparaba don Víctor.

El cual se quedó solo, sobre una loma dominando el valle. El sol no había conseguido disipar la niebla; se le vislumbraba detrás de un toldo blanquecino, como si fuera una luna de teatro hecha con un poco de aceite sobre un papel. Á lo lejos gritaban las agoreras aves de invierno, que después aparecían bajo las nubes, volando fuera de tiro, sin miedo al cazador, pero tristes, cansadas de la vida, suponía Quintanar.

«El campo estaba melancólico. El invierno parecía una desnudez. Y á pesar de todo, ¡qué hermosa era la naturaleza! qué tranquilamente reposaba... Los hombres, los hombres eran los que habían engendrado los odios, las traiciones, los leyes convencionales que atan á la desgracia el corazón!» La filosofía de Frígilis, aquel pensador agrónomo que despreciaba la sociedad con sus *falsos principios*, con sus preocupaciones, exageraciones y violencias, se le presentó á Quintanar, á quien el cuerpo repleto le pedía siesta, como la filosofía verdadera, la sabiduría única, eterna. «Vetusta, que quedaba allá, detrás de montes y montes, ¿qué era comparada con el ancho mundo? Nada; un punto. Y todas las ciudades, y todos los agujeros donde el hombre, esa hormiga, fabricaba su albergue, ¿qué eran comparados con los bosques vírgenes, los desiertos, las cordilleras, los vastos mares?... Nada. Y las leyes de honor, las preocupaciones de la vida social todas, ¿qué eran al lado de las grandes y fijas y naturales leyes á qué obedecían los astros en el cielo, las olas en

el mar, el fuego bajo la tierra, la savia circulando por las plantas?»

Vivos descos sintió Quintanar por un momento de



echar raíces y ramas, y llenarse de musgo como un roble secular de aquellos que veía coronando las cimas del monte Areo. «Vegetar era mucho mejor que vivir.»

Oyó un tiro lejano, después el estrépito de las pe-

guetas que volaban riéndose con estridentes chillidos; las vió pasar sobre su cabeza. No se movió. Que se fueran al diablo. Él estaba pensando en Tomás Kempis. Sí, Kempis, á quien había olvidado, tenía razón; donde quiera estaba la cruz. «Arregla, decía el sabio asceta, arregla y ordena todas las cosas según tu modo de ver y según tu voluntad, y verás que siempre tienes algo que padecer de grado ó por fuerza; siempre hallarás là cruz.»

Y también recordaba lo de: «Algunas veces parecerá que Dios te deja, otras veces serás mortificado por el prójimo; y lo que es más, muchas veces te serás molesto à ti mismo.»

«¡Sí, el prójimo me mortifica, y yo mismo me molesto, me hago daño hasta sangrar el alma... No sé lo qué debo hacer, ni lo que debo pensar siquiera. Anita me engaña, es una infame sí... pero ¿y yo? ¿No la engaño yo á ella? ¿Con qué derecho uní mi frialdad de viejo distraído y frío á los ardores y á los sueños de su juventud romántica y extremosa? ¿Y por qué alegué derechos de mi edad para no servir como soldado del matrimonio y pretendí después batirme como contrabandista del adulterio? ¿Dejará de ser adulterio el del hombre también, digan lo que quieran las leyes?»

Le daba ira encontrarse tan filósofo, pero no podía otra cosa. Comprendía que aquellas meditaciones le alejaban de su venganza, que en el fondo del alma él no quería ya vengarse, quería castigar como un juez recto y salvar su honor, nada más. Y esto mismo le irritaba. Después volvía la lástima tierna de sí mismo, la imagen de la vejez solitaria... y los alcaravanes, allá en el cielo gris, iban cantando sus ayes como quien recita el *Kempis* en una lengua desconocida.

«Sí, la tristeza era universal; todo el mundo era podredumbre; el sér humano lo más podrido de todo.»

Y siempre sacaba en consecuencia que él no sabía

lo que debía hacer, ni siquiera lo que debía pensar, ni aun lo que debía sentir.

«De todas suertes, las comedias de capa y espada mentían como bellacas; el mundo no era lo que ellas decían: al prójimo no se le atraviesa el cuerpo sin darle tiempo más que para recitar una redondilla. Los hombres honrados y cristianos no matan tanto ni tan deprisa.»—

De noche, en el tren, cuando volvían solos á Vetusta en un coche de segunda, por miedo al frío de los de tercera, Frigilis, que miraba el paisaje triste á la luz de la luna, que aquella vez había podido más que el sol y había roto las nubes, Frigilis sintió un suspiro como un barreno detrás de sí, y volvió la cabeza, diciendo:

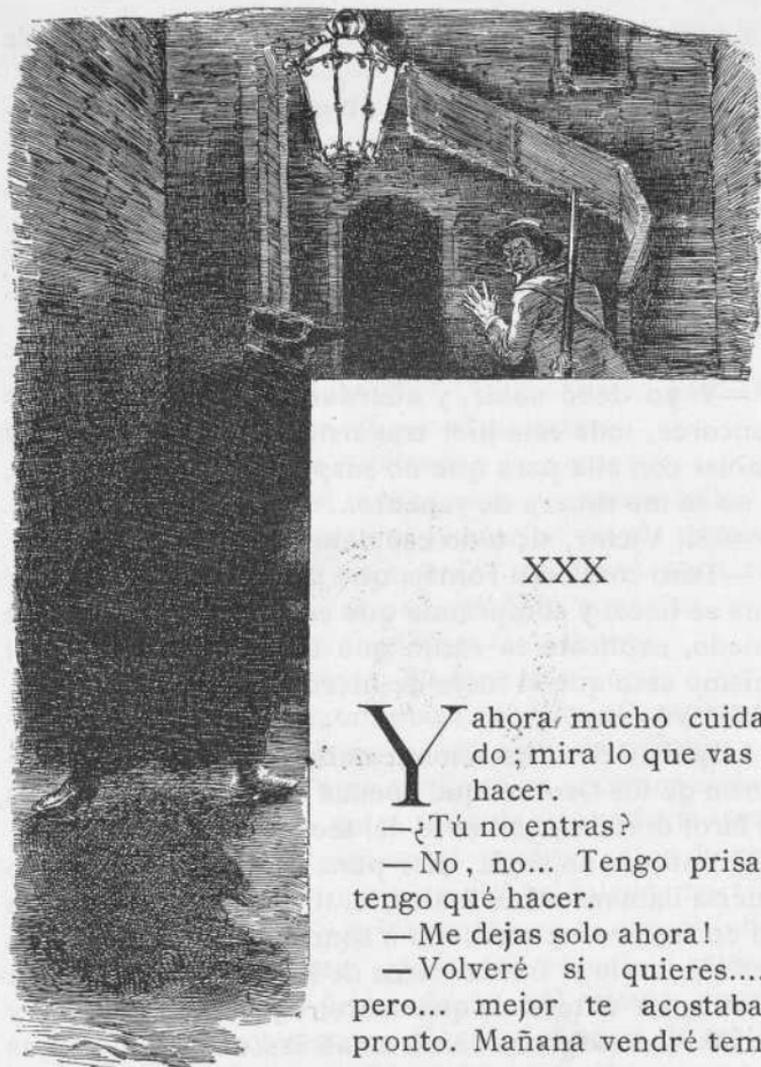
—¿Qué te pasa, hombre? Todo el día te he visto preocupado, tristón... ¿qué pasa?

La lamparilla del techo que alumbraba dos departamentos, apenas rompía las tinieblas de aquel coche que parecía caja de muerto.

Frigilis no podía ver bien el rostro de don Víctor, pero le oyó, de repente, llorar como un chiquillo, y sintió la cabeza fuerte y blanca de Quintanar apoyada en el hombro del amigo. Sí, se apoyaba el pobre viejo con cariño, confianza, y con la fuerza con que se deja caer un muerto. Parecía aquello la abdicación de su pensamiento, de toda iniciativa.

—Tomás, necesito que me aconsejes. Soy muy desgraciado; escucha...





XXX

Y ahora, mucho cuidado; mira lo que vas á hacer.

—¿Tú no entras?

—No, no... Tengo prisa, tengo qué hacer.

—Me dejas solo ahora!

—Volveré si quieres..... pero... mejor te acostabas pronto. Mañana vendré temprano...

—Te advierto que no te he dicho que sí.

—Bueno, bueno... adiós.

—Espera, espera... no me dejes solo... todavía. No te he dicho que sí; tal vez... lo piense más y... me decida por seguir el camino opuesto.

—Pero por de pronto, Víctor, prudencia, disimulo...

Es decir, si no quieres exponerte á una desgracia. Ya lo sabes...

—Sí; sí! Benítez cree que un gran susto, una impresión fuerte...

—Eso; puede matarla.

—¡Está enferma!

—Sí, más de lo que tú crees.

—¡Está enferma! Y un susto, un susto grande... puede matarla.

—Eso, así como suena.

—Y yo debo subir, y guardar para mí todos estos rencores, toda esta hiel tragármela... y disimular, y hablar con ella para que no sospeche y no se asuste... y no se me muera de repente...

—Sí, Víctor, sí; todo eso debes hacer.

—Pero confiesa, Tomás, que todo eso se dice mejor que se hace; y comprende que ese aldabón me inspire miedo, explícate la razón que tengo para tenerle el mismo asco que si fuera de hierro líquido...

Calló á esto Frigilis.—

Llegaban de la estación; estaban en el portal del caerón de los Ozores, que apenas alumbraba á pedazos el farol dorado pendiente del techo.

Quintanar no tenía valor para subir á su casa. No quería llamar. «Iban á abrirle, iba á salir ella, Ana, á su encuentro, se atrevería á sonreír como siempre, tal vez á ponerle la frente cerca de los labios para que la besara... Y él tendría que sonreír, y besar y callar... y acostarse tan sereno como todas las noches... Tomás debía comprender que aquello era demasiado...»

Y además, las revelaciones de Frigilis respecto á la salud de Ana le habían caído al pobre ex-regente como una maza sobre la cabeza. «¡Aquella alegría, aquella exaltación que la habían llevado... al crimen, á la infamia de una traición... eran una enfermedad; Ana podía morir de repente cualquier día; una impresión

extraordinaria lo mismo de dolor que de alegría, mejor si era dolorosa, podía matarla en pocas horas...» Esto había contestado Frígilis á la historia de su amigo. Á Mesía fusilémosle, había dicho, si eso te consuela; pero hay que esperar, hay que evitar el escándalo, y sobre todo hay que evitar el susto, el espanto que sobrecogería á tu mujer si tú entraras en su alcoba como los maridos de teatro... Ana, culpable según las leyes divinas y humanas, no lo era tanto en concepto de Frígilis que mereciera la muerte.

—¿Quién quiere matarla? ¡Yo no quiero eso!—había interrumpido don Victor al oír esto.

Pero Frígilis había replicado:

—Sí quieres tal, si le dices que lo sabes todo. Lo que hay que hacer hay que pensarlo; yo no digo que la perdones, que esa sea la única solución; pero confiesa que el perdonar es una solución también.

—Perdonarla es transigir con la deshonra...

—Eso ya lo veríamos. ¿Tú eres cristiano?

—Sí, de todo corazón, más cada día... Como que ya no veo más refugio para mi alma que la religión...

—Bueno, pues si eres cristiano ya veremos si debes perdonar ó no. Pero no se trata de esto todavía; se trata de no cortar el camino al perdón, antes de ver si conviene, dando á tu mujer esa puñalada mortal al entrar en su cuarto y gritar: «¡Muera la esposa infiel!» para que ella conteste: «¡Jesús mil veces!» y caiga redonda. Yo no sé si diría «Jesús mil veces» pero de que caería estoy seguro. Y ya ves, antes de matarla hay que ver si tenemos derecho para ello.

—No, yo no le tengo; me lo dice la conciencia...

—Y dice perfectamente. Ni yo tengo derecho para aconsejarte nada trágico. Cuando te casé con ella, porque yo te casé, Victor, bien te acordarás, creí hacer la felicidad de ambos...

—Y no parecía que te habías equivocado. La mía la

habías hecho. La de ella... durante más de diez años pareció que también.

—Sí, pareció; pero la procesión andaba por dentro... Diez años fué buena: la vida es corta... No fué tan poco.

—Mira, Frígilis, tu filosofía no es para consolar á un marido en mi situación... Ya sé yo todo lo que tú puedes decirme, y mucho más... Eso no es consolar-me...

—Ni yo creo que tu situación admita consuelos más que el del tiempo y la reflexión lenta y larga... Pero ahora no se trata de ti, se trata de ella. ¿Te empeñas en coser el cuerpo con un florete ó con una espada á Mesía? Sea; pero hay que ver cuándo y cómo. Hay que tener calma. Después de lo que sabes de la enfermedad de Ana, secreto que Benítez me impuso y que rompo por lo apurado del caso, después de saber que puede sucumbir ante una revelación semejante...

—¿Pero no es peor hacer lo que hace, que saber que yo lo sé? ¿Quién te asegura á ti que no me despreciará, que no procurará huír con el otro?

—Victor, no seas majadero! El otro... es un zascandil. No hizo más que esperar que cayera el fruto de maduro... Ella no está enamorada de Mesía... En cuanto vea que es un cobarde y que la abandona antes que pelear por ella... le despreciará, le maldecirá... y en cambio los remordimientos la volverán á ti, á quien siempre quiso.

—¡Que quiso!

—Sí, más que á un padre. ¿Qué mejor prueba quieres que todo lo pasado? ¿Por qué se hizo mística?... Y la pobre... también tuvo que sufrir ataques... creo yo, de otro lado... de... pero en fin, de esto no hablemos. ¿Por qué luchó como luchó sin duda? Porque te quería... porque te quiere... te quiere mucho...

—¡Y me vende!

— Te vende! te vende!... En fin, no hablemos de eso... ya has dicho que no quieres mis filosofías. Ello es, que si armas arriba una escena de honor ultrajado, en seguida hay otra de entierro.

— Hombre, dices las cosas de un modo!...

— La verdad. Un drama completo. Pero en último caso, si tan irritado estás, si tan ciego te ves, si no puedes atender á razones, ni á tu conciencia que bien claro te habla; llama, sube, alborota, quema la casa... Ó no hagas tanto, que bastará con que la espantes con tu noticia para que Ana caiga de espaldas y le estalle dentro una de esas cosas en que tú no crees, pero que son para la vida como los alambres para el telégrafo. Si estás furioso, si no puedes contenerte, también tú tendrás disculpa hagas lo que hagas. (Pausa.) Pero si no, Quintanar, no tienes perdón de Dios.

Esto último lo dijo Crespo con voz solemne, grave, vibrante que hizo á su amigo estremecerse.

Después de este diálogo, parte del cual mantuvieron por el camino de la estación á casa, y parte dentro del portal, fué cuando Quintanar se acercó á la puerta para coger el aldabón, y cuando Frígilis exclamó:

—Y ahora mucho cuidado; mira lo que vas á hacer.—

Frígilis tenía prisa, quería dejar á don Víctor cuanto antes para correr en busca de don Alvaro y advertirle de que Quintanar sabía su traición, para que se abstuviera de asaltar el Parque aquella noche y acudir á la cita, si la tenía como era de suponer. Pensaba Crespo que á Víctor no se le había ocurrido, como no se le ocurrieron otras tantas cosas, que aquella noche se repetiría la escena de la anterior, que debía de ser ya antigua costumbre; podía don Alvaro, que no había visto á su víctima cuando le acechaba en el Parque, volver á las andadas, sorprenderle Quintanar, y entonces era imposible evitar una tragedia. Además, Frígilis

tenía la convicción de que don Alvaro escaparía de Vetusta en cuanto él le dijera que Quintanar iba á desafiarse. No le faltaban motivos para creer muy cobarde al don Juan Tenorio.

«¡Pero aquel Víctor no le dejaba marchar!»

Por fin, después de prometer de nuevo disimular, ocultar su dolor, su ira, lo que fuera, pero sólo por aquella noche, llamó el digno regente jubilado con el mismo aldabonazo enérgico y conciso con que hacía retumbar el patio, cuando la casa era honrada y el jefe de familia respetado y tal vez querido.

—¡Adiós, adiós, hasta mañana temprano!— dijo Frígilis librándose de la mano trémula que le sujetaba un brazo.

—«Egoísta, pensó don Víctor al quedarse sólo;—es la única persona que me quiere en el mundo... y es egoísta!»

Se abrió la puerta. Vaciló un momento... Se le figuró que del patio salía una corriente de aire helado...

Entró, y al volverse hacia el portal, para cerrar la puerta que dejaba atrás, vió que entraba en su casa un fantasma negro, largo; que paso á paso, por el portal adelante, se acercaba á él y que se le quitaba el sombrero que era de teja.

—¡Mi señor don Víctor!—dijo una voz melosa y temblona.

—¡Cómo! ¿Vd.?... ¡es Vd... señor Magistrall!... Un temblor frío, como precursor de un síncope, le corrió por el cuerpo al ex-regente, mientras añadía, procurando una voz serena:

—¿Á qué debo... á estas horas... la honra...? ¿qué pasa?... ¿Alguna desgracia?...

—«Pero este hombre ¿no sabe nada?» se preguntó De Pás, que parecía un desenterrado.

Miró á don Víctor á la luz del farol de la escalera y le vió desencajado el rostro; y don Víctor á él le vió

tan pálido y con ojos tales que le tuvo un miedo vago, supersticioso, el miedo del mal incierto. Hasta llegar allí, el Magistral no había hablado, no había hecho más que estrechar la mano de don Víctor é invitarle con un ademán gracioso y enérgico al par, á subir aquella escalera.

—Pero ¿qué pasa?—repitió don Víctor en voz baja en el primer descanso.

—¿Viene Vd. de caza?—contestó el otro con voz débil.

—Sí, señor, con Crespo; ¿pero qué sucede? Hace tanto tiempo... y á estas horas...

—Al despacho, al despacho... No hay que alarmarse... al despacho...

Anselmo alumbraba por los pasillos del caserón á su amo á quien seguía el Magistral.

—«No pregunta por Ana»—pensó De Pas.

—La señora no ha oído llamar, está en su tocador... ¿quiere el señor que la avise?—preguntó Anselmo.

—¿Eh? no, no, deja... digo... si el señor Magistral quiere hablarme á solas...—y se volvió el amo de la casa al decir esto.

—Bien, sí; al despacho... entremos en su despacho...

Entraron. El temblor de Quintanar era ya visible. «¿Qué iba á decirle aquel hombre? ¿Á qué venía?...»

Anselmo encendió dos luces de esperma y salió.

—Oye, si la señora pregunta por mí, que allá voy... que estoy ocupado... que me espere en su cuarto... ¿No es eso? ¿No quiere Vd... que estemos solos?

El Magistral aprobó con la cabeza, mientras clavaba los ojos en la puerta por donde salía Anselmo.

«Ya estaba allí, ya había que hablar... ¿qué iba á decir? Terrible trance; tenía que decir algo y ni una idea remota le acudía para darle luz; no sabía absolutamente nada de lo que podía convenirle decir. ¿Cómo

hablar sin preguntar antes? ¿Qué sabía don Víctor? esta era la cuestión... según lo que supiera, así él debía hablar... pero no, no era esto... había que comenzar por explicarse. Buen apuro.» Estaba el Magistral como si don Víctor le hubiera sorprendido allí, en su despacho, robándole los candeleros de plata en que ardían las velas.

Quintanar daba diente con diente y preguntaba con los ojos muy abiertos y pasmados...

—«¿ Vd. dirá? » decían aquellas pupilas brillantes y en aquel momento sin más expresión que un tono interrogante.

«Había que hablar.»

—¿ Tendría Vd... por ahí... un poquito de agua?... —dijo don Fermín, que se ahogaba, y que no podía separar la lengua del cielo de la boca.

Don Víctor buscó agua y la encontró en un vaso, sobre la mesilla de noche. El agua estaba llena de polvo, sabía mal. Don Fermín no hubiera extrañado que supiera á vinagre. Estaba en el Calvario. Había entrado en aquella casa porque no había podido menos: sabía que necesitaba estar allí, hacer algo, ver, procurar su venganza, pero ignoraba cómo. «Estaba, cerca de las diez de la noche, en el despacho del marido de la mujer que le engañaba á él, á De Pas, y al marido; ¿ qué hacía allí? ¿ qué iba á decir? Por la memoria excitada del Magistral pasaron todas las estaciones de aquel día de Pasión. Mientras bebía el vaso de agua, y se limpiaba los labios pálidos y estrechos, sentía pasar las emociones de aquel día por su cerebro, como un amargor de purga. Por la mañana había despertado con fiebre, había llamado á su madre asustado y como no podía explicarle la causa de su mal había preferido fingirse sano, y levantarse y salir. Las calles, las gentes brillaban á sus ojos como un resplandor amarillento de cirios lejanos; los pasos y las voces so-

naban apagados, los cuerpos sólidos parecían todos huecos; todo parecía tener la fragilidad del sueño. Antojábasele una crueldad de fiera, un egoísmo de piedra, la indiferencia universal; ¿por qué hablaban todos los vetustenses de mil y mil asuntos que á él no le importaban, y por qué nadie adivinaba su dolor, ni le compadecía, ni le ayudaba á maldecir á los traidores y á castigarlos? Había salido de las calles y había paseado en el paseo de Verano, ahora triste con su arena húmeda bordada por las huellas del agua corriente, con sus árboles desnudos y helados. Había paseado pisando con ira, con pasos largos, como si quisiera rasgar la sotana con las rodillas; aquella sotana que se le enredaba entre las piernas, que era un sarcasmo de la suerte, un trapo de carnaval colgado al cuello.

«Él, él era el marido, pensaba, y no aquel idiota, que aún no había matado á nadie (y ya era mediodía) y que debía de saberlo todo desde las siete. Las leyes del mundo ¡qué farsa! Don Víctor tenía el derecho de vengarse y no tenía el deseo; él tenía el deseo, la necesidad de matar y comer lo muerto, y no tenía el derecho... Era un clérigo, un canónigo, un prebendado. Otras tantas carcajadas de la suerte que se le reía desde todas partes.» En aquellos momentos don Fermín tenía en la cabeza toda una mitología de divinidades burlonas que se conjuraban contra aquel miserable Magistral de Vetusta.

La sotana, azotada por las piernas vigorosas, decía: *ras, ras, ras*; como una cadena estridente que no ha de romperse.

Sin saber cómo, De Pas había pasado delante de la fonda de Mesía. «Sabía él que don Alvaro estaba en casa, en la cama. Si, como temía, don Víctor no le había cerrado la salida del parque de los Ozores, si nada había ocurrido, en el lecho estaba don Alvaro tranquilo, descansando del placer. Podía subir, entrar en

su cuarto, y ahogarlo allí... en la cama, entre las almohadas... Y era lo que debía hacer; si no lo hacía era un cobarde; temía á su madre, al mundo, á la justicia... Temía el escándalo, la novedad de ser un criminal descubierto; le sujetaba la inercia de la vida ordinaria, sin grandes aventuras... era un cobarde: un hombre de corazón subía, mataba. Y si el mundo, si los necios vetustenses, y su madre y el obispo y el papa, preguntaban ¿ por qué ? él respondía á gritos, desde el púlpito si hacía falta: Idiotas ¿ qué, por qué mato? Porque me han robado á mi mujer, porque me ha engañado mi mujer, porque yo había respetado el cuerpo de esa infame para conservar su alma, y ella, prostituta como todas las mujeres, me roba el alma porque no le he tomado también el cuerpo... Los mato á los dos porque olvidé lo que oí al médico de ella, olvidé que *ubi irritatio ibi fluxus*, olvidé ser con ella tan grosero como con otras, olvidé que su carne divina era carne humana; tuve miedo á su pudor y su pudor me la pega; la creí cuerpo santo y la podredumbre de su cuerpo me está envenenando el alma... Mato porque me engañó; porque sus ojos se clavaban en los míos y me llamaban hermano mayor del alma al compás de sus labios que también lo decían sonriendo; mato porque debo, mato porque puedo, porque soy fuerte, porque soy hombre... porque soy fiera...»

Pero no mató. Se acercó á la portería y preguntó... por el señor obispo de Nauplia, que estaba de paso en Vetusta.

—Ha salido—le dijeron.

Y don Fermín, sin ver lo que hacía, dobló una tarjeta y la dejó al portero.

Y volvió á su casa.

Se encerró en el despacho. Dijo que no estaba para nadie y se paseó por la estrecha habitación como por una jaula.

Se sentó, escribió dos pliegos. Era una carta á la Regenta. Leyó lo escrito y lo rasgó todo en cien pedazos. Volvió á pasear y volvió á escribir, y á rasgar y á cada momento clavaba las uñas en la cabeza.

En aquellas cartas que rasgaba, lloraba, gemía, imprecaba, deprecaba, rugía, arrullaba; unas veces parecían aquellos regueros tortuosos y estrechos de tinta fina, la cloaca de las inmundicias que tenía el Magistral en el alma: la soberbia, la ira, la lascivia engañada y sofocada y provocada, salían á borbotones, como podredumbre líquida y espesa. La pasión hablaba entonces con el murmullo ronco y gutural de la basura corriente y encauzada. Otras veces se quejaba el idealismo fantástico del clérigo como una tórtola; recordaba sin rencor, como en una elegía, los días de la amistad suave, tierna, íntima; de las sonrisas que prometían eterna fidelidad de los espíritus; de las citas para el cielo, de las promesas fervientes, de las dulces confianzas; recordaba aquellas mañanas de un verano, entre flores y rocío, místicas esperanzas y sabrosa plática, felicidad presente comparable á la futura. Pero entre los quejidos de tórtola el viento volvía á bramar sacudiendo la enramada, volvía á rugir el huracán, estallaba el trueno y un sarcasmo cruel y grosero rasgaba el papel como el cielo negro un rayo. «¡ Y por quién dejaba Ana la salvación del alma, la compañía de los santos y la amistad de un corazón fiel y confiado...! ; por un don Juan de similor, por un elegantón de aldea, por un parisién de temporada, por un busto hermoso, por un Narciso estúpido, por un egoísta de yeso, por un alma que ni en el infierno la querrían de puro insustancial, sosa y hueca!...» «Pero ya comprendía él la causa de aquel amor; era la impura lascivia, se había enamorado de la carne fofa, y de menos todavía, de la ropa del sastre, de los primores de la planchadora, de la habilidad del zapatero, de

la estampa del caballo, de las necesidades de la fama, de los escándalos del libertino, del capricho, de la ociosidad, del polvo, del aire... Hipócrita... hipócrita... lasciva, condenada sin remedio, por vil, por indigna, por embustera, por falsa, por...» y al llegar aquí era cuando furioso contra sí mismo, rasgaba aquellos papeles el Magistral, airado porque no sabía escribir de modo que insultara, que matara, que despedazara, sin insultar, sin matar, sin despedazar con las palabras. «Aquello no podía mandarse bajo un sobre á una mujer, por más que la mujer lo mereciera todo. No, era más noble sacar de una vaina un puñal y herir, que herir con aquellas letras de veneno escondidas bajo un sobre perfumado.»

Pero escribía otra vez, procuraba reportarse, y al cabo la indignación, la franqueza necesaria á su pasión estallaban por otro lado; y entonces era él mismo quien aparecía hipócrita, lascivo, engañando al mundo entero. «Sí, sí, decía, yo me lo negaba á mí mismo, pero te quería para mí; quería, allá en el fondo de mis entrañas, sin saberlo, como respiro sin pensar en ello, quería poseerte, llegar á enseñarte que el amor, nuestro amor, debía ser lo primero; que lo demás era mentira, cosa de niños, conversación inútil; que era lo único real, lo único serio el quererme, sobre todo yo á ti, y huir si hacía falta; y arrojar yo la máscara, y la ropa negra, y ser quien soy, lejos de aquí donde no lo puedo ser: sí, Anita, sí, yo era un hombre ¿no lo sabías? ¿por eso me engañaste? Pues mira, á tu amante puedo deshacerle de un golpe; me tiene miedo, sábelo, hasta cuando le miro; si me viera en des-poblado, solos frente á frente, escaparía de mí... Yo soy tu esposo; me lo has prometido de cien maneras; tu don Víctor no es nadie; mírale como no se queja: yo soy tu dueño, tú me lo juraste á tu modo; mandaba en tu alma que es lo principal; toda eres mía, sobre

todo porque te quiero como tu miserable vetustense y el aragonés no te pueden querer; ¿qué saben ellos, Anita, de estas cosas que sabemos tú y yo...? Sí, tú las sabías también... y las olvidaste... por un cacho de carne fofa, relamida por todas las mujeres malas del pueblo... Besas la carne de la orgía, los labios que pasaron por todas las pústulas del adulterio, por todas las heridas del estupro, por...»

Y don Fermín rasgó también esta carta, y en mil pedazos más que todas las otras. No acertaba á arrojar en el cesto los pedacitos blancos y negros, y el piso parecía nevado; y sobre aquellas ruinas de su indignación artística se paseaba furioso, deseando algo más succulento para la ira y la venganza que la tinta y el papel mudo y frío.

Salió otra vez de casa; paseó por los soportales que había en la Plaza Nueva, enfrente de la casa de los Ozores.

«¿Qué habría pasado? ¿Habría descubierto algo don Víctor? No; si hubiera habido algo, ya se sabría. Don Víctor habría disparado su escopeta sobre don Alvaro, ó se estaría concertando un desafío y ya se sabría; no se sabía nada, nada; luego nada había sucedido.»

Dos, tres veces, ya al oscurecer, entró el Magistral en el zaguán oscuro del caserón de la Rinconada. Quería saber algo, espiar los ruidos... pero á llamar no se atrevía... «¿Á qué iba él allí? ¿Quién le llamaba á él en aquella casa donde en otro tiempo tanto valía su consejo, tanto se le respetaba y hasta quería? Nadie le llamaba. No debía entrar.» No entró. «Además, iba pensando mientras se alejaba, si yo me veo frente á ella, ¿qué sé yo lo que haré? Si ese marido indigno, de sangre de horchata, la perdona, yo... yo no la perdono y si la tuviera entre mis manos, al alcance de ellas siquiera... Sabe Dios lo que haría. No, no debo entrar en esa casa; me perdería, los perdería á todos.»

Y volvió á la suya.

Doña Paula entró en el despacho. Hablaron de los negocios del comercio, de los asuntos de Palacio, de muchas cosas más; pero nada se dijo de lo que preocupaba al hijo y á la madre.

—«No se podía hablar de aquello» pensaba él.

—«No se podía hablar de aquello, ni á solas» pensaba ella.

La madre lo sabía todo. Había comprado el secreto á Petra.

Además, ya ella, por su servicio de policía secreta, y por lo que observaba directamente, había llegado á comprender que su hijo había perdido su poder sobre la Regenta. Si antes la maldecía porque la creía querida de su Fermo, ahora la aborrecía porque el desprecio, la burla, el engaño, la herían á ella también. ¡Despreciar á su hijo, abandonarle por un barbilindo mustio como don Alvaro! El orgullo de la madre daba brincos de cólera dentro de doña Paula. «Su hijo era lo mejor del mundo. Era pecado enamorarse de él, porque era clérigo; pero mayor pecado era engañarle, clavarle aquellas espinas en el alma... ¡Y pensar que no había modo de vengarse! No, no lo había.» Y lo que más temía doña Paula era que el Magistral no pudiera sufrir sus celos, su ira, y cometiese algún delito escandaloso.

La desesperaba la imposibilidad de consolarle, de aconsejarle.

Á doña Paula se le ocurría un medio de castigar á los infames, sobre todo al barbilindo agostado; este medio era divulgar el crimen, propalar el ominoso adulterio, y excitar al don Quijote de don Víctor para que saliera lanza en ristre á matar á don Alvaro.

«Y nada de esto se le podía decir á Fermo.»

Doña Paula entraba, salía, hablaba de todo, observaba todos los gestos de su hijo, aquella palidez, aque-

lla voz ronca, aquel temblor de manos, aquel ir y venir por el despacho.

«¡Qué no hubiera dado ella por insinuarle el modo de vengarse! Sí, bien merecía aquel hijo de las entrañas que se le arrancasen aquellas espinas del alma. ¡Había sido tan buen hijo! ¡Había sido tan hábil para conservar y engrandecer el prestigio que le disputaban!» Desde que doña Paula vió que «no estallaba un escándalo», que don Fermín mostraba discreción y cautela incomparables en sus extrañas relaciones con la Regenta, se lo perdonó todo y dejó de molestarle con sus amonestaciones. Y después del triunfo de su hijo sobre la impiedad representada en don Pompeyo Guimarán, después de aquella conversión gloriosa, su madre le admiraba con nuevo fervor y procuraba ayudarle en la satisfacción de sus deseos íntimos, guardando siempre los miramientos que exigía lo que ella reputaba decencia.

No, no se podía hablar de aquello que tanto importaba á los dos; y al fin doña Paula dejó solo á don Fermín; subió á su cuarto, y desde allí, en vela, se propuso espiar los pasos de su hijo, que continuaba moviéndose abajo: le oía ella vagamente.

Sí, don Fermín, que cerró la puerta del despacho con llave en cuanto se quedó solo, se movía mucho: tenía fiebre. Se le ocurrían proyectos disparatados, crímenes de tragedia, pero los desechaba en seguida. «Estaba atado por todas partes.» Cualquier atrocidad de las que se le ocurrían, que podía ser sublime en otro, en él se le antojaba, ante todo, grotesca, ridícula.

Pero aquella sotana le quemaba el cuerpo. La idea de maníaco de que estaba vestido de máscara llegó á ser una obsesión intolerable. Sin saber lo que hacía, y sin poder contenerse, corrió á un armario, sacó de él su traje de cazador, que solía usar algunos años allá en Matalerejo, para perseguir alimañas por los veri-

cuetos; y se transformó el clérigo en dos minutos en un montañés esbelto, fornido, que lucía apuesto talle con aquella ropa parda ceñida al cuerpo fuerte y de elegancia natural y varonil, lleno de juventud todavía. Se miró al espejo. «Aquello ya era un hombre.» La Regenta nunca le había visto así.

«En el armario había un cuchillo de montaña.»

Lo buscó, lo encontró y lo colgó del cinto de cuero negro. La hoja relucía, el filo señalado por rayos luminosos, parecía tener una expresión de armonía con la pasión del clérigo. El Magistral le encontraba *una música* al filo insinuante.

«Podía salir de casa, ya era de noche, noche cerrada, ya habría poca gente por las calles, nadie le reconocería con aquel traje de cazador montañés; podía ir á esperar á don Alvaro á la calleja de Traslacerca, á la esquina por donde decía Petra que le había visto trepar una noche. Don Alvaro, si don Víctor no había descubierto nada ó si no sabía que don Víctor le había descubierto, volvería otra vez, como todas las noches acaso... y él, don Fermín, podía esperarle al pié de la tapia, en la calleja, en la oscuridad... y allí, cuerpo á cuerpo, obligándole á luchar, vencerle, derribarle, matarle... ¡Para eso serviría aquel cuchillo!»

Doña Paula se movió arriba. Crugieron las tablas del techo.

Como si las ideas de la madre se hubiesen filtrado por la madera y caído en el cerebro del hijo, don Fermín pensó de repente :

«Pero, no, todos estos son disparates; yo no puedo asesinar con un puñal á ese infame... No tengo el valor de ese género. Estas son necedades de novela. ¿Para qué pensar en lo que no he de hacer nunca? No hay más remedio que utilizar el valor y las ideas románticas y caballerescas de don Víctor; guardaré el cuchillo; mi espada tiene que ser la lengua...»

Y don Fermín se despojò del chaquetón pardo, dejó el sombrero de anchas alas, descinó el cinto negro, guardó todas estas prendas, más el cuchillo, en el armario y se vistió la sotana y el manteo, como una armadura. «Sí, aquella era su loriga, aquellos sus arreos.»

«Ahora mismo; voy á verle ahora mismo. Si el muy idiota fué á cazar á Palomares, á estas horas debe de estar de vuelta ó llegando; es la hora del tren. Voy á su casa...»

Y salió.

«Si mi madre me sale al paso le diré que me espera un enfermo, que quiere confesar conmigo sin falta...»

En efecto, al sentir á su hijo en el pasillo bajó doña Paula corriendo.

—¿Á dónde vas?

Él dijo su mentira.

Y ella fingió creerla y le dejó marchar, porque adivinó en el rostro, en la voz, en todo, que su hijo no iba ciego, no iba á dar escándalo.

«Acaso se le había ocurrido lo mismo que á ella.»

Y don Fermín de Pas llegó al caserón de los Ozores, vió á don Tomás Crespo desaparecer por la plaza, entró en el portal y se decidió á saludar á don Víctor, que abría la puerta, y subió con él; y estaba dispuesto á hablarle, á preguntarle, á aconsejarle... á insinuarle la venganza necesaria... y no sabía cómo empezar.—

Cuando acabó de beber el vaso de agua que sabía á polvo, el Magistral aún no sabía lo que iba á decir.

Pero los ojos de Quintanar seguían preguntando pasmados, y don Fermín habló...

—Amigo mío, lucho entre el deseo de satisfacer la impaciencia de Vd. y el temor de no acertar con la embocadura del asunto que es espinoso, y por desgracia, por mucho que se suavice la expresión, de poco agradable acceso...

—Al grano, señor Magistral.

—La hora de mi visita, el hacer yo pocas á esta casa hace algún tiempo; todo esto contribuirá...

—Sí, señor, contribuye;... pero adelante. ¿Qué pasa, don Fermín? ¡Por los clavos de Cristo!

—De Cristo tengo yo que hablarle á Vd. también, y de sus clavos, y de sus espinas y de la cruz...

—Por compasión...

—Don Víctor, yo necesito antes de hablar que usted me declare el estado de su ánimo...

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Está Vd. pálido, visiblemente preocupado, bajo el peso de un gran disgusto, sin duda; lo he notado al entrar, á la luz del farol de la escalera...

—Y Vd. también... está...

La voz de Quintanar temblaba.

—Pues eso quiero saber; si Vd. conoce la causa de mi visita, en parte á lo menos, podré ahorrarme el disgusto de abordar los preliminares enojosísimos de una cuestión...

—Pero, ¿de qué se trata? ¡por las once mil!...

—Señor Quintanar, Vd. es buen cristiano, yo sacerdote; si Vd. tiene algo que... decir... algún consejo que buscar... Yo también vengo á hablarle á Vd. de lo que sé como sacerdote, pero la conciencia de quien me lo comunicó exige precisamente que yo dé este paso...

Don Víctor se puso en pié de un salto.

En aquel momento estaba muy satisfecho de sí mismo el Magistral, porque acababa de ver claro. Ya sabía qué camino era el suyo.

—¿Una persona... que le manda á Vd. venir á estas horas á mi casa?...

—Don Víctor, confíeseme Vd. si Vd. sabe algo de un asunto que le interesa muchísimo, y si el saberlo es la causa de esa alteración de su semblante... Necesito empezar por aquí.

—Sí, señor; hoy sé algo que no sabía ayer... que me importa muchísimo ¡ya lo creo! más que la vida... Pero, si Vd. no habla más claro, yo no sé si debo... si puedo...

—Ahora, sí; ahora ya puedo hablar más claro.

—Una persona... decía Vd....

—Una persona que ha protegido un... crimen que perjudica á Vd.... ha acudido arrepentida al tribunal de la penitencia á confesar su complicidad bochornosa... y á decirme que la conciencia la había acusado, y que por medida perentoria de reparación... había puesto en poder de Vd. el descubrimiento de esa... infamia... Pero temiendo nuevas desgracias, por su manera torpe de proceder... se apresuraba á declararme lo que había, para ver si podían evitarse más crímenes... que al cabo, crimen sería una violencia... una venganza sangrienta...

Don Fermin se interrumpió para callar, respetando así el dolor de don Víctor, que se había dejado caer sobre un sofá, y apretaba la cabeza entre las manos.

—¿Petra... ha sido Petra?—dijo don Víctor preguntando con el tono especial del que ya sabe lo mismo que pregunta.

—La infeliz no comprendió al principio que su conducta podía causar nuevos estragos. Y á eso vengo yo, don Víctor, á impedirlos si es tiempo... En nombre del Crucificado, don Víctor, ¿qué ha sucedido aquí?

—Nada, ¡pero aún estamos á tiempo!—contestó el marido burlado, puesto en pié, con los puños apretados, avergonzado, como si se viera en camisa en medio de la plaza; furioso ante la idea de que no había habido allí *nada*, ningún crimen cuyo autor debía ser él, según exigían las leyes del honor... y del teatro.—Nada, nada... pero habrá, habrá sangre... ¿Y usted lo sabe? ¿Esa mujer ha divulgado mi deshonra?... Eso ha sido también una venganza, no es arrepen-

miento; es venganza... pero esto importa poco. ¡Lo que importa es que el mundo sabe!... ¡Desgraciado Quintanar! ¡Miserio de mí!...

Y volvió á caer sobre el sofá el pobre viejo, que volvía á sentir el mismo sueño soporífero que le había encogido el ánimo por la mañana.

«El mundo sabe»—había dicho don Víctor—y estas palabras sugirieron á don Fermín otra mentira provechosa.

Pero antes dijo:

—Don Víctor, no extraño que en su dolor Vd. no tenga tiempo ni fuerza para reflexionar... pero yo no he dicho que el mundo supiera... yo no soy el mundo; soy un confesor.

—¿Pero cree Vd. que Petra no habrá dicho?...

—Petra no; pero... por desgracia...

—Además, lo que importa aquí es mi honra, no que el mundo sepa ó ignore... De todas maneras, pronto sabrá de mi venganza y se podrá enterar de todo.

Y se puso á dar vueltas por el despacho.

De Pas se levantó también.

—Por desgracia—continuó—la maledicencia se ha apoderado hace tiempo de ciertos rumores, de algo aparente...

Don Víctor rugió al gritar:

—¡Dios mío! ¿qué es esto? ¿esto más? ¿El mundo dice?... ¿Vetusta entera habla?...

Y se clavaba las uñas en la cabeza, mesándose las canas.

Don Fermín, mientras el otro se entregaba á los arranques mímicos de su dolor, de su vergüenza, habló largo y tendido del asunto. «Sí, por desgracia, hacía meses ya, desde el verano, desde antes acaso, se murmuraba de la confianza y de la frecuencia con que don Alvaro entraba en el palacio de los Ozores. Esto era lo peor, después de la desgracia en sí misma. Era

lo peor porque el Magistral, que conocía las exaltadas ideas de don Víctor respecto al honor, temía que obedeciendo á impulsos disculpables, pero no justos, y sordo á la voz de la religión, se arrojase á tomar venganza terrible, sobre todo de don Alvaro, cuyo crimen no podía ser más repugnante y digno de castigo. Pero, amigo, aunque él, el Magistral, como hombre y hombre de experiencia, se explicaba la vehemente cólera que debía de dominar á don Víctor, y comprendía, y disculpaba hasta cierto punto, sus deseos de pronta y terrible venganza; si tal hacía como hombre, en cuanto sacerdote de una religión de paz y de perdón, tenía que aconsejar y procurar, en cuanto pudiese, la suavidad, los procedimientos que la moral recomienda para tales casos.» Don Víctor, con el rostro entre las manos hacía signos de protesta, negaba como si quisiese arrancarse la cabeza del tronco.

«Pero qué le diría, ó le podría decir Quintanar al Magistral, que él no comprendiera... Sí, sí, mirando las cosas como las mira el mundo, aquello pedía sangre, es más, no ya sólo por satisfacer el deseo de vengarse, hasta para poder vivir entre las gentes con lo que llama el mundo decoro, era necesario, según las leyes sociales, según lo que las costumbres y las ideas corrientes exigían, que don Víctor buscase á Mesía, le desafiase, le matase si posible le era, ó si le cogía infraganti en el delito, ó cerca de él, que le sacrificase sin miramientos, con justicia pronta. Así lo habían hecho varones esclarecidos que eran asombro del mundo y se veían cantados y alabados en poemas y tragedias. Todo esto lo sabía el Magistral perfectamente.» Y en efecto, con tal calor y elocuencia exponía «las razones que, desde el punto de vista mundano, aconsejaban el derramamiento de sangre» que después, cuando recordaba que tenía que defender el partido contrario, el de caridad, perdón y amor al prójimo,

olvido de los agravios y conformidad con la cruz; cansado ya por los esfuerzos anteriores era otro el Magistral, se volvía premioso, decía con frialdad vulgaridades de sermón de aldea. Su propósito no lo penetraba don Víctor, pero sentía los efectos de la perfidia del canónigo. «Sí,» pensaba el ex-regente, mientras el Magistral volvía á enumerar los sacrificios de amor propio, pundonor y otras muchas cosas que exigía la religión á un buen cristiano á quien su mujer engañaba: «sí, he estado ciego, me he portado indignamente, he debido matar á Mesía de una perdigonada, sobre la tapia, ó sino correr en seguida á su casa y obligarle á batirse á muerte acto continuo; el mundo lo sabe todo, Vetusta entera me tiene por... un... por un...» y saltaba don Víctor cerca del techo al oírse á sí mismo en el cerebro la vergonzosa palabra.

Y entonces las frases frías, desmadejadas, con que el Magistral recomendaba el perdón, el olvido, le sonaban á hueco, á retórica vana: «Aquel santo varón no sabía lo que era un ultraje de aquella especie, ni lo que exigía la sociedad.»

Para que el clérigo le dejase en paz y no le cansase más con sus sermones sosos y desprovistos de vida, de unción, don Víctor fingió ceder; y dijo que no haría ningún disparate, que meditaría, que procuraría armonizar las exigencias de su honor y aquello que la religión le pedía...

Entonces se alarmó don Fermín; creyó que había perdido terreno, y volvió á la carga. Con vivos colores pintó el desprecio que el mundo arroja sobre el marido que perdona y que la malicia cree que consiente...

Don Víctor, oyendo al Magistral, se figuraba el hombre más despreciable del mundo si no hacía una que fuese sonada... «Oh, sí, cuanto antes... en cuanto fuera de día daría sus pasos, mandaría dos padrinos á don Alvaro; había que matarle.»

Don Fermín volvió á tranquilizarse, viendo la exaltación de la ira pintada en el magistrado. «Sí, había hombre; la máquina estaba dispuesta; el cañón con que él, don Fermín, iba á disparar su odio de muerte, ya estaba cargado hasta la boca.»

Don Víctor no hablaba. Gruñía arrimado á la pared, en un rincón...

«Ya no había qué hacer allí.» El Magistral se despidió. Pero al salir, al llegar á la puerta, se volvió de repente y con ademán solemne, como sacerdote de ópera, exclamó:

—Exijo á Vd., como padre espiritual que he sido y creo que soy todavía, de Vd., le exijo en nombre de Dios... que... si esta... noche... sorprendiera Vd.... algún nuevo... atentado:... si ese infame, que ignora que Vd. lo sabe todo, volviera esta noche... Yo sé que es mucho pedir... pero un asesinato no tiene jamás disculpa á los ojos de Dios, aunque la tenga á los del mundo... Evite Vd. que ese hombre pueda llegar aquí... pero... nada de sangre, don Víctor, nada de sangre en nombre de la que vertió por todos el Crucificado!...

«¡Es verdad, pensó don Víctor cuando se quedó solo, es verdad! Y yo, estúpido, tonto, no había dado en ello? Ese hombre debe volver esta noche... Y yo, por no matarla á ella con el susto iba á dejar que otra vez... otra vez!... Y no pensaba en ello!...»

Se abrió la puerta y entró la Regenta.

Venía pálida, vestía un peinador blanco, y no hacía ruido al andar. Sus ojos parecían más grandes que nunca, y miraban con una fijeza que daba escalofríos. Á lo menos los sintió don Víctor que dió un paso atrás, y tuvo terror, como en presencia de un fantasma. Antes que en la traición de aquella mujer pensó en el gran peligro que corría la vida de Ana, si una emoción fuerte la espantaba. No le pareció su

mujer á don Víctor, le pareció la Traviata en la escena en que muere cantando. Sintió el pobre viejo una compasión supersticiosa; aquel ser vaporoso que se le aparecía de repente en silencio, pisando como un fantasma, lo quería él en aquel instante con amor de padre que teme por la vida de su hija, y lo temía al mismo tiempo como á cosa del otro mundo... «¡Qué fácil era asesinar con una palabra á la pobrecita enferma, que acaso no era responsable de su delito! Oh, no, lo que es á ella no la mataría, ni con puñal, ni con bala, ni con palabras fulminantes...»

—¿Quién estaba ahí?—preguntó Ana tranquila.

—El Magistral—respondió don Víctor, que suponía á su mujer enterada de lo mismo que preguntaba.

Ana se turbó.

—¿Á qué venía... á estas horas?—preguntó disimulando sus temores.

—¿Á qué? Cosas de política... Eso del obispo y el gobernador... lo de las votaciones, que corre prisa... en fin... cosas de política.

La Regenta no insistió. Se retiró sin acercarse á su marido, que no la buscó tampoco para darle el beso en la frente con que solían despedirse todas las noches.

Respiró Quintanar cuando se vió solo. «Aquello había salido bien. No se había descubierto. Anita no había podido sospechar... Tenía la conciencia tranquila, señal de que había hecho bien por lo pronto.»

Pidió el té que era su cena los días de caza y de comida de fiambre; dió orden á los criados de acostarse; y á las once y media, de puntillas y sin tropezar en nada, á pesar de ir á oscuras, bajó al Parque en zapatillas, armado de escopeta. La había cargado con postas.

«¡Oh, sí! el Magistral le había sugerido, sin querer, una buena idea. ¿Que no hubiera sangre, eh? Oh, lo que es como volviese aquella noche... ¡moría don Al-

varo! Y que ardiera el mundo. Que se asustara Ana, que cayera redonda, que le prendieran á él... Cualquiera cosa... pero como volviera, moría.» Así como poco antes había sentido la conciencia tranquila al contener su cólera delante de Ana, ahora se sentía satisfecho ante su resolución de matar al ladrón de su honra si volvía.

La noche era oscura, el frío intenso. Don Víctor no tuvo más remedio que volver á su cuarto por la capa. Se exponía á hacer ruido, ó que el otro tuviera tiempo de venir y escalar el balcón entre tanto... pero á cuerpo no se podía estar allí. Se quedaría helado. Fué, con la prisa que pudo, á buscar la capa, y bien embozado volvió á su puesto de centinela en el cenador, desde el cual veía la silueta de la tapia, destacándose borrosa en el cielo negro; y veía también el balcón del tocador si se abría para dar paso á don Alvaro.

Oyó las doce, la una, las dos... no oyó las tres, porque debió de dormitar un poco, aunque él se lo negaba á sí mismo... Y á las cuatro no pudo resistir ya el frío y el sueño; y delirante, sin conciencia de sí mismo ni del mundo ambiente, tropezando en todo, subió á su cuarto, buscó la cama á tientas, se desnudó por máquina, se envolvió entre las sábanas y se quedó dormido en un sopor de fiebre lleno de fantasmas ardientes, de monstruos dolorosos.—

Aquella tarde no asistieron al Casino á la hora del café, como solían, ni Mesía, ni Ronzal, ni el capitán Bedoya, ni el coronel Fulgosio.

Lo cual notado que fué por Foja, el ex-alcalde, le hizo exclamar en són de misterio:

—Señores, cuando yo digo que hay gato...

—¿Qué gato?— preguntó don Frutos Redondo el americano.

Estaban, como siempre á tal hora, en la sala contigua al gabinete rojo, el del tresillo.

Todos los presentes rodearon á Foja que añadió:

—Noten Vds. que hoy no han venido ni Ronzal, ni el capitán, ni el coronel. Ciertos son los toros. Cuando el río suena...

—Pero ¿qué suena?—preguntó Orgaz padre, que algo sabía.

Joaquinito, que se daba aires de saber muchas cosas, dijo:

—Nada, señores, yo digo á Vds. que no hay nada...

—Pues con permiso de Vd. yo sé que hay grandes novedades. Lo sé de buena tinta... Quintanar debe de haber mandado á estas horas sus padrinos á don Alvaro.

—¡Padrinos! ¿por qué?—preguntó Redondo.

—¡Bah! Está Vd. buen cazurro. Demasiado sabe usted por qué. La verdad es que aquello era un escándalo.

Joaquín Orgaz defendió á don Alvaro.

Pero Foja no atacaba á Mesía, atacaba á don Víctor que había consentido tanto tiempo aquella desvergüenza.

—¿Pero qué sabe Vd. si consentía? No sabía nada. Y si ahora desafía al otro, será que descubrió algo...

—Ó que se ha cansado de aguantar...

—Ó no habrá tal desafío.

Toda la tarde se habló allí de lo mismo. Al oscurecer llegó Ronzal. Nadie se atrevió á interrogarle al principio. Foja se cansó de ser prudente y preguntó á Trabuco dándole un golpecito en el hombro:

—¿Es Vd. padrino?

—¿Padrino de qué?—dijo Ronzal con ceño adusto, aire misterioso, y como hombre prudentísimo que opone un muro de hielo á una indiscreción.

—Padrino del duelo á muerte entre Mesía y Quintanar...

—Pero á Vd. quién le ha dicho?... Palabra de...

quiero decir... yo no sé... yo niego... Es Vd. un mentecato y un hablador insustancial. ¿Cree Vd. que asuntos tan serios se vienen á tratar al café?

—¿Ven Vds. lo que yo decía—gritó Foja triunfante sin hacer caso de los insultos.

Ronzal negó, se obstinó en callar; pero se conocía que le costaba grandes esfuerzos.

Miró el reloj muchas veces y preguntó á Joaquinito Orgaz, aparte, pero de modo que lo oyeran los demás:

—¿Sabe Vd. si don Pedro el picador tiene todavía sables de...

Y lo demás lo dijo en voz baja.

Orgaz no sabía nada; Ronzal hizo un gesto de disgusto y salió del Casino, diciendo:

—Adiós, señores.

—¿Ven Vds. lo que yo decía. Duelo tenemos.

Aquellos señores se declararon en sesión permanente. Los mozos encendieron el gas, y continuó el tertulín de la tarde empalmándose con el de la noche. Algunos fueron á cenar y volvieron. Á las ocho en todo el Casino no se hablaba más que del duelo. Los del billar dejaron los tacos para venir á la sala de las mentiras á cazar noticias; hasta *los de arriba*, los del cuarto del crimen, que solían dejar que pasaran revoluciones sin darse por entendidos, mandaron sus emisarios abajo para saber lo que ocurría.

Un desafío en Vetusta era un acontecimiento de los más extraordinarios. De tarde en tarde algunos señoritos se daban de bofetadas en el Espolón, en algún sitio público, pero no pasaba de ahí. Los insultos no tenían jamás consecuencias. Nunca había habido en Vetusta una sala de armas. Hacía años, un comandante retirado había querido ganarse la vida dando lecciones de sable: el Marquesito, Orgaz hijo y padre, Ronzal y otros varios comenzaron con gran afición á dejarse dar de palos, pero pronto se cansaron y el comandante

tuvo que dedicarse á pedir un duro prestado á cualquiera.

No se recordaba en la población más que dos desafíos en que se hubiera llegado *al terreno*; uno de Mesía, allá, muchos años atrás, cuando era muy joven; había sido padrino del contrario Frigilis, único vetustense que asistió al lance.

Nunca había querido decir lo que había pasado allí, pero era lo cierto que ni Mesía ni su adversario habían guardado cama un solo día después del duelo.

El otro desafío había sido entre un jefe económico y un cajero por cuestiones de la caja. Sobre si sacaste tú ó saqué yo. Se habían batido á primera sangre. El cajero había recibido un arañazo en el cuello, porque el jefe económico daba sablazos horizontales con el propósito de degollar al contrario. Y no había más desafíos *llevados al terreno* en las crónicas vetustenses.

Se discutió mucho aquella noche, para pasar el rato mientras llegaban noticias, sobre la legitimidad de esta *costumbre bárbara que habíamos heredado de la Edad media*.

Orgaz padre, que era algo erudito, aunque de oficio escribano, aseguró que el duelo era resto de las ordalias.

Don Frutos dijo que sí sería, pero que ni ordalias ni san ordalias le hacían á él batirse. Él acudía al juez si le ofendían, y si no había modo, ventilaba la cuestión á palos.—Eso de que me mate un espadachín, que no ha tenido que trabajar para ganarse la comida, no lo consentirá el hijo de mi madre.

—Sin embargo—decía Orgaz padre—hay circunstancias... el honor... la sociedad... Ya ve Vd., Figaro condena el duelo, y confiesa que él se batiría llegado el caso.

—Es que yo no soy un mal barbero, señor mío—gritó don Frutos—tengo algo que perder.

Hubo que explicarle á don Frutos quién era Fígaro; pero aun después de enterado, Redondo, que sudaba ya de tanto discurrir y gritar, vociferó diciendo, que de todas maneras, al que le desafiase, él le rompía el alma...

—Pues yo—dijo el ex-alcalde—á la justicia me atengo... una querrela criminal, la ley está terminante...

—Pues yo—exclamó solemnemente Orgaz padre, puesto en pié y con voz temblorosa—yo no hago nada de eso. Al que me desafíe, si es un diestro, le obligo á aceptar un duelo en las condiciones siguientes: (Atención general.) Á dos pasos de distancia (se coloca, midiendo dos pasos largos, enfrente de don Frutos que se pone muy serio y erguido) una pistola cargada, y otra no cargada. (Orgaz palidece ante la idea de que aquello pudiera suceder como lo cuenta.) Una, dos, tres (da las tres palmadas) ¡plum! y al que Dios se la dé san Pedro se la bendiga! Así me bato yo. La cuestión no es ser diestro, es tener valor.

—¡Bravo, bravo! eso, eso!—gritó gran parte del concurso, como si oyera aquello por primera vez.

Siempre que se hablaba de desafíos decían lo mismo que aquel día Foja, don Frutos, Orgaz y otros caballeros.

En vano esperaron los socios noticias. En toda la noche no parecieron por allí ni Ronzal, ni Fulgosio, ni Bedoya, que, según se decía, eran los padrinos, amén de Frigilis.

Era verdad. Por más que Crespo encargó el secreto más absoluto á todas las personas que tuvieron que intervenir en el triste negocio, no se sabe cómo, aunque se sospecha que por culpa de Ronzal, pronto corrió por Vetusta el rumor de lo cierto. Petra y Ronzal habían sido los indiscretos. Petra, por venganza, por mala índole, había hablado, había dicho á alguna amiga *lo de* su antigua ama. «¿Que por qué había dejado aquella casa? Por tal y por cual.» Trabuco, á quien la

honra de merecer la confianza de Quintanar había llenado de vanidad, no había podido resistir la tentación de dejar *transparentarse* su secreto. Ello era que en todo Vetusta no se hablaba de otra cosa.

El Gobernador decía en su casa que no se le hablase de aquello, que su deber de autoridad estaba en abierta contradicción con su deber de caballero, que debía tener oídos de mercader, ojos de topo, y los tendría...

Pasó aquel día, y pasó el siguiente y no se sabía nada.

—¿Era *una papa* lo del duelo?—preguntaba Foja en el Casino.

Y entonces reventó Joaquinito Orgaz, que lo sabía todo por el Marquesito.

—No, no era broma; la cosa iba de veras. Duelo á muerte.

Pero los padrinos se habían portado mal, eran torpes, á pesar de las ínfulas del coronel Fulgosio que decía tener el código del honor en la punta de los dedos: no parecían armas. Se había hablado del sable primero; pero no parecían sables de desafío; no había en Vetusta sables así, ó no querían darlos los que los tenían. Se había recurrido á la pistola... y tampoco parecían pistolas á propósito. «Yo creo—añadía Joaquinito, y Paco cree lo mismo, que esto es inverosímil y que Frígilis quiere dar largas al asunto á ver si convence á Mesía y lo hace marcharse de Vetusta.

—¡Qué indignidad!—gritó Foja.

—Pues esa había sido la primera solución. La misma noche del día en que, al parecer (esto se cuenta por lo menos) don Víctor descubrió su deshonor, Frígilis fué á ver á Mesía y le suplicó que saliera del pueblo cuanto antes. Mesía se lo contó *ce por be* á Paco.

—Bueno, ¿y qué más?

—Nada, que Mesía, como era natural, se opuso; dijo que Quintanar y todo Vetusta podían atribuir á miedo su ausencia.—Pero Frígilis, que tiene cierta influencia sobre don Alvaro, le obligó á darle palabra de honor de que al día siguiente tomaría el tren de Madrid. Parece ser que Quintanar tuvo en sus manos la vida de Alvaro; que pudo matarle de un tiro y no le mató. Y Frígilis invocaba esto y los derechos del marido ultrajado para obligar á Mesía á huir. «Eso no es cobardía—dice que le dijo—eso es hacerse justicia á sí mismo, Vd. merece la muerte por su traición y yo le conmutó la pena por el destierro.

—¿Eso dijo Crespo?

—Eso.

—Miren Frígilis!

—Tiene mucha confianza con Alvaro, que le respeta mucho.

—Bueno, ¿y qué más?

—Nada, que Alvaro dió palabra. Pero al día siguiente, ayer por la mañana, cuando estaba ya nuestro don Juan haciendo el equipaje para largarse, se le presentaron Frígilis y Ronzal en són de desafío. Parece ser que muy temprano don Víctor llamó á Frígilis y le obligó á buscar á Trabuco para ir juntos á desafiar al burlador; Frígilis no tuvo más remedio que obedecer, porque al saber Quintanar que el otro pensaba escapar, amenazó con seguirle al fin del mundo y llamarle cobarde en los periódicos, en la calle... Estaba furioso.

—¡Claro, las comedias!

—Ello es, que Frígilis tuvo que devolver á Alvaro la promesa de huir y mandarle buscar padrinos.

—¿Y Mesía?

—Es claro; dejó el viaje y buscó padrinos; querían que yo fuese uno (mentira) pero después... como yo soy muy amigo de ambos... en fin, se buscó otros... y no parecían... Sólo Fulgoso, que siempre se pres-

ta á tales enredos... y Bedoya, que al fin es militar...

En general, Joaquinito estaba bien enterado. Mesía se lo había dicho todo al Marquesito que había ido á verle á la fonda.

Lo que no le había dicho era que él tenía mucho miedo; que así como se alegraba de ver rotas aquellas relaciones que iban á acabar con la poca salud que le quedaba y á dejarle en ridículo á los mismos ojos de Ana, le horrorizaba la idea de verse frente á frente de don Víctor con una espada ó una pistola en la mano.

La proposición primera de Frígilis la aceptó inmediatamente.

«¡Era natural! Debía huir, ¿con qué derecho iba él á procurar la muerte del hombre que le había perdonado la vida aquella mañana y á quien él había robado la honra? Huiría; al día siguiente, sin falta tomaría el tren.»

Ya lo esperaba Frígilis que sabía á qué atenerse respecto del valor de Alvaro.

Como que había sido testigo de aquel duelo misterioso, á que aludían los socios del Casino. Don Alvaro, por culpa de una mujer, había sido retado á singular combate por un forastero; todos los padrinos eran de la guarnición menos Frígilis, único vetustense que presenció el lance. El duelo era á sable, en el Montico, en una arboleda, de tarde, cerca del oscurecer. Mesía y su adversario estaban en mangas de camisa (se acordaba Frígilis como si hubiese sido el día anterior), estaban en mangas de camisa, sable en mano... ambos pálidos y temblando de frío y de miedo. El cielo encapotado amenazaba desplomarse en torrentes de lluvia. Los dos *combatientes* miraban á las nubes. Frígilis comprendió lo que deseaban. Comenzó la lid soltera y al primer choque de los aceros estalló un trueno y empezaron á caer gotas como puños. Me-

sía y su adversario temblaban como las ramas de los árboles que batía el viento... Tan grande fué el chaparrón que los padrinos suspendieron el duelo... que no se continuó. «No habían ido á batirse contra los elementos.» Mesía quedó incólume y Crespo implícitamente le dió seguridades de que guardaría el secreto de aquel trance ridículo y de la cobardía del Tenorio vetustense.

Recordando todo esto, Frígilis trató como un zapato á Mesía aquella noche memorable en que le intimó la huida. Pero—decía bien Joaquín Orgaz—al día siguiente tuvo que devolver su palabra á don Alvaro. Ya no debía huir. Quintanar se empeñaba en batirse; era aragonés y no cejaría.

«No sé quién me le ha cambiado. Anoche parecía resuelto ó poco menos á una solución pacífica, se contentaba con que Vd. desapareciera; y hoy, cuando fui á verle me encontré al señor de Ronzal, que está presente, al lado del lecho de mi amigo.

Ronzal saludó.

Mesía se había puesto muy pálido. Estaba metiendo ropa blanca en un mundo y suspendió la tarea.

—De modo que...

—Que tiene Vd. que buscar padrinos.

Á Frígilis le había disgustado que don Víctor, sin consultar con él, hubiese llamado á Ronzal. Quintanar creía en la energía del diputado por Pernueces y sabía que no estimaba á don Alvaro. Según el ex-magistrado, era un buen padrino. Error, según Frígilis.

Lo peor fué que no hubo modo de disuadir á Quintanar.

«¿Ni un día se ha de aplazar esto! Ya que mi deshonra es pública, que la reparación lo sea, y además terrible y rápida.

«Pero si tienes fiebre, si estás malo...»

«No importa. Mejor. Si Vds. no van á desafiar á ese

hombre, me levanto y busco yo mismo otros padrinos.

No hubo más remedio.

Mesía, á regañadientes, y ocultando el pavor como podía, buscó sus dos padrinos.

Se convino que el duelo fuese á sable. Pero no parecían sables útiles. Además, surgieron dificultades sobre ciertos pormenores. Y así pasó un día.

Al siguiente por la mañana se acordó que se batieran á pistola.

Don Víctor formó entonces su plan. Se alegró de que fuese el duelo á pistola.

Pero tampoco parecían pistolas de desafío.

Y pasó otro día.

Don Víctor se levantó al siguiente después de pasar setenta horas en la cama, con fiebre un día entero, impaciente á ratos, angustiado otros, y siempre disimulando en presencia de Ana, que le cuidaba solícita.

Durante aquellas largas horas de cama, con la debilidad que sucedió á la calentura vinieron accesos de melancolía, y meditaciones filosófico-religiosas. Don Víctor sintió que el ánimo aflojaba, no por amor á la vida propia, que no creía en gran peligro ante don Alvaro, sino por miedo á los remordimientos. Cuando supo lo de las pistolas, resolvió no matar á su contrario. «Le dejaría cojo. Tiraría á las piernas. El otro no era probable que le hiriese á él tirando á veinte pasos; tendría que ser por una casualidad.»

Sin que Ana sospechase nada, porque Mesía había cumplido su palabra, dada á Frígilis, de despedirse por escrito para un viaje electoral, urgentísimo y breve; sin que Ana sospechase por lo menos que se trataba de la vida ó la muerte de su esposo y de su amante, salió de casa don Víctor por la puerta del Parque acompañado de Frígilis, á la hora en que solían ir de caza.

En la calleja de Traslacerca les esperaba Ronzal. La

mañana estaba fría y la helada sobre la hierba imitaba una somera nevada.

En la carretera de Santianes les esperaba un coche; dentro de él estaba Benítez, el médico de Ana. Al verle don Víctor palideció, pero en nada más se pudo notar su emoción.

Llegaron, sin hablar apenas durante el viaje, á las tapias del Vivero. Se apearon, y rodeando la quinta del Marqués, entraron en el bosque de robles donde meses antes don Víctor había buscado á su mujer ayudado del Magistral. « ¡ Cuantas cosas se explicaba ahora que no había comprendido entonces! No importaba; la verdad era que del furor que en su corazón había hecho estragos después de la visita nocturna de don Fermín, ya no quedaban más que restos apagados: ya no aborrecía á don Alvaro, ya no se figuraba imposible la vida mientras no muriese aquel hombre: la filosofía y la religión triunfaban en el ánimo de don Víctor. Estaba decidido á no matar.

Llegaron á lo más alto del bosque; allí había una meseta, y en un claro sitio suficiente para medir más de treinta pasos. Las últimas condiciones del duelo eran estas: veinticinco pasos pudiendo avanzar cinco cada cual. Valía apuntar en los intervalos de las palmadas que habían de ser muy breves. Lo cierto era que Fulgosio, el coronel, nunca había presenciado un duelo á pistola, aunque él aseguraba haber asistido á muchos, y Ronzal y Bedoya en su vida habían intervenido en semejantes negocios. Frígilis sólo había visto el duelo frustrado de Mesía. Aquellas condiciones las había copiado el coronel de una novela francesa que le había prestado Bedoya. Lo único original allí era que Fulgosio juraba que su honor de soldado no le permitía autorizar un simulacro de desafío, y que el duelo á pistola y á tal distancia y á la voz de mando sin apuntar y entre dos *primerizos*, pues pri-

merizo era también Mesía á pistola, sería la carabina de Ambrosio.

Bedoya pensó que don Víctor era buen tirador, pero no se atrevió á presentar objeciones á su colega. La parte contraria tampoco tuvo nada qué decir.

Cuando llegaron á la meseta, lugar del duelo, don Víctor y los suyos encontraron solo el terreno. Quince minutos después aparecieron entre los árboles desnudos don Alvaro y sus padrinos, más el señor don Robustiano Somoza. Mesía estaba hermoso con su palidez mate, y su traje negro cerrado, elegante y pulquísimo.

A don Víctor se le saltaron las lágrimas al ver á su enemigo. En aquel instante hubiera gritado de buena gana: perdono! perdono!... como Jesús en la cruz. Quintanar no tenía miedo, pero desfallecía de tristeza; «¡qué amarga era la ironía de la suerte! Él, él iba á disparar sobre aquel guapo mozo que hubiera hecho feliz á Anita, si diez años antes la hubiera enamorado! Y él... él, Quintanar, estaría á estas horas tranquilo en el Tribunal Supremo ó en La Almunia de don Godino!... Todo aquello de matarse era absurdo... Pero no había remedio. La prueba era que ya le llamaban, ya le ponían la pistola fría en la mano...»

Frigilis, sereno, por dignidad, pero temiendo una casualidad, la de que Mesía tuviera valor para disparar y, por casualidad también, herir á Víctor, Frigilis apretó la mano á Quintanar al dejarle en su puesto de honor.

Y se separaron testigos y médicos á buena distancia, porque todos temían *una bala perdida*.

Don Alvaro pensó en Dios sin querer. Esta idea aumentó su pavor; recordó que aquella piedad sólo le acudía en las enfermedades graves, en la soledad de su lecho de solterón...

Frigilis estaba asustado del valor de aquel hombre.



Mesía mismo se explicaba mal cómo había llegado hasta allí.

Pensando en esto, y mientras apuntaba á don Víctor, sin verle, sin ver nada, sin fuerza para apretar el gatillo, oyó tres palmadas rápidas y enseguida una detonación. La bala de Quintanar quemó el pantalón ajustado del petimetre.

Mesía sintió de repente una fuerza extraña en el corazón; era robusto, la sangre bulló dentro con energía. El instinto de conservación despertó con ímpetu. «Había que defenderse. Si el otro volvía á disparar iba á matarle; era don Víctor, el gran cazador!»



Mesía avanzó cinco pasos y apuntó. En aquel instante se sintió tan bravo como cualquiera. ¡Era la co-razonada! El pulso estaba firme: creía tener la cabeza de don Víctor apoyada en la boca de su pistola; suavemente oprimió el gatillo frío y... creyó que se le había escapado el tiro. «No, no había sido él quien había disparado, había sido la *corazonada*.»

Ello era que don Víctor Quintanar se arrastraba sobre la yerba cubierta de escarcha, y mordía la tierra.

La bala de Mesía le había entrado en la vejiga, que estaba llena.

Esto lo supieron poco después los médicos, en la casa nueva del Vivero, á donde se trasladó, como se pudo, el cuerpo inerte del digno magistrado. Yacía don Víctor en la misma cama donde meses antes había dormido con el dulce sueño de los niños.

Al rededor del lecho estaban los dos médicos, Frígilis, que tenía lágrimas heladas en los ojos, Ronzal, estupefacto, y el coronel Fulgosio lleno de remordimientos. Bedoya había acompañado á Mesía, que pocas horas después tomaba el tren de Madrid, tres días más tarde de lo que Frígilis había pensado.

Pepe, el casero de los marqueses, con la boca abierta, en pié, pasmado y triste, esperaba órdenes en la habitación contigua á la del moribundo. Vió salir á Frígilis que enseñaba los puños al cielo, creyéndose solo.

—¿Qué hay, señor? ¿Cómo está ese bendito del Señor?...

Frígilis miró á Pepe como si no le conociera; y como hablando consigo mismo dijo:

—La vejiga llena... La peritonitis de... no sé quién... Eso dicen ellos.

—¿La qué, señor?

—Nada... ¡que se muere de fijo!...

Y Frigilis entró en un gabinete, que estaba á oscuras, para llorar á solas.

Poco después Pepe vió salir al coronel Fulgoso y detrás á Somoza el médico.

— ¿Y trasladarle á Vetusta?...— decía el militar.

— ¡Imposible! ¡Ni soñarlo! ¿Y para qué? Morirá esta tarde de fijo.

Somoza solía equivocarse, anticipando la muerte á sus enfermos.

Esta vez se equivocó dándole á don Víctor más tiempo de vida del que le otorgó la bala de don Alvaro.

Murió Quintanar á las once de la mañana.

El mes de Mayo fué digno de su nombre aquel año en Vetusta. ¡Cosa rara!

Las nubes eternas del Corfín habían vertido todos sus humores en Marzo y en Abril. Los vetustenses salían á la calle como el cuervo de Noé pudo salir del arca, y todos se explicaban que no hubiera vuelto. Después de dos meses pasados debajo del agua, ¡era tan dulce ver el cielo azul, respirar aire y pasearse por prados verdes cubiertos de belloritas que parecen chispas del sol!

Toda Vetusta paseaba.

Pero Frigilis no pudo conseguir que Ana pusiera el pié en la calle.

—Pero, hija mía, esto es un suicidio. Ya sabe Vd. lo que ha dicho Benítez, que es indispensable el ejercicio, que esos nervios no se callarán mientras no se los saque á tomar el aire, á ver el sol... vamos, Anita, por Dios, sea Vd. razonable... tenga Vd. caridad... consigo misma. Saldremos muy temprano, al amanecer si Vd. quiere; ¡está el Paseo grande tan hermoso á tales horas! Ó sino al oscurecer, á tomar el fresco, por una carretera... Por Dios, hija, va Vd. á enfermar otra vez.

—No, no salgo...—y Ana movía la cabeza como los ciegos.—Por Dios, don Tomás, no me atormenten, no me atormenten con ese empeño... Ya saldré más adelante... no sé cuándo. Ahora me horroriza la idea de la calle... ¡Oh, no, por Dios... no! por Dios me dejen.

Y juntaba las manos y se exaltaba; y Frígilis tenía que callar.—

Ocho días había estado Ana entre la vida y la muerte, un mes entero en el lecho sin salir del peligro, dos meses convaleciente, padeciendo ataques nerviosos de formas extrañas, que á ella misma le parecían enfermedades nuevas cada vez.

Frígilis había dicho á la Regenta que Quintanar estaba herido allá en las marismas de Palomares, que se le había disparado la escopeta y... Pero Ana, espantada, adivinando la verdad, había exigido que se la llevase á las marismas de Palomares inmediatamente...

—«No podía ser, no había tren hasta el día siguiente...»

—«Pues un coche, un coche... Se me engaña; si eso fuera cierto, Vd. estaría al lado de Víctor...»

Frígilis explicó su presencia lo menos mal que pudo.

Las mentiras piadosas fueron inútiles; Ana se dispuso á salir sola, á correr en busca de su Víctor... Hubo que decirle una verdad; la muerte de su esposo. Quiso verle muerto, pero no pudo moverse; cayó sin sentido y despertó en el lecho. Dos días creyó Frígilis tenerla engañada, atribuyendo la desgracia á un accidente de la caza. Pero Ana creía la verdad, no lo que le decían; la ausencia de Mesía y la muerte de Víctor se lo explicaron todo.

Y una tarde, á los tres días de la catástrofe, en ausencia de Frígilis, Anselmo entregó á su ama una carta en que don Alvaro explicaba desde Madrid su desaparición y su silencio.

Cuando Crespo, al oscurecer, entró en la alcoba de Ana, la llamó en vano dos, tres veces... Pidió luz asustado y vió á su amiga como muerta, supina, y sobre el embozo de la cama el pliego perfumado de Mesía.

Y poco después, mientras Benítez traía á la vida con antiespasmódicos á la Regenta y recetaba nuevas medicinas para combatir peligros nuevos, complicaciones del sistema nervioso, Frígilis en el tocador leía la carta del que siempre llamaba ya para sus adentros cobarde asesino; y después de leer el papel asqueroso, lo arrugaba entre sus puños de labrador y decía con voz ronca:

—¡ Idiota ! ¡ infame ! ¡ grosero ! ¡ idiota !

Don Alvaro en aquel papel que olía á mujerzuela, hablaba con frases románticas é incorrectas de su crimen, de la muerte de Quintanar, de la *ceguera de la pasión*. «Había huído porque...»

—¡ Porque tuviste miedo á la justicia, y á mí también, cobarde !—se dijo Frígilis.

«Había huído porque el remordimiento le arrastró lejos de *ella*... Pero que el amor le mandaba volver. ¿Volvía? ¿Creía Ana que debía volver? ¿Ó que debían juntarse en otra parte, en Madrid por ejemplo?» Todo era falso, frío, necio, en aquel papel escrito por un egoísta incapaz de amar de veras á los demás, y no menos inepto para saber ser digno en las circunstancias en que la suerte y sus crímenes le habían puesto.

Ana, que no había podido terminar la lectura de la carta, que había caído sobre la almohada como muerta en cuanto vió en aquellos renglones fangosos la confirmación terminante de sus sospechas, no pudo por entonces pensar en la pequeñez de aquel espíritu miserable que albergaba el cuerpo gallardo que ella había creído amar de veras, del que sus sentidos habían estado realmente enamorados á su modo. No, en esto no pensó la Regenta hasta mucho más tarde.

En el delirio de la enfermedad grave y larga que Benítez combatió desesperado, lo que atormentaba el cerebro de Ana era el remordimiento mezclado con los disparates plásticos de la fiebre.

Otra vez tuvo miedo á morir, otra vez tuvo el pánico de la locura, la horrorosa aprensión de perder el juicio y conocerlo ella; y otra vez este terror superior á todo espanto, la hizo procurar el reposo y seguir las prescripciones de aquel médico frío, siempre fiel, siempre atento, siempre inteligente.

Días enteros estuvo sin pensar en su adulterio ni en Quintanar; pero esto fué al principio de la mejoría; cuando el cuerpo débil volvió á sentir el amor de la vida; á la que se agarraba como un náufrago cansado de luchar con el oleaje de la muerte oscura y amarga.

Con el alimento y la nueva fuerza reapareció el fantasma del crimen. ¡Oh, qué evidente era el mal! Ella estaba condenada. Esto era claro como la luz. Pero á ratos, meditando, pensando en su delito, en su doble delito, en la muerte de Quintanar sobre todo, al remordimiento, que era una cosa sólida en la conciencia, un mal palpable, una desesperación definida, evidente, se mezclaba, como una niebla que pasa delante de un cuerpo, un vago terror más temible que el infierno, el terror de la locura, la aprensión de perder el juicio; Ana dejaba de ver tan claro su crimen; no sabía quién, discutía dentro de ella, inventaba sofismas sin contestación, que no aliviaban el dolor del remordimiento, pero hacían dudar de todo, de que hubiera justicia, crímenes, piedad, Dios, lógica, alma... Ana. «No, no hay nada, decía aquel tormento del cerebro; no hay más que un juego de dolores, un choque de contrasentidos que pueden hacer que padezcas infinitamente; no hay razón para que tenga límites esta tortura del espíritu, que duda de todo, de sí mismo también, pero no del dolor que es lo único que

llega al que dentro de ti siente, que no se sabe cómo es ni lo qué es, pero que padece, pues padeces.»

Estas logomaquias de la voz interior, para la enferma eran claras, porque no hablaba así en sus adentros sino en vista de lo que experimentaba; todo esto lo pensaba porque lo observaba dentro de sí: llegaba á no creer más que en su dolor.

Y era como un consuelo, como respirar aire puro, sentir tierra bajo los piés, volver á la luz, el salir de este caos doloroso y volver á la evidencia de la vida, de la lógica, del orden y la consistencia del mundo; aunque fuera para volver á encontrar el recuerdo de un adulterio infame y de un marido burlado, herido por la bala de un miserable cobarde que huía de un muerto y no había huído del crimen.

Y este mismo placer, esta complacencia egoísta, que ella no podía evitar, que la sentía aún repugnándole sentirla, era nuevo remordimiento.

Se sorprendía sintiendo un bienestar confuso cuando funcionaba en ella la lógica regularmente y creía en las leyes morales y se veía criminal, claramente criminal, según principios que su razón acataba. Esto era horrible, pero al fin era vivir en tierra firme, no sobre la masa enferma movediza de disparates del capricho intelectual, no en una especie de *terremoto* interior que era lo peor que podía traer la sensación al cerebro.

Ana explicó todo esto á Benítez como pudo, eludiendo el referirse á sus remordimientos.

Pero él comprendió lo que decía y lo que callaba y declaró que el principal deber por entonces era librarse del peligro de la muerte.

—¿Quiere Vd. un suicidio?

—Oh, no, eso no!

—Pues si no hemos de suicidarnos, tenemos que cuidar el cuerpo, y la salud del cuerpo exige otra vez...

todo lo contrario de lo que Vd. hace. Vd., señora, cree que es deber suyo atormentarse recordando, amando lo que fué... y aborreciendo lo que no debió haber sido.... Todo esto sería muy bueno si Vd. tuviera fuerzas para soportar ese teje maneje del pensamiento. No las tiene Vd. Olvido, paz, silencio interior, conversación con el mundo, con la primavera que empieza y que viene á ayudarnos á vivir... Yo le prometo á usted que el día en que la vea fuera de todo cuidado, sana y salva, le diré, si Vd. quiere: Anita, ahora ya tiene Vd. bastante salud para empezar á darse tormento á sí misma.

Y Frigilis hablaba en el mismo sentido.

Y nadie más hablaba, porque Anselmo apenas sabía hablar, Servanda iba y venía como una estatua de movimiento... y los demás vetustenses no entraban en el caserón de los Ozores después de la muerte de don Víctor.

No entraban. Vetusta la noble estaba escandalizada, horrorizada. Unos á otros, con cara de hipócrita compunción, se ocultaban los buenos vetustenses el íntimo placer que les causaba *aquel gran escándalo que era como una novela*, algo que interrumpía la monotonía eterna de la ciudad triste. Pero ostensiblemente pocos se alegraban de lo ocurrido. ¡Era un escándalo! Un adulterio descubierto! Un duelo! Un marido, un ex-regente de Audiencia, muerto de un pistoletazo en la vejiga! En Vetusta, ni aun en los días de revolución había habido tiros. No había costado á nadie un cartucho la conquista de los derechos inalienables del hombre. Aquel tiro de Mesía, del que tenía la culpa la *Regenta*, rompía la tradición pacífica del crimen silencioso, morigerado y precavido. «Ya se sabía que muchas damas principales de la Encimada y de la Colonia engañaban ó habían engañado ó estaban á punto de engañar á su respectivo esposo, ¡pero no á tiros!

La envidia que hasta allí se había disfrazado de admiración, salió á la calle con toda la amarillez de sus carnes. Y resultó que envidiaban en secreto la hermosura y la fama de virtuosa de la Regenta no sólo Visitación Ollas de Cuervo y Obdulia Fandiño y la baronesa de la *Deuda Flotante*, sino también la Gobernadora, y la de Páez y la señora de Carraspique y la de Rianzares ó sea el Gran Constantino, y las criadas de la Marquesa y toda la aristocracia, y toda la clase media y hasta las mujeres del pueblo... y ¡quién lo dijera! la Marquesa misma, aquella doña Rufina tan liberal, que con tanta magnanimidad se absolvía á sí misma de las *ligerezas* de la juventud... y otras!

Hablaban mal de Ana Ozores todas las mujeres de Vetusta, y hasta la envidiaban y despellejaban muchos hombres con alma como la de aquellas mujeres. Gloucester en el Cabildo, don Custodio á su lado, hablaban de escándalo, de hipocresía, de perversión, de extravíos babilónicos; y en el Casino, Ronzal, Foja, los Orgaz echaban lodo con las dos manos sobre la honra difunta de aquella pobre viuda encerrada entre cuatro paredes.

Obdulia Fandiño, pocas horas después de saberse en el pueblo la catástrofe, había salido á la calle con su sombrero más grande y su vestido más apretado á las piernas y sus faldas más crugientes, á tomar el aire de la maledicencia, á olfatear el escándalo, á saborear el dejo del crimen que pasaba de boca en boca como una golosina que lamían todos, disimulando el placer de aquella dulzura pegajosa.

«¿Ven Vds.? decían las miradas triunfantes de la Fandiño. Todas somos iguales.»

Y sus labios decían:

—¡Pobre Ana! Perdida sin remedio! ¿Con qué cara se ha de presentar en público? Como era tan romántica! Hasta una cosa... como esa, tuvo que salirle á

ella así... á cañonazos, para que se enterase todo el mundo.

—¿Se acuerdan Vds. del paseo de Viernes Santo? —preguntaba el barón.

—Sí, comparen Vds.... ¡Quién lo diría!...

—Yo lo diría—exclamaba la Marquesa.—Á mí ya me dió mala espina aquella desfachatez... Aquello de ir enseñando los piés descalzos... *Malorum signum*.

—Sí, *malorum signum*—repetía la baronesa, como si dijera: *et cum spiritu tuo*.

—Y sobre todo el escándalo!—añadía doña Rufina indignada, después de una pausa.

—El escándalo!—repetía el coro.

—La imprudencia, la torpeza!

—Eso! Eso!

—Pobre don Víctor!

—Sí, pobre, y Dios le haya perdonado... pero él, merecido se lo tenía.

—Merecidísimo.

—Miren Vds. que aquella amistad tan íntima...

—Era escandalosa...

—Aquello era...

—Nauseabundo!

Esto lo dijo el marqués de Vegallana, que tenía en la aldea todos sus hijos ilegítimos.

Obdulia asistía á tales conversaciones como á un triunfo de su fama.

Ella no había dado nunca escándalos por el estilo. Toda Vetusta sabía quién era Obdulia... pero ella no había dado ningún escándalo.

Sí, sí, el escándalo era lo peor, aquel duelo funesto también era una complicación. Mesía había huído y vivía en Madrid... Ya se hablaba de sus amores *reanudados* con la *Ministra* de Palomares... Vetusta había perdido dos de sus personajes más importantes... por culpa de Ana y su torpeza.

Y se la castigó rompiendo con ella toda clase de relaciones. No fué á verla nadie. Ni siquiera el Marquesito, á quien se le había pasado por las mientes recoger aquella herencia de Mesía.

La fórmula de aquel rompimiento, de aquel cordón sanitario fué esta :

—¡Es necesario aislarla... Nada, nada de trato con la *hija de la bailarina italiana!*

El honor de haber resucitado esta frase perteneció á la baronesa de la Barcaza.

Si Ripamilán hubiera podido salir de su casa, no hubiera respetado aquel acuerdo cruel del *gran mundo*. Pero el pobre don Cayetano había caído en su lecho para no levantarse. Allí vivió, siempre contento, dos años más.

Acabó su peregrinación en la tierra cantando y recitando versos de Villegas.

La Regenta no tuvo que cerrar la puerta del caserón á nadie, como se había prometido, porque nadie vino á verla. Se supo que estaba muy mala, y los más caritativos se contentaron con preguntar á los criados y á Benítez cómo iba la enferma, á quien solían llamar *esa desgraciada*.

Ana prefería aquella soledad; ella la hubiera exigido si no se hubiera adelantado Vetusta á sus deseos. Pero cuando, ya convaleciente, volvió á pensar en el mundo que la rodeaba, en los años futuros, sintió el hielo ambiente y saboreó la amargura de aquella maldad universal. «¡Todos la abandonaban! Lo merecía, pero... de todas maneras ¡qué malvados eran todos aquellos vetustenses que ella había despreciado siempre, hasta cuando la adulaban y mimaban!»

La viuda de Quintanar resolvió seguir hasta donde pudiera los consejos de Benítez. Pensaba lo menos posible en sus remordimientos, en su soledad, en el porvenir triste, monotonó en su negrura.

En cuanto se lo permitió la fortaleza del cuerpo redivivo trabajó en obras de aguja, y se empeñó, con voluntad de hierro, en encontrarle gracia al punto de crochet y al de media.

Aborrecía los libros, fuesen los que fuesen; todo racionio la llevaba á pensar en sus desgracias; el caso era no discurrir. Y á ratos lo conseguía. Entonces se le figuraba que lo mejor de su alma se dormía, mientras quedaba en ella despierto el espíritu suficiente para ser tan mujer como tantas otras.

Llegó á explicarse aquellas tardes eternas que pasaba Anselmo en el patio, sentado en cuclillas y acariciando al gato. Callar, vivir, sin hacer más que sentirse bien y dejar pasar las horas, esto era algo, tal vez lo mejor. Por allí debía de irse á la muerte... Y Ana iba sin miedo. El morir no la asustaba; lo que quería era morir sin desvanecerse en aquellas locuras de la debilidad de su cerebro...

Cuando Benítez la sorprendía en estas horas de calma triste y muda, le preguntaba Ana con una sonrisa de moribunda:

—¿Está Vd. contento?

Y con otra sonrisa fría, triste, contestaba el médico:

—Bien, Ana, bien... Me agrada que sea Vd. obediente...

Pero cuando se quedaban solos Benítez y Crespo, el doctor decía:

—No me gusta Ana...

—Pues yo la veo muy tranquila á ratos...

—Sí, pues por eso... no me gusta. Hay que obligarla á distraerse.

Y Frígilis se propuso conseguir que se distrajera.

Y por eso la rogaba que saliese con él á paseo cuando llegó aquel Mayo risueño, seco, templado, sin nubes, pocas veces gozado en Vetusta.

Pero como no consiguió nada, como Anita le pedía

con las manos en cruz que la dejaran en paz, tranquila en su caserón, Crespo resolvió divertir á su pobre amiga en su misma casa.

«¡Si él pudiera hacer que se aficionara á los árboles y á las flores!»

Por ensayar nada se perdía. Ensayó.

Ana, por complacerle, le escuchaba con los ojos fijos en él, sonriente, y bajaba al Parque cuando se trataba de lecciones prácticas. Frígilis llegó á entusiasmarse, y una tarde contó la historia de su gran triunfo, la aclimatación del *Eucaliptus globulus* en la región vetustense.

Durante la enfermedad de su amiga, don Tomás Crespo, desconfiando del celo de Anselmo y de Servanda, y sin pedir permiso á nadie, se instaló en el caserón de los Ozores. Trasladó su lecho de la posada en que vivía desde el año sesenta, á los bajos del caserón. El tocador y la alcoba de Ana estaban encima del cuarto que escogió Frígilis. Allí, con el menor aparato posible, sin molestar á nadie se instaló para velar á la Regenta y acudir al menor peligro.

Comía y cenaba en la posada, pero dormía en el caserón.

Esto no lo supo Anita hasta que, ya convaleciente, se quejó un día de aquella soledad. Confesó que de noche tenía á veces miedo. Y poniéndose como un tomate el buen Frígilis advirtió tímidamente que hacía más de mes y medio él se había tomado la libertad de venirse á dormir debajo de la Regenta. Los criados tenían orden de no decírselo á la señora.

Desde que esto supo Ana se creyó menos sola en sus noches tristes. Roto el secreto, Frígilis tosía fuerte abajo á propósito, para que le oyera Ana, como diciendo: «No temas, estoy yo aquí.»

Pero como la malicia lo sabe todo, también supo esto Vetusta. Se dijo que Frígilis se había metido á

vivir de pupilo en casa de la Regenta, en el caserón nobilísimo de los Ozores.

Y decían unos:

—Será una obra de caridad. La pobre estará mal de recursos y con la ayuda de Frigilis... podrá ir tirando.

Y el *gran mundo* echaba por los dedos la cuenta de lo que le habría quedado á Anita. «No debía de haberle quedado nada.»

—Ella rentas no las tiene.

—Las de su marido, las de don Víctor allá en Aragón, no le pertenecen.

—La viudedad no la habrá pedido...

—Sería ignominioso!...

—Ya lo creo! Reclamar la viudedad... ella... causa de la muerte del digno magistrado!

—Sería indigno.

—Indigno.

—Y ya no está bien que viva en el caserón de los Ozores.

—Claro, porque aunque se lo regaló su esposo, según dicen, él fué quien se lo compró á las tías de Ana, y no con bienes gananciales, sino vendiendo tierras en la Almunia.

—Sea como sea, ella no debía vivir en esa casa.

—De modo que no se sabe de qué vive.

—Vivirá de eso. De mantener en su casa á Frigilis, que pagará bien.

—Eso sí, porque él es un chiflado, que no tiene escrúpulos... pero es bueno.

— Bueno... relativamente —decía el Marqués, que con la gota que le empezaba á molestar iba echando una moralidad severa y un humor negro como un carbón.

Y recordando aquel gerundio que tanto efecto había hecho en otra ocasión, resumía diciendo:

—De todas maneras, eso de vivir bajo el mismo techo que cobija á la viuda infiel de su mejor amigo es... es nauseabundo!

Y nadie se atrevía á negarlo.

Todos aquellos escrúpulos que tenía la tertulia de los Vegallana, habían atormentado también á la Regenta. En cuanto se sintió bastante fuerte para salir á la huerta, se atrevió á decir á Frígilis lo que la atormentaba tiempo atrás.

—Yo... quisiera salir de esta casa... Esta casa... en rigor... no es mía... Es de los herederos de Víctor, de su hermana doña Paquita, que tiene hijos... y...

Frigilis se puso furioso. ¡Cómo se entiende! Todo lo había arreglado él ya. Había escrito á Zaragoza y la doña Paquita se había contentado con lo de la Almunia. «Bastante era. El caserón era de Ana legalmente y moralmente.»

Ana cedió porque no tenía ya energía para contrariar una voluntad fuerte.

Con más ahínco se negó á firmar los documentos que Frígilis le presentó, cuando se propuso pedir la viudedad que correspondía á la Regenta.

—¡Eso no, eso no, don Tomás; primero morir de hambre!

Y en efecto, sí, el hambre, una pobreza triste y molesta amenazaba á la viuda si no solicitaba sus derechos pasivos.

Ana dijo que prefería reclamar la orfandad que le pertenecía como hija de militar.

—Échele Vd. un galgo... Si eso no valdrá nada... Y no sé si podríamos...

Y Frígilis, no sin ponerse colorado al hacerlo, falsificó la firma de Ana, y después de algunos meses le presentó la primera paga de viuda.

Y era tal la necesidad, tan imposible que por otro camino tuviera ella lo suficiente para vivir, que la Re-

genta, después de llorar y rehusar cien veces, aceptó el dinero triste de la viudez y en adelante firmó ella los documentos.

Benítez y Frigilis veían en esto síntomas tristes. «Aquella voluntad se moría, pensaba Crespo; en otro tiempo Ana hubiera preferido pedir limosna... Ahora cede... por no luchar.»

Y se le caían las lágrimas.

«Si yo fuera rico... pero es uno tan pobre...»

«Y, añadía, por supuesto, cobrar esos cuatro cuartos no es vergonzoso... á ella se lo parece... pero no lo es... Ese dinero es suyo.»

Así vivía Ana.

Benítez, desde que desapareció el peligro inminente, visitó menos á la viuda.

Servanda y Anselmo eran fieles, tal vez tenían cariño al ama, pero eran incapaces de mostrarlo. Obedecían y servían como sombras. Le hacía más compañía el gato que ellos.

Frigilis era el amigo constante, el compañero de sus tristezas.

Hablaba poco.

Pero á ella la consolaba el pensar: «está Crespo ahí.»

Paso á paso volvía la salud á enseñorearse del cuerpo siempre hermoso de Ana Ozores.

Y con algo de remordimiento de conciencia, sentía de nuevo apego á la vida, deseo de actividad. Llegó un día en que ya no le bastó vegetar al lado de Frigilis, viéndole sembrar y plantar en la huerta y oyendo sus apologías del Eucaliptus.

Se había prometido no salir de casa, y la casa empezaba á parecerle una cárcel demasiado estrecha.

Una mañana despertó pensando que aquel año *no habia cumplido* con la Iglesia. Además, ya podía salir de su caserón triste para ir a misa. Sí, iría á misa en adelante, muy temprano, muy tapada, con velo espe-

so, á la capilla de la Victoria que estaba allí cerca. Y también iría á confesar.

Sin tener fe ni dejar de tenerla, acostumbrada ya á no pensar en aquellas *grandes cosas* que la volvían loca, Anita Ozores volvió á las prácticas religiosas, jurándose á sí misma no dejarse vencer ya jamás por aquel *misticismo falso* que era su vergüenza. «La visión de Dios... Santa Teresa... Todo aquello había pasado para no volver... Ya no le atormentaba el terror del infierno, aunque se creía perdida por su pecado, pero tampoco la consolaban aquellos estallidos de amor ideal que en otro tiempo le daban la evidencia de lo sobrenatural y divino.»

Ahora nada; huir del dolor y del pensamiento. Pero aquella piedad mecánica, aquel rezar y oír misa como las demás le parecía bien, le parecía la religión compatible con el marasmo de su alma. Y además, sin darse cuenta de ello, la *religión vulgar* (que así la llamaba para sus adentros), le daba un pretexto para faltar á su promesa de no salir jamás de casa.

Llegó Octubre, y una tarde en que soplabá el viento sur perezoso y caliente, Ana salió del caserón de los Ozores y con el velo tupido sobre el rostro, toda de negro, entró en la catedral solitaria y silenciosa. Ya había terminado el coro.

Algunos canónigos y beneficiados ocupaban sus respectivos confesonarios esparcidos por las capillas laterales y en los intercolumnios del ábside, en el trasaltar.

¡Cuánto tiempo hacía que ella no entraba allí!

Como quien vuelve á la patria, Ana sintió lágrimas de ternura en los ojos. ¡Pero qué triste era lo que la decía el templo hablando con bóvedas, pilares, cristalerías, naves, capillas... hablando con todo lo que contenía á los recuerdos de la Regenta...

Aquel olor singular de la catedral, que no se parecía á ningún otro, olor fresco y de una voluptuosidad in-

tima, le llegaba al alma, le parecía música sorda que penetraba en el corazón sin pasar por los oídos.

« ¡Ay si renaciera la fe ! ¡ Si ella pudiese llorar como una Magdalena á los piés de Jesús ! »

Y por la vez primera, después de tanto tiempo, sintió dentro de la cabeza aquel estallido que le parecía siempre voz sobrenatural, sintió en sus entrañas aquella ascensión de la ternura que subía hasta la garganta y producía un amago de estrangulación deliciosa... Salieron lágrimas á los ojos, y sin pensar más, Ana entró en la capilla oscura donde tantas veces el Magistral le había hablado del cielo y del amor de las almas.

« ¿ Quién la había traído allí ? No lo sabía. Iba á confesar con cualquiera y sin saber cómo se encontraba á dos pasos del confesonario de aquel hermano mayor del alma, á quien había calumniado el mundo por culpa de ella y á quien ella misma, aconsejada por los sofismas de la pasión grosera que la había tenido ciega, había calumniado también pensando que aquel cariño del sacerdote era amor brutal, amor como el de Alvaro, el infame, cuando tal vez era puro afecto que ella no había comprendido por culpa de la propia torpeza. »

« Volver á aquella amistad ¿ era un sueño ? El impulso que la había arrojado dentro de la capilla ¿ era voz de lo alto ó capricho del histerismo, de aquella maldita enfermedad que á veces era lo más íntimo de su deseo y de su pensamiento, ella misma ? Ana pidió de todo corazón á Dios, á quien claramente creía ver en tal instante, le pidió que fuera voz Suya aquella, que el Magistral fuera el hermano del alma en quien tanto tiempo había creído y no el solicitante lascivo que le había pintado Mesía el infame.

Ana oró, con fervor, como en los días de su piedad exaltada; creyó posible volver á la fe y al amor de Dios

y de la vida, salir del limbo de aquella somnolencia espiritual que era peor que el infierno; creyó salvarse cogida á aquella tabla de aquel cajón sagrado que tantos sueños y dolores suyos sabía...

La escasa claridad que llegaba de la nave y los destellos amarillentos y misteriosos de la lámpara de la capilla se mezclaban en el rostro anémico de aquel Jesús del altar, siempre triste y pálido, que tenía concentrada la vida de estatua en los ojos de cristal que reflejaban una idea inmóvil, eterna... Cuatro ó cinco bultos negros llenaban la capilla. En el confesonario sonaba el cuchicheo de una beata como rumor de moscas en verano vagando por el aire.

El Magistral estaba en su sitio.

Al entrar la Regenta en la capilla, la reconoció á pesar del manto. Oía distraído la cháchara de la penitente; miraba á la verja de la entrada, y de pronto aquella silueta conocida y amada, se había presentado como en un sueño. El talle, el contorno de toda la figura, la genuflexión ante el altar, otras señales que sólo él recordaba y reconocía, le gritaron como una explosión en el cerebro:

—¡ Es Ana!

La beata de la celosía continuaba el rum rum de sus pecados. El Magistral no la oía, oía los rugidos de su pasión que vociferaban dentro.

Cuando calló la beata volvió á la realidad el clérigo, y como una máquina de echar bendiciones desató las culpas de la devota, y con la misma mano hizo señas á otra para que se acercase á la celosía vacante.

Ana había resuelto acercarse también, levantar el velo ante la red de tablillas oblicuas, y á través de aquellos agujeros pedir el perdón de Dios y el del hermano del alma, y si el perdón no era posible, pedir la penitencia sin el perdón, pedir la fe perdida ó adormecida ó quebrantada, no sabía qué, pedir la fe aun-

que fuera con el terror del infierno... Quería llorar allí, donde había llorado tantas veces, unas con amargura, otras sonriendo de placer entre las lágrimas; quería encontrar al Magistral de aquellos días en que ella le juzgaba emisario de Dios, quería fe, quería caridad... y después el castigo de sus pecados, si más castigo merecía que aquella oscuridad y aquel sopor del alma...

El confesonario crugía de cuando en cuando, como si le rechinaran los huesos.

El Magistral dió otra absolución y llamó con la mano á otra beata... La capilla se iba quedando despejada. Cuatro ó cinco bultos negros, todos absueltos, fueron saliendo silenciosos, de rato en rato, y al fin quedaron solos la Regenta, sobre la tarima del altar, y el Provisor dentro del confesonario.

Ya era tarde. La catedral estaba sola. Allí dentro ya empezaba la noche.

Ana esperaba sin aliento, resuelta á acudir, la seña que la llamase á la celosía...

Pero el confesonario callaba. La mano no aparecía, ya no crugía la madera.

Jesús de talla, con los labios pálidos entreabiertos y la mirada de cristal fija, parecía dominado por el espanto, como si esperase una escena trágica inminente.

Ana, ante aquel silencio, sintió un terror extraño...

Pasaban segundos, algunos minutos muy largos, y la mano no llamaba...

La Regenta, que estaba de rodillas, se puso en pié con un valor nervioso que en las grandes crisis le acudía... y se atrevió á dar un paso hacia el confesonario.

Entonces crugió con fuerza el cajón sombrío, y brotó de su centro una figura negra, larga. Ana vió á la luz de la lámpara un rostro pálido, unos ojos que pinchaban como fuego, fijos, atónitos como los del Jesús del altar...

El Magistral extendió un brazo, dió un paso de asesino hacia la Regenta, que horrorizada retrocedió hasta tropezar con la tarima. Ana quiso gritar, pedir socorro y no pudo. Cayó sentada en la madera, abierta la boca, los ojos espantados, las manos extendidas hacia el enemigo, que el terror le decía que iba á asesinarla.

El Magistral se detuvo. Cruzó los brazos sobre el vientre. No podía hablar, ni quería. Temblábale todo el cuerpo; volvió á extender los brazos hacia Ana... dió otro paso adelante... y después clavándose las uñas en el cuello, dió media vuelta, como si fuera á caer desplomado, y con piernas débiles y temblonas salió de la capilla. Cuando estuvo en el trascoro, sacó fuerzas de flaqueza, y aunque iba ciego, procuró no tropezar con los pilares y llegó á la sacristía sin caer ni vacilar siquiera.

Ana, vencida por el terror, cayó de bruces sobre el pavimento de mármol blanco y negro; cayó sin sentido.

La catedral estaba sola. Las sombras de los pilares y de las bóvedas se iban juntando y dejaban el templo en tinieblas.

Celedonio, el acólito afeminado, alto y escualido, con la sotana corta y sucia, venía de capilla en capilla cerrando verjas. Las llaves del manajo sonaban chocando.

Llegó á la capilla del Magistral y cerró con estrépito.

Después de cerrar tuvo aprensión de haber oído algo allí dentro; pegó el rostro á la verja y miró hacia el fondo de la capilla, escudriñando en la oscuridad. Debajo de la lámpara se le figuró ver una sombra mayor que otras veces...

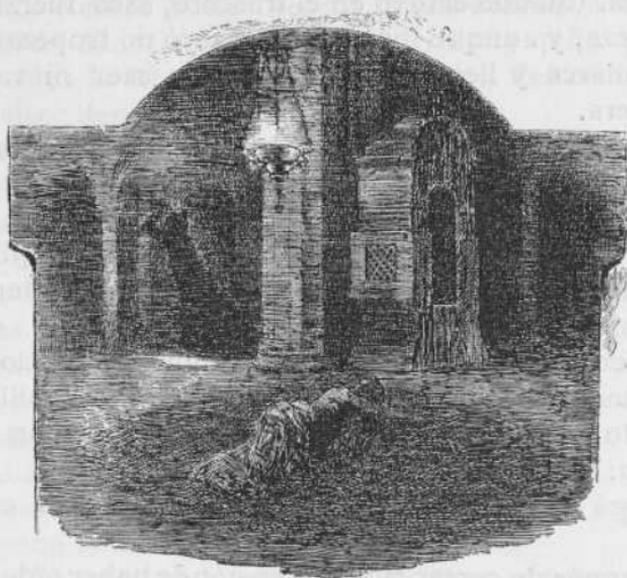
Y entonces redobló la atención y oyó un rumor como un quejido débil, como un suspiro.

Abrió, entró y reconoció á la Regenta desmayada.

Celedonio sintió un deseo miserable, una perversión de la perversión de su lascivia; y por gozar un placer extraño, ó por probar si lo gozaba, inclinó el rostro asqueroso sobre el de la Regenta y le besó los labios.

Ana volvió á la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas.

Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo.



Erratas de algunos ejemplares del primer tomo

<i>Dice</i>	<i>Léase</i>	<i>Página</i>	<i>Línea</i>
le	la	96	1
les	los	121	6
les	los	146	23
les	los	155	31
igual	aquel	166	34
su lado	los lados	183	4
sabia	solía	194	36
esto	eso	204	19
tomada	ganada	204	25
de	con v. de	207	36
les	las	210	18
con	un	211	4
y	ó	219	5
datos	dotes	219	13
positivos	positivas	219	13
para	por	225	12
para	por	225	13
cálculo	cubo	228	9
encontraban	encontraba	237	15
recomendaban	recomendaba	237	16
convocadas	convocados	245	10
naranjos	naranjas	246	16
sobriamente	sabiamente	247	14
que	palabras que	249	6
esto	"	249	6
continencia	antinomia	250	33
ascendía	escondía	269	1
dentro	detrás	269	5
veía	oía	269	10
firmente	formalmente	269	14
fuerza	forma	283	1
víctima	de víctima	288	36
delante	allí	289	10
Spert	Sport	291	6
Maleschott	Moleschott	291	26
había	no había	299	11
Era	En	299	27
le	la	303	29
yo	ya	311	3
manifestarse	infestarse	314	22
todas las ideas	todos los días	314	28
ó	á	314	32
venido	reñido	315	32
les	los	318	16
Etoa	Stoa	325	26
<i>quam</i>	<i>quum</i>	337	1
el	al	339	26
les	los	340	22
el	la	341	5
tenía	temía	366	11
eso	ese	370	13

<i>Dice</i>	<i>Léase</i>	<i>Página</i>	<i>Línea</i>
en	á	373	6
alarmándole	abrumándole	399	7
cabeza	cólera	403	2
en	con	406	7
guardamallitas	guardamalletas	419	5
habrían	habían	421	17
habría	había	425	28
iba	ya	429	8
Es la	En	430	7
había	habían	432	2
íntima	íntimas	432	2
Mesía	don Víctor	432	24
le	la	435	3
penetración	puntuación	436	14
debía	debía de	439	35
escogido	acogido	440	36
cosa	casa	441	5
y	«	441	8
tenían	tienen	441	21
en	con	442	27
ya	que	442	33
variaban	bañaban	444	11
allí	allá	444	14
frentes	fuentes	445	4
á	con	445	4
distancia en	distinción con	446	22
no	«	446	32
que	que ni	457	4
cogiera	cayera	457	9
mas	es	457	27
nuevo	mareo	457	31
admirado de	olvidado por	459	10
fuere	fuera	463	30
enfrascadas	enfrascados	464	14
la	su	465	32
en	á	466	21
pasado	pecado	474	28
se	«	477	34
rectificó	ratificó	480	3
correctivo	coercitivo	480	34
al	en el	492	14
á	en	496	22
te	«	496	31
podrido	perdido	497	27 y 28
atacar	ataque	502	11
parecía	sonreía	517	6
el medianil	la medianería	517	36
platónico	plutónico	518	8
partido	bando	525	24
sus	«	526	36

Libro
República
Completista

obra con
sellos del
antiguo imperio





